

JAMES KELMAN

*Era tarde,
muy tarde*



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores



James Kelman nació en Glasgow en 1946. Se inició en la literatura en 1973 con un libro de cuentos y desde entonces ha publicado otros ocho volúmenes de narraciones, dos libros de ensayos sobre cultura y política y ocho novelas, entre las cuales la que ahora publicamos, *Era tarde, muy tarde*, con la que ganó el Booker Prize en 1994. A pesar de su ya extensa trayectoria, de ser un autor consagrado y de haberse publicado cuatro libros sobre su obra, no se le traducía al español desde 1991. Galaxia Gutenberg proseguirá la publicación de su obra con la novela *You Have to Be Careful in the Land of the Free*.

Sammy Samuels, 38 años, típico representante de la clase baja de Glasgow, ratero y exconvicto, se despierta un día tirado en una acera tras dos días de borrachera. No tarda en liarse a tortas con unos policías y pasa la noche en la cárcel. Ya allí, poco a poco toma consciencia de su estado: le han dejado molido y está completamente ciego. Cuando por fin regresa a casa se da cuenta de que su novia se ha ido.

Retrato del perdedor, del hombre humillado por los demás y por los suyos, en continua huida de sí mismo, Sammy intenta desesperadamente adaptarse a la nueva situación. Persigue alguna ayuda por su invalidez, que le es negada y retomar sus maltrechos negocios, recuperar la relación con su hijo.

Escrita en el lenguaje de las clases bajas de Glasgow, con el uso frecuente de palabras obscenas e insultos, la novela despertó la ira de los críticos más conservadores. Uno de los miembros del jurado del Booker amenazó con dimitir si la novela recibía el premio, y cuando finalmente lo ganó abandonó el jurado diciendo: «Francamente, esta novela es una mierda». Y un columnista de The Times la calificó de «vandalismo literario».

*Alasdair Gray, Tom Leonard, Agnes Owens
y Jeff Torrington
siguen todavía por aquí,
gracias a dios.*

NOTA DEL TRADUCTOR

La mayor parte del texto original de esta novela está escrito en un dialecto local del inglés que se habla en Escocia, el *working-class glaswegian*, la forma de hablar del lumpen de Glasgow, en un registro muy bajo del habla. Un buen número de rasgos diferenciales –expresiones, giros idiomáticos, localismos– se pierden irremisiblemente en la traducción. No obstante, hecha esta salvedad, dígase también que la riqueza, porosidad y densidad de lo narrado –así como del fragmento de vida que se cuenta en estas páginas– pueden expresarse en cualquier registro, por bajo que sea. Sólo cabe esperar que se haya conseguido en esta versión un pálido reflejo de la fuerza del original de James Kelman.

Te despiertas tirado en una esquina y te quedas ahí, deseando que tu cuerpo desaparezca, los pensamientos te agobian, pensamientos, pero quieres recordar y afrontar lo que sea; algo te lo impide una y otra vez, y no puedes, las palabras te llenan la cabeza: palabras y más palabras, algo va mal, muy muy mal, no eres un buen tío, no, no estás bien. Vas recuperando poco a poco la conciencia, te das cuenta de dónde estás: aquí tirado en esta esquina, con todos esos pensamientos en la cabeza. Y, dios, cómo le dolía la espalda, se le había quedado rígida, y tenía la impresión de que la cabeza iba a estallarle. Se estremeció y se irguió un poco, encorvando los hombros, cerró los ojos, se frotó los rabillos con las puntas de los dedos y vio un montón de puntos y lucecitas. ¿Dónde cojones...?

Estaba aquí, apoyado en los barrotes viejos y oxidados de una verja, algunos eran puntiagudos, otros faltaban o se habían roto. Volvió a mirar y vio que estaba en un pequeño arriate de hierbajos. Los pies reaparecieron ante sus ojos. Los examinó: llevaba un par de zapatillas deportivas viejas que quién sabe de dónde coño habrían salido porque en su puta vida había visto aquellas zapatillas de mierda, tío, en su puta vida. Ni siquiera tenían atados los cordones. ¿Dónde estaban sus zapatos de cuero? Tío, un par nuevecito de zapatos que se había comprado hacía quince días y ahora los había perdido, joder, no sé si me entiendes, alguien se los debía de haber birlado, cabronazos, ¿qué le vas a hacer? Y luego lo habían dejado con esas deportivas. Menuda mierda de intercambio. A no ser que creyeran que estaba muerto; sí, es posible, podía imaginárselo; un pobre desgraciado rascándose y pensando: no hay moros en la costa, así que por qué no quitárselos, el tipo está muerto, llévatelos, mejor que te los lleves a que se queden ahí y se

desperdicien, que acaben desintegrados para siempre, dios, así que por qué no vas a llevártelos. Puto cabrón, debió comprobarlo mejor. A lo mejor lo hizo, y vio que, coño, no estaba muerto así que hizo un intercambio y le calzó las deportivas.

A la mierda. Sacudió la cabeza y levantó la mirada: gente..., había gente ahí, ojos que le miraban. Esos ojos que miraban. Brillaban con fuerza, le deslumbraban y tuvo que protegerse sus propios ojos por su culpa; era como si fueran figuras divinas y la luz que emitían también lo fuera, aunque era posible que sólo se tratara del sol que ya brillaba en lo alto, a sus espaldas, por encima de los hombros de los desconocidos. A lo mejor eran turistas; sí, debían de ser turistas; gente de fuera de la ciudad que había venido para algún puto rollo de negocios. Y ahí estaban, por gentileza de la oficina de promoción turística del ayuntamiento, en una visita guiada, conducidos por alguna preciosa funcionaria de relaciones públicas con su elegante traje chaqueta y sus labios púrpuras esbozando una sonrisa silenciosa; ella lo había visto tirado, pero estaba obligada a no ocultar las cosas, a llevar a estos caballeros de fuera a todas partes porque ése era su deber, para que lo vieran todo, el paquete entero, porque seguramente era parte del trato y si no se lo enseñaban todo no iban a invertir las fortunas que tanto les había costado ganar, eso a veces es necesario, tío, si eres empresario, ya sabes de qué van estas historias. Pues muy bien, así que haces tu papel y les sonríes para que sepan que tú sabes que existe una vida distinta a ésta en la que te han visto, que no es la única

esta vida que llevas, ésa forma parte de otro tipo de historia, que ellos ya conocen porque se la han contado los organizadores de los actos promocionales. Así que, tío, enróllate, un poco de solidaridad municipal, ya sabes, y Sammy el temerario se pone de pie. Luego se arrodilló para atarse los cordones de las deportivas, esforzándose para que no se le notaran los temblores y, joder, se dio cuenta de que llevaba puestos sus pantalones buenos. Estaban manchados. ¿Cómo coño era posible que llevara los pantalones buenos, dónde cojones estaban sus vaqueros? Ah, mierda, controla. Ponte de pie y anda, de pie y anda; que vieran que no se tambaleaba, que no daba tumbos, que estaba bien, de puta madre, Sammy el

temerario, y lo estaba consiguiendo, estaba en marcha, iba a algún sitio; avanzó, dobló la esquina del callejón, y allí había otro tipo que le miraba. ¿Por qué coño le miraban todos? Éste tenía una cara grande, de bebedor de cerveza, ojos penetrantes y húmedos, y llevaba un viejo impermeable con cinturón, andrajoso de cojones; le miraba; no, más que mirarle, le clavaba la mirada, tan fija y descaradamente que Sammy pensó que a lo mejor era el que le había robado los zapatos. ¡Que te den! Sammy le devolvió la mirada y luego se palpó los bolsillos; necesitaba pasta, un pitillo, lo que fuera, cualquier mierda menos esto, este andar por ahí tambaleándose, como un puto vagabundo borracho. Volvió a ver a los turistas a lo lejos. Pero no eran turistas, no, esta vez eran pasmas, los muy cabronazos, se les olía, aunque no llevaran uniforme. Se les olía a kilómetros. Sammy los reconocía, claro que sí, por sus ojos; si sabes cómo son sus ojos puedes reconocerlos, esos ojos, se te quedan grabados. Y hasta le pareció que los conocía personalmente, de algún sitio, quién sabe.

Pero se decidió. Ahí y en ese momento. Ahí mismo tomó la decisión.

Y sonrió; sonreía por primera vez desde hacía muchos días. Me entiendes, ¿no?, por primera vez en muchos días podía sonreír. Que les den por culo. Que les den a todos. Se reajustó la chaqueta en los hombros, se la estiró por delante y comprobó si llevaba corbata..., claro que no llevaba. Se dio unas palmadas en los codos y en el culo de los pantalones para quitarse el polvo, y notó una mancha grande y húmeda en la zona donde había estado sentado. Qué más da. Volvía a sonreír, luego dejó de sonreír y fue detrás de ellos, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, hasta que se pararon para echar un vistazo a algo, entonces les entró, sin más, y quedó claro que a ellos no les hizo gracia, a ellos, con sus ropas de civil no les hizo gracia:

Eh, colega, necesito una libra. No me gusta pedir. Sammy se encogió de hombros. Para seros sinceros, es porque anoche estuve privando, ni puta idea de lo que pasó después, salvo que se me acabó la pasta. Llevaba la paga encima y también ha desaparecido, algún hijo de puta me la robó, me parece. No sabéis lo peligroso que es andar por las calles últimamente. Ya sabéis a qué me refiero, hoy en día, uno nunca está seguro en la calle.

Pero a estos pasmas les importas un carajo, pasan de ti, tío, a no ser que

seas un millonario de mierda o les hables como es debido.

El tipo que estaba más cerca de Sammy pareció un poco desconcertado por esa entrada por las bravas; miró a su amigo entornando los ojos durante un segundo, como para pedir una segunda opinión. Así que Sammy se lanzó rápido, pero controlando: a ver, dijo, para seros sincero, cobré la paga y me fui directo al garito con un par de colegas, y una cosa llevó a la otra; me desperté en donde dios perdió el culo, joder, para volver a casa tenías que coger vientidós autobuses, me seguís, ¿no?, una pasada. Eso fue esta madrugada; sólo me quedaba pasta para el billete de vuelta al centro de ciudad. Y tengo que volver a casa, por mi mujer, se estará volviendo loca, a punto de explotar. Y, ya que estamos, ¿qué día es hoy?

Ellos estaban ganando tiempo, fingiendo que no les interesaba su rollo. Pero Sammy sabía de qué iban y no les quitaba ojo; cambió de postura, relajó las rodillas, se preparó. A ver, dijo, ya he conseguido sacar media libra, pero me hace falta otra media, por eso estoy pidiendo, una libra, para pillar un tren de vuelta a casa, cincuenta peniques no dan para nada, sé lo que os digo, treinta chelines o nada.

Vete a la mierda.

A ver, te aviso

Imbécil de mierda... El que hablaba se tapaba la boca con la mano como si quisiera ocultar que estaba hablando.

¿Estás bien, colega?, ¿te duelen las muelas?

Pírate.

Sammy se limitó a aspirar hondo por la nariz y se quedó quieto, mirando al tipo como si su inesperada reacción le hubiera confundido. Pero estaba preparado, y a su modo les decía que lo estaba, y era lo único que podía hacer para no reírse, como si les dijera que, de verdad, iba a perder el control en cualquier momento y se iba a poner histérico o como loco o lo que fuera. Pero ahí estaba: se sentía bien; se sentía cojonudamente bien. Cómodo. Tenso como un cabrón, pero a la vez cómodo. Sonreía. Entonces el pasma número uno sacudió la cabeza y pasó de él, mierda, tío, te voy a romper la crisma de cabrón si te...

Ábrete de una vez, pelmazo de mierda. El que habló fue el pasma número

dos; entonces puso la mano en el hombro derecho de Sammy, y Sammy le dio, le soltó un izquierdazo cojonudo, directo en un lado de la mandíbula, y la puta mano, joder, le dolió como si se la hubiera roto. El pasma número uno le agarró, pero Sammy echó el pie atrás y le dio una patada en la pierna, el tipo chilló y se cayó, y Sammy salió por patas porque un minuto más y se le habrían echado encima, me cago en la puta, tío, estas ridículas deportivas eran una mierda y el pobre pulgar del pie le dolía como si se lo hubiera roto y era como una pelota de piiiing pooong a la que le dieran raquetazos

corrió por la calle y cruzó la avenida principal sin mirar ni preocuparse por el tráfico ni por ninguna otra mierda, buscando con la mirada una casa donde meterse joder, un edificio donde meterse; oía a sus perseguidores corriendo tras él y gritando, como si los tuviera pegados a los talones, pero Sammy corría como loco

hasta que resbaló en la acera y casi se cayó, y los otros gritaban: ¡pillad a ese cabrón, pilladlo de una puta vez! Estaban muy cabreados, Menuda mierda, tío. Sammy se reía, aunque sonaba como un lloriqueo en realidad se reía, sí, se reía, en pleno subidón, tan satisfecho de sí mismo..., y entonces las piernas le flojearon, como las de un payaso o una muñeca de trapo, como si fueran a separarse de su cuerpo y estuvo a punto de abrirse de piernas del todo, como un gimnasta, se resbaló otra vez y oyó algo parecido a un crujido en la base de su columna, y se vio en el suelo, despatarrado sobre la acera.

Ante él pasó un carrusel de gente que iba de compras: mujeres y niños, un par de cochecitos de bebé, y todos los pequeños le miraban con sus grandes ojos; luego llegó uno de los pasmas y le dio la impresión de que aunque se esforzaba por controlarse no podía, y le clavó la bota, en el estómago, y luego le dio otra patada.

Sammy no podía salir de allí, boqueó y tragó saliva para respirar, pero no podía; intentó gatear, pero se tambaleó y entrevió al pasma, que retrocedía y se limpiaba la boca con la muñeca; había llegado el otro poli; le pusieron de pie, le metieron en el primer hueco que encontraron, en un edificio viejo junto a un escaparate de muebles. Percibía su agitación, se estremecían de puro cabreo, porque estaban cabreados de verdad, tío; sólo eran dos, menos mal, mierda puta, Sammy intentó pensar, pero estaba jodido, tan jodido que

no podía soltarse, no podía, joder, lo habían pillado, lo tenían, aquellos dos tipos lo tenían, una mano le agarraba la nuca, otra la muñeca izquierda y otra le retorció el brazo derecho por detrás de la espalda y era un puro tormento, como si lo estuvieran descuartizando, tío, lo sentía en las articulaciones y a un lado de las costillas; y además oía las respiraciones de los pasmas, jadeos que inhalaban y exhalaban con fuerza. Doblaron una esquina y se metieron en un hueco de la parte de atrás. Pero más vale correr una cortina aquí, no tiene sentido prolongar el tormento.

Cuando hubieron saldado las cuentas, se encontró en un coche patrulla, con unas esposas que le pellizcaban. Todo estaba negro, todo lo que le rodeaba parecía negro. Lo de siempre, lo de siempre; eso era lo que pensaba, las palabras que le pasaban por la cabeza: lo de siempre. Luego lo metieron en un cuartucho y más de lo mismo.

La primera vez que se despertó se sentía morir. No sabía dónde cojones estaba. Miró a su alrededor, estaba tirado en un suelo que olía a meados, el olor se le había metido en las narices; notó la barbilla empapada y también los lados de la boca, y le dio la impresión de que tenía la nariz llena de mocos, puede que fuera sangre, joder, tío, sangre, dolía un huevo.

Había un carcelero vigilando. Lo notabas.

Pero las putas costillas, tío, ¡y la espalda! Dios, cada vez que respiraba era como una pesadilla.

Estaba tumbado de lado en la litera. ¿Cómo se había levantado del suelo? Había conseguido levantarse, tío; no sabía cómo, pero lo había conseguido. Había una manta, puso la mano encima y tiró de ella, pero no se movió, estaba ajustada, debajo de su cuerpo, mierda, la tenía debajo, cerró los ojos. La siguiente vez que se despertó le costaba más respirar, por los pulmones, ahora le dolían los pulmones, no tanto las costillas. Se quedó tumbado un rato, aspirando muy poco aire cada vez, sin cambiar de postura hasta que empezó a dolerle el lado de la cabeza que tenía apoyado y se puso boca arriba. El carcelero otra vez. A Sammy le pareció que podía ver su ojo en la penumbra. Entonces entró la luz del día. Estaba mirando al techo, veía imágenes en las grietas de la pintura. No tenía calor. Antes se había encontrado bien. Ahora no. No controlaba. Controlaba algunas cosas y otras

no, no, no las controlaba, había dejado que se descontrolaran.

Las grietas parecían un mapa. Una tierra extranjera. Había ríos y bosques. Ríos y bosques. ¿Qué clase de tierras serían ésas? Tierras felices, porque hay tierras felices, felices.

Más tarde se había levantado, caminaba hasta la pared y de vuelta otra vez, preguntándose qué día sería porque había tenido un mal rollo con Helen; era posible que lo echara a la puta calle para siempre, tío. Sus cosas estarían ya fuera, en la galería del edificio. Cuando llegara a casa, se las encontraría allí amontonadas. La buena de Helen, tío, ¿qué le vas a hacer?

Dios, su pobre espalda, le estaba matando, la parte de abajo de la columna. Y también las piernas, los muslos por arriba y las rodillas por detrás, pero eran las costillas las que le jodían de verdad

Ahí estaba el carcelero otra vez, el mismo ojo: debía de haber doblado el turno. Sammy empezó a fantasear: le daba pena a aquel tipo; aquí estamos tú y yo, colega, somos camaradas. Voy a traerte un par de pastillas, calmantes, una taza de té y un par de huevos fritos en una tostada, y un buen plato de gachas; y a lo mejor un pitillo, mierda, Sammy se moría de ganas por un pitillo y rebuscó en los bolsillos del pantalón, pero estaban vacíos; que os den por culo, ni siquiera un resguardo de apuestas. Y antes llevaba un collar que ahora había desaparecido también y no se acordaba de si lo tenía cuando se había despertado o se lo habían quitado, ni siquiera de si le había dado por empeñarlo, joder, que no se acordaba, ¿me entiendes?

Sus pantalones: ni se había dado cuenta pero cada vez que movía una pierna estaban a punto de caérsele; su vieja y molona hebilla con la estrella solitaria tampoco estaba, putos cabrones, ¿cómo cojones iba a ir ahora a Texas?, era su puto carné de identidad. Las deportivas estaban debajo del catre; no tenían cordones para que pareciera oficial, que cumplieran el reglamento; a él tanto le daba porque los pies también le estaban matando, a quién coño le importaba. Sammy se sacó la camiseta de los pantalones para examinarse el cuerpo, para que el carcelero viera que sabía de qué iba el percal, como si estuviera tomando notas para el futuro, cuando presentara una demanda para que lo indemnizaran, a ver, porque no puedes andar por ahí jodiendo a la gente y esperar que no te demanden por los canales pertinentes,

no si eres un funcionario del Estado, no, tío, eso de apalazar a un ciudadano no está permitido.

Tenían mala pinta, los moratones. Se dejó la camiseta por fuera del pantalón y se volvió hacia la puerta; el carcelero seguía ahí: eh, ¿puedo hacer una llamada? ¡Eh!

Dios, tenía la voz ronca. Daba igual. Se chupó la saliva que tenía pegada en el paladar, se la tragó y gritó: eh, ¿qué pasa con la llamada?

El ojo parpadeó un par de veces.

¡Tengo que hacer una llamada! Tengo que decirle dónde estoy a mi mujer.

El carcelero habló. ¿Has dicho algo sobre el reglamento?, ¿eh?, ¿has dicho algo sobre el reglamento?

¿Yo? No.

Ah, muy bien... Mucha gente no tiene ni idea del reglamento. Así que me preguntan. Pero tú lo conoces ya, ¡eh! Muy bien.

Entonces el ojo desapareció. Un cabronazo listo. Sammy volvió a sentarse en el catre. Tenía tantas ganas de mear que iba a reventar. Deshidratado pero con la vejiga a punto de reventarle. Menuda mierda de vida. Se bajó del catre, se arrodilló ante el cubo y se abrió los pantalones; pero temblaba como un jodido idiota y la meada no acertó en el cubo, fue directa al suelo, él dio un salto atrás, y por poco evitó que la picha se le enganchara en la cremallera y se meara por dentro de la pierna del pantalón, me cago en la puta, tío, cómo temblaba, y el líquido fluyó por fuera; se imaginó a los soldados mirando el vídeo, con cuadernos en las manos: «se meó en el suelo». Lo habría limpiado de todos modos, a ver, quiero decir que si iba a tener que quedarse ahí no quería andar en calcetines sobre un charco de meados, por el amor de dios todavía no se había deteriorado hasta ese punto tan chungo. Había un rollo de papel higiénico. Cuando acabó, cogió un buen trozo y secó el suelo. Se arrastró otra vez hasta el catre, y se quedó roque sin haber llegado a alcanzar la almohada. La siguiente vez que se despertó estaba a oscuras otra vez, y le dolía todo, dios, cómo le dolía todo. El cuerpo entero. Y también los putos ojos, le pasaba algo en los ojos, tenía la sensación de que si hubiera luz y estuviera leyendo un libro habría visto

doble o algo así; recordó la época en que leía de todo, cosas raras, rollos sobre magia negra y experiencias religiosas de pirados, y un día las letras empezaron a espesarse y cada una se iba hinchando hasta que no quedaba espacio entre ella y la que la seguía: ahora tenía claro que fue una coincidencia pero por aquella época estaba enganchado a otro tipo de rollos, así que se lo tomó de manera muy personal, muy personal, tío, ya sabes de qué va. Le picaba la cabeza. El catre era como un puto váter, la mierdosa manta, qué peste, dios, ¡sucio!, joder, ¡sucio! Con que sólo pudiera lavarse la cabeza; eso era lo que más deseaba en ese momento. Pero lo primero eran los ojos, ése era el problema principal, joder, como si se hubiera quedado ciego, pero la oscuridad impedía que se diera cuenta. Probó algunos cambios. Pero nada, no veía un pijo. Nada. A la mierda. Hizo unas pruebas más. Tampoco nada. Pero en el fondo de su cerebro apareció un extraño recuerdo, como si lo que estaba pasándole fuera algo que él hubiera sabido antes, pero no lo había registrado como un hecho real, como si se tratara de una especie de pesadilla que se desarrollaba a la par que su vida real. Hizo más pruebas, se llevó la mano a la cara. Las dos manos. Se las pasó por toda la cara. Se rascó la mejilla. Buscó el hueso debajo del cual debía estar su ojo derecho, luego cerró el ojo, se llevó la mano al párpado y lo bajó y subió sin que pasara nada, joder, nada de nada, no veía nada. Miró a su alrededor, buscando resquicios por donde entrara la luz, miró hacia donde suponía que el carcelero podría estar vigilándole, el destello de un ojo quizá, pero nada. Estiró la mano más allá del catre, palpó el suelo y encontró algo, una de las zapatillas; la cogió y se la puso delante de la cara. Joder, qué mal olía, tío, apestaba, pero no podía verla; fueran de quien fueran aquellas putas deportivas no eran suyas, eso lo tenía claro. Pero estaba ciego. Joder qué raro. De locos. Y tampoco tenía la sensación de estar en una pesadilla, eso era lo más raro. Incluso psicológicamente. En realidad se sentía bien, había tenido una especie de ráfaga de nerviosismo, pero nada parecido a un ataque de pánico. Como si sólo se tratara de otra putada más. Dios, si hasta sonreía, sacudía la cabeza al pensarlo, imaginándose cómo se lo contaba a los demás y hacía que Helen se riera; estaría cabreada a más no poder, pero seguro que, con el tiempo, cuando hubieran hecho las paces, le parecería gracioso; la estúpida bronca

que habían tenido, un puto malentendido, joder, pero ahora todo estaba arreglado, todo iría bien otra vez, cuando ella lo viera.

Se reía para sus adentros. ¡Cómo coño podía pasarle eso a él! ¡No podía decir que hubiera nacido para la gloria!

En cuanto se le pasó la tontería, empezó a pensar en su situación en términos prácticos: era una nueva etapa de su vida, una evolución, ¡un tiempo nuevo! Tenía que ver a Helen. Necesitaba verla, de verdad, urgentemente, si pudiera verla, hablar con ella, contarle lo que estaba pasando. ¡Un puto nuevo principio, eso era! Se levantó del catre, se puso de pie sin apenas tambalearse. La vida de antes se había acabado, tío, finita, joder, finita del todo. Avanzó a tientas, dando patadas cortas hacia delante, hasta llegar a la pared. Se arrodilló para palpar el suelo, frío pero sólido, sí, frío pero sólido. Puso las palmas de las manos encima; le asaltó la sensación de que estaba en otro rincón del mundo y una música empezó a sonar en su cabeza, música real, de verdad, una música hipnótica, con instrumentos que retumbaban a ritmo tumatumatumi tumatumatumi tum, tum; tum, ti tum; tu, tum; tum, ti tum, tumatumatumi tumatumatumi baiong; baiong baiong baiong baiong baiong; baiong, baiong baiong, baiong, baiong baiong. Se echó en el suelo boca arriba y se quedó tumbado sonriendo, pero luego torció el gesto: dolores punzantes. Se dio la vuelta poco a poco, para colocarse boca abajo y aliviar el dolor; la región lumbar, movió las caderas una pizca; el dolor empezó a disminuir, bajó a la nalga derecha y siguió bajando un poco más hasta que se detuvo, estancado; desplazó las caderas media docena de centímetros más, y el dolor reanudó su viaje, hasta llegar a los tobillos y salir por los dedos de los pies, por el espacio entre las uñas y la carne; y fuera, el dolor salió y él se sintió bien, muy bien, cojonudamente bien, con esa especie de control que ejerces sobre tu cuerpo cuando te duele, así se sobrevive, sí, así. Y siguió una explosión de pensamientos. Con una imagen extraña que puso fin a todo: si esto era permanente no podría volver a verse en toda su vida. Dios, eso era una bestialidad. Y tampoco vería a los demás mirándole. Sí, muy bestia todo. Qué coño importaba, ¿eh?, qué importaba que te miraran los demás cabrones. A quién le importa una mierda. A veces algunos te taladran con la mirada, algunos, no todos; parecen capaces de clavarte una mirada que es más que

una mirada: es como cuando eres niño en el colegio y está ahí esa vieja maestra que se toma a mal que tú y los demás mocosos os riáis y gastéis bromas a su espalda y de repente ella se da la vuelta y te mira directamente y te das cuenta de que ella sabe de qué va todo, que sabe lo que está pasando. Lo sabe con exactitud. Y sólo tú te das cuenta. Los demás ni se enteran. Tú la ves a ella y ella te ve a ti. A nadie más. Probablemente la semana que viene le tocará a otro. Pero ahora ella se ha quedado contigo. Contigo. Los chistes dejan de hacer gracia. La cabrona, te está jodiendo, tío. Con una sola mirada. Así de fácil te maneja. Y entonces te ves a ti mismo tal como eres en realidad. Te das cuenta de que te han calado para siempre. Estúpido gilipollas don nadie. Te reías con los demás por miedo, por miedo a quedarte aparte del grupo; eres un cobardica de mierda, ahí, intentando que no se cabree una vieja; triste, tío, qué asquerosamente triste.

¡Ag!

A la mierda, en realidad todos nos cagamos de miedo tarde o temprano. De qué sirve culparte de los problemas de los demás. Tienes que salir adelante y no saldrás adelante si te comportas como un imbécil.

Ahí estaba, Sammy compadeciéndose de sí mismo, pero lo habían reventado a golpes, joder, por lo que más quieras, así de claro.

A veces te haces preguntas, dudas.

Entonces oyó un repiqueteo en el oído. Dos sonidos, los dos a la izquierda; el sonido habitual de la sangre que le subía, pero también otro más abajo, como una sirena de mierda, como un gemido. Al momento se interrumpió y sólo siguió el sonido de la sangre. Al poco empezó a hacerse más agudo. Era como un puto chillido, dios...

La mano le empujó levemente hacia delante. Él se dejó ir. Y una voz decía: no te preocupes. Quienquiera que fuese era un cabronazo sarcástico. A tomar por culo. A Sammy no podía importarle menos. Entonces oyó que ellos se reían. Seguía sin importarle un carajo. ¿Por qué coño iba a importarle? Le hubiera gustado decirles a la cara: que os den, cabrones, me importa una mierda, por mí podéis seguir riándoos hasta que os ahoguéis.

Esta vez la mano le empujó con fuerza; le agarró del hombro y le hizo volar hasta tropezar con una silla; se ladeó para evitarla, lo que era una estupidez porque ya había tropezado con ella, y acabó a los pies de un tío que soltó un gritito y luego se rió.

¡Nos está atacando otra vez! ¡Tiene cojones el tipo!

Borracho e inútil, dijo otro, pero no quiere reconocerlo y dice que ha perdido la vista por alguna parte.

¿Alguien ha encontrado unos ojos?, ¡este tipo dice que ha perdido la vista!

El comentario fue seguido por ja jás a su alrededor. Todo es cuestión de táctica y éstos eran perros viejos. Y qué. Sammy estaba en una sala caliente y eso era un cambio para mejor. ¿Cómo sabía que era para mejor? Pues porque lo sabía, así de simple. Uno aprende a ver sin ver con estos cabrones. A lo mejor habían pensado que se habían pasado demasiado con él.

Siéntate.

Sammy se quedó donde estaba.

Estás bien, siéntate.

A la mierda, Sammy movió la mano a su alrededor y tocó una silla, la palpó, se sentó y se agarró a los lados del asiento por si alguno de aquellos cabrones tenía la tentación de darle una patada. Le pusieron algo en la mano. Era una cadena. Su cadena, de oro, Helen se la había regalado por su cumpleaños el octubre anterior. La cadena tenía algo de simbólico, no sabía muy bien qué, por lo que era, por lo que significaba. La manoseó buscando el cierre y la abrió, se la puso alrededor del cuello y oyó más risas, como si le hubieran engañado, así que se la quitó y volvió a palparla para asegurarse de que era la suya. Pero ¿cómo iba a saberlo?, no podía. Más risas. A la puta mierda, se la guardó en el bolsillo y luego buscó la cremallera de los pantalones para cerciorarse de que no iba con la picha fuera.

Notó que le tiraban algo encima del regazo. La hebilla de la estrella solitaria y unos cordones.

No pasó nada más. Era como si él hubiera dejado de interesarles. Transcurrió un rato. No paraban de ir y venir y oía unos curiosos susurros a su alrededor. Entonces oyó voces; una era de pijo, acento inglés. Más

susurros y luego sintió que algo se le acercaba a la cabeza. Se abrieron y cerraron puertas. Tenía la impresión de encontrarse en una especie de oficina grande donde se oían esporádicos ruidos que parecían proceder de algún tipo de altavoz. Y también estaba el sonido continuo del repiqueteo de un teclado de ordenador; y murmullos, gente que murmuraba. Intentó oír lo que decían, pero sus oídos no le respondían y de repente tuvo la sensación de que se iba a caer de la jodida silla, tío, le dio la impresión de que iba a desplomarse y tuvo que agarrarse, concentrándose con todas sus fuerzas para que no sucediera; estaba mareado, iba a desmayarse, por dios todopoderoso qué mierda iba a

una prueba, recordó aquella prueba, de hacía mucho tiempo: era en Londres, para un empleo, y tuvo que presentarse; él y otros diez mil noventa y seis tipos, todos metidos en un largo corredor; la gente los miraba; preguntas estúpidas; el rollo de los conocimientos generales; aquella historia era una memez; y ese gilipollas con un traje elegante que paseaba arriba y abajo: el mediador o algo así, que estaba allí para vigilar que no copiaran, les taladraba con la mirada y lo único que querías era joderle. Menudo gilipollas estaba hecho. Y todas esas preguntas idiotas. Pero te daba la sensación de que había alguna clave que ellos descifrarían en tus respuestas, y entonces toda tu vida quedaría allí, expuesta, con todos tus secretos de mierda; y ellos los estudiarían cuando estuvieras lejos, de vuelta en casa, y pasarían toda la info al banco central de datos.

Esos cabrones. Te gustaría joderles

qué más da. ¿A quién le importa una mierda? La vida se malgasta a la que te descuidas. La cagas y cumples tu condena. Alguien pasó a su lado. Sammy volvió la cabeza en esa dirección: eh, ¿tienes un pitillo, colega?

Le pusieron un pitillo en la mano. La vieja psicología. El único sitio en que se comportaban como personas era cuando estaban en su oficina de mierda ocupados en sus asuntillos: asalariados, presos, esperando la jodida pausa para el té. Oyó el chasquido de un encendedor. Sammy tenía el cigarrillo en la boca; lo sostenía por la punta a la vez. El encendedor chasqueó otra vez y entonces notó la llama muy cerca y se apartó de un salto:

Lo siento, dijo. El encendedor chasqueó, él acercó los dedos para rozar la llama y empezó a chupar hasta que por fin aspiró humo de tabaco; le llegó a

las alas de la nariz y también a los ojos. Gracias, colega, quiso decir, pero, medio atragantado, apenas lo farfulló.

Tienes un cenicero al lado de tus pies...

Sammy seguía atragantándose y el tabaco le subió directamente al cerebro. Volvió a inhalar y se sintió mejor. Que les den a todos; se acomodó en la silla.

Pasó el tiempo. Él permanecía sentado en esa especie de vacío, y los pensamientos se le dispersaban en todas direcciones. Y no todas eran agradables, ni de lejos, se mirara por donde se mirase, porque no había vivido la mejor de las vidas. Puede que no la peor pero desde luego no la mejor. Habías sido bastante estúpido. Y no podías echarle la culpa a nadie más que a ti mismo. Habías vuelto a lo de siempre. No tenía sentido culpar a los pasmas si habías sido tú quien les había entrado; a la mierda, tío, no puedes culparles por haberte calentado. Sammy pudo soltar un puñetazo, era un tipo bastante fuerte, y los nudillos todavía le dolían, como también le dolía el pie derecho, así que ¿a quién iba a echarle la culpa?, ya sabes a qué me refiero, fue él el que se despertó tirado en el callejón. Eso para empezar, tío, fue él el que estaba tirado en el callejón, y ni siquiera sé cómo había llegado allí. Pero nadie le arrastró por la fuerza al bareto ni le obligó a ponerse hasta el culo de priva, eso lo hizo solo, lo hizo controlando. No era un puto idiota, joder; sencillamente se comportaba así, a veces, cuando tenía ganas.

No era cuestión de pedir permiso a nadie, que se jodan.

Y que se joda también Helen.

Estaría cabreada por partida doble. Esta vez estaría cabreada de verdad. Sería como la última gota. Él otra vez en chirona. Eso acabaría de joderlo, no sé si me entiendes, si quieres saber qué hay que tener en la cabeza para entrarle a hostias a los pasmas, ahí lo tienes, ahí está todo, el último gesto de Custer.

La buena de Helen, tío, hay que joderse.

Pero a la gente le dan palizas, claro; nacen, crecen y se joden. Ésa es toda la historia, de la cuna a la pira funeraria.

Historias fascinantes y cuentos de chirona. Aquél sobre los guerreros samuráis, de los tiempos antiguos: a su señor se lo carga un rival, los dos eran

aristócratas, Shishkos o Shenkos, o como coño se llamen, y el samurái trama su venganza contra los malos. El jefe, su hijo y todos los de su grupo se separan durante un año y van por ahí como vagabundos, bebiendo, follando y todo lo demás, hasta que el otro tipo y su grupo de malos tienen una falsa sensación de seguridad, se creen que los samuráis buenos se han perdido por ahí y que ya no hay nada que temer. Y entonces, cuando todo está en calma y llega la hora señalada, los guerreros samuráis se reagrupan. Y allí vuelven todos, a cumplir venganza, un año más tarde. Se cargan a los otros tipos. Limpíamente. Pero luego, después de habérselos cargado, se dan la vuelta y se matan ellos también, se hacen el harakiri. Porque una vez muerto su señor, el puto Shishko, una vez ha muerto y una vez los samuráis buenos se han vengado, pues ya está, se jodieron, han cumplido su deber y la partida terminó, capisto, su vida ha acabado, fin de la historia, tienen que destriparse y tal, se clavan la hoja de la espada en las entrañas y se las cortan a trozos.

Una historia verdadera. Según el tipo que se la contó a Sammy. Aunque, bueno, una vez él se la contó a una chica y la cabreó de cojones, se pensó que eran un montón de memeces, que él quería confundirla, que era una forma rara de liarla, de enredarla mezclando su rollo con aquella historia, dios, qué locas pueden volverse las mujeres. Aunque ésa no era Helen, todo sea dicho, pero podría haberlo sido, podría haberlo sido, ya me entiendes. Es raro porque cuentas una historia a la gente para explicar algo y no te entienden, no lo explicas bien, todo acaba en una catástrofe total. Y no sólo no explicas lo que en realidad quieres explicar sino que los demás acaban entendiendo exactamente lo contrario, tío, lo contrario, punto por punto. No es un malentendido, es algo peor, es una puta

tanto da. Claro que a lo mejor la mujer tenía razón porque Sammy había añadido algo de cosecha propia cuando le contó la historia, algo que había sacado de un libro que había leído sobre un oficial del ejército y su mujer, que acabaron igual, destripándose y tal, porque el deber y el amor se mezclaron. Así que era posible que ella tuviera razón y él sólo quería enrollársela. ¿Y qué? ¿Qué coño tenía de malo? Tíos y tías. Haces tus tonterías, joder, qué tiene de malo. Además alguna gente nunca se da por contenta si no te suelta su rollo. Sobre todo las mujeres, aunque también los

cabrones de clase alta. No jode mucho si conoces al tipo pero es una pesadez si son cabrones desconocidos: estás hablando con ellos en un pub o por ahí, ya sabes, y está bien si es tu mujer o tu novia, tu puta abuela o alguien por el estilo, pero algunas de las otras tías, joder, se creen que saben, se creen que saben y no tienen ni puta idea.

Pues que les den.

Le dolía, le dolía la espalda. Sobre todo la columna; al fondo, abajo de todo, cerca de las costillas inferiores. Tenía que ponerse de pie. Se levantó. Dio medio paso hacia la izquierda, se llevó las manos al punto donde le dolía y se masajeó con las puntas de los dedos. El pie derecho golpeó contra algo metálico, sólido.

Siéntate. Samuels: siéntate.

Tengo que estirar las piernas.

Pon el culo en la silla.

¿Es que ni siquiera puedo estar de pie?

Treinta segundos.

Gracias.

Ya han pasado veinte.

Veinte son más que suficientes, dijo Sammy, estiró la mano, buscó a tientas la silla y se sentó. Que se jodan. Se frotó la base de la columna, se reacomodó sentándose hacia delante, con las manos cogidas sobre las rodillas. Tenía muchas cosas en que pensar. A poco que lo pienses, tenías mucho que pensar. Y eso era lo que no había hecho: pensar. Sólo había estado

quién sabe, quién sabe; se le iba la cabeza, la tenía dispersa.

La forma en que había vivido, en todas sus variantes, como si fueran a durar para siempre. Pero te despiertas y te das cuentas de que estás jodido, todo se ha acabado, tío, acabado. Pues muy bien, tienes que aceptarlo, ¿qué otra te queda?, todo se ha jodido, todo lo que estaba claro y era fijo hasta el momento, ya no está, es tiempo pasado. Así que ahora depende de ti.

A Sammy le apetecía otro cigarrillo. Tendría que haber partido el que le había dado aquel tipo en lugar de fumárselo entero. Ya ni siquiera se acordaba de cómo se lo había acabado. El cenicero debía de seguir al lado de

la silla. Le echó mano para ver si quedaba algo que fumar, pero no lo encontró, el cenicero quiero decir, algún cabrón se lo habría afanado.

Estalló un alboroto cerca, pero le pareció que era al otro lado de un tabique. Tampoco tenía claro que el ruido no se debiera al zumbido en sus oídos. Entonces empezó a sonar música pop por una radio, repetitiva y monótona, umba, umba, umba, didi umba umba umba, didi umba umba umba, el tipo de música que habría escuchado Sammy de niño, ideal para chavales quinceañeros, salvo que aquí la oían pasmas adultos. Se preguntó qué emisora sería. No había estado en condiciones de fijarse en el trayecto. Pero probablemente se encontraba en Hardie Street. Qué más daba. Nadie le respondería en serio si preguntaba. No puedes hablar con ellos; lo único que conseguirías serían comentarios sarcásticos y chistes privados. Eso no pasaba sólo en el trullo: Sammy trabajó una vez en una fábrica, durante diez minutos, en Inglaterra, y también pasaba lo mismo. Habrías tenido que cumplir una condena de diez años para saber de qué coño se reían todos.

A la mierda, tío, todas esas historias habían acabado, hace ya mucho. Y era eso lo que Helen no sabía entender.

Pero estaba reventado, sin una gota de fuerza, ni una. Aunque, después de la somanta de palos que le habían dado era lo normal. Además, a veces, te entran ganas de correr las cortinas. De taparte la cabeza con las mantas. Así se sentía Sammy. No era la primera paliza que le daban y estaba claro que no sería la última, joder si estaba claro.

Ruido. Arrastraron una silla hasta su lado. Alguien dijo: vaya, Samuels, eres un tipo con suerte, vamos a soltarte, y con tus antecedentes eso no es poco.

¿Con quién estoy hablando?

No te hagas el listillo o acabarás jodido de verdad. Y con tu historial perderán la llave. No nos habíamos dado cuenta de que teníamos a un figura en la casa.

Ag, no me vengas con ésas, tío, me pillaron y ahora estoy ciego, joder.

Una mano salida de la nada le agarró la muñeca izquierda y oyó un susurro: escucha lo que te ha dicho este hombre: puedes marcharte, eso es lo que te ha dicho, así que da las gracias y pírate porque si de mí dependiera...

Le apretó con más fuerza. Sammy tenía unas muñecas resistentes y dobló la izquierda para aguantar la presión; la tensión le estremeció del antebrazo al hombro. Empezaron a dolerle las costillas. Se enfrentaba a un cabronazo fuerte. Al poco, la presión se aligeró y la mano desapareció. Sammy respiró despacio, controlando, sólo controlando, si no fuera por las costillas, tío, las costillas, pero pese a todo controlaba, controlaba. No les des nada, tío, ni una mierda, nada.

Luego la voz susurró: ¿me has entendido, puto gilipollas? Sales por esa puerta con tranquilidad y buen rollito y no vuelves, sencillamente te piras de aquí, te desvaneces, haces el truco de magia de la desaparición, ¿entendido?

No tienes remedio, dijo otro, y esta vez has ido demasiado lejos. Pero aun así has caído de pie, así que da las gracias a tu buena suerte.

Yo que tú me lo creería, murmuró el primer cabronazo.

Tengo que hablar con una tercera persona, no lo digo por dar la nota.

...

Alguien se rió.

Otro dijo: reconocédselo al tío, conoce sus derechos y las normas.

¿Eh? Eh, memo, que te están hablando.

Alguien le agarró con fuerza del hombro. Quiero ver a una tercera persona, dijo, incluso al médico, quiero informar de este problema que tengo, he perdido la visión, de los dos ojos, tengo que ver a un médico.

Sí, cabrón, un puto médico, un forense, como sigas así vas a acabar en un puto hospital.

Vale, sí, muy bien, dijo Sammy, y no quiero ser borde. Pero tengo que hablar con alguien, a ver, no podéis echarme así. No llevo un céntimo encima. Traed un médico para que vea cómo estoy y cómo estaba antes de que vosotros y vuestros jodidos rottweilers de paisano me echaran el guante. Todavía me duele todo, joder, ¿me entendéis?, y quiero que me hagáis unos rayos X, tengo las costillas bien jodidas, coño. Que venga un especialista de los ojos.

Un suspiro, pies que se arrastran; una puerta que se cierra.

...

Eh, vamos, no podéis pegarle a un tipo hasta dejarlo ciego, éste es un país

libre. ¡Eh! ¿Hola? ¿Hola?, eh, ¿un cigarrito?, ¿a alguien le sobra un pitillo? ¿Eh?, ¿hola? Ag, a la mierda.

Alguien se reía al fondo.

A la puta mierda os digo.

Y a la mierda se debieron de ir. Una hora después, o puede que más tarde, un par de ellos volvieron, le despojaron del cinturón y los cordones otra vez. Se olvidaron de pedirle la cadena de oro. Tened, dijo, tras sacársela del bolsillo. Había veces en que lo que más convenía era cumplir las reglas. Sammy quería despertarse por la mañana. Aspiró y se mantuvo alerta, atento a cualquier cosa que pudiera escuchar. Media hora más tarde lo llevaban de vuelta a la celda. Todo se hizo con frialdad. Pero en cuanto entró se dio un golpe en la pierna contra el armazón del catre. Se tumbó, pero el colchón era delgado de cojones, fofo y desgastado, peor aún que el primero en el que había dormido. Cuando se aseguró de que se habían marchado, se levantó, cogió la almohada y se tumbó en el suelo. Un verdadero alivio, salvo por el hedor, como a meadero.

Ni siquiera sabía qué día era. Dios. El bocazas que era no sabía estar callado. Si es que resistía una noche más.

Dios. Ella estaría preocupada de verdad. Tenía que hablar, que contarles lo que quisieran. ¡Qué ganas tenía de largar! Menuda gilipollez. Una auténtica estupidez. Ella estaría preocupada. No importaba la situación, fuera cual fuese, todo eso era pasado, pero ella estaría preocupada. Porque él no tenía ningún otro sitio al que ir y ella lo sabía. Y estás hablando de mucho tiempo, desde el día que quiera que fuera hoy hasta la mañana del viernes pasado, todo ese tiempo, cuatro, quizá cinco días, incluido el sábado. ¡Puto sábado! El sábado era un vacío en su memoria. Un vacío. Dios, qué jodido espanto. Así que, por lo que ella sabía, podría haber sucedido algo malo. Pues sí, ¡algo malo ha pasado, chiquita!: tu hombre, tu chico, ha sido detenido por agresión, embriaguez y alteración del orden público. Y en este instante está tumbado en el puto trullo, ciego como un murciélago.

Si la avisaran ella vendría inmediatamente. Se lo llevaría de la mano.

Y una mierda iba a venir. Es Helen, tío, está todo dicho.

*Not so very long ago aho
you walked away, from me,
and after all we've ever meant,
you decided to be free 1*

Ella despotricaría como una loca. O a lo mejor no abría la boca. Sabía callar. Cuando se enfadaba la voz se le volvía muy aguda y eso la jodía. Por alguna razón a Helen no le gustaban las voces agudas, ni siquiera en las mujeres. Ella era tan corpulenta como él, pero decía que hubiera preferido ser poca cosa, decía que era demasiado grande, y tenía la costumbre de caminar encorvada. Sammy le decía que se irguiera. Eso la cabreaba, aunque a veces era un cabreo de buen rollo. Si él estaba sin un céntimo le decía cosas como que le invitara a una copa. No pasaba muy a menudo. Pero a veces ella lo hacía. Una o dos veces. Luego ella se deprimía más todavía. Se quedaba en silencio, sentada, con cara de pocos amigos. Él ni siquiera se daba cuenta de que Helen estuviera cabreada, al menos al principio. Él seguía hablándole con normalidad; luego se percataba de que ella se había picado por cualquier tontería. A ver, no me echas la culpa de que seas una tía, le decía él, no es culpa mía, joder. A veces, él le cantaba aquella canción de Kristofferson:

*She aint afraid to be a woman
nor ashamed to be a friend 2*

¡Eso la desquiciaba! Pero al menos hacía que hablara. Mejor tener la boca llena de palabras que de nada, tío, esos silencios, ya sabes de qué va; Sammy no soportaba los silencios, los de ella. Los de cualquier otro sí, pero no los de ella. Se sentía demasiado inseguro. Hacía más de un año que habían empezado a salir, pero sólo habían vivido juntos desde hacía siete u ocho meses. Ella había tardado todo ese tiempo en decidirse. No era una mujer que se tirara a la piscina. Estaba demasiado curtida, muchas experiencias chungas; y tres criaturas en el camino. Dios ¡se vendría abajo! La buena de Helen... Tampoco ella había tenido nada de suerte, siempre se había enrollado con vivales a los que les iba demasiado la juerga, ella misma lo decía. ¿Cómo he acabado con alguien como tú? ¡Sabía que pasaría! Eso era lo

que le diría. ¡Ya te lo decía yo! Como si cualquiera pudiera saberlo, saber que ibas a quedarte ciego. Aunque ella sí se lo había avisado, más o menos, se lo dijo el viernes por la mañana, que aquello iba a acabar mal, eso era lo que le había dicho. A la mierda, tío.

Y ella también sufría unas depresiones de caballo; los bajones le duraban días. Sabías que tenías que echarle un ojo. A Sammy le gustaba acostarse con un lado de la cara apoyado en sus tetas, acurrucado entre ellas, con uno de los pezones pinchándole en el ojo, con suavidad, la muñeca entre las piernas de ella, la mano cubriéndole el coño, resguardándolo, sobre todo cuando ella se había corrido, sentía la necesidad de protegerla y todo eso.

Sammy sonrió, tumbado ahí, en el suelo. Pero no era una sonrisa alegre. No estaba animado. Amargura, joder, eso era lo que sentía. Tenía claro que ella se vendría abajo. Detenido por la pasma. Mamado y detenido por la pasma. Bueno, era culpa de ella. No tendría que haberle amenazado. Eso no se hace, no se amenaza a un tío, a no ser que estés dispuesto a llegar hasta el final. Claro que a lo mejor ella lo había hecho. Cómo coño iba a saberlo él. Y no podría saberlo hasta que volviera a casa. Ag, mierda, si ella quería romper para siempre pues muy bien, tío, lo único que tenía que hacer era decírselo, decírselo directamente. Él no iba a quedarse en donde no lo querían. ¡Ni de broma! Sammy estaba muy acostumbrado a hacer las maletas. Putos cabrones. Ahora, ahí, estaba ciego, joder, ciego. Imagínate que te quedas ciego. Dios. Eso sí que no te lo esperas.

Movió la cabeza y notó en la cara que la almohada estaba mojada. No había llorado, así que debía de haber perdido algún líquido. O pus. A lo mejor era pus de mierda. A lo mejor era ese asqueroso pus amarillento como los mocos o algo así, ese líquido rancio y repugnante que salía de su cuerpo, de sus ojos. A lo mejor era lo que te permitía ver y ahora que había perdido la vista el líquido se había convertido en pus, y ahí estaba, descargándolo, como exceso de peso corporal. O a lo mejor era sangre. A lo mejor le estaba sangrando la nariz. O los oídos. Los putos oídos rugían, ¡a lo mejor era asquerosa cera fundida! Dios, había demasiadas posibilidades.

Se levantó y tanteó a su alrededor con los pies. Seguía ciego, ya se había olvidado.

Extendió las manos y, palpando, fue hasta el final de la pared y se apoyó en ella. Tenía que pensar. Tenía que hacerse una idea de lo que había pasado. Los pasmas no habían estado muy interesados, al menos hasta que se releieron el reglamento. Pero ni siquiera entonces; les interesó, pero no mucho. Seguramente lo tomaban por un cabronazo borracho y nada más, punto. Muy bien, la descripción le encajaba. Pero cuanto más se prolongara aquello, cuanto más se alargara

No podías dar las cosas por sentadas. Ése era el problema. Siempre pasaban cosas nuevas, era la mala costumbre que tenían, aparecían de golpe y le daban la vuelta a todo, joder, cuando menos te lo esperabas.

Tenía que aclararse. De arriba abajo, del derecho y del revés.

Vale.

A ver, lo que había pasado es que había salido a buscarse la vida. Vale, muy bien. Y el Piernas estaba con él. No lo necesitaba para nada, al Piernas, pero el caso es que estaba allí y era lo que había; muy bien, tres chaquetas de cuero. Se deshicieron de ellas en menos de una hora y se repartieron la pasta. Sammy fue a casa a dejarse ver. Ella siempre quería saber que él estaba bien. Tanto daba que no lo estuviera, pero quería saberlo y allí estaba él. Así fue como empezó la pelea. Bueno, no exactamente. Puedes ser todo lo sincero que quieras, tío, ya me entiendes, pero no sirve de nada, joder, no con las mujeres. Él no debería habérselo contado todo, joder.

Vale, pero lo único que quería es que ella supiera que estaba bien. Así que fue a casa para dejarse ver. Pero cuando llegó ella se había ido. Y la cocina era una jodida porqueriza, como si ella se hubiera largado pitando en cuanto se levantó y se vistió. Lo que es normal porque ella no acababa de trabajar hasta tarde y a veces no llegaba a casa hasta las dos de la madrugada. Así que si salió pitando tenía todo el derecho del mundo. A la mierda las tareas de la casa. Me refiero a que si él no trabajaba qué coño importaba, a Sammy le gustaba hacer ese tipo de cosas. Además del detalle de que la casa era de ella, no es como si fuera suya también, lo único que tenía allí era la propia Helen, así que él tenía que hacer su parte y todo eso. Al menos, así lo veía él. Por eso cuando llegó a casa el viernes a la hora de comer, puso música. Muy alto, como a él le gustaba. Y entonces se dedicó a limpiar. Pero

al acabar, el dinero le quemaba en el bolsillo y no podía estarse quieto; intentó leer un libro, se sentó delante de la tele, pero no podía concentrarse. Además estaba muerto de hambre. Pero como había limpiado todo no quería enmierarlo otra vez así que no iba a cocinar, joder. Así que salió otra vez, pensando sólo en una pinta y un trozo de pastel. Cruzó a la otra orilla del río, siguió por la calle, luego por la avenida y alrededor de Cross y por Argyle Street, donde encontró al Piernas y se fueron de marcha,

ellos me enseñaron a fuuumar y a beeeber güisqui

Y todo lo demás.

Toda esa historia era para sí mismo, no para la pasma. Era él el que lo necesitaba, necesitaba contarse la historia. Una vez la tuviera ahí, firmemente instalada en esa puta cabeza suya, entonces bien, todo estaría bien; un cartucho de dinamita, tío, eso era lo que les haría falta a los pasmas. Lo demás podía dejarlo pasar, no importaba. Ya me entiendes, una vez tuviera clara la historia, lo demás podía dejarlo pasar.

Así que vale.

Y entonces se despertó tirado en el callejón y llevaba puestas esas estúpidas zapatillas deportivas. Anteayer. O el día anterior. El domingo.

¿Cómo sabía que era domingo? Pues joder, lo sabía, porque sí. ¿Sabes lo que es un sexto sentido? De eso estoy hablando.

Lo difícil era el sábado. El sábado lo tenía en blanco. Fue el viernes a la hora de comer cuando salió a privar. Y era domingo por la mañana cuando se despertó. Ahí estaba el problema. Había una laguna. Un día entero. Además se había encontrado a Charlie. Eso era ¡el cabronazo de Charlie! ¿Dónde coño se lo había encontrado? Dios, tío, putas pegas y obstáculos por todas partes. Tanto da, estaba bien. Ahí no había nada, absolutamente nada que no pudiera controlar. La historia estaba clara, era irrefutable. Había charlas ruidosas a su alrededor. En un local cerca de Candleriggs. Por alguna parte. Tanto da. Charlie dándole a la lima porque había dejado la priva. De verdad. El bueno de Charlie había dejado de beber.

Pero ¿de qué coño estaban hablando a gritos? De todo, de todo. Charlie todavía seguía con sus historias. No había cambiado mucho. Aunque ahora iba más de tranqui. O eso decía él, pero con ese tío nunca se sabe; es el tipo

de tío que se sienta a largar contigo una hora y al final no te ha contado nada.

Pero algo en él sí que había cambiado. Antes te daba miedo tomarte una copa con él. La puta costumbre que tenía de meterse en las conversaciones de los demás, ¡de desconocidos!, hazte una idea: si decían algo que no le gustaba se metía de por medio y les soltaba que eran un montón de mierda. No le importaba quiénes fueran los otros. Podías estar en un pub lleno de puestas, o de hinchas del Celtic, tanto le daba, le importaba una mierda, nunca veía el peligro; pero tú sí lo veías, era lo único que veías. Pero ahí estaba Charlie el temerario, dedicado a tocar los cojones, provocándolos a todos. ¿Qué jodidas pruebas tienes? Ése era el rollo con el que les entraba. Acabas de afirmar algo, ¿qué jodidas pruebas tienes? Puto gilipollas si vas a decir algo entonces justifícalo con pruebas, tío, ya te vale.

Eh, Charlie, déjalo, tío; eh, Charlie, controla, joder, tranqui, coño...

No te hacía caso. Y tú lo estabas viendo todo: sus caras, sus miradas clavadas en él, y también en ti, ojos muertos, que no tenían ganas de discutir, que sólo miraban, miraban y esperaban. Y tú pensabas: ay, mierda, tío, ya estamos otra vez, ya estamos... Y Charlie seguía hablando a voz en grito

porque iba de ese palo, ¡bien alto!, siempre lo hacía a grito pelado. Probablemente era su arma. Lo hacía así para que otros lo oyeran, otros tipos del pub, y así se quedaba aislado, allí, en medio de todos, y si alguien quería reaccionar tendría que hacerlo ahí delante, bajo todos los focos:

¿Quieres hablar de política?, ¿eh?, ¿quieres hablar de política? Pues entonces hablemos de política pero no me vengas con ese puto rollo de parvulario de mierda, tío, hablemos de política, de la de verdad, como putos adultos, ¿no eres un adulto, no eres un puto ser humano maduro, eh?

Dios, tío. Entonces lo que solía suceder es que las cosas le sobrepasaban. Se atascaba, se ponía como loco, se cabreaba y se frustraba. Y se largaba cagando hostias por la puerta.

Y tú te quedabas allí como un jodido panoli. Te quedabas allí colgado, tío. Un panoli bien jodido, lo que yo te diga.

Lo único que no podías hacer era hablar. Tenías que tomártelo con calma. Y salir de allí cagando hostias también, tío, cagando hostias, ni beberte de un trago lo que te quedara en la copa, no había tiempo, ni un puto segundo, tío,

dónde coño está la puerta, ya sabes de qué va, esa puta puerta por la que quieres pirarte ya porque si no, no sales vivo. Y ni se te ocurra mirar a nadie. Mantén la mirada baja. Hasta salir por la puta puerta.

Era de locos. Eso fue antes de que dejara la priva: he cambiado, Sammy, dice, me he tranquilizado.

¿Te has vuelto religioso o qué?

Charlie se rió. Pero seguía teniendo labia. Sus padres vivían todavía y eso era una buena noticia. Esas historias de cuando eres pequeño, esperas que se acaben y se pierdan para siempre. La última vez que se habían visto fue unas Navidades, el *Boxing Day* de hacía tres años, en la feria. Sammy estaba allí con su hijo. Charlie tenía dos niños y una niña. Sammy acababa de volver de Inglaterra y no tenía muy claro cuáles eran sus planes, si se iba a quedar en casa o no. Quedaron en que se verían para tomar una pinta un par de días después. Pero Charlie no se presentó. Y qué. Qué coño importaba. No iba a recordárselo ahora. Charlie siempre se implicaba demasiado en todo. Y no había cambiado. Así que no pasa nada.

A la mierda.

Te quedas a mitad de camino.

A la mierda. Sammy no tenía de qué arrepentirse. Uno intenta resolver las cosas. Cuando la cagas, te recuperas, pruebas otra vez, esperas que funcione. Pero si no funciona, pues joder, no funciona. ¿Qué vas a hacerle? Es lo de siempre. Puede hacerle daño al coco, pero ése es el puto problema. Además está el lado físico de la historia, la desintegración, y tienes que afrontarlo, joder, no hacen falta los putos pasmas para que le den una paliza a tu cuerpo, tú ya haces el trabajo solo.

Sammy se arrastró hasta el catre, se quitó las deportivas soltando unas patadas y se dejó ir, sumiéndose en su mundo incompleto: no caía en la autocompasión y ese tipo de rollos, aunque tampoco andaba muy lejos. Pero esto tenía que ser lo más chungo, tío, estaba claro, nunca había estado tan mal, seguro como una mierda.

Memeces. Cuántas veces había dicho esas mismas palabras, ¡cuántas veces! Un puto rollo. Un rollo obvio, así que cierra tu boca de capullo, calla de una puta vez.

Se tumbó de lado mirando fijamente a dios sabe qué, unas rayas tal vez, unas rayas brillantes que salían disparadas por todas partes. Parecían tenues pero debían de ser brillantes porque si no, no las habría visto. Menuda mierda de catre, tío, era hueco, estaba tumbado a pelo sobre los muelles que se le clavaban en el hombro, me cago en dios; se dio la vuelta y se puso boca abajo. Ahora veía puntos. Eran como chispas. Eso se debía a que la supuesta almohada era una sábana de mierdoso papel de seda. Así que el oxígeno no le llegaba al cerebro, al menos no como debía. Empezó a tener una de esas extrañas sensaciones que le entraban a veces, como si fuera a levitar, a elevarse hacia el techo. ¡A lo mejor ya estaba ahí arriba! Se agarró a los lados del catre, y se vio flotar hacia lo alto y salir por una ventana, primero los pies, luego las piernas, y así sin parar, el cuerpo entero, intentó aferrarse a los hombros, que los codos se le atascaran en los barrotes, pero no le sirvió de nada, se vio absorbido y empujado hacia fuera, y siguió elevándose, dejó atrás los cables telefónicos, pasó por encima de los tejados de los edificios, todas las estrellas titilaban, veía la ciudad abajo, pasó por las viviendas de Red Road. Aquella historia sobre el tipo que cumplía condena y tiene viajes mentales, John Berleycorn o algo así, ¿quién coño la había escrito? ¿Jack London? Sammy apretó los párpados. Ahora se sentía mal, jodido de verdad, con todas esas historias llenándote la cabeza, espantoso, joder, espantoso; si Helen lo dejaba ahora estaba jodido de verdad, fuera de juego; tal como estaba, bien podría meter la cabeza en un horno de gas. Lo único que podía hacer

lo único que podía hacer

No había mucho que pudiera hacer, no, no podía hacer gran cosa. En cualquier caso, ahora no. Nada dependía de él. Pronto sí, pero no en este puto momento. Así que a la mierda, sigue con tu vida. Sammy había vuelto a apoyarse de lado y deseó poder quedarse dormido. Pero el problema con el sueño es que no puedes, joder,

no puedes mandarle que venga, viene cuando quiere. Dormir. Es algo alucinante eso de dormir. Ahí te quedas, envuelto en tu propio cuerpo, acurrucado como una mierda. Te quedas ahí tumbado como si no existiera nada más en el mundo. Joder, es que no quieres que exista nada más. Por eso

necesitas escapar, porque si no escapabas no podrías soportarlo; la única jodida manera de soportarlo es desapareciendo durante seis o siete horas cada veinticuatro. Así es como sobrevives, no hay otra manera. Un tipo que había sido colega suyo se acurrucó en una esquina para morir. Sammy lo conoció cuando dormía por Paddington. Merodeaba cerca de un bareto al que iba Sammy y asaltaba a los que pasaban por allí. Un día Sammy estaba ayudando a una chica que se alojaba en la misma casa que él. Iba por la calle cargado con un montón de bultos, con las maletas y las putas bolsas de plástico, joder, menuda mierda. Entonces el tipo del que estoy hablando se acercó y le echó una mano. Una cosa llevó a la otra y Sammy acabó invitándole a una copa, no sólo una vez sino varias; de vez en cuando, dependiendo de cómo anduviera de pasta. Pero lo curioso es que al tipo no le gustaba beber en los pubs. No era un bebedor de pub. Uno conoce a tipos así. Aunque tengan algunos pavos prefieren ir a las tiendas de licores. Así era el tío, un auténtico perro callejero. Una noche él y Sammy compartieron un par de botellas de sidra y se fueron a beberlas al doblar la esquina, cerca de Edgware Road, al lado de la oficina de la asistencia social, en el parquecito. Encontraron un banco. Entonces, cuando anocheaba, el tipo se levantó y se piró, se fue solo a buscar un sitio tranquilo, y debió de palmarla allí. Sammy creyó que había ido a echar una meada. Más tarde, cuando ya se iba, decidió dar una vuelta alrededor de la plaza para ver si lo veía; lo encontró tumbado entre los arbustos y la cerca, como si él mismo se hubiera encajonado allí.

Y su cara, ¡qué horror! Dios, no podías olvidarla. Claro que Sammy había visto unos cuantos tipos que la habían palmado antes de que llegaran los matasanos y sus caras se parecían a aquélla. Se supone que uno está en paz cuando muere, pero, tío, en realidad estás jodido, bien jodido cuando miras la muerte a la cara y es un horror, más vale que lo tengas claro, la muerte es un puto espanto, ya sabes de qué va. Un jodido timo. Lo mismo pasó con su madre, cuando la palmó: Sammy estaba enchironado por entonces y no le dejaron salir para el funeral. Así que se perdió el «plácido sueño» y todo ese rollo. Su hermana le escribió y le contó todo. ¡Qué mierda de final! Pero a todo el mundo parece encantarle, eso era lo que Sammy no podía entender. ¡Su madre! ¡Se sumió en un plácido sueño! Y una puta mierda, tío, ella se

había ido pateando y chillando, joder. Era imposible que tuviera esa pinta. Siempre que veías ese plácido sueño significaba que habían pasado por las manos de las jodidas autoridades médicas o de los matasanos. Luego estaba aquel tipo negro, otro más, en la segunda celda a partir de la de Sammy la última vez que había estado en el trullo. Se supone que murió de un ataque al corazón, a los veintisiete años; pero los cabrones le asfixiaron, se sentaron encima de él y empezaron a saltar, hijos de perra, saltaron encima de él, un ataque al corazón, ya, esos putos cabrones bien saben de qué va, el pobre desgraciado, con sus auriculares de mierda, eso era lo único que había hecho, escuchar su puta música, a veces la oías, joder, te hipnotizaba, tumatumatumti tumatumatumti. Tumbado con aquella beatífica sonrisa. Cabrones mentirosos. Qué te voy a contar. A la mierda. Son todas esas mentiras, tío, son esas mentiras las que te desquician.

No tienes que pensar en eso. Está bien cuando estás fuera, pero no cuando estás en el trullo. Puedes pensar en ellas fuera, pero no dentro, no cuando estás dentro. Porque te vuelves loco. Como una puta cabra. Los ves, los ves dando vueltas. Así que lo que haces es seguir con tus historias, tus ejercicios, las actividades de supervivencia, la vieja tensión dinámica, te enganchas a eso, cuidas el cuerpo, cuidas tu cuerpo, haces más fuerte tu cuerpo de mierda, no te desesperas y pides más, no te desesperas y pides más, peleas, tiras para delante, eso es lo que haces; a Sammy le habría sido más fácil con unos auriculares, un poco de música

*Blowing everytime you shut your mouth,
blowing from the back room heading south 3*

El viejo Dylan. Sammy no había escuchado a ese tío desde hacía años. ¿De dónde vienen?, eh, ¿de dónde vienen? Las ideas de tu puta cabeza, tío, tienen su propia vida, no puedes controlarlas, nada de nada. Gracias a dios que es así.

La mano que le agarra el hombro. Un gruñido: vamos. Así te tratan. Lo

sacaron de la celda y lo llevaron de vuelta a la oficina. Le tiraron sus pertenencias y siguieron con sus cosas como si él ya no estuviera allí, una mera formalidad, un trámite de mierda. Con torpeza se puso el cinturón alrededor de los pantalones, pero entonces ellos volvieron. Apenas había pasado el cuero por las trabillas. Necesito una silla para ponerme los cordones, dijo.

No le hacían caso así que buscó a tientas una silla. Vale, dijo, sólo hasta que me los ate.

Los oía al fondo: era miércoles por la tarde. No estaba mal la noticia. Salvo que no sabía si era de esta semana o de la que viene, tal como tenía Sammy la cabeza podría haber sido cualquiera. También estaba hecho polvo, joder, tenía ganas de tumbarse y descansar ya, eso era lo único que quería. Aunque fuera en el suelo. Con que sólo pudiera tumbarse. Le pitaban los oídos y el cuerpo le dolía todavía, joder, le dolía. Iban a soltarle ahora y no estaba preparado. Un poco más de tiempo, tío, eso era lo que necesitaba, sólo para reajustarse. Y los dedos de los pies, coño, le pinchaban; por las deportivas, menuda mierda, los meñiques, joder, parecía que les habían salido bultos, como conchas de caracol o algo así. Dobló los pies; las deportivas le apretaban, joder, parecía que eran tres números menos que el que calzaba.

Y ellos siempre estaban ahí, esos cabrones, a su puta bola, cada segundo de tiempo, siempre eran ellos los que decidían, tú nunca pintabas nada. Hicieras lo que hicieras en la vida, ellos estaban ahí, los muy cabrones, ellos ellos ellos, como bebés codiciosos revolcándose mientras buscan la teta. Ahora, dijo uno de ellos, vamos.

La mano en su hombro, joder, podría haber estado bien, no sé si me entiendes, cabronazos, a Sammy le habría encantado: quita tu asquerosa mano de mi hombro, cabrón de mierda, ni me toques

Vamos, tío.

Ya voy...

Alguien le agarró del codo y había otros a su alrededor. Muy bien, dijo él. Le condujeron hasta la puerta. Murmullos y ruidos. Cerró los ojos. Estaba bien. Todo iba bien. Lo estaban conduciendo y sus piernas mantenían el ritmo, sus pies, todo iba bien, sólo se trataba de seguir, clomp clomp clomp

con los pies, sí, todo bien, andaba, clomp clomp, joder. No me arrastréis, coño, dijo, no me arrastréis, joder, me estáis arrastrando, no veo, joder, ¿es que no me entendéis o qué?

Déjanos tranquilos, murmuró uno de ellos.

Me estáis obligando a irme, pero ¿para qué!

¡Este tipo no quiere largarse!

¡Aquí!

Sammy notó la corriente de aire que llegaba desde la puerta; se la abrieron y él se adelantó solo. La puerta se cerró a sus espaldas. Había escaleras. Tanteó con el pie hacia delante, a derecha e izquierda, dios, tío, así, a derecha e izquierda, muy bien, joder, lo estás haciendo; vale; bajó las escaleras de lado, se dio la vuelta a la derecha, con las manos a lo largo de la pared, paso a paso, y se acordó del juego de palmas que jugaba de chavalín, palmeando las manos contra las de otro crío cada vez más deprisa. Sammy no es que fuera muy deprisa, en realidad; a decir verdad, iba bastante despacio, era una tarea lenta, muy lenta; plaf, plaf, plaf, plaf, plaf; muy bien, se movía, no se había quedado quieto y eso estaba bien porque es lo único que te hace falta, incluso el viejo sapo o lo que fuera, ese bicho tan lento, acaba llegando tío, acaba llegando y gana, al bicho rápido, a la liebre, así que estaba bien, tenías que tomártelo con calma y date por contento

dobló la esquina y de repente la ráfaga de viento, por dios, como si lo hubieran encerrado en primavera y lo hubieran soltado en pleno invierno. ¡Si cuando lo habían detenido hacía calor! Eso, al menos, era lo que recordaba, el calor, el calor. ¡A lo mejor es que no lo habían detenido a él! A lo mejor habían detenido a otro. A lo mejor no era él el que estaba aquí, él, aquí

Dios se le estaba yendo la olla, tenía que andar con cuidado, joder, con cuidado, el puto coco, la mollera, vale, vale, muévete

Muy bien.

Dios, joder.

Palmas, da palmas contra la pared, como en el juego. Me cago en dios. Eso es lo que estabas haciendo, palmas, palmitas, seguías adelante, adelante. Todo iba a ir bien enseguida. Todo desaparecería. En una bocanada de humo. Quieres un final feliz. Te daré uno. Muy bien, has pasado un puto mal rato.

Has estado ciego. Has perdido la vista unos días y ha sido chungo. Has salido adelante, joder, has salido

Quiero decir que eso era algo que tenía Sammy, el tío, ya sabes lo que quiero decir, un montón de basca la habría palmado. Pero él no. Él había sobrevivido. Estaba cuerdo. Había sido chungo. Pero ya había terminado. Y ahí estaba él, estaba fuera y en movimiento, y estaba libre. La pesadilla había terminado. Así que ¿cómo coño era posible que siguiera sin ver un pijo?

Quiero decir que

Dios.

Vale, vale, muy bien. A la mierda.

Tranqui. Está bien, chaval, calma. Respira hondo. Calma. No te agobies, ya sabes a qué me refiero, eso es lo que tienes que hacer, eso es lo que haces, eso es, ése es el puntazo. Miras alrededor y compruebas si es por aquí o por allí, o lo que sea, y así se soluciona.

Sammy se había parado. De hecho, parecía que no andaba desde hacía mucho. Estaba apoyado en una pared. Ahí estaba. La pared que había al doblar la esquina de la comisaría. Tal vez fuera la propia comisaría, el otro lado del puto edificio.

Pero todo iba bien, cojonudo, sólo tenías que tomártelo con calma. Con calma. Joder, tío, vamos. La situación actual, la situación en la que estaba él en ese momento, eso era en lo que tenía que pensar: nada de dejar que se le fuera la olla, no estás en chirona, tío, esto es tu puto coco, tío, es tu cabeza, ahí donde no hay nada, así que estúdialo.

No te pierdas, no te vayas por las ramas. Está pasando ahora mismo, no la semana pasada ni la próxima.

Vale, él conocía bien esa calle.

Un pitillo no estaría mal, tío, se moría de ganas de fumar; esos cabrones.

A ver: había doblado la esquina de la comisaría. Ellos probablemente estarían asomados en alguna ventana mirándole en ese mismo instante. Era lo que le faltaba, le escupirían grandes lapos. Pero no pasa nada, no te preocupes. Sammy el temerario. Nada de que preocuparse.

A ver, si estaba ahí...

Dios. Vamos, pírate. Vale, se apartó de la pared, pero no mucho, no

mucho. El juego de las palmas. Pero sólo con la mano derecha, se metió la izquierda en el bolsillo del pantalón, pero la sacó al momento porque le hacía falta, la necesitaba para mantener el equilibrio, no es que tuviera calor pero, por si se mareaba, la necesitaba, suelta, así que... Al menos no veía a los cabrones que le estarían mirando. Porque le mirarían. Se creerían que estaba borracho. Claro. Eso creerían. Así era la gente, así pensaban siempre los demás: mal, lo peor, de ti; si es que les daba por pensar algo sobre ti pues pensarían eso, tío, lo peor. Vale, eso era normal. Se detuvo. Suspiró. Flexionó los brazos. Porque le dolían los hombros y tenía que descansar un momento. Sólo un momento. Dios, lo que daría por un pitillo, se moría de ganas por uno. Dentro no había tenido tantas, pero ahora sí. Ahora se moría de ganas.

Pero, ¿cuántos cruces había hasta la avenida? ¿Cuántas calles había antes de llegar a la grande! Era ridículo que no lo supiera. Hay un montón de cosas que crees que has grabado en tu memoria, pero qué va, te acuerdas de una mierda, ¿de una mierda! Tenía que preguntar a alguien, pero ¿cómo coño sabes que viene alguien si no puedes verlo y hay un montón de ruido a tu alrededor?, con todo ese tráfico y el viento, tío, el puto viento, coño con la jodida brisa.

Un ruido muy fuerte, como si pasara un camión. Bastantes iban por ahí de camino a la autopista para el largo trayecto hacia el sur o por la costa oriental. Una vez le llevaron de una sola tacada hasta Dundee. Una suerte de cojones. Hasta que llegó allí, claro, porque al llegar descubrió que no había curro, el tipo que se lo había dicho le había vendido una moto, la mierda de siempre. Dios, qué bien le vendría un pitillo. Si hubiera tenido bastante para un paquete de diez habría ido a la tienda y se lo habría comprado, y luego habría explicado la situación, y, joder, a veces pasan milagros, el dependiente le habría dejado lo que le costaba el taxi para volver a casa, habría sacado la pasta de la registradora. O a lo mejor había una cabina y podía ponerse en contacto con Helen. Lo que pasa es que ella no tenía teléfono así que aunque hubiera tenido una moneda de diez peniques habría estado en las mismas. A no ser que ella estuviera trabajando en el pub. Allí sí podía llamarla.

Joder, tío. Se estremeció. Seguía allí, en el mismo sitio donde se había parado. Ni siquiera había querido pararse, pero lo había hecho. Porque ahí

estaba, pegado a la pared, apoyando el hombro en ella, quieto, atascado, se había quedado atascado. Bueno, la verdad es que no era tan raro, tío, no, no tenía nada de raro.

Ag, era inútil. Así te sentías. Aquellos cabrones. Pero qué otra cosa puedes hacer. Qué otra cosa salvo empezar de nuevo, así que reanudó la marcha. Eso hizo, empezó otra vez. Es como un juego, tío, pero así es la vida, la jodida vida, que de eso estoy hablando, y es lo único que puedes hacer, tío, empezar de nuevo, pasar página, un nuevo comienzo, otra vez, tiras palante, tiras palante, sí joder, tiras palante, eso es lo que haces, eso es lo que hizo Sammy, qué otra cosa podía hacer, joder, ya me entiendes, a la mierda. Claro que era una catástrofe, o algo por el estilo, tenías que admitirlo. Un bastón no habría estado de más. Un bastón habría sido ideal, joder, ideal.

Sammy se había parado, se volvió hacia la pared del edificio de viviendas y apoyó la frente en ella, sintió la arenisca, el ladrillo, desplazó la cabeza sobre la pared, cinco o seis centímetros, raspándosela, luego volvió al punto de partida hasta que empezó a dolerle. Lo que pasaba es que así no iba a ninguna parte, a ninguna. Tenía que aclararse, que pensar; pensar, necesitaba pensar, joder. Era un problema completamente nuevo. Y tenía que hacerle frente, eso era todo, no se trataba más que de eso. Cada día era un puto problema. Y éste sólo suponía uno nuevo. Así que te lo pensabas y le hacías frente. Eso es lo que era un problema, algo que te obligaba a pensar y luego le hacías frente, y tirabas palante; campos verdes detrás de cada esquina, sol y cielos azules, calles bordeadas de manzanos y niños jugando en el césped, las buenas autoridades de toda la vida y el jefazo en su oficinita central, el bueno de dios con la barba y la túnica blancas, sentado allá y mirándote desde arriba, con la afable sonrisita, guiando a los niños. Sí, eso estaba muy bien. Pero lo que contaba era el ahora. Era ese momento y ahí. No había más; en cuanto lo hubieras superado, lo habrías dejado atrás. Hacía media hora estaba en la oficina de la poli, dentro de una hora estaría en casa, una taza de té y los dedos de los pies delante de la estufa, a lo mejor con una palangana de agua caliente; Helen se queja por lo mucho que se ha preocupado: se ha tomado el día libre; ella se alegra de verte porque estás aquí

En la barbilla le había crecido una barba incipiente, no se había afeitado

desde el viernes por la mañana.

Respiraciones profundas. Un coche que pasaba cerca, sonaba como un taxi.

De locos. Qué jodida locura.

Apartó el hombro de la pared, pero se tambaleó, se dio un golpe contra ella y se trastabilló, joder, se irguió y puso las manos planas contra la pared. Era muy raro. Como cuando fumas un poco de chocolate y las ideas van y vienen, o a lo mejor es el mismo pensamiento con lagunas y antes de que hayas llegado a ninguna parte tienes un subidón con mucho ruido, como si la cabeza te fuera a explotar y cierras los ojos, los cierras con fuerza, con la cara en tensión, los dientes apretados, porque sabes que esos cabrones también andan por ahí, tío, esos cabrones te odian, joder, y te lo dicen, los muy cabrones, tío, te quieren ver fiambre, eso es lo que están buscando

Vale muy bien, lo que vas a hacer es ponerte en marcha, en la misma dirección en la que estás mirando. Te has tambaleado hacia ahí así que sigues encarando la misma dirección, no le des más vueltas, es lo que hay, tío, no vas a volver atrás, así que ni se te pase por la cabeza, no es más que una estupidez

¿Cómo se camina? Bueno, pones un pie delante del otro y lo dejas caer despacio, muy despacio, ese pie, y luego el otro, también muy despacio, hasta que te sientes seguro, buen chico. Te pones en marcha. Seca, la pared estaba seca, menos mal porque podría haber estado lloviendo a cántaros, tío, que la lluvia es lo que tiene, joder, te cae encima como chuzos de punta.

El juego de las palmas.

¿Alguna canción? Se habría conformado con una canción. Sammy era ese tipo de tío, siempre con la cabeza llena de canciones

no era más que un hombre enfermo que necesitaba ayuda, qué clase de ayuda: la pasta para un taxi, o para un autobús. Un par de pitillos. Un bastón. Un bastón haría que la gente entendiera la situación. Cualquier bastón. Podría caminar tanteando, dando golpecitos por delante de sus pasos. ¡Un bastón!, un bastón de mierda, eso lo cambiaría todo.

A poco que lo pienses, era curioso que los pasmas lo hubieran soltado. Pero no tenía sentido pensar en eso. Salvo que, cuando lo pensabas, ya me

entiendes, parecía raro.

Un coche pasó silbando a su lado. A lo mejor podía encontrar la estación del metro. Había una por allí. Podía contarle a la gente de la taquilla que tenía un pase de ciego y que lo habían atracado; que un cabronazo le había robado todo. Y a lo mejor lo acompañaban hasta abajo y lo subían al tren. Pero ni siquiera así le servía de mucho porque el metro no pasaba cerca de donde vivía.

Ah, a la mierda.

Pero ¿qué pinta tenía?, ¿tenía pinta de borracho? Hacía días que no se afeitaba, tío, joder, no había tenido ni una puta ocasión.

Así que era difícil. Vale, pero no una pesadilla. No lo era. Sólo era algo que le estaba pasando. Podría con ello. Confiaba en sus fuerzas. Eso Sammy sí lo tenía: sabía que era fuerte. Y lo sabía porque conocía sus debilidades. Joder, cuántas tonterías pensaba. Pero creía que podría salir de ésta. Como si fuera una serie de interesantes problemas a los que tenía que enfrentarse en esta interesante etapa de su vida en la que, a decir verdad, a veces se sentía aplastado por todo, por todo el puto rollo, que parecía no tener fin, no acabar nunca, joder, así que tiras palante. Además, Sammy tenía un hijo, imagínate, no volvería a verlo, a no ser que recuperara la vista, tío. Pero a lo mejor no quería recuperarla. Cuando hubiera tenido tiempo para sopesar las ventajas y las desventajas, porque seguro que aquello tenía ventajas, seguro que las tenía; ¿de qué tipo?, no sé, algunas ventajas tendría: al menos, la semana que viene no haría lo mismo que había hecho la semana anterior, al menos la semana que viene no haría lo mismo que había hecho la anterior

A ver, ¿dónde estaba? Aquí. Muy bien. Un pitillito de mierda. Eso era todo, tío, lo único que quería, nada más, sólo un puto cigarrillo

Vale.

Gruñó sin saber por qué. Un gruñido que pareció una risa, pero no lo era. Mierda, lo mejor que podía hacer era parar a alguien y pedir ayuda. Si era una mujer a lo mejor hasta podía tirársela, ¡podían molarle los ciegos! Buf, en serio, lo que importaba era la pinta que tuvieras, si tenías buena pinta, si ibas como un pincel, todo funcionaba, pero sino espantarías a la gente, si no tenías buena pinta te esquivarían. Te esquivarían de todas formas. En cuanto lo

vieran, al tío, se mantendrían bien lejos. Eso estaba cantado. Eso estaba tan claro como el agua. Nadie se pararía a no ser que encontrara a alguien que supiera de qué iba la cosa. A otro ciego. Ellos sí le ayudarían. Oyó pasar un par de coches.

Qué raro era todo. Joder, qué raro. Raro, desquiciado y maravilloso, qué gilipollez.

Pero estaba pasando algo más. Sí, algo más. Sammy lo sentía. Era como cuando algo no va bien, ya sabes a qué me refiero, y tienes un presentimiento; lo sabes, simplemente lo sabes. Eso sentía Sammy. Un presentimiento. ¿Qué coño era lo que pasaba? Una vez había leído una historia sobre eso: un pobre tío que trabajaba como funcionario de poca monta en un departamento del gobierno y se mataba a trabajar a todas horas, pero todos los demás creían que era un pringado, toda la gente que conocía creía que era un pringado, pobre desgraciado, eso es lo que era, un pringado.

Eh, ¡perdone! Discúlpeme. Mire, perdone que le moleste, soy ciego y he perdido la cartera. Me han robado.

...

Perdone que le moleste. Es que no sé dónde estoy, estaba en la otra calle y dos jóvenes me asaltaron, en el banco, en el cajero automático, estaba sacando dinero...

...

¡Eh! ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Hola?

Dios. Sí, había alguien ahí. Con toda seguridad había alguien. Ahora se habían alejado, pero habían estado ahí, lo sabía con certeza, ahora ya no estaban, pero habían estado.

A no ser que se hubieran callado. Tal vez sospechaban. Empezó a hablar con calma. Si hay alguien ahí, dijo, disculpas por entrar así, es que soy ciego. Alguien me robó la cartera, con toda mi documentación. Soy ciego. Lo siento. Sólo... ¿Hola? ¿Están ahí?

...

¿Hola?

Putá mierda. La gente pasaba a su lado. Él la oía. Estaba ciego, coño, no sordo. Quería agarrarles y explicárselo, joder, sólo explicárselo, así que se dio

la vuelta y de repente había perdido la pared, se movió hacia ella con las manos extendidas, pero había perdido la puta pared y golpeó con el pie algo duro, así que se desplazó hacia la izquierda y el mismo pie tropezó en algo y se cayó; y lo único que podía hacer era seguir allí, tirado, tirado en el suelo, sin tener idea de nada, ni de qué hacer, de nada. Un coche pasó silbando, muy fuerte y muy cerca. Se movió hacia la derecha, buscando el bordillo, pero no lo encontró. Tanteó en la otra dirección, la izquierda, con la mano extendida, pero tampoco lo encontró, no dio con el bordillo y eso que estiró la mano más lejos. Entonces se quedó quieto. Más tráfico. Socorro, dijo. Estaba en la calle. O seguramente no. Seguro que no estaba en el medio de la calle, no podía ser. Socorro, repitió. Joder, no podía ser. Murmullos que murmuraban. Voces. Se puso de rodillas y por fin se irguió del todo, intentando que sus movimientos fueran lo más normales que podía, y así se puso de pie en el mismo sitio donde había estado tirado, con los brazos extendidos: ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Murmullos y más murmullos.

¡Socorro! ¡Sacadme de la calle! ¡Ayuda!

...

Dio pataditas con el pie derecho buscando el bordillo. ¡Ayúdenme! Estoy ciego, soy un puto ciego, no veo. ¡Ayuda!

Dice que es ciego.

Subidme a la acera, echadme una mano.

Estás en la acera.

Una mano que surgió de la nada le agarró del antebrazo y otra un poco más arriba, cerca del hombro, y una voz: ¿estás bien?

Sí... Sammy oyó su propia voz, muy ronca.

Siguió un silencio durante un momento y luego alguien dijo: está bien. Más silencio.

Y Sammy preguntó: ¿dónde estoy?

...

¿Qué es esto?, ¿hay alguien ahí? ¿Eh? ¿Estáis ahí? ¡Hola!, ¿estáis ahí? ¡Eh!, ¡hola!, ¿estáis ahí?

¡Joder! Luego oyó murmullos en voz más alta. Gente que hablaba.

¿Hola?

No oía las voces con claridad. ¿Dónde estoy?, preguntó. ¿Hola? Estoy ciego, ¿queréis ayudarme?

...

¡Echadme una mano! ¿Eh?, ¿hola? Dios. ¿Hola? Estoy ciego. Hola. ¿Dónde estoy? ¿Hola? Estoy ciego, joder, ayudadme por favor, decidme sólo dónde coño estoy por lo que más queráis, ¿hola? Me he perdido.

¿Qué pasa?, ¿qué es esto?

¿Qué?

¿Estás bien?

No sé dónde estoy. Estoy ciego. Se me ha perdido el bastón. ¿Dónde estamos?

En Davis Street.

¿En Davis Street?

En la esquina con Napier Street.

Vale.

Estás delante de correos.

...

¿Qué pasa?

Sammy no podía hablar. Se sentía mal, nervioso, muy nervioso, como si le fueran a dar temblores, algo así.

¿Qué está pasando?

Verás es que estoy ciego, ¿sabes?, estoy, yo..., esto..., ¿hay algún pub cerca?

Bueno, sí, The Blazer, ahí enfrente. ¿Quieres cruzar?

Sí.

Pues entonces dame el brazo... El tipo se lo cogió, esperó un momento y empezó a andar guiando a Sammy, lo bajó de la acera pero no parecía que avanzara en línea recta y te preguntabas si habría echado a andar entre los vehículos y ni siquiera se habría molestado en esperar a que el semáforo cambiara, si es que había semáforo, porque joder no había manera de saber dónde te estaba llevando y te tropezabas con los talones del tipo y los dos os trastabillabais; no tenías ningún control y querías andar pasito a pasito pero

no podías porque tenías que moverte y seguir adelante, tenías que hacerlo como era debido, y Sammy tenía miedo de abrir la boca por si el tipo se desconcentraba o se picaba y le dejaba allí tirado y se largaba ofendido, tío, por el ruido diría que el cruce estaba a tope, transitado de verdad, el tráfico de Napier Street, lo oía.

Arriba, dijo el tipo, aquí está la acera.

Sammy avanzó un pie. Subió.

¿Todo bien?

Buf.

¿Eh?

Sí... quiero acercarme a la pared.

¿Qué?

¿Ves la pared?, ¿puedes acercarme hasta allí?

¿A la pared?

Hasta un lado del pub.

El tipo cogió a Sammy del brazo lo llevó hasta allí y él se apoyó en la pared. Tenía el estómago revuelto y estaba temblando, se sentía fatal de pies a cabeza. Tenía que haber otra forma de moverse porque ésta le estaba destrozando los nervios. Iba a quedarse donde estaba, eso iba a hacer, quedarse ahí. Hasta que se hubiera recuperado. Hasta que hubiera recobrado el aliento. A la mierda los putos transeúntes. Tenía el estómago lleno de nudos, joder, qué quieres que te diga. Se concentró en la respiración e intentó controlarla; en la cabeza notaba una especie de destellos y los zumbidos en sus oídos eran muy fuertes, joder, muy fuertes. Debían de haberle pegado ahí, seguro, porque aquello no era normal, nunca antes había oído zumbidos tan fuertes. A no ser que se debiera a la ceguera. Probablemente aquello, lo que quiera que fuese, afectaba al oído además de a la vista.

Esto era lo peor de todo. No había duda, nada tan chungo como esto. Si antes le había cabido alguna duda, ahora ya no tenía ninguna.

Nunca. En la puta vida. Nunca había vivido nada tan chungo como esto. Estaba muy bien eso de decir que tienes que relajarte, que tienes que tomártelo con tranquilidad, sí, está muy bien decir eso, pero no siempre puedes conseguirlo. No si es lo más chungo que te ha pasado, si es lo peor;

porque le estaba pasando y no era una pesadilla, joder, le estaba pasando ahora mismo, ahora mismo, así que vale, ok, pese a todo tenías que relajarte, tenías que tomártelo con calma, vale, todavía tenías que controlar, no era momento para venirse abajo, todos nos venimos abajo, sabemos bien qué es venirse abajo, y éste no era momento para eso, así que no hay ningún problema, joder, déjalo, tío, tranqui. Sammy se había cruzado de brazos, cerró los ojos, le entró sueño. Apoyado en la pared estaba bien, se sentía a salvo; y estaba cansado, tenía ganas de dar una cabezada. Y si seguía así más rato eso es lo que pasaría, tío, se quedaría frito. Y entonces vendrían los putos pasmas. Seguramente lo habían seguido desde comisaría. Cabronazos. Iba a quedarse ahí. Qué más le daba si intentaban detenerlo, a ver, ¿de qué coño lo iban a acusar ahora?, ¿de merodear con fines delictivos? Ésa sí que era buena, merodear con fines delictivos, con la intención de darse una hostia contra una farola, ése era el delito; cabronazos.

En realidad, tal como se sentía podía haberse quedado ahí el resto del día.

Los putos pies también le estaban matando, esas deportivas de mierda. Alguien pasó muy cerca de él, se dio la vuelta para pedirle que le pagara el billete de autobús, fuera quien fuera, pero se cortó. Estúpido. Cómo vas a saber a quién le entras, a lo mejor era alguien que trabajaba en el pub, entonces lo detendrían joder, si hasta podrías intentar darle el sablazo a un pasma. Con la suerte que tenía, perdería hasta las piernas, joder, ya me entiendes.

Pues vale. Esto era lo que había. Lárgate de aquí, sigue adelante.

Y un poco de sentido práctico, coño, tío, controla, relájate, es como un problema aritmético mental, dos más dos son cuatro.

Tenía ganas de sentarse. De tomarse una cerveza con alguien. De explicar el rollo. Joder, tío. Nunca le había gustado The Blazer. Algunos tipos que conocía iban ahí; al menos antes, un par de la vieja pandilla. Pero en realidad no querías verlos, a no ser que necesitaras algo. Y aun en ese caso tenías que andarte con tiento. En esta vida se paga por todo. Érase una vez

pero ahora no. Sammy lo había dejado atrás. Eso era algo que tenía claro, tío, los viejos tiempos de ralladas de coco: habían acabado. Helen se equivocaba en eso, completamente.

Pese a todo, todavía te lo imaginabas: sentado allí, con una enorme pinta espumosa y un paquete de tabaco.

Ah, putos cuentos de hadas. Claro que pillar una curda podía ser una manera de llegar a casa. Los niños y los borrachos saben de qué estoy hablando, el buen dios, la autoridad central, el que cuida. Pero a veces así era la bebida, casi una alfombra mágica. Otras veces, no.

Vale, tómate tu tiempo. Ve a la izquierda. A la izquierda. Dios. Vamos. Muy bien: a la izquierda, date la vuelta, hacia la izquierda. Sammy dio un paso adelante, con la mano tocando el edificio, y avanzó tanteando hasta que llegó a un punto en que olvidó qué estaba haciendo y sólo quería llegar de una puta vez, dios, estaba acostumbrado a eso, me refiero a que estaba acostumbrado a caminar largas distancias, sin un céntimo y muerto de hambre, pelado de frío y jodido, sin ningún sitio al que ir, tío, toda ese rollo de privaciones. Pero todo era nuevo como una mierda en este juego.

Así que piensa en una canción. No, nada de canciones. A la mierda las canciones. Aquello era aquello y esto es otra cosa.

Lo pasado, pasado.

Ag, además, todo era culpa suya.

Lo que era su puta culpa, joder, era que siempre se culpara a sí mismo de algo que no tenía nada que ver con él, eso era muy típico. ¡No era culpa suya el haberse quedado ciego, coño! ¡Ni de broma! Joder, tío. Sammy se había parado. Se puso en marcha de nuevo. Estaba siendo práctico, intentando no pensar, primero un paso y luego otro, uno detrás de otro, simplemente sigues adelante, te mueves, simplemente te mueves; muy bien; vale, muy bien. Sentía pinchazos en el pie izquierdo pero no pasaba nada, todo va bien, todo va bien; se mantenía en la parte interior de la acera, medio paso cada vez, eso bastaba; arrastraba luego el otro pie, en paralelo, descansaba un buen rato, iba ganando confianza; cualquiera que lo viera pensaría que había sufrido una angina de pecho, que se estaba recuperando de un ataque al corazón o algo por el estilo; se acordó de que una vez había paseado con su abuelo, hacía muchos años, y tenían que pararse cada veinte o treinta metros a descansar para que el pobre hombre recuperara el aliento porque tenía los pulmones muertos pero no quería quedarse en la cama, con aquellos ruidos de

borboteos y jadeos a todas horas.

Chocó con alguien; le dio la impresión de que era un tirillas, y que sin querer le había dado un buen golpe, pero no le pareció que el otro se cayera. Sammy dijo: lo siento; pero el otro tipo no abrió la boca. Así que empezó a contarle cómo había perdido las gafas. Sólo silencio. El escuchimizado debía de haberse largado.

Estiró la mano hacia la pared: era un escaparate. A lo mejor, cuando llegara a casa ya había recuperado la vista. Mierda. Estas cosas te pasan para ponerte a prueba, la vida, la vida se te da para ponerte a prueba.

Se moría de ganas por fumar, tío. A lo mejor podía acercarse al Glancy's Bar y entrarle a alguien para que le pagara un taxi. Ag, mierda, tardaría tanto en llegar allí como en ir a casa.

Pero es una mierda, joder; sales a tomar una pinta y acabas ciego, ésa es la historia de la vida de Sammy, una suerte de cojones.

¡Disculpe!

Perdón.

Joder, tío, parecía que había puesto la mano en la teta de una mujer. Me cago en dios, iba a conseguir que lo detuviesen.

Siguió adelante. Un luchador, eso es lo que era. Es lo que tenía Sammy, era un puto luchador. Si se lo preguntaras es lo que te respondería: cerebro ninguno, pero peleaba como un cabrón.

Y es verdad que lo intentaba.

Si iba directo a una puerta y estaba abierta se daría una hostia al entrar. Y qué, alguien le recogería.

Incluso su coco, no lo tenía tan vacío después de todo, por dios, no le había ido tan mal en el colegio. ¡Antes de que lo expulsaran! Ag, nunca lo habían expulsado, eso no era más que un rollo inventado.

Dios, dios, dios y más dios.

Era el fútbol, de niño le había gustado jugar, al fútbol; era un fanático, un auténtico fanático

dios

pero lo era; ya podía llover, granizar o nevar, ahí estaba él, en la calle pateando un balón. Aunque era lo de siempre, la posibilidad de que hubiera

llegado a algo era muy remota. Si hubiera nacido de pie. Los ojeadores lo habían visto. Pero no salió bien, ya sabes cómo va la cosa, lo intentas, sólo que

que os den. ¡Jodeos!

¿Dónde coño estaba? Se había parado. No era raro que se hubiera parado porque no tenía ni puta idea de dónde estaba. Muy bien.

Pero dónde coño estaba, dónde coño estaba, estaba en la calle, ahí estaba, y no podía perderse porque no era posible, vale; estaba en una esquina, aquello era una esquina, la esquina siguiente, la que venía una vez pasado The Blazer, así que estaba bien, muy bien, no se trataba de una esquina de verdad, de una calle, no era una calle de verdad ni un cruce, eso estaba bien si ibas más despacio, si hubiera una alfombra mágica, pero no la había, así que te quedas quieto ahí, vale; Sammy se quedó ahí. Recuperó el aliento. Era una calle recta. Había llegado en línea recta y a partir de ahí sólo tenía que seguir la misma línea, porque esa línea le llevaría a la manzana de pisos, y luego al desvío por el puente, hasta ahí lo llevaría. Aunque tuviera la pasta para un taxi, el taxista es probable que no quisiera llevarle, estaba demasiado cerca, eso diría, ¡que te den!, eso diría porque estaba demasiado cerca. Estás demasiado cerca para coger un taxi, a cinco minutos andando, eso es lo que diría el tipo, así que estaba bien, sólo tenía que cruzar algunas calles, unas tres hasta el cruce principal, el grande con cinco carriles; una vez lo hubiera cruzado sería pan comido, tío, pan comido, así que muy bien, sigue pateando, sigue pateando, nada más. Se apartó de la esquina, con los dos brazos levantados y extendidos, moviéndolos de un lado a otro, con el pie derecho iba tanteando, tocando con la punta por delante, y tocó algo, un poste, bien, el borde de la acera. Ésta no era una calle de verdad, más bien una especie de callejón sin apenas tráfico. Oyó gente que pasaba. Podía pedir ayuda si quería, pero no le hacía falta; más tarde sí la necesitaría, pero no ahora, era mejor no pedirla ahora, porque

porque ¿qué? Pues porque no, era mejor no pedirla; empezó a bajar el pie derecho de la acera, mantenía la mano izquierda agarrada al poste, apoyó el tacón de la zapatilla izquierda en la parte baja del bordillo, pero pegada a él, joder tío, lánzate de una vez, coño, adelante; vale, adelantó el pie izquierdo,

luego el derecho, luego el izquierdo. Había alguien detrás de él. Estoy mareado, dijo, estoy mareado. Se había parado. Me estoy mareando, dijo.

...

¿Estáis ahí? Se aclaró la garganta, no, no estaban ahí, quienesquiera que fueran no estaban ahí, a no ser que le estuvieran mandando a la mierda. Pero, en el nombre de dios, joder, dios bendito. Buf. El pie derecho, luego el izquierdo, y luego otra vez lo mismo, vale, todo recto; iba recto, por dios todopoderoso, así, así iba bien, porque él sabía hacerlo, el derecho luego el izquierdo y otra vez igual, arrastrando los pasos, sólo arrastrándolos, estaba bien, así te ahorrabas la ayuda, no la necesitabas así que te la ahorrabas; la necesitaría más tarde, no ahora, así que adelante, adelante, avanzando paso a paso, adelantando un poco el pie porque tenía que llegar, tarde o temprano, eran unos veinte o treinta pasos y había dado una decena, a lo mejor una docena; el tráfico estaba allí, pero lejos, en la calle principal y no aquí porque el tráfico no va por una calle sin salida, porque no era una calle de verdad, no iba a ninguna parte

gente otra vez, chavales, niños que gritaban muy alto, que lo adelantaron y él aprovechó y aceleró el paso tras ellos hasta que los perdió y pasó un autobús grande y pesado, y sus voces se oyeron lejos, pero él siguió adelante porque ya estaba llegando, tío, ya no faltaba mucho, casi debía de estar; si pudiera ver, ya sabes, eso era lo que estaba pensando: si sólo pudiera ver, aunque sólo fueran los trozos de calle y carretera que cruzaba

muy bien, estaba al lado de la otra acera y la subió, arriba, así era él, tranquilo, directo, sin problemas, como si nada, bueno, vale, no era tan fácil; pasos hacia el edificio, a la esquina; y el tráfico a su derecha. El tráfico quedaba a su derecha, y así tenía que ser porque así era, estaba en la calle principal, el tráfico y él iban en la dirección correcta, estaba bien, dios, la cosa iba bien, su mano se apoyó en el edificio y siguió adelante, con calma y sin perder la cabeza porque no había motivos para que se le fuera la olla, sólo tenías que jugar a dar palmas, sólo eso, y sólo eso hizo, estás ciego, las palmas, jugar a las palmas le iba bien, tío, así no te metes sin querer en la calle, tienes que tomártelo con calma y no joderla, no la jodas

vale. Un pitillo vendría bien, un pitillo estaría cojonudo. Sammy se paró y

reemprendió el camino porque lo mejor era seguir adelante, en lugar de detenerse cada pocos metros, eso era una tontería, una puta estupidez, tío, ya me entiendes, estás mejor andando para ver qué pasa porque coges el ritmo con tu propia zancada y todo va bien si sigues adelante, una zancada no muy grande, pero sí lo bastante, lo bastante para seguir adelante y así llegas a alguna parte y la cabeza se te llena, se te llena con lo que le ocupa en ese mismo instante, ésa es la verdad y nada más que la verdad, tío, así va la cosa, esa es la verdad y nada más que la verdad, nada más que la verdad, palpas un pequeño espacio vacío y es sólo un umbral, sólo un umbral y un trocito más de oscuridad y tus manos palpan un par de veces y entonces está ahí, ahí está, la siguiente pared, justo después del umbral y ahora está bien, menos mal que había desayunado, joder, los pasmas le dieron el desayuno

vale, aquí tienes, un banquete digno del llanero solitario

Aunque no siempre dan el desayuno, hacen lo que les sale de los cojones, te lo dan o no, a veces, no, tienes hambre pues te jodes, vale, ésa es la historia, cuando la cagas, pagas, cuando la cagas, la cagas

Era como una canción:

*Ye does yer crime ye does yer crime
ye does yer crime ye does yer crime
ye does yer crime ye does yer crime*

*On christmas day in the morning,*⁴ ésa era la canción. ¿Cómo era la jodida melodía? *christmas day in the morning*. Sammy no se acordaba, joder, no se acordaba, la puta mañana de la Navidad. Tenía una melodía, claro, pero ¿cómo era? Porque tener, la tenía, no era un dicho ni un poema de mierda, tío, no era un poema, era una canción, la cantabas; así que tenía que haber una melodía. Joder,

te subes los pantalones

adelanta el mejor pie, el pie adelante

Vale, abreviando, porque la cabeza de Sammy estaba confusa y lo que salía de ella no siempre era agradable. El tipo estaba jodido, a ver, es una manera de decirlo, estaba jodido, así que no tiene sentido prolongarlo. Si quieres jugar limpio, porque eso es lo que quieres, ¿no?, pues déjalo, déjalo,

olvídate, una pizca de intimidad, ya sabes a qué me refiero, deja en paz al chico un rato, coño, a veces más vale aceptarlo.

A la mierda.

Cabronazos, tío, ya me entiendes, los putos pasmas, lo quieren todo, le di mi corazón pero ella quería mi puta alma; ya estamos, eh, ya estamos otra vez, lo de siempre; que os den, todos podemos hacerlo. Cabronazos. Pero para qué encabronarse, para qué. Si se hubiera cabreado habría sido un desastre total, ya me entiendes, ves a esos pobres desgraciados que han perdido el norte, a lo mejor están en algún sitio donde la gente los ve, y han perdido pie, están haciendo el gilipollas, chillan y gritan a los demás. Sin ningún motivo. Y tanto da que les vean o no; han perdido el control, tío, están jodidos. Sammy el temerario.

Ag, lo estaba consiguiendo, lo estaba haciendo a su manera. Después de todo no hacía falta cerrar el grifo. Tenía algunas alucinaciones, pero no demasiadas, bien mirado no eran tantas, no. Era como si él supiera que le estaba pasando, que le venía, así que lo afrontó y, cuando empezó, lo detuvo. Un tipo que conocía

mierda, ¿bromeas? Conocía a cientos, a cientos: tipos que se habían descontrolado, tío, a lo bestia, el manicomio está lleno de ellos. Pero ese tipo no estaba en el manicomio, estaba en una residencia, se suponía

Ah, a la mierda, tío, historias y más historias, la vida está llena de historias, están ahí para ayudarte a salir del pozo cuando te metes en líos, cuando estás con la mierda hasta el cuello, ellas vienen a rescatarte, y una de las cosas que se aprenden en la vida son las historias, la cabeza de Sammy estaba cargada de historias, había conocido a algunos cabronazos en sus buenos tiempos; tampoco es que fuera viejo porque no lo era, sólo tenía treinta y ocho, pero sí lo parecía por la vida que había llevado; aunque, a poco que lo pienses, te das cuenta de que la vida que había llevado

no era peor que la de cualquier otro. No lo era. Tiras palante, eso es lo que hacías, tío, tirabas palante, ¿qué otra cosa vas a hacer? No hay otra. A poco que lo pienses, no hay otra. Sólo importan esas tonterías que te sirven para ir tirando. Un cigarrillo, fumar un cigarrillo, Sammy se moría por un pitillo. Los tipos que creían que era un puto borrachuzo se equivocaban. Ni

de lejos; ni siquiera se le pasó por la cabeza beber nada, lo que le habría venido bien era un pitillo; pero, bueno, si no podía conseguir uno, seguiría adelante hasta que lo consiguiera, entonces todo estaría bien, cuando fumara, se olvidaría de todo, de todo lo que había pasado, de todas esas necesidades agobiantes que tenías, una vez que las satisfacías te olvidabas de ellas, de lo que te habían agobiado, te olvidabas, en cuanto las satisfacías te las quitabas de la cabeza. Para siempre. No volvías a pensar en ellas, no hasta la próxima vez.

A lo mejor debería ir a Glancy's. Era una idea. Era probable que allí hubiera alguien que le prestara un par de pavos, incluso el bueno de Morris, detrás de su barra, ese cabrón con tanta mala hostia, incluso él le echaría una mano a Sammy, seguro. No veo, tío, ¿sabes?, joder, ¡no veo un pijo! Dios. Vale, vale, relájate. Pero había mucho tráfico y tenía que cruzar esa calle y no había forma de cruzarla, no en su puto estado, no era posible, ni pensarlo.

La paciencia era una virtud, eso es verdad.

Paciencia. ¡Vamos, cabronazos! Empezó a dar taconazos contra el bordillo, manteniendo la cabeza baja sin saber por qué. Estoy ciego, dijo ante la remota posibilidad de que hubiera alguien cerca. Porque tenía que haber alguien. Pero nadie apareció. Paciencia, tenías que aprender. Aprender a quedarte ahí quieto. ¿Cómo era la canción...? Mierda de canción, tío, ¿cómo era?

Voces, por fin. Volvió a patear el bordillo. ¿Podéis echarme una mano para cruzar?, dijo.

¿Qué?

No veo.

...

Estoy ciego.

¿Estás ciego?

Sí.

Sammy oyó que el tipo aspiraba, como si estuviera decidiendo si le creía o no. Me olvidé el bastón en casa, dijo Sammy.

Vale, colega, vale, espera un momento a que cambie el semáforo... Entonces el tipo susurró algo y alguien le respondió con otro susurro. Y a

Sammy se le fue la olla. Un pánico repentino. Hubo más murmullos. ¿Qué coño era?, joder, ¿qué le pasaba?, le dio la impresión de que conocía la voz, de que la conocía; y no era buena señal, tío, nada bueno: podía ser cualquiera. Cualquiera, tío, no sé si me entiendes.

Y entonces el tipo agarró la muñeca izquierda de Sammy y tiró de ella: ahora vamos nosotros, colega... Bajó a Sammy de la acera y él buscó sus pies, intentó marcar su paso, saber por dónde caminaba, pero no podía encontrar el paso, ni marcarlo, tenía que hacer lo que hacía el otro tipo; con él, tenía que caminar con él. Había más gente, sabía que estaban allí, los oía, era como si hablaran o algo así, o como si soplara un viento raro, como una corriente de aire, muy ruidoso, eran voces, como las voces que arrastra el viento, pero las oía a su lado, tío. Dios bendito, dios todopoderoso, piensas en los muchos cabrones con los que has tenido malos rollos durante todos estos años, podría ser cualquiera de ellos, cualquier cabronazo.

¿Estás bien, colega?

Sí.

Había dejado de andar pero reemprendió la marcha. Y tropezó con el tipo.

¡Me cago en la puta!

Lo siento, yo no, eh... dios, le entraron ganas de llorar, de llorar, joder

Despacio, dijo el tipo.

Estoy bien.

Murmullos. Oía murmullos.

Aquí está el bordillo.

Vale.

¿Lo tocas?

Sí. Y Sammy se subió a la acera y no paró hasta que llegó a la pared del edificio de viviendas; era un escaparate, apoyó la mano en el cristal; respiraba deprisa; jodido, agotado, hecho polvo, del todo, se sentía como si hubiera corrido un maratón. Puta tensión, tensión. Hagas lo queagas. Cada puta vez. Tensión en los músculos; por todo, cada vez; tenso, joder, en cada parte del puto cuerpo. Y tenía que cruzar la nueva calle, sabía dónde estaba, creía que lo sabía, y ahora había otra calle al doblar la esquina, al doblar esta esquina donde estaba ahora, me cago en dios. El tráfico rugía. O dios, dios, dios,

joder,

por dios, vale

Murmullos, más murmullos. Alguien a su lado. Gente que pasaba. Que le den a la gente que pasa.

Por dios, estaba desamparado, joder, abandonado. Cabrones. Cabrones de mierda. Una puta broma. Cabrones de mierda. Pasma cabronazos. Sammy se conocía el percal. Se conocía el puto percal. Tragó saliva, tenía la boca seca; tosió, tos de catarro; inclinó la cabeza y dejó que le cayera el gajo de la boca a la acera. Seguía apoyado en el escaparate, se apartó. Un ruido de cristal, como si gruñera. Dio un paso a un lado. Necesitaba un puto cigarrillo, necesitaba sentarse, necesitaba descansar. Esto era una locura, tío, algo diabólico.

Era culpa suya, era culpa suya, suya, de nadie más, de nadie; fue él, joder fue él.

Buscó a tientas el escaparate, estaba tibio. No podía quedarse ahí porque la gente lo veía, la gente de dentro de la tienda, saldrían y lo echarían, joder, y llamarían a la patrulla. Tendría que caminar. ¿Hacia dónde? A la izquierda. Dios. Vale. Muy bien, es lo que hay. Tienes que andarte con cuidado. No tiene sentido precipitarse. Tranquilízate. Eso es lo que haces. Luego te mueves, avanzas.

Estaba cerca del centro de la ciudad, ahí estaba. Iba bien. Sólo faltaban un par de calles más. La primera y luego la otra, y a lo mejor una más, antes de la calle grande, el puente, y, cuando hubiera cruzado el puente,

así era él

Y cuando hubiera llegado a casa de Helen, dios, estaría hecho polvo, dormiría una semana entera. A no ser que se desplomara en la puta calle, estaba exhausto, tío, ahora mismo, era una cuestión de manos y rodillas, así se sentía, tenía ganas de tirarse al suelo y andar a gatas por la calle. Joder, tío. ¡Putá mierda! ¿Qué coño era todo esto? ¿Una puta pesadilla?, ¡no me jodas! Una puta pesadilla eran unos dibujos de Walt Disney en comparación con esto, joder, dios bendito, me cago en el puto Bugs Bunny, tío, no sé si me entiendes, joder.

Muévete. Vale.

¡Dormir! Dormiría sin parar hasta mañana por la mañana. Estaba tan agotado que seguramente no comería. Cuando hubiera llegado a casa. Y el giro con la pasta estaría esperándole,

y una mierda, porque mañana era jueves. El giro llegaba los viernes.

Caminaba. Contén el aliento; había empezado a andar sin pensarlo, tocando el escaparate y, ahora, una pared, vale, estaba bien, todo estaba bien, lo que le hacía falta era un bastón. Al menos hacía buen tiempo. Y eso era mucho, joder. Hace un par de meses la habría cagado. Las aceras heladas, habría sido un asesinato.

Una de las cosas buenas que tiene el ver es que puedes encontrarte con tipos a los que conoces. Tal como estaban las cosas ahora sólo podías ir de a a b, y dependías de los demás para que te vieran. Quiero decir que estaba en el puto centro de la ciudad, joder, y nunca había andado tanto sin encontrarse a alguien, a cualquier cabrón, no si veía, incluso a un puto mendigo, se habría encontrado a alguien, seguro. Además, ibas con la cabeza baja todo el tiempo y tenías que mantenerte pegado a los edificios así que había menos oportunidades.

Se enderezó. Tienes que aparentar, buena presencia, joder. Dios, ¡a quién vas a engañar! Llevaba de marcha desde el viernes

y menuda marcha, tío, joder, fue de cojones.

Pero era culpa suya. De eso se trataba. Puta locura. Salvaje. Mira que pegarle al pasma, menudo gilipollas estaba hecho, tío, qué valiente, qué puto infierno de mierda

dios bendito

Así estaban las cosas. Ciego. Estaba ciego. Muy bien. Ciego. Es lo que hay. Lo sabes. Vale. Ahí estás. Que así sea. Que así sea esta putada. ¿A qué ciegos conocía? Bobby Deans, un cabronazo al que le gustaba discutir, todos lo evitaban, era un puto pelmazo. Hacía años que Sammy no lo veía. Seguramente la había palmado. ¿Y aparte de él? A nadie.

Pero no es raro que te encabrones, puedes entenderlo, te lo digo yo, murmullos murmullos murmullos, eso es lo único que te llega.

¡Papeo! ¡Cosas en un horno! Lo olía con toda claridad. Creyó que conocía el sitio; a veces, Helen y él se sentaban ahí a leer el periódico los domingos

por la mañana. A ella le gustaba echar un vistazo a las tiendas de la zona. A veces ella lo empujaba dentro de una y él se sentaba media hora y leía el periódico. O se escapaba y doblaba la esquina para tomarse una pinta si ella no miraba. Un paquete de mentolados fuertes. Una nariz como la de un puto dalsetter spaniel tenía ella, fuera lo que coño fuese un dalsetter spaniel.

Ag, dios, tío, Helen. Quién sabe. Quién sabe.

Pero no tenía sentido preocuparse, no, no de algo que no depende de ti.

Volvió a detenerse; apoyó el hombro en la pared. Había cerrado los párpados. No se encontraba bien. No. Le dolía el estómago. Quería vaciar. Descargar. Joder, y ya. Una sensación espantosa, espantosa. Asco. En las putas tripas. Una premonición, eso era, una especie de premonición chungu. Porque estaba jodido, bien jodido, tío, jodido del todo. No podía hacer nada. Nada. Salvo andar. Tenía que andar. Se dio la vuelta una vez, dos veces; tenía que ir en esta dirección, se había dado la vuelta una vez, así que ahora tenía que darse otra vuelta. Para ir al puente, cuando llegara

Estaría bien. Pasaría el gran cruce y llegaría al puente, así era él, así que vale, sólo eso, joder

eso es lo único que tienes que hacer, paso a paso, caminas

paso a paso, a paso, avanzas, no te dejas llevar por esa sensación, tío, esa sensación que está ahí, cerniéndose, no dejas que te domine, y sigues adelante, dios, la de malos rollos que había vivido, la de veces que había salido adelante, joder, que había superado lo peor, y esto no era lo peor que había vivido, tío, no lo era, joder, él ya había pasado por eso y esto no lo era, no lo era, que no, no era lo peor que había visto, lo peor que había visto, tío, joder, tipos agonizando, tipos a los que mataban a patadas, de todo había visto, tío, de todo. ¡El puto de Charlie! No hacía falta que viniera el cabronazo de Charlie para decirte nada, ni de broma. A la mierda. Cabronazos. Sammy lo había visto, claro que lo había visto. Lo único que quería era lo que le correspondía, eso era todo, tío, lo que le correspondía. Se lo había buscado, se lo había ganado. Joder, está bien, vale; ¡que os den!

Ni siquiera te apetecía hablar de eso, no querías ni tocarlo, por eso Sammy dijo que os den a todos. En el bareto, o lo que sea, no les cuentas nada, sólo que os den, que os den, no cuentas ni mu; su abuelo se lo explicó y

era una verdad de la buena, no digas nada, no le cuentes nada a nadie. Putos pasmas, tío. ¡Eh! Sammy sonrió. Cabronazos. ¡Ni de broma! Anda, camina, tío, tira palante, ésa es toda la historia; lejos, qué lejos.

Ya sabes lo que se dice: la vida sigue. Sammy cruzó el puente y llegó a la manzana de pisos; y no era fácil, afrontó la situación, fue a por todas y lo consiguió. Así que es lo que hay, no hay más. Y Helen no había vuelto. Lo supo en cuanto bajó del ascensor. Como siempre, soplaban viento por la galería. Ése era el problema de ese edificio: tenías que enfrentarte a los elementos. A veces oías cosas. Te las hacía oír. Si se había levantado viento las cosas crujían y, a veces, al volver a casa por la noche, te parecía que oías cosas raras, hasta daba miedo, había muchas sombras; e incluso ahora, aunque no podías ver las sombras ni nada, producía una sensación extraña, como si hubiera alguien ahí, observándole, merodeando a escondidas por donde él andaba, algo así, tío, una estupidez, tenías que quitártelo de la cabeza, no son más que imaginaciones; sólo era eso, nada más.

Había abierto la puerta de entrada y ahora la cerró. Entró en el salón y se dejó caer en el sofá. Estaba agotado, exhausto. Tragó saliva, una y otra vez, un ataque de hambre de saliva; a la mierda.

Helen no estaba en casa. Había ido a trabajar. A no ser que estuviera en la cama. ¿Qué hora era? Era por la tarde. Había ido a trabajar. A no ser que fuera su día libre.

Ag, joder, a la mierda.

Ahora respiraba mejor. Estiró los brazos para desatarse las deportivas, se aflojó los cordones, volvió a estirarse e intentó sacárselas dando patadas, pero no pudo y tuvo que quitárselas con las manos.

Se quedó dormido como un tronco. Seguramente durante una hora y media. Cuando se despertó, se levantó y se quitó la chaqueta; encendió la estufa eléctrica y dio una vuelta por el piso. Todo parecía ordenado en la cocina. La leche se había cortado y el pan estaba duro. Tanteó alrededor del fregadero y el escurridor. ¡Ni una taza! A tientas, fue por el pasillo hasta el dormitorio: palpó la cama, que estaba hecha. Eso era muy raro. Alguna vez

había pasado, pero normalmente ella la hacía al volver a casa, si es que él no había llegado antes. Las pruebas cantaban, las putas pruebas, joder

Ella no había vuelto a casa. Si hubiera vuelto habría cosas tiradas por ahí. Pero no había ni una mierda. Lo que tenía que comprobar era la ropa de Helen, para ver si había vuelto y había hecho una maleta. Ella tenía una colega que trabajaba en el mismo sitio, a lo mejor se había ido a su casa, para pensárselo todo.

Se tumbó en la cama. Ahora no quería preocuparse por eso. Ni siquiera quería pensarlo; no quería pensar en su situación porque no podía controlarla, no podía hacer nada. Lo único que podía hacer era cuidar de sí mismo. Se sentía mal, muy jodido. Tenía todo el derecho a sentirse así después de lo que había pasado durante los dos últimos días. ¿Cómo ibas a poder con tantos marrones?, no, no podías. Eso lo había aprendido hacía años. Un tipo como Charlie Barr intentó hacerlo, intentó poder con todo, y se jodió

Pero Sammy no era Charlie Barr y tampoco quería serlo; no podía ser el puto Charlie Barr. No tenía nada contra él, no había mucha gente a la que Sammy respetara tanto, pero, mierda, todos somos distintos, todos vivimos vidas distintas, cada uno se lo monta a su manera, con diferentes influencias y diferentes experiencias. No vas a sentirte una mierda sólo porque has tomado un camino y no otro. Charlie tenía sus rollos chungos también, tío, no hay santos en este puto mundo. Sammy sabía que, a no ser que las cosas hubieran cambiado, aquel tipo engañaba a su mujer, así que a la mierda, joder

dios, no estaba bien, coño, no estaba bien hablar así de aquel tipo. Sammy se puso boca arriba y se tapó la cara con la almohada.

Más tarde se sentó en el sofá del salón, con la taza de café y lo demás, agradecido por los pequeños alivios: al menos tenía azúcar.

Había encendido la radio. Nunca había sido muy aficionado a la televisión, ni en los mejores tiempos, así que un problema menos. Los deportes estaban bien, y también algunos documentales, pero lo demás sólo lo veía para pasar el rato, sobre todo si ella estaba en casa y él quería ser sociable. A él le gustaba leer algún un libro y también la radio, los programas de debate y las historias de las noticias. Pero era sobre todo la música lo que le ponía, lo que le hacía saltar, era la música lo que le emocionaba. Ella lo

llamaba el humores. Así lo llamaba. No estaba mal, aunque él no creía que lo fuera. Todo el mundo cambia de humor, ella también. Pero si era un tipo con humores cambiantes tenía todo el derecho a serlo con la vida que había llevado.

Siempre le había gustado la música. Sobre todo cuando cumplía condena; ahí puedes escuchar cualquier cosa; sin música, tío, acabas en el manicomio. Ahora lo que más le enrollaba era el country pero también le gustaban otros estilos. Porque no siempre puedes elegir. Sobre todo cuando estás dentro. También tienes tu discjockey favorito. Sammy se acordaba de uno de una emisora local, era como si pudiera sintonizar con el coco de Sammy para confeccionar la lista de la música que ponía. Eso fue hace muchos años. Pero daba escalofríos, tío, era muy raro, allí tumbado, en plena noche, con los auriculares puestos y en ellos suena algo que te atraviesa. Una canción en concreto, una especie de lamento grave que habla de separarse de la mujer y todo eso *–if you see her say hello/she might be in Tangier–*,⁵ justo cuando su matrimonio acababa de irse al carajo. Se daba pena, y al pensar en el pequeño Peter, el bebé, en que no volvería a verlo, joder eran dos historias chungas, la mujer y el bebé, así que no es raro que se diera pena. Pero había algo más. Porque había estado muy cabreado, cabreado de cojones, así se sentía, así se había sentido. Por eso en realidad no quería que ella volviera, estaba

solo, joder, solo como un perro, solo solo, jodidamente solo; así era su vida, solitaria. Por dios bendito.

Pero ahora no. No quedaba ninguna emoción, todo borrado, anulado, anulado, joder. Nada

Todavía le molestaban los pulmones, las costillas, si respiraba hondo le dolían.

El café estaba frío. Otra taza para el camino. Últimamente no escuchaba nunca a Dylan. A lo mejor volvía a oírlo, un tipo había contado en el pub que sus nuevos discos estaban bien. A lo mejor podía pillar un par.

A la mierda tío, qué más da, qué cojones importa.

Había un cuenco con judías en la nevera, y un poco de queso cheddar que a lo peor estaba algo enmohecido, ni se preocupó en comprobarlo. Y un par de latas. Pero iba a reservarlas. Si era miércoles mañana sería jueves, y el

gran día era el viernes, hasta entonces tendría que tirar sin pasta.

Eran curiosas las vueltas que daba la vida. Por alguna razón se sentía bien. Era como si estuviera en paz. Puede que suene sensiblero, pero así era. Tú a la tuya y yo a la mía.

Más tarde se adormiló y cuando se despertó se fue derecho a la cama, se desperezó y se puso cómodo. No se estaba mal, sólo sentía alguna punzada de dolor de vez en cuando, dependiendo de la postura que adoptara: el cuerpo estaba demasiado cansado para sentir nada. Pero la cabeza la tenía llena, hecha un revoltijo, con un montón de historias, que entraban y salían de ella y se transformaban. Luego se despertó. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado dormido; a ver, es como cuando estás con más gente y te adormeces cinco minutos. Le pareció que había sido un momento, breve como un destello, pero sabía que no, que ya era de noche. Y eso era curioso. ¿Cómo sabes que es de noche? No tiene que ver con el haberte quedado ciego. Le pasa a todo el mundo. En realidad es fácil, no sólo porque todo está tan silencioso como una tumba sino porque tienes un sexto sentido que te lo dice. Estas cosas dan un rollo raro. Te despiertas como si ya hubieras asimilado todo lo que has hecho en los momentos previos de tu vida. Como si te hubiera despertado un tintineo extraño en las terminaciones nerviosas. Uno de esos sueños raros que tienes a veces, que no es una pesadilla, pero casi. Así que hace falta un sexto sentido. Y en cuanto te despiertas te pones alerta como un idiota y buscas el arma que tengas más a mano para defenderte del puto cabrón. Sea quien sea. Que les den a todos.

Helen no estaba a su lado. Movi6 las piernas.

Ella volvería en cualquier momento. Podría volver. No era la primera vez que habían tenido una bronca. Él la cabreaba de un montón de maneras distintas. Por eso Helen había tardado tanto en dejarle dormir con ella. Me refiero a llevar sus cosas al piso y todo lo demás.

En realidad, ella podía entrar ahora mismo, en este momento, porque a veces se quedaba a hacer más horas en el pub. Su jefe tenía por costumbre dejar que unos cuantos elegidos se quedaran a tomarse unas cuantas copas más. El problema es que daba por sentado que Helen los acompañaría; era la encargada así que tenía esas responsabilidades añadidas.

Helen era cojonuda, lo era, me refiero a cuando estaba detrás de la barra. El jefe era medio idiota, siempre probando nuevas historias para atraer clientes, quejándose si la cosa estaba parada. No sabía cómo coño lo aguantaba ella... Sammy le habría dado una paliza a aquel cabrón hacía meses. Helen se preocupaba mucho, era una sufridora, ése era el problema. A veces le daba la impresión de que ella necesitaba rollos por los que preocuparse. Te desquiciaba. No hay nada peor que la basca que se preocupa por ti a todas horas. La abuela de Sammy –la madre de su madre– era un coñazo: cada vez que salías de casa, te daba un achuchón y te miraba con un intensidad de cojones, como si intentara que se le quedara grabada tu imagen porque ésa era con toda seguridad la última vez que iba a verte en esta vida, tío, porque en cuanto salieras por esa puerta podías despedirte de lo que fuera, ¿de la vida?, sabe dios de qué, porque toda la maldad estaba allí fuera, esperando a agarrarte por el cuello, y ella no iba a estar a tu lado para rescatarte. Claro que ella no era atea y sabía que ibas a una casa de ateos, una casa impía, donde los críos chillarían por toda la eternidad en el puto limbo si no estaban bendecidos por el buen Jesús.

Eres un crío, eso es lo que pasa. Y eso, tanta preocupación, te hace sentir como un niño, como si no supieras manejar tu vida, tío, ya me entiendes, como si no supieras cómo montártelo, eres un cortito. Y por eso tientas la suerte. A eso te lleva, a jugártela. Eso es lo que te cabrea. Y entonces te ves obligado a hacer lo que sea, para empezar, aquello que preocupa a los demás, lo haces como por obligación, tío, ya me entiendes, incluso si hubieras cambiado de opinión si ella hubiera mantenido la boca cerrada, pero ya no puedes. Así que a la mierda, sigues con la historia, vas a la tuya.

Que fue lo que pasó la semana anterior. Helen descubrió dónde había ido Sammy y se le fue la olla. Él no tenía pasta ni iba a tenerla durante una semana entera. Pero eso no importaba, al menos, a ella no le importaba; ¡que no tenías pasta! ¿Y qué? ¡Dónde está el puto problema! Al menos para ella,
A la mierda.

La espalda le dolía de cojones. Justo alrededor de la base de la columna, por los riñones. Se puso boca arriba. El cuello se le quedó rígido y todo el peso de su cabeza reposó sobre la oreja que le dolía. No se trataba de culpar a

los pasmas, eso era una gilipollez, no tenía sentido; así es el sistema, ellos sólo cumplen órdenes. Aunque, joder, sólo tienen una puta orden: partírle la crisma a los demás para que sepan quién manda, ésa es la puta orden, la primera regla; a ver, imagínate que ni siquiera le pagaron el autobús para volver a casa, joder, qué mal ejemplo, coño, eso no se lo haces ni a tu peor enemigo, si se queda ciego, al menos te aseguras de que vuelva a su casa sano y salvo, ¿no? No si tienes instinto de asesino. En ese caso, si lo ves arrastrarse a gatas por la calle, le pateas las manos y lo tumbas. Eso es el instinto asesino, tío, y ellos son pasmas, instruidos para matar; tanto que luego tienen que refrenarlos, con todos esos manuales de mierda y todas esas normas de actuación, páginas y más páginas que explican cuándo no toca, todas las circunstancias excepcionales en las que no tienes que cumplir esa orden, la primera orden, cuando no tienes que obedecerla.

Un sonido amortiguado, que llegaba desde el techo, o puede que a través de la pared, rítmico, no era música sino como si alguien caminara por el piso haciendo algo. ¿Hombre o mujer? Mujer. Una mujer que no podía dormir, que ha tenido que levantarse a vigilar al bebé, o a lo mejor a prepararse un té. Luego ya no pudo dormirse otra vez. La cabeza llena de historias. ¡A lo mejor estaba demasiado cachonda para dormirse! Ag, cállate. Pero, quién sabe, quizá necesitaba a un hombre. En eso no hay nada de malo, es natural. Esas películas en que las mujeres andan por casa en pelotas, con una bata o un camisón y la ropa se aparta un poco y ves un pezón que asoma. Con eso basta para que te calientes tú también. Ésa es la historia. Su ex se lo hizo pasar mal, lo calentaba, no es un juego de palabras, a ella se le ocurrían cosas. Ellas tienen ideas. Todo el mundo tiene ideas, pero las mujeres más. No sabes cómo tomártelas, sobre todo cuando eres joven. También te preguntas qué ven ellas en ti, de verdad, para ser sincero; los tíos, joder, son una pandilla de sucios cabronazos, literalmente, ya me entiendes, calcetines sudados y todo lo demás, calzoncillos malolientes. Claro que a las tías no les queda más remedio, no, a no ser que sean lesbianas, entonces tienes las tetas saltando unas contra otras y todo es raro y agitado; lo mismo con los tíos, las pollas y las piernas bamboleando, eso fue lo que pasó en el trullo una vez, un tipo convenció a Sammy para que le diera una especie de arrumaco, dios, qué raro

fue, las barbillas ásperas joder y las partes bajas de los cuerpos golpeándose, las rodillas también, tío, te dabas cuenta, y no lo hacías bien, puede que fuera por lo otro, pero nada de arrumacos, se lo dijo el otro tío, le dice: Sammy me estás agarrando como a una mujer, y no soy una mujer. Vale, muy bien, pero cómo se supone que se hace, porque no quería hacerle daño al tío, le caía bien, ya me entiendes, era un buen tipo y todo ese rollo. Joder, tío, la vida, qué difícil. Alargó la mano hasta la radio, la encendió para ver qué hora era. Luego se levantó para mear, se echó la colcha sobre los hombros. Tuvo que sentarse en el retrete para no mear fuera.

En la cocina encontró una cuchara, se comió las judías frías, tal como las encontró en la nevera. Se llevó una taza de té a la cama y se sentó en ella a bebérsela. Muerto de ganas por un pitillo, pero qué iba a hacerle, sólo quitárselo de la cabeza. Un tipo le contó una vez lo importante que era quitarse de todo, de la leche, del azúcar y todo eso, pero sobre todo de los pitillos y el chocolate. Si podías pasar sin los pitillos y sin la maría lo habías conseguido, tío; una vez hubieras cumplido condena saldrías de allí como un millonario. Eso fue lo que le dijo el tipo. Puto gilipollas. Dentro conoces a un montón de pirados, todos tienen sus propios planes de mierda para sobrevivir.

Pero es verdad, si puedes pasar sin los putos pitillos es un puntazo, sobre todo si vives en la calle, y ves a esos tipos, ves cómo lo hacen, joder, nunca sabes quién habrá tirado la colilla, algún cabrón cubierto de viruelas con labios roñosos, tío, podría ser cualquiera, VIH tres mil treinta y seis, joder, y ahí estás, chupando la última calada, por dios bendito, si es que estás tan enganchado, y para colmo estás ciego, qué otra te queda. A lo mejor podía dejarlo todo junto. Llevaba años amenazando con hacerlo. Eso haría. Dejar el tabaco. Así se lo demostraría a ella: un hombre nuevo.

La idea le hizo sonreír. Pero era verdad: cualquier cosa es posible cuando entras en una nueva era.

Y las cosas se aclaran. La cuestión es si para bien o si para mal. Pero se acaban aclarando, a largo plazo.

¿Qué puta hora era?

El discjockey tenía una de esas voces profundas y aterciopeladas de los locutores de la BBC2, de esas que parecen americanas, y contaba anécdotas

mientras sonaba la música, una historia sobre unos misteriosos vecinos de Kent o de por ahí que habían empezado a excavar en su jardín y el locutor y su chica se preguntaban qué estarían haciendo si enterrando un cadáver o construyendo una piscina o qué y resultó que preparaban una cancha para tenis sobre hierba, porque tenían gemelos, un niño y una niña, y los padres eran unos fanáticos del tenis y querían que fueran profesionales de primera para mayor gloria de la verde y herbosa Inglaterra porque ya era hora de que los amantes del tenis devolvieran un poco de orgullo al país y el locutor reconoció que era una especie de jugador aficionado y les deseó lo mejor en nombre de los británicos, y todos vosotros jueguistas noctámbulos ya lo veríais dentro de seis o siete años cuando estos putos gemelos entrarían en las grandes ligas. Y siguió una canción del «genio difunto», Sammy Davis. Chasquead los dedos, chasqueadlos. Él solía cantar con una colilla oscilando entre los dedos, unos dedos largos, que dejaban claro el estilazo que tenía y lo elegante que era. Érase una vez un sueño. Ese tipo de estilo de cantar. La gente hace lo que puede.

Cuando se acabó el té, metió la taza debajo de la cama y se recostó, escuchando una pieza de jazz con aire de blues. Era una lástima lo de la lectura. A partir de ahora tendría que limitarse a los audiolibros, los que hablaban. O al braille. Al braille.

Jueves. Su primer día en libertad como ciego. Un nuevo principio y todo ese rollo. Tenía cosas que hacer y dependía de él el hacerlas o no. Nadie más lo haría. Ni siquiera ella si le diera por entrar por la puerta en este mismo momento. Él era el único. Pues muy bien. El Departamento de la Seguridad Social y el médico. Y ningún momento mejor que ahora. Salvo que estaba sin un céntimo. Sin un céntimo y hecho polvo, tenía el cuerpo como si –joder, sin el como–, tenía el cuerpo que se te queda después de que te hayan dado una paliza de cojones, así lo tenía. Pero tenía que ir o sino se le pasaría el plazo. Luego, al Asilo para Ciegos, si es que existía un sitio así, tendría que ir e inscribirse, inscribirse para que le dieran un bastón blanco y un perro guía. Claro que seguro que habría lista de espera, no había nada rápido en esta puta

vida. Y nunca le habían hecho mucha gracia los perros; tanto daba.

Pero eso del Asilo para Ciegos sonaba como un pozo del infierno, salido directamente de una puta pesadilla victoriana, por el amor de dios, podías imaginártelos, a los pobres desgraciados, andando a tientas, con caras tristes, por unas salas de piedra encalada; hombres, mujeres y niños; compartiendo esas salas deprimentes, vestidos con largos camisones caídos, verano e invierno, palpando a su alrededor, gruñendo y quejándose; y la gente de pasta que viene a comprobar sus propiedades, las chisteras de seda negra y los pañuelos blancos, los vestidos de gala, de camino al puto ballet o donde fuera, un palco privado en Ibrox Park para el champán y los arenques ahumados franceses o la mierda que comieran para entretenerse durante el partido.

Lo interesante para Sammy, lo provechoso para Sammy, al menos en teoría, es que se te pasan las ganas de tentar la suerte, sobre todo donde interviene la Seguridad Social; pero había una remota posibilidad, si él fuera jugador, que no lo era, no ahora, en realidad no, aunque lo había sido, un apostador, bastante enganchado, pero ya no, salvo en esto, sí, en esto podría apostar un poco, una nadería, un par de pavos a cada lado, sólo por La Seguridad Social y tal, los Programas de Empleo para la Comunidad y todo eso, dados sus apuros actuales, a lo mejor podía volverlos en su favor, y apostar a que sacaba algo, pero prefería no pensar demasiado en eso por si acaso no salía, pero cuando lo pensaba, dios, le correspondería una paga por discapacidad, ya me entiendes, tío, si no podía ver y no era culpa suya, y no era por culpa suya porque los putos pasmas se lo hicieron, tío, y ellos eran un departamento del gobierno. Ahí lo tienes. Así que le debían algo, un par más de pavos. ¿Lo tenía tan claro? Perder la vista significaba que habías perdido el sentido de la vista, la facultad de ver. Así que sólo estabas capacitado para trabajos especiales para ciegos. Así que para empezar tendría que reinscribirse en las listas porque ya no había forma de que se subiera a un andamio, tío, ya me entiendes, dame un respiro, joder, el tipo no ve, así que ¿cómo coño va a subir por una escalera cargado con un cubo de puto cemento? Estás de broma o qué, una verdad como un templo, el viejo curro de la construcción, por lo que a él se refería, había pasado a mejor vida, era lo

que había, adiós a los Programas de Empleo, a la mierda, Sammy el temerario, ése era él, finito, cabrones, se podían meter esos curros por el culo, capiste.

Sammy dio unas palmadas y se frotó las manos. ¡Así sería! Se rió entre dientes. Dios. Sus pobres ojos, tío; estaban jodidos. Buf, ¡dios bendito!

A no ser que le encontraran un trabajo especial para personas ciegas.

Vale.

Pero por eso tenía que moverse, y moverse rápido, porque si no se inscribía le joderían con los plazos.

Se había acabado el café.

Lo que necesitaba antes que nada era una sierra. E iba a conseguir una. Aparte de un martillo y un par de destornilladores no había ninguna herramienta en casa. Quería pillar algunas en el mercado de Barras. Pero bueno, ahora qué: ahora tenía que cortar la cabeza de la fregona. Para eso necesitaba la sierra. Encendió la radio, subió el volumen y salió del piso.

Era una de esas galerías abiertas con una barandilla de ladrillo de menos de metro y medio de altura. Por allí soplaba el viento. En invierno podía ser chungo. En la puerta de al lado vivía un anciana, pero él iba al piso siguiente, donde sabía que vivía un tío. Le había visto un par de veces aunque nunca había hablado con él.

Cuando se abrió la puerta, dijo: hola, soy el vecino que vive a dos puertas, me preguntaba si podrías dejarme una sierra un momento, si es que tienes.

Fue un tío el que respondió: ¿una sierra?

Le dejé la mía a mi hermano la semana pasada. Sólo la necesito un momento.

Eh, bueno, sí...

Sammy lo oyó revolviendo en el armario del pasillo. Luego lo oyó volver hasta la puerta y decir: ¿me la devolverás hoy mismo?

Eh, sí. Dentro de media hora a más tardar.

No es que desconfíe, es que era de mi padre, lleva muchos años en la familia. ¿Dónde me has dicho que vives?

A dos puertas. McGilvaray.

No creo haberte visto.

Sammy asintió.

¿Llevas mucho aquí?

Sí, bastante, yo y la chica... Sammy soltó eso para tranquilizar al tipo. ¿Te parece bien?, dijo y extendió la mano.

Claro, no te preocupes, hijo.

Sammy notó la hoja y la agarró, puso la mano derecha sobre el mango: madera, un tacto agradable.

De vuelta en casa, colgó el llavero en una alcayata y antes de empezar repasó con jabón el filo cortante. Ya que estaba, podía haberle pedido un cigarrillo al vecino. Por su voz se notaba que era fumador. Vale; Sammy se escupió en las palmas de las manos y se las frotó. Bien, todo bien; cogió una silla del comedor y extendió periódicos por debajo. Entonces canturreando puso una cinta en el casete, que empezó a sonar:

*After three four years of marriage,
it's the first time you haven't made the bed
And the reason we're not talking 6*

Mierda, tío, qué asco de canción has ido a elegir. Memeces para gilipollas, la letra explica el rollo traumático que le entra a un tío al que su mujer acaba de dejar, obviamente el tipo no ha dado un palo al agua en su puta vida pero ni se le pasa por la cabeza que eso tenga algo que ver. Aunque, bien mirado, tampoco parece que se le ocurriera al tipo que escribió la canción. Fue Helen la que le hizo fijarse en esas cosas, en cómo podías saber por la forma en que el bueno de George Jones cantaba la letra que no estaba siendo gracioso ni nada por el estilo, ni rastro de ironía.

A veces, cuando Sammy tenía ganas, cantaba su propia versión:

*After twenty years of marriage,
that's the first time we've had it in the bed
and the reason we're not talking's
cause we're doing something else instead 7*

No es que fuera especialmente gracioso, pero era el tipo de tontería con la que él y Helen se reían a veces. Ella era un poco feminista, la mujer.

Aunque no era una canción tan mala para el trabajo que tenía entre manos porque se lo tomaba con cautela. Además seguía notando punzadas en el hueso del hombro cuando echaba hacia atrás el brazo con el que tiraba de la sierra, y se lo hacía todo más difícil. Cuando acabó estaba reventado, se moría de ganas de fumar, de beber y de tumbarse en la puta cama, y de esconderse si es que ella entrara en ese instante.

A quién engañaba.

Al menos no se había amputado un dedo. Recogió la página de periódico con las astillas de madera, hizo una bola y la tiró en el cubo de la basura. Cuando le devolvió la herramienta al vecino, le tendió la mano: me llamo Sammy, dijo.

Boab, encantado.

Se estrecharon las manos.

No has tardado mucho, dijo Boab.

No, sólo era una currito de nada. Buena sierra, dicho sea todo, tiene un buen tacto.

Sí, ya te había dicho que era de mi padre. La familia la tiene desde hace siglos. Me parece que era de mi abuelo.

¿No me digas? ¡Jo! Eh, ¿y no tendrás un poco de papel de lija?

No, hijo, lo siento, no has tenido suerte; tenía pero se me acabó.

Se me ocurrió preguntar por si acaso.

Lo siento.

Si le hubiera interesado la edad, le habría echado a Boab unos cincuenta o sesenta, pero quién sabe, es posible que fuera mayor; Sammy creía que recordaba su cara pero no estaba seguro. Parecía buen tipo. Aunque, bien pensado, conoces tíos que parecen buena gente y resultan unos putos cabrones, nunca se sabe.

Había hecho bien preparándose el bastón. Lo probó por el piso y funcionaba. Ayer había sido una pesadilla. No volvería a pasar. El bastón marcaba la diferencia entre la vida y la muerte; bueno, puede que no tanto pero casi.

Se preparó otro café y se sentó a pensar. Bueno ahí estaba el bastón. Bien. El casete se había parado. Se preguntó qué hora sería. No es que importara.

Pero tenía cosas que hacer; cosas que había que hacer por narices, y había que hacerlas pronto. Tenía que ser pronto. Podían joderte de un montón de formas si no te dabas prisa, así que tenías que espabilarte; en cuanto se te ocurría lo que tenías que hacer, ya estaba, te movías, te ponías en marcha. Pero no podía, ahora no; estaba sin un céntimo, no había dinero en la casa, ya había buscado varias veces. La oficina de la Seguridad Social estaba en el quinto pino, no podía ir caminando hasta allí; antes sí pero ahora no. Ser ciego significaba que necesitabas pasta; no podías ir por ahí, no podías ir a pata a los sitios. Sammy se había pateado las ciudades, de una punta de Glasgow a la otra, de una punta de Londres a la otra. ¿Y qué? El bastón estaba bien, pero no daba para mucho, no era la puta escoba de una bruja y no podías subirte en ella. Además, no estaba en buenas condiciones físicas, tenía el cuerpo hecho polvo, era eso lo que le dejó fuera de combate el día anterior. No habría estado tan chungo si no le hubieran dado aquella paliza. Normalmente se encontraba bien. Era el cuerpo; todavía estaba remendándose, todavía le dolía. Y tendría que recuperarse, tendría que prepararse. Tenía cosas por hacer. Tenía que estar listo. Y para estar listo debía ponerse bien. Los viejos ejercicios. El problema principal eran las costillas, todavía le costaba respirar, le dolía cuando lo hacía. Incluso el pequeño esfuerzo de serrar le había pasado factura. Por eso necesitaba descansar. Pero era una putada

sencillamente una putada

porque tenía que hacer un montón de cosas, joder, tenía que hacer un montón de mierda y no podía dejarlas pasar, no podía permitírselo. Qué hora era, tío, ni siquiera sabía en qué hora vivía, joder. Encendió la radio. Las cosas se le echarían encima, joder, eso estaba claro. Así que necesitaba

ir a la Seguridad Social, y al médico; todos esos rollos. Tenía que ocuparse de ellos. Pero no podía porque estaba sin un céntimo, por dios bendito, cómo iba a hacer nada sin un céntimo, tío, sí, vale podía pasar por el centro de Salud y Bienestar y pedir hora para el médico, eso sí podía, porque estaba sólo a veinte minutos andando, a media hora como mucho

claro, media hora... ¡si pudiera ver! Dios, tío, menudo gilipollas, ahora tardaría una semana entera. No, con el bastón, no. Con el bastón no. El puto

bastón era una ayuda. Vale. Pero la Seguridad Social era lo primero. La prioridad. Si te retrasas un día te joden para toda la vida. Pero no podía llegar allí sin pagar el billete de autobús. Así que era lo que había, no tenía sentido darle vueltas. Por un día sólo no, no, por un día no le joderían.

Aunque, ¡mierda, tenía que haber algo de dinero en casa!

Ya había mirado. Sí, pero volvería a buscar, joder, tío, sólo le hacían falta sesenta peniques. Incluso con treinta podía arriesgarse y probar suerte con el conductor. Tenía que haber calderilla por alguna parte. Era una costumbre de Sammy: llegaba a casa y se vaciaba los bolsillos en la repisa, toda la calderilla que llevaba. A veces la dejaba allí un tiempo. Y se iba acumulando.

Era raro, tío, raro que no hubiera nada por ninguna parte. ¿Me entiendes? Como si ella la hubiera recogido. ¿Por qué iba a hacerlo? A no ser que hubiera sido él, a lo mejor había sido él: la semana anterior estaba sin blanca, por eso salió a pegar el palo, coño. Pero la verdad es que no se acordaba.

Se levantó del sofá. La mesita, joder, se había dado un golpe contra la puta mesita la noche anterior; tenía que andarte con cuidado; con tantos obstáculos, tantos peligros: rodeó la mesita, se acercó a la repisa y la palpó. No había nada salvo un montón de trozos de papel y chismes que parecían botones de plástico a algo así, además de unas cuantas cerillas sueltas.

Era una mierda que el giro no llegara hasta el día siguiente. Tenía que ser paciente, paciencia paciencia paciencia. No es bueno precipitarse; te crees que te adelantas, pero la cagas; te acaba echando atrás; un paso adelante y seis atrás, así iba la cosa: la paciencia era una virtud, tío, qué duda cabe, ni la menor duda.

Ah, a la mierda la paciencia, ¡se iba a pasar por Glancy's!

Se rió. Se había recostado en el sofá. Negó con la cabeza.

Pero podía ir. Claro que podía, joder. Tenía claro que también necesitaba salir, estar sentado ahí, tío, te vuelve loco. Además le serviría para probar el bastón en el mundo real. Estaba muy bien andar por la casa, pero la prueba verdadera sería cuando saliera por la puerta del ascensor en la planta baja del edificio, cruzara el vestíbulo y saliera fuera, ésa sería la prueba de verdad. A lo mejor iría a Glancy's. El caso es que salir era una buena idea. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No podía pasarse el día ahí sentado. La puta radio, tío,

montones de mierda. Y seguía muriéndose de ganas por un pitillo. Además, estaba el estómago, joder, tenía hambre. Si seguía ahí acabaría acostándose otra vez. Una mala costumbre, y era casi lo único que había hecho desde la tarde anterior. Tienes que mover el culo. Sobre todo cuando estás sin blanca. Acostarse es lo más fácil, intentar olvidarse de todo durmiendo, entrar en el limbo; pero no es como cuando tienes la gripe, ya me entiendes, y lo único que quieres es entrar en el limbo; no estás enfermo, estás sin blanca. Así que tienes que salir de ahí. Y luego está la cabeza, es difícil controlar el puto coco, al menos el de Sammy, tío, acabaría perdiéndolo. Y hay diferentes niveles. Todo depende. Estaba sin un céntimo pero no era tan chungo porque mañana se cumplían los quince días, mañana por la mañana, viernes.

Así que muy bien. Así que se iba a pasar por Glancy's.

El ejercicio le vendría bien, le entonaría los músculos. Tanto estar sentado no era bueno para el cuerpo. En Glancy's había tíos que se enrollarían. Tal vez estaría el Piernas. Puede que Tam, a lo mejor veía a Tam; Sammy tenía alguna mercancía en casa, necesitaba a un perista.

Pero eso no importaba ahora, ahora no. Él sólo
dios bendito

sólo tenía que hacer algo, tenía que hacer algo, estaba claro, era lo único que tenía que hacer, moverse, porque tenía cosas que hacer, no podía quedarse ahí sentado, porque las cosas tenían la fea costumbre de echársete encima cuando menos te las esperabas, se te vienen encima, así que tienes que estar preparado, aunque en realidad no lo estés, porque estás jodido, porque tienes el cuerpo bien jodido,

así que vale. Muy bien.

Sammy se levantó del sofá y apagó la radio. No le servía de nada, ese estúpido cabrón y su estúpido concurso, con todas esas estúpidas preguntas facilonas que ninguno de los tíos parecía saber.

Oh dios, Helen.

Se había llevado la mano a la frente. Se sentía mal. Espantosamente, tío. No es que ahora se le estuviera viniendo el mundo encima porque eso ya había pasado, ya había pasado; el mundo ya se le había venido encima. Estaba hecho polvo. Le habían apalizado. No era su cuerpo. No era su puto

cuerpo, joder. No, no lo era.

Se estremeció, luego se acercó a tientas a la ventana y la abrió. No llovía; no parecía que lloviera. Olía a algo, un olor raro. Dios.

Era él. Seguramente era él. No se había lavado desde quién coño sabía cuándo. Estaba guarro, era eso. Tirado en la calle, luego en chirona. Tenía los pantalones empapados cuando se despertó en aquella puta hierba mojada. A lo peor hasta se había meado. Aunque seguramente no, no. Seguro que no porque los pasmas habrían hecho algún comentario. Les hubiera encantado. Les encanta ese tipo de cosas. Necesitaba un baño, pero no ahora, cuando volviera a casa.

Había cerrado la ventana, se dio la vuelta, y emprendió camino: el sofá, la puerta y luego por el pasillo hasta el dormitorio. Una camisa y unos pantalones. Buscó a tientas el que tenían los bajos vueltos. Sus pantalones buenos necesitaban un descanso, a lo mejor los llevaría a que se los lavaran en seco. Estos otros, con los bajos del revés, no le gustaban. Pero eran mejores que los vaqueros porque tenía que presentar buen aspecto.

No se molestó en afeitarse, Lo dejó para la noche, para antes de bañarse. No se afeitaba desde hacía casi una semana, ya parecería una barba de verdad. Pero le bastaba con presentar un aspecto pasable. Eso bastaría. Y lo del afeitado era otra preocupación.

Dios, los zapatos. ¡Se había olvidado de los putos zapatos! ¡Esa mierda de deportivas!

Joder, joder. ¿Qué haces? El puto idiota que le había levantado los zapatos a Sammy seguramente no tenía ni idea de lo buenos que eran, tío, ya me entiendes, puto gilipollas, seguramente los habría vendido por el precio de una lata de birra *superlager*. Porque eso es lo que les pasa a algunos de ellos, tienen la cabeza devastada, ni siquiera se dan cuenta de lo que mangan. Hay que joderse, cómo le tocaba los cojones esa actitud.

Sammy suspiró. Qué mal estaba, joder, qué mal.

Y no tienes buena pinta; necesitabas una buena apariencia. Y no sólo para la calle. Para ir a Glancy's también. Tienes que presentar buen aspecto. Y él lo hacía siempre. Tío, tenía una reputación, Sammy un tipo que se preocupaba por ir elegante, joder, ya me entiendes, y ahora, con esas

deportivas sudadas y viejas, ¡y una mierda!

Muy bien. Se aplastó el pelo dándose unas palmaditas, luego se lo alisó a los lados. Si no podía afeitarse tendría que ir a un barbero. A menos que Helen probara, a lo mejor quería.

Vale.

Aunque sólo fuera dar la vuelta a la manzana. Lo que no iba a hacer era quedarse encerrado todo el día. No era un inválido. Vale, estaba ciego, pero aun así podía andar. Salió a la galería, cerró la puerta a sus espaldas, palmeando la pared llegó hasta el ascensor. El bastón iba bien. El único problema era la muñeca y cómo sostenías el chisme. Tras las vueltas de prueba por el piso todavía no había encontrado la forma de asirlo, le costaba cogerle el truco; era torpe; probó con la mano izquierda también pero todavía tenía la muñeca rígida de cuando le había dado un puñetazo al pasma, y además, como era la izquierda no la manejaba bien y acabó dando puñaladas con el bastón. Claro que si tuviera una empuñadura a lo mejor sería más fácil; ahora lo cogía al estilo con que sostienen un puñal en las películas de Hollywood.

Llegó el ascensor.

Cuando se bajó, esperó un minuto para situarse. Una vez atravesada la puerta, ya fuera, si iba a la derecha hasta el final del edificio sólo tendría que cruzar un espacio de..., un espacio de

quién coño sabe cuánto

ahí estaba ese espacio y luego había otro edificio. Cuando llegara al final había un paseo peatonal. Una vez allí todo sería pan comido hasta la calle principal. Que era a donde se dirigía.

Normalmente cruzaba la plaza nada más salir por la puerta. Una plaza amplia y abierta, que se extendía justo delante del edificio. Pero ahora no podía ni intentarlo, se mantendría a un lado e iría por el camino más largo. Sabe dios cómo lo hizo ayer, en su memoria era otra laguna. Bueno, bien.

A lo mejor debería volver atrás. Hizo un pacto consigo mismo, cuando llegara a la calle peatonal si hacía viento volvería sobre sus pasos, lo dejaría y subiría las escaleras; no era un masoquista total.

Muy bien, salió por la puerta principal. Chutes de un partido de fútbol.

Muy cerca; lo primero que oyó: chavales jugando al fútbol, dios. Dio unos golpecitos a su derecha, había un filo de hierba. Desde el piso de Helen no se veía la plaza, lo que era una pena porque a él le gustaba ver los partidillos que jugaban los chavales. Claro que eso también se había jodido, ya no podría volver a ver fútbol. A la mierda. Una indemnización, tío, te mereces una indemnización sólo por eso. Pero no tiene gracia, no, ninguna gracia.

El bastón era genial. Lo único que le faltaba ahora eran unas gafas de sol. El golpeteo del bastón producía un sonido bastante agradable, pero temblaba; a lo mejor un bastón de verdad era más sólido. Y tendría que estar pintado de blanco.

Bueno, volvía a casa.

Entre donde estaba y el puente probablemente se perdería. No tenía sentido hacer el tonto. Era temerario. Eso era. Se volvía a casa, tío. Un día agradable, respirar aire fresco, eso molaba. Pero volvía a casa; ya había dado una vuelta a la manzana, con el bastón en la mano derecha. No tenía sentido hacer estupideces. A la mierda. No, después de lo que había pasado ayer. ¡Glancy's Bar! A quién engañaba, tardaría un puto siglo en llegar allí. Y una vez llegara, ¿qué iba a hacer? Está muy bien hablar de los tipos que conocía que le invitarían a beber, pero necesitabas una presentación, eso lo primero, tenías que dar explicaciones. No podías entrar allí por las buenas y empezar a mendigar.

Paciencia. El giro llegaba mañana. Cuando se despertara, tío, estaría esperándole, en el sobre marrón. Entonces saldría. Haría algunas compras. Tal vez se tomaría un desayuno caliente en algún sitio, bacon y huevos, coño, de todo, el paquete entero, salchichas grandes y pudín negro, de todo, con tostadas. Y aclararía las cosas, lo solucionaría todo.

Y el bastón no iba nada mal, lo había serrado bien. Ahora sólo tenía que lijar la punta serrada, no quería que se le astillara. Luego, cuando le hubiera dado una capa de pintura, la gente se daría cuenta de su estado enseguida.

Muy bien.

Palpó la repisa otra vez, no tanto por buscar dinero como por si Helen le

había dejado una nota. Se le había ocurrido que podría haberse ido a algún sitio por algún motivo. A lo mejor a ver a sus hijos. Algo así. Además ella se imaginaba cosas. Tenía esa costumbre, sobre todo después de algunas estupideces que había hecho él. No presentarse cuando había dicho que lo haría, o cuando privaba demasiado. Ese tipo de cosas la cabreaba. Nada raro. Pese a todo, a veces dejaba una nota. Y podría haberla dejado esta vez. Ésa era la cuestión, pero ¿cómo coño iba a saber si la había dejado? Incluso si la encontrara ¿cómo iba a saber que lo era! ¡De locos! Y luego tendría que buscar a alguien que se la leyera. Por allí había un montón de papelitos, no sabías qué era qué.

Además todavía no había abandonado la esperanza de encontrar un par de libras. Helen seguramente guardaba algo en algún sitio; era ese tipo de mujer, con experiencia.

Ah, mierda.

En la tele estaban dando las noticias de las diez. Los jueves por la noche a veces emitían una película; probaría a ver.

La verdad era que se sentía bastante bien. Sobre todo si piensas en los últimos días. No había tirado la toalla, tío, y eso era algo. Aquellos cabrones se creen que te pueden joder, que te vas, te vas y te quedas por el camino.

No te conocían, tío, no tanto como se creían.

Le ardían los pies; se había quitado los calcetines. Se había acostado hacía una hora pero tuvo que levantarse porque no podía dormir. Un baño; sí, lo había pensado, hasta ahí había llegado, hasta pensárselo. Mañana, mañana se encontraría bien. Estaba hecho polvo. Había querido remojarse los pies pero era demasiado trabajo buscar la palangana, calentar el agua y todo lo demás. Hasta los cojones; acostado en la cama, pensó en hacerse una paja, pero no pudo. En un momento dado, se agarró las pelotas pero se le escaparon de la mano; las notó raras; blandas, como tiernas, como si hubieran estado escocidas pero fueran mejorando, como si llevara enfermo mucho tiempo, como si estuviera, no sé, tumbado en una cama de hospital, como si llevara un tiempo allí y ahora estuviera en vías de recuperación. Pero todavía no estaba listo para irse a casa, todavía no estaba preparado; aunque se sentía bien de cabeza, no estaba bien, su cuerpo no, su cuerpo no estaba bien. Y sus

pelotas se lo decían, las pelotas tío, se lo estaban diciendo; a la mierda tú y tus pajas, eso era lo que le decían.

En la tele había anuncios, a lo mejor se iba al puto catre.

El cartero le despertó por la mañana. Tres cartas. Reconoció la del giro. Las otras dos no importaban, eran para Helen; él nunca recibía correo. Una tenía un marco plastificado así que no merecía la pena ni fijarse. Pero la otra era un misterio. A lo mejor podía pedirle al viejo Boab que se la leyera. Pero no era una buena idea. Tal vez podía fiarse de él, pero no era el viejo quien le preocupaba, no necesariamente. Las palabras viajan. Éste no era un buen sitio. Echaban las puertas abajo. Se movía un montón de droga. Los tipos venían vendiendo y si no estabas entraban. Al menos eso contaba Helen; y seguramente era verdad. Lo mejor era mandarlos a la mierda, decirle no a todos. Si se enteraban de que estaba ciego no sobreviviría un mes. En una semana, tío, se lo cepillarían. Así que tenía que estar en guardia.

Se moría de hambre, dios. Correos no abriría hasta dentro de media hora, como poco. Otro café. Un poco antes había pensado en hacer algo de ejercicio, pero sólo lo había pensado, ni siquiera muy en serio, y luego se le había olvidado. Ya no tenía la cabeza de antes; se había acostumbrado a la buena vida estos últimos meses, y había perdido la forma. Tendría que ponerse otra vez en condiciones.

A la mierda el café. Otra cosa sería si tuviera un pitillo para acompañarlo.

Metió una cinta en el casete. Luego cogió el bastón para una vuelta de prueba. Había media lata de esmalte blanco en algún sitio del armario del pasillo. Lo único que tenía que hacer era encontrarla, porque había al menos otras tres latas ahí dentro.

Y hacerse un mapa del camino, tío, un mapa del itinerario. Vale, muy bien, la oficina de correos estaba en el lado izquierdo de la plaza grande tal como se salía del edificio, enfrente de donde había caminado el día anterior, cuando quiso ir a Glancy's, estaba en el medio de una hilera de tiendas; el autoservicio, el local de apuestas, la farmacia. Todo lo que él necesitaba. El bareto local estaba un poco aparte, al doblar la siguiente esquina. Tenías que pasar por delante para llegar a la parada de autobuses. Los autobuses circulaban por otra calle, no por la que llevaba al puente. Cada vez que Sammy iba al centro –que era casi siempre– iba por la calle que llevaba al puente, pasaba por la calle peatonal, que estaba justo enfrente de la farmacia, al otro lado de la plaza. Complicado de explicar pero sencillo de recorrer si lo

conoces y Sammy lo conocía muy bien. O eso creía. Seguramente conocía media mierda, joder. Pero no le preocupaba demasiado, por un camino o por otro, mientras mantuviera la concentración, eso era lo que importaba, no dejar que se le fuera la olla. Y eso era un problema porque no parabas de irte por la tangente, se te iba la cabeza.

Tenías que planearlo bien y luego ajustarte al plan. Eso es lo que tenías que hacer. Ajustarte a tu plan, seguir tu mapa, si es que te has hecho un mapa.

Estaba listo, salió.

Bajó del ascensor tanteando con el bastón primero a un lado y luego al otro, llegó a la puerta y la franqueó, pero despacio porque no tenía prisa, ninguna prisa. Muy bien. Siguió hacia su izquierda y llegó a la oficina de correos sin ningún problema, y se puso a la cola nada más entrar. Tampoco es que hubiera esperado encontrarse con problemas. Si se salía del puto plan tendría problemas. Pero no se estaba saliendo, iba a coger un puto autobús. En cuanto cobró la pasta entró en el autoservicio y se compró una onza de tabaco, papel de fumar y un encendedor; un panecillo y una salchicha que se zampó inmediatamente. Luego fue a la farmacia. Allí la cosa era un poco complicada porque tenían todos esos estantes por el suelo. A veces entraba a comprar cosas de Helen; tampax y lo demás, pastillas para el dolor de cabeza, así que conocía la disposición. Bueno, no, no se la sabía, sólo sabía que era un territorio peligroso, a eso me refiero. Cuando tanteó con el bastón golpeó algo metálico en el primer movimiento. Se paró y dijo: busco unas gafas de sol.

Una mujer respondió: están detrás de ti.

Eh, ¿puedes escogerme unas? Las que tú quieras, no me importa...

Mientras que se le ajustaran bien, tío, qué más daba cómo fueran. Ella sacó unas gafas, él se las probó. Muy bien. Se las quedó y le dio un billete. Era uno de veinte; cuando le devolvió el cambio, él se metió los billetes en el bolsillo de atrás. Iba a pedirle que lo acercara hasta la parada de autobús, pero a la mierda, necesitaría ayuda más tarde así que no iba a tentar su suerte. Fuera, en la puerta, desgarró el celofán y se lió un cigarrillo. Pero no conseguía encendérselo. A lo mejor las corrientes de aire apagaban la llama. Lo intentó unas cuantas veces, sosteniendo la punta del pitillo con los dedos y

buscando el encendedor de manera que no podía fallar, no podía fallar, no si el chisme funcionaba. A lo mejor le habían vendido un encendedor estropeado en el puto autoservicio, quién sabe, pero lo dejó pasar, siguió adelante y dio la vuelta a la esquina, en dirección a la calle principal, manteniéndose a la izquierda otra vez, cerca del filo de césped donde había un bordillo que le ayudaba a seguir su ruta.

Por el ruido, le pareció que había varias personas esperando en la parada, lo que era una buena señal. Pero entonces llegó el autobús y por alguna razón se le hizo un nudo en el estómago, parecía que no podía moverse; oyó que las puertas se abrían de golpe y siguió sin moverse. Entonces reunió el valor necesario: voy al Centro Médico de la Seguridad Social, gritó, ¿es éste el autobús?

¡Sí!

...

¿Vas allí?

Sí, dijo Sammy.

Bueno, pues tienes que coger éste.

Sammy dio un paso adelante. Una mujer dijo: el hombre es ciego, súbelo contigo.

Una mano le agarró del codo. Un tipo dijo: ¿dónde vas?

Al Centro Médico de la Seguridad Social.

Sí, éste te dejará delante de la puerta.

Condujeron a Sammy hasta el estribo y lo ayudaron a subir. Al Centro Médico de la Seguridad Social, dijo alguien.

Sí, eso...

Ya te daré un grito cuando lleguemos, dijo otro tipo: si me das sesenta peniques.

Sammy volvió la cabeza. ¿Eres el conductor?

Eso dicen.

Sammy se puso el bastón debajo del codo y sacó algo de calderilla, la sostuvo sobre la palma de la mano; el conductor escogió las monedas, luego sacó ruidosamente el billete, lo desgarró y lo puso en la mano de Sammy. ¿Me avisarás?, preguntó.

No te preocupes.

Sammy se desplazó hacia dentro, aferrado a la barra, con el bastón a un costado. El autobús parecía hasta los topes. No tropezó con nadie. A lo mejor es que se apartaban de su camino. Su mano tocó otras barras y luego un espacio vacío; eran las escaleras al piso de arriba. Las escaleras al piso de arriba. A la mierda, subió.

Pero ahora se moría de ganas por fumar, joder, se moría de verdad: sonrió e intentó quitárselo de la cabeza, pero no pudo; estúpido, a la mierda, siguió adelante aunque los pies tropezaban en las escaleras; pero estaba bien, tío, estaba bien, el bastón se golpeaba a los lados con el traqueteo y cuando el autobús arrancaba pero él estaba bien, de puta madre, tío, y nadie podía verle; ¡ningún cabrón podía verle!, ya me entiendes, son las gafas y lo demás, las viejas gafas de sol, el temerario, tío. Y entonces estaba arriba, ahí estaba, sí, aferrado por su vida, a la vieja barra.

Voces. Muy bien. Dio unos golpecitos con el bastón.

¿Quieres sentarte?, dijo un hombre.

Sí.

Vale.

Le guiaron y se sentó, aunque tropezó con alguien que estaba sentado al lado de la ventanilla. Lo siento, dijo.

No pasa nada.

¡Una mujer!

Me apetece un cigarrillo, dijo. Ya había sacado el pitillo y lo tenía en la boca. Chasqueó el encendedor y palpó buscando la llama: funcionaba. Sostuvo la punta del cigarrillo y lo encendió. Inhaló.

No había pasado ni un minuto y se reía para sí, no era más que una idea tonta: podías ir en un autobús vacío salvo por un pasajero y tú no lo sabías y entonces el asiento que eliges es el mismo en el que está sentado, y es una chica, ¡y vas y te sientas en su rodilla! ¡Lo siento y todo eso! ¡Ya te das cuenta de la estupidez que era! Y ahí estaba él, riéndose otra vez, y la gente lo oiría, a no ser que estuvieran sordos. De locos.

Ah, dios dios bendito. No te agobies no te agobies. Dio una calada profunda al pitillo. ¡Cómo era posible que se sintiera tan feliz! Sabe dios.

Seguramente era la puta nicotina al llegar al coco. Pero no era feliz, no, no es que fuera feliz; sólo que estaba satisfecho consigo mismo, satisfecho. Aquí estaba, en un autobús.

¿Estás de guasa?

Muy bien. Tenía que tomar decisiones y ya había tomado algunas. Lo estaba haciendo bien. Tenía el dinero en el bolsillo y ahí estaba él. No es que fuera nadie especial. Ni siquiera quería serlo. No, no quería. Lo único que quería era hacerlo tan bien como los demás. Como los demás.

Si había que hacer algo ibas y lo hacías, tanto si estabas ciego como si no. Eso era algo que había aprendido Sammy, tío, el temerario. A ver, no todo lo que pasaba dependía de él. Una parte sí, pero no todo. Nunca eres responsable de todo; no en este mundo: en este mundo, tío, ya me entiendes, nunca eres culpable de todo. Pero tampoco culpas a ningún otro cabrón, muchas cosas dependen de ti, así que simplemente tiras palante, joder, sales adelante.

Sammy se había recostado en el asiento. Entonces se lió otros dos cigarrillos y se los guardó en la bolsa de tabaco.

Uf. Si Helen pudiera verle. Sólo un poco; sólo porque estaba haciendo lo que debía.

Sí, lo había estado haciendo bien, sin duda. Los viejos ejercicios, tío, tendría que empezar otra vez, tendría que empezar de nuevo, joder. Luego, cuando hubiera arreglado lo de su dinero, cuando lo hubieran reinscrito. Quién sabe. Quién.

¡Centro Médico!

El autobús había parado.

¡Centro Médico!

Mierda, Sammy se puso en pie de un salto. No esperaba llegar tan pronto. Tanteó con el bastón buscando la parte de arriba de las escaleras, pero el bastón se le enganchaba, tío, joder, se enganchaba, mierda. Un momento de pánico, pero todo iría bien si se tomaba su tiempo, se estaba precipitando, joder, tenía que calmarse, vale, vale. El conductor se lo estaba poniendo fácil así que no podías fallarle. Pero Sammy estaba bajando las escaleras y no era muy sencillo, joder, subir fue bien pero esto era una putada, dar pasos en el

aire, eso es lo que hacías, y el bastón se enganchaba con todo, se metía en todas partes y se atascaba. Se golpeó el hombro con un panel de separación y se detuvo para recuperar el aliento.

¿Estás bien, tío?

Sammy siguió adelante.

Tranquilo, todo va bien.

Sammy llegó abajo y se adelantó, puso la mano en la barandilla y la barra.

¿Estás bien ahora?

Sammy no respondió, su mano se agarró al lado izquierdo de la puerta, dio un paso hacia abajo, a la calle; estaba en la calle, tenía que encontrar el bordillo rápido, rápido tío, date prisa, vamos, vamos. Una vez vio a un tipo que se bajó de la acera, en Argyle Street un sábado por la tarde, por dios, había montones de gente por todas partes y un autobús se acercó a mucha velocidad por el carril interior y el puto retrovisor, el puto retrovisor le dio de lleno, tío, justo en el puto cráneo, y la sangre salió como vomitada; ¡menudo hostión!, el conductor se bajó de la cabina y quiso ayudar al tipo pero el pobre desgraciado salió pitando, seguramente porque pensaba que había hecho algo malo, tío, que había dañado los bienes de la empresa o algo así y el conductor quería saber cómo se llamaba, pero el otro se piró, tambaleándose mientras corría que se las pelaba; Sammy todavía lo veía, pobre desgraciado, sangre por todas partes.

Puede pasar cualquier cosa. Nunca se sabe. Y no puedes ponerte a blandir el bastón por todas partes no vayas a darle a alguien. Lo que le hacía falta era un perro. Cuando tuviera un perro

Había gente delante de él. Todos irían al mismo sitio. Sólo tenía que mantenerse al lado. La puerta de seguridad estaba al doblar la esquina. Había estado ahí un par de veces. Hacía ya algún tiempo. Se concentró en los toques del bastón.

Dios, ya no los oía, a los demás, lo estaban dejando atrás, pero qué más daba, no importaba.

Llegó al espacio vacío de la esquina y con el bastón dio la vuelta y luego caminó dando golpes de izquierda a derecha, siguió adelante. Entonces una

voz alta:

¡Eh!

No se paró.

¡Eh!

No iba a pararse porque quién sabe si te gritaba a ti, porque no lo sabías, no lo sabías, joder, así que siguió adelante.

¡Eh, el de las gafas de sol!

A la mierda...

¡Eh! ¡Tú!

Sammy se paró. ¿Me hablas a mí?

Sí. Tienes prisa, ¿eh?

...

Se supone que tienes que entrar por la puerta, ¿sabes?

Sammy cogió la bolsa de tabaco y sacó un pitillo.

Nada de fumar.

Todavía no estoy dentro del edificio.

No, pero estás en su terreno.

No estoy dentro.

No importa, guárdatelo.

Sammy se lo guardó.

Tienes que entrar por la puerta.

...

No andes por la calle.

Sammy volvió la cabeza y deseó poder ver a aquel cabrón.

¿Dónde vas?

¿Eres un segurata?

¿Dónde vas?

Discapacidad.

Ya, pero ¿qué sección?

Para la ceguera.

Eso es Pérdida de Visión, ¿tienes cita?

¿Qué?

¿Tienes cita?

Me dijeron que viniera.

Te estoy preguntando si tienes cita, dijo el tipo, y le dio la impresión de que ahora lo tenía muy cerca.

No sé, dijo Sammy.

¿Tienes una tarjeta?

¿Una tarjeta?

Si tienes cita concertada, entonces tienes una tarjeta.

No tengo tarjeta.

Ya, entonces es que no tienes cita. Así que vas por Urgencias. ¿Cómo te llamas?

Samuels.

¿Inicial?

Ese.

Al cabo de un momento pusieron una tarjeta en la mano de Sammy y el tipo dijo: sube a la acera.

Sammy se movió en su dirección hasta que el bastón golpeó el bordillo, subió. Lleva la tarjeta a Urgencias.

¿Dónde está?

Ahí: sigue en línea recta, unos treinta metros; hay una puerta giratoria a tu izquierda. Entra y la recepción está a la derecha. Dale la tarjeta al funcionario de la recepción. Intenta mantenerte en el lado interior de la acera cuando camines. Y la próxima vez entra por la puerta.

Sammy aspiró y dijo: es porque estoy ciego; no la vi.

Sí, ya, la próxima vez.

Lo siento, es que no la vi.

Vale, anda, ve.

Es porque soy ciego, ¿me entiendes?, no la vi.

...

No lo sabía.

Sí, anda ve, muy bien.

¿Me entiendes?, soy ciego, no la vi, no vi la puerta, por eso venía por la calle... Sammy aferraba el bastón. Oyó un movimiento, el tipo se alejaba, tal vez para hablar con otro. Lo siento mucho, dijo, mucho.

Muévete.

Sammy sonrió. Puto cabronazo. Vale. Empezó a andar. Había cobrado el giro y llevaba la pasta en el bolsillo. Y ahí estaba. Todo iba bien. Pero debería haber contado los pasos. Tanto daba, no te preocupes.

Un ruido chirriante. ¡Cuidado! gritó alguien.

Se quedó inmóvil. El ruido pasó a su lado. Siguió adelante hasta que llegó a una pared, oyó un siseo. Una puerta automática. Se adelantó y notó el cambio en el aire y la diferencia en el suelo que pisaba, tanteó con el bastón, dio en algo duro: lo siento, dijo, estoy ciego, estoy buscando Urgencias, ¿puedes decirme dónde tengo que ir?

No hubo respuesta; no parecía que hubiera nadie allí. Siguió andando. Pero sí oía murmullos, oía jodidos murmullos. Volvió a pararse. Disculpen, dijo, eh..., estoy ciego, me preguntaba...

El murmullo le llegaba desde atrás. Se dio media vuelta y dijo: estoy buscando Urgencias.

Estás en Urgencias, dijo una mujer.

Ag, vale.

La cola está a tu lado.

¿No hay una zona especial para los ciegos? Estoy buscando Pérdida de Visión.

No lo sé.

No lo había dicho en tono amistoso. Sammy se encogió de hombros. Dio unos toques con el bastón a la izquierda. Más murmullos. ¿Es esto la cola?, preguntó.

...

Eh, ¿me pones al final de la cola?

Lo tienes delante.

Tanteó con el bastón, buscando un banco; se sentó.

Mierda de vida, tío. Suspiró. Percibió el hedor; sudor rancio, lo de siempre.

Bueno, quién sabe cuánto tiempo tardaría. Era una tontería preocuparse.

La cola se movía un puesto cada vez que alguien iba a la mesa, y todos se desplazaban para ocupar el espacio que dejaba.

Empezó a cantar canciones para sí pero al poco se olvidó y de repente se descubrió pensando en su padre, así, por las buenas, sin ninguna razón. Y luego en su madre. En los dos, los veía juntos, estaban allí mismo. Le parecía que eso había pasado hacía mucho tiempo. Su vida entera, los primeros años, joder, tío. Cualquiera día de éstos se moriría. Entonces su hijo pensaría en todo eso, se acordaría de Sammy. Mierda. Raro, qué raro era todo. No la había visto desde hacía años, a su ex, la madre del niño. En su recuerdo seguía teniendo el mismo aspecto del principio, una chavalita de veinte años. Casi la misma edad que él. Su padre no la conoció, ni supo que existía Peter, el niño, ni idea de su existencia, murió antes de que naciera. Una puta pena. Si pensabas en eso te entristecías. Dios, y su madre, con el bebé en su regazo; Sammy se acordaba de la curiosa expresión de la cara de la mujer. Joder, hacía años de aquello, muchos años.

Había una conversación cerca. Un chico joven hablaba en voz alta y le contaba a alguien una pelea, soltaba tacos delante de todos, para que se enteraran de lo duro que era, de lo dura que era su vida, de dónde era.

Entonces piensas en la otra gente que está sentada a tu alrededor, lo sabes todo sobre ellos, sobre sus vidas. Te hizo reír; aquel chico, si tuviera la cabeza para pensárselo, para pensar en sus vecinos, no hablaría tan alto. Una cosa había aprendido: siempre había alguien en peor situación que tú.

El trullo estaba lleno de tipos así, bocazas que gritaban. Al principio, te irritaba, pero al cabo de un tiempo ya ni cabrearte podías; peor aún, acababan dándote pena porque delataba lo mucho que les quedaba por aprender. Y muchos de ellos no llegarían a aprenderlo nunca, pobres desgraciados.

Al final le llegó el turno, entregó la tarjeta, dio su dirección y la demás información. La Sección de Pérdida de Visión estaba en la cuarta planta y podía subir en ascensor. Preguntó: ¿me acompaña alguien?

Siguió un momento de silencio y entonces una mano le agarró de la muñeca: yo te llevo, dijo una mujer. Ella le guió. Era consciente de que podía tropezar con sus tacones así que avanzaba a pasitos para evitarlo. Ella cambió la forma en que lo agarraba. Ahora le cogía de la manga. Él se sentía incómodo. Hubiera preferido que le soltara y ya se buscaría la vida por su cuenta. Hoy hace un poco de calor, dijo él.

Sí... Entonces ella se detuvo, le soltó la manga y él la oyó pulsar el botón de llamada. Ya viene, dijo ella.

Cuando se abrieron las puertas de golpe, ella le empujó en el hombro; él entró y oyó que ella pulsaba el botón interior y luego salía deprisa. Las puertas se cerraron. Subió. ¡Esto es cojonudo!, dijo. Y carraspeó como si se aclarara la garganta. Era una forma de encubrir que había hablado en voz alta. Sabía que no había nadie más en el ascensor, pero seguramente estaba controlado, tío, ya sabes, con micrófonos, o con un vídeo, seguramente había un vídeo. Y habría un segurata sentado, mirándolo en ese mismo instante, riéndose para sí porque Sammy estaba hablando y allí dentro no había nadie más. Que te den, dijo y movió la cabeza. Jódete.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y él bajó con cautela. Las puertas se cerraron. Esperó. Oyó a alguien trajinando cerca. Hola, dijo.

Hola, respondió un hombre.

¿Pérdida de Visión?

Sí.

¿Dónde tengo que ir?

No sé.

¿Es ésta la cuarta planta?

Sí.

Se supone que aquí está Pérdida de Visión.

Sí, yo acabo de estar.

Ah... ¿es que también eres ciego?

Sí.

Dios. Encantado. Sammy se pasó el bastón a la mano izquierda y tendió la mano para estrechar la del otro, pero no la encontró.

¿Se ha ido el ascensor?

Sí, dijo Sammy; lo siento, podría haberlo retenido.

El tipo gruñó algo.

Te lo llamaré. Sammy se dio la vuelta, palpó buscando el botón y lo pulsó. No tardará nada.

Ag, dios... El tipo refunfuñó. Hay unas escaleras por aquí, tienes que andarte con mucho cuidado.

Ah, vale.

Asusta darse una hostia.

Joder, sí, ¿no tienes bastón?

No.

Tienes que pillarte uno...

El tipo aspiró.

Te cambia todo.

Estoy apuntado, murmuró.

¿Aquí?

¡No!

¿En algo de beneficencia?

Sí.

¿En cuál?

...

¿Eh?

Está en St. Vincent Street. El tipo aspiró. Parecía un quejica. Otra gente va al Gallowgate, dijo, no te ofendas, si eres del Celtic, me refiero.

No soy del Celtic.

Bueno, tampoco pasa nada si lo eres. El tipo aspiró otra vez. Quiero decir que ellos tienen los suyos.

El ruido de las puertas del ascensor abriéndose. Ya está aquí, dijo Sammy.

¿Puedes retenerlo?

¡Sí! Sammy metió dentro el bastón; las puertas se cerraron y volvieron a abrirse de golpe, al instante se cerraron otra vez, pero él cogió una y la retuvo. Avísame cuando hayas entrado.

Son estas putas escaleras... ¿dónde estás?

Aquí, ven hacia mi voz, no estoy lejos.

Da miedo hacer un movimiento en falso, no sé si me entiendes. Entonces el brazo del otro golpeó el de Sammy con bastante fuerza.

Tranquilo, colega.

Lo siento.

¿Estás bien?

Sólo tienes que darle al puto botón... Las puertas se cerraron encima de él. Se abrieron de nuevo. Cabronazo, murmuró el tipo. Las puertas se cerraron.

Sammy esperó casi un minuto y luego se alejó. Se abrió una puerta. Dijo: ¿Hola?

¿Sí?, respondió un hombre en tono educado.

Estoy buscando Pérdida de Visión.

¿De ambos ojos?

Sí.

Tienes que ir hasta el final del pasillo y luego a la izquierda; no hay pérdida.

Genial, gracias... Cuando llegó, encontró el pomo de una puerta y entró.

Siéntese ahí, por favor.

¿Dónde?

Ahora se lo enseño.

Lo siento.

Por la voz parecía un chaval de 18 o 19 años. Cogió a Sammy por la muñeca, lo guió hasta el borde de una silla blanda y le dijo que se sentara. Sammy se sentó, se hundió recostándose hacia atrás y sus pies perdieron el contacto con el suelo, se aferró a los brazos de la silla, dejó caer el bastón y se impulsó hacia delante hasta que sus tacones volvieron a tocar el suelo.

¿Tiene una tarjeta de cita?

Sammy se la dio y oyó que tecleaba en un ordenador.

Así que quiere inscribirse para el Subsidio de Discapacidad por Pérdida de Visión, ¿de ambos ojos?

Sí.

El chico aporreó el teclado del ordenador y siguió haciéndolo después de cada tanda de pregunta y respuesta. ¿Es congénita?, preguntó.

No.

¿Le pasó de repente o había tenido avisos previos?

Nada.

¿Tiene antecedentes de problemas visuales?

No.

¿Nunca ha tenido problemas con la vista?

No.

¿De ninguna clase?

No que yo recuerde. A ver, era un poco bizco, nunca destaqué en los dardos, ni me acercaba a la diana, ya no te digo al blanco. Pero, a ver, nunca necesité gafas, y no me afectó a otras cosas, ni a jugar al fútbol ni a nada por el estilo.

Ah, ¿así que practica un deporte..., fútbol?

Bueno, antes.

Pero ¿ya no?

Sammy sonrió: no.

¿Lo dejó por su pérdida de visión?

¿Qué? No, sólo lo dejé.

¿Para quién jugaba últimamente?

...

¿Para quién jugaba las últimas veces?

¿Para un par de equipos?

¿Cuál fue el último?

No lo conocería, era un equipo de Inglaterra.

¿Un equipo inglés?

Sí.

¿Cómo se llamaba?

No los conocerá, además, creo que se han disuelto.

Aun así tiene que decírnoslo, a no ser que no se acuerde.

...

¿No se acuerda?

Era de la Liga Provincial de Essex.

¿Y cómo se llamaba?

Northfleet Amateurs.

¿Cuánto tiempo jugó con ellos?

Eh..., unos cuatro o cinco meses.

¿Cuánto hace de eso?

Eh, diez años. No, ya once.

¿Y no se hizo ningún chequeo médico general con ellos?

Sí, supongo que sí.

¿Estaba en paro cuando jugaba con ellos?

...

¿Estaba en paro cuando jugaba con ellos?

Sammy aspiró: iba por días.

¿Estaba inscrito en la Oficina de Empleo?

A veces, sí.

¿Recibía algún tipo de salario o ingreso económico del club de fútbol mientras estuvo inscrito?

No.

¿Nada en absoluto?

Nada, todo era estrictamente de aficionados.

¿Y usted estaba inscrito para cualquier tipo de empleo?

Sí.

¿Su oficio es la construcción?

Bueno, mi oficio no, soy un trabajador, semicualificado.

¿Cuando estuvo en prisión estaba inscrito para trabajos generales?

Sí.

¿Nunca se limitó a optar a tareas ligeras debido a una discapacidad o disfunción física?

No.

¿Tampoco ninguna incapacidad médica?

No.

¿Cuál fue su último empleo?

Para los Servicios de Empleo Comunitario.

¿Y antes?

Oh, dios, cuánta pregunta... Eh, fue en Londres; hace once años.

¿Y se fue de allí porque se acabó el trabajo?

Bueno, el trabajo se acabó, me despidieron.

¿El despido no fue a causa de una discapacidad o minusvalía física?

No.

¿Cuándo fue la última vez que pidió ayuda por enfermedad?

Hace siglos.

¿Cuándo?

Oh, dios, debió de ser hará unos..., unos once o doce años.

¿En este momento no está trabajando?

No.

Pero está inscrito en la oficina de empleo.

Sí.

¿Para cualquier tipo de empleo?

Sí, bueno, claro, pero ahora no, tengo que cambiar el registro.

¿Cuándo dice que perdió la vista?

La semana pasada, el lunes o el martes, el martes, creo.

¿Afirma que su discapacidad se debió a alguna causa o simplemente le pasó?

Bueno, supongo que algo la causaría.

¿Y usted qué cree que fue?

Eh...

¿Pongo «no lo sabe»?

Eh, sí.

¿Estaba detenido por la policía en ese momento?

Eso es.

¿Y todavía no ha ido al médico?

No.

¿La discapacidad ha sido diagnosticada por alguna autoridad médica?

Todavía no.

¿Ha presentado alguna reclamación civil para que le indemnicen por la discapacidad?

No.

¿Nunca, en ningún momento?

...

¿Nunca, en ningún momento?

No.

Entonces el chico aporreó el teclado sin hablar; finalmente dijo: eh, la Liga Provincial de Essex es una competición bastante buena, ¿no? ¿mejor

que la media?

No está mal. Al menos cuando yo jugaba, había un par de ex profesionales y todo. No creía que la conocieras.

Sí. ¿Nunca ha jugado aquí?

Cuando era chaval.

¿Con quién?

Uf, un par de equipos. Sammy aspiró. ¿Es que te gusta jugar?

Sí. El departamento tiene un equipo. Pero también juego en otro.

Muy bien.

En la Churches League.

Ah, sí, la vieja Churches League. Era de las más duras.

¡Y lo sigue siendo!

Sammy se rió entre dientes.

Usted sabe de qué va.

Ah, bueno, así se hace, hijo. Sólo tiene que gustarte jugar, ya me entiendes, tiene que gustarte. Dios, yo vivía para el juego. Si hubiera sabido aprovechar mis oportunidades... Los ojeadores venían a vernos y todo eso. La cagué.

¿Qué pasó?

La cagué. Era un estúpido. ¿Y tú qué?

Bueno, me he presentado a un par de pruebas.

¿Ah, sí?

Pero todavía no sé nada. Me quiere un equipo Junior, pero creo que voy a esperar un par de meses.

Ah, muy bien, parece que prometes. No lo dejes, tío, haz lo que haz.

No, qué va, mola, acabaré la temporada.

Pero que el rollo te guste, eso es lo principal. Echo de menos jugar.

Hay gente de su edad que todavía juega.

Sí, ya lo sé.

Es una pena lo de su vista.

Fue por mi culpa, hijo, una estupidez al meterme en un altercado con unos pasmas; me dieron una paliza. Sammy se encogió de hombros. Es lo que pasa: yo fui un gilipollas y ellos también.

¿Le calentaron?

Sí.

¿Y dice que eran gilipollas?

...

El chico había empezado a aporrear el teclado otra vez.

¿Estás escribiendo eso?, preguntó Sammy.

Sí.

Pues preferiría que no lo hicieras.

Pero tengo que hacerlo señor Samuels.

¿Sí?

Porque es material.

...

Se nos exige que lo hagamos.

Sammy aspiró. ¿No tienes una tecla para borrar?

Sí, pero no en esta función. Si la persona no quiere que se escriba algo se supone que no debe decirlo. Una vez está dentro no se puede eliminar. Yo carezco de esa potestad, sólo soy funcionario preliminar. No se me permite decidir sobre algo que se considera material.

Pues no escribiste nada del rollo del fútbol.

Bueno, eso no es material.

...

Bueno, ¿quiere añadir algo más?

...

¿Eh?

Sammy se rascó la barbilla; encontró el bastón y lo usó para levantarse de la silla. Oyó que el chico se levantaba y se acercaba a él.

Le guiaré hasta la oficina de Información, ¿quiere cogerse de mi brazo?

¿Qué?

Levantó la mano de Sammy y la colocó sobre su muñeca. Sammy estaba un huevo de tenso, pero se controló presionando. La muñeca del chico era fina; Sammy podría haberla partido de un golpe seco. El chico avanzó y Sammy con él. Se sentía raro. Nunca había caminado de ese modo con nadie. Lo gracioso es que le parecía que controlaba él pero a la vez no controlaba

porque lo estaban guiando, aunque era su propia mano la que asía y no al revés. Tardó casi un minuto en acordarse de que estaba enfadado. Su bastón se golpeó contra la puerta. El chico la abrió, lo guió fuera y luego hasta una silla. Siéntese ahí, no tardará.

...

¿Está bien?

Sammy había apartado la mano; se dobló para sentarse, preparándose para el declive.

¿Está bien ahora señor Samuels?

Sammy aspiró. Era la única mierda que tenía que decir. Ya ni siquiera estaba enfadado. Lo mejor era que el chico se marchara, a tomar por culo.

Dejó el bastón en el suelo y se recostó, cruzándose de brazos. Oyó cómo se iba el chico.

Había sido su puta culpa, tío, por idiota, ya sabes, tanto darle al palique, bla, bla.

A la mierda. No le habría venido mal un pitillo. Podrían haber puesto una sala de fumadores. Seguramente tenían una para el personal. Ag, bueno tío, aguántate. Empezó a tararear una canción, luego se calló. No se oía ni un puto sonido, nada. La sala anterior era silenciosa pero en ésta no se oía nada. A lo mejor no había nadie, a lo mejor estaba solo. Pero tenía que haber personal por ahí. Era una oficina, ya sabes, tenía que haber alguien. Y todo tipo de trastos. Buscó a tientas su bastón y luego lo estiró para comprobar el espacio a su alrededor: topó con cosas, muebles.

Era una estupidez pensar algo así. Estaba claro que en cuanto se pusiera de pie y empezara a toquetear a tientas por ahí la puta puerta se abriría de golpe. Con la suerte que tenía, qué te voy a decir, eso estaba cantado. Más vale que te relajes, déjalo. Y ¿qué creía que iba a encontrar? Lápices, putos bolígrafos y cosas así.

Además, el vídeo seguro que estaba funcionando, joder, estás de broma o qué.

Sammy bostezó. Dios, tío, estaba cansado; todo le costaba un huevo. Volvió a bostezar; el problema era la silla, se estaba de puta madre; al principio no parecía cómoda pero te acostumbrabas; intentabas incorporarte

pero poco a poco estabas casi estirado por lo inclinada que era. Te daban ganas de quitarte los zapatos. Otro bostezo. Dios. Hacía calor ahí dentro, daba la sensación de que habían puesto la calefacción central a todo trapo.

En realidad tenía buenas razones para estar cansado, así que un par de minutos con los ojos cerrados, una siestecita de nada, no le vendría mal. Qué coño podía pasarle; no era como si estuviera en el filo de un acantilado y pudiera caerse; no era más que una oficina, y los demás eran personas.

Ése era precisamente el problema, joder, así que tenías que estar alerta, alerta.

Alerta como un cabrón, así tenías que estar. Se incorporó, se adelantó en el asiento, con los codos apoyados en los muslos, aspiró y expiró, una y otra vez. Puto oxígeno fresco. Porque todo parecía inducirte al sueño. De eso se trataba; todo era un puto truco de la Seguridad Social, lo hacían para que tu sesera dejara de funcionar, y así no pudieras pensar, por si estabas tramando algún plan. Así que tenías que permanecer alerta costara lo que costara. Todos los sentidos, los necesitabas todos; preparados para cualquier cosa, tío, ya me entiendes. Sammy leyó una vez un libro sobre murciélagos: tienen un oído increíble, sónico o como se diga, han desarrollado su propio radar, para compensar la ceguera. Y luego, dios, estaba aquel programa del ejército que vio en la tele sobre un tipo ciego que podía estar a un lado de una pared y saber lo que pasaba al otro lado. También podía saber lo que estaba pasando en otra habitación, dónde estaba exactamente la gente y cosas así, como uno de esos tíos que doblan cucharas. Salvo que eso parece de una función de magos aficionados en el Palladium en comparación con lo que era capaz de hacer aquel tío, era como si hubiera desarrollado una especie de órgano sensorial nuevo. Claro que sería algo congénito. Así que seguramente eso no era posible para gente como Sammy. Probablemente tenías que ser bebé; esas primeras horas en las que te hacían entrar en el mundo pateando y lloriqueando. Porque todos los bebés son ciegos al nacer. Sammy se acordaba de cuando había visto a Peter en la cuna del hospital, preocupado por si todo iría bien porque eso no se sabía hasta más tarde. Le veías los ojos, pero cómo coño sabías si funcionarían, a ver, ves una zapatería llena de zapatos pero ninguno de ellos anda solo. Estas cosas, todas estas cosas tan distintas.

¿Es usted el señor Samuels?

Sí. Sammy sacudió la cabeza; no la había oído acercarse.

Entonces, acérquese, si es tan amable.

Ella debía de haber pasado cerca. Una vaharada de perfume o algo así, a lo mejor jabón; esa sensación de limpieza total y absoluta, tío, ya puedes imaginarte a la tía, la blusa abierta en el cuello, los dos botones de arriba desabotonados, indicios de un dulce misterio, luego la falda y la chaqueta elegantes, las joyas, y también, cómo coño se dice, la clase o quién sabe, el estilo; se levantó de la silla: sigue el frufnú; todo lo que quieras nena, lo que quieras. ¿Adónde?, preguntó.

Encontrará una silla a su izquierda, entre las mesas.

Sammy tanteaba con el bastón a medida que avanzaba. Tropezó con algo. Parecía una mesa alta más que una de trabajo; dio la vuelta alrededor. Otra mesa, de trabajo o no. Por los golpecitos del bastón no podías saberlo. Se paró un momento.

Ahora sólo tiene que adelantarse, a su izquierda, dijo ella, entre las mesas.

Dios, ¿cuánto hacia la izquierda quería decir? Hurgó con el bastón hasta que dio con el espacio, se movió hacia delante, era un hueco muy estrecho y la rodilla izquierda se golpeó con algo.

La silla está delante de usted, siéntese.

Era una silla normal, gracias a dios, porque se olvidó de comprobarlo antes. Se sentó erguido para que le descansara la columna, mantuvo la mano en el bastón.

Ha declarado que ha perdido la visión en ambos ojos, ¿es así señor Samuels?

Correcto. Sammy volvió la cabeza; la voz de la mujer parecía proceder de algún punto a un lado.

¿Y qué supone eso?

Eh, pues que no veo. Intentó girar la silla, pero estaba pegada al suelo.

¿Qué es lo que quiere decir exactamente, no ve nada?

No.

¿No ve nada en absoluto?

No. Sammy se movió otra vez; la voz de la mujer procedía ahora de otro

sitio y tenías la sensación de que se estaba desplazando.

¿Y esto le ha sucedido sin ningún aviso previo?

Sí.

¿Ninguna señal de deterioro progresivo?

No, a ver, es lo que le he dicho al chico del otro sitio, me desperté y me encontré así.

Hubo un silencio muy breve y ahora, cuando la mujer habló, la voz procedía de más cerca, de la dirección a la que él estaba encarado: ¿y eso sucedió mientras usted estaba detenido por la policía?

Sí.

¿Afirma que miembros del departamento de policía le sometieron a malos tratos físicos?

¿Qué?

...

¿Qué ha dicho?

¿Le dieron una paliza?

¿Que si me dieron una paliza?

Eso es lo que pone aquí.

Bueno, no me gusta como suena.

Sólo estoy leyendo lo que usted le contó al funcionario preliminar; anotó la frase entre comillas para indicar que eran sus propias palabras. ¿En su opinión lo hizo mal?

Mire, no me acuerdo de lo que dije exactamente; por lo que recuerdo sólo le dije que perdí la vista el lunes o el martes pasados, me desperté y no veía.

¿Niega que fueran éstas las palabras que usó?

No lo sé, no me acuerdo; pero sí sé que no dije malos tratos físicos.

Sammy aferró el bastón con fuerza.

Ella siguió hablando: lo que pone aquí es la frase: «me dieron una paliza», y está entrado como cita. Pero se trata de un coloquialismo y no todo el mundo que trata con reclamaciones como la suya entendería exactamente lo que significa. Me pareció conveniente utilizar maltrato físico para aclararlo, pero si usted prefiere otra cosa... ¿se le ocurre otra cosa?

Fue una pelea.

¿Disculpe?

Mire, ¿qué dice ahí?

Me dieron una paliza.

¿Puedo cambiarlo?

No, lo siento, sólo puede añadir algo más con intención aclaratoria; si desea aclarar qué quería decir, sí puede.

Sammy se frotó la barbilla, moviéndose la carne de la mandíbula. Tendría que haberse afeitado, fue un error no hacerlo. Aspiró y dijo: utilizaron la coacción física.

Ella tecleó sus palabras en el ordenador a la vez que hablaba:

Sus propias palabras siempre quedan registradas, señor Samuels. ¿Quiere añadir algo más?

No, déjelo.

Muy bien. Hay dos grupos de discapacidad: aquéllos con una causa que es susceptible de verificación, y aquéllos que se encuadran bajo la cabecera pseudo-espontáneas. El primer grupo da derecho a la persona a Subsidios por Discapacidad; el segundo, puede que no. Pero ambos grupos dan derecho a una reevaluación de sus criterios físicos en relación a la inscripción en el desempleo como plenamente capacitado, una vez que la discapacidad queda establecida.

Se metió la mano en el bolsillo para buscar el tabaco, pero se contuvo.

A ver, señor Samuels, creo que no busca una indemnización.

Eso es.

Umm.

...

Seguía hablando mientras tecleaba. El hecho de que no pida indemnización por las coacciones físicas que alegó puede ser considerado por algunos como una incoherencia, me preguntaba si es consciente de eso.

Mire, lo que digo es que tengo esto a causa de las coacciones físicas, no fue espontáneo, a ver, no perdí la vista así como así, fue por algo, lo que fuera, no lo sé, pero desde luego fue por algo. Así que tengo que decirlo. Quiero decir que para eso estoy aquí, para que conste, como se supone que debo hacer; no vengo a dar la nota, si tengo derecho al subsidio, tengo

derecho al subsidio. Si no, pues no. ¿Me entiende?, eso es lo único que digo.

Sí, bueno, el departamento de policía tiene la potestad de reprimir a los ciudadanos, señor Samuels, y ciertamente si un ciudadano sufre una discapacidad y se demuestra que ésta es consecuencia de las medidas coactivas que se le aplicaron, el ciudadano tiene derecho a presentar una solicitud en este departamento para el Subsidio por Discapacidad, y, si es aprobada, se concede.

Sí, bueno, eso es lo único que digo, señora, fueron unas medidas de coacción, me las aplicaron y acabé ciego, quiero decir que estoy de acuerdo con eso. Sammy buscó su tabaco otra vez, y otra vez se contuvo.

Sin embargo, haré notar su incoherencia, señor Samuels: por un lado afirma que es eso lo que pasó; por el otro, puedo pensar que muchos dirán: si es así, ¿por qué no emprende acciones legales?

...

¿Por qué no emprende acciones legales?

Sí que las emprendo: he venido aquí a que me den un subsidio.

Suelen dar por sentado que alguien que sufre una discapacidad física a causa de otro, casi con toda probabilidad emprenderá acciones legales contra este otro para buscar la indemnización debida.

Sammy sonrió y negó con la cabeza. Mire, señora, lo que quiero decir es que los polis no pretendían que perdiera la vista, a ver, si hubieran ido a por mí con un cuchillo y me hubieran sacado los ojos, entonces yo habría reclamado directamente una indemnización, me entiende ¿no?, pero no fue así, ellos me aplicaron coacciones físicas, y yo acabé con una discapacidad. Si hubiera sido a propósito, si lo hubieran hecho a propósito, pues muy bien, la indemnización, la pediría inmediatamente, sin duda. ¿Vale? No quiero parecer borde, le agradezco sus explicaciones.

Ella tecleó un rato en el ordenador.

Sólo quiero dejar las cosas tal como están, dijo Sammy en voz baja y se miró la muñeca pero no llevaba el puto reloj y, de haberlo llevado, no lo habría visto. Un cigarrillo, joder, ni siquiera te dejan fumar un puto cigarrillo.

También debe comprender, señor Samuels, que, si como usted insinúa, la presunta discapacidad es una consecuencia de la aplicación de coacciones

físicas y se demuestra, entonces surge un segundo elemento, esas coacciones, y este segundo elemento podría convertirse en el principal, a saber, por qué se aplicaron esas medidas...

¿Quiere saberlo?

...

¿Quiere que le cuente lo de las medidas?

No, no quiero saberlo, señor Samuels, pero debe comprender que pondrían en duda la cuestión de la causa original; podría encontrarse en la ingrata situación de que se afirme que, considerándolo todo, fue usted mismo el que se provocó la presunta discapacidad, que fue usted la causa primaria.

Sammy sabía que pasaría. Joder, lo sabía. Estaba cantado. Se mordisqueó la piel de la punta del pulgar izquierdo.

¿Quiere añadir algo?

Daba igual lo que dijera. Se cruzó de brazos.

¿Señor Samuels?

¿Sí?

¿Tiene algo que añadir?

Sammy se adelantó en la silla y se agarró las rodillas: lo que digo es que hubo coacciones físicas, ¿vale?, y que el resultado fue que me quedé ciego, perdí la vista: eso es lo que digo.

...

¿Qué tiene de malo eso?

No se trata de que tenga nada de malo, sólo estamos rellenando una solicitud.

¿Me está diciendo que debería pedir una indemnización?

Discúlpeme, señor Samuels, no he dicho nada semejante.

Entonces, ¿qué? Quiero decir que, por su forma de hablar, más valdría que ni me tomara la molestia, a ver, eso es lo que me ha venido a decir, no se moleste en todo esto, eso es lo que me está diciendo, por dios, yo no soy..., eh, quiero decir, aquí estoy, a ver, estoy ciego, y sé que no fue culpa de los polis, que sólo hacen su puto trabajo, ¿cómo iban a saber ellos lo que pasaría?, no, no lo sabían, no les echo la culpa, no en ese sentido, no lo hicieron a propósito, eso lo reconozco, joder... Sammy negó con la cabeza y

luego volvió a ser consciente del teclado. ¿Está anotando eso?

¿Disculpe?

Por dios todopoderoso. Lo siento... Mire, señora, no sabía que iba a tomar nota de todo, quiero decir...

¿Hay algo de lo que ha dicho que quiera retirar? ¿Me está pidiendo que elimine algo?

Ni siquiera sé qué he dicho.

Bueno, si quiere añadir algo más...

Sammy aspiró. Se frotó los ojos. Le escocían. No iba a perder los estribos. No debería porque, además, era culpa suya, para variar, joder, para variar. Si se iba a cabrear, más valía que se pateara a sí mismo porque era él el puto imbécil, él y nadie más que él. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el tabaco. Le dio la vuelta a la bolsa, jugueteó con ella entre los dedos. Aspiró, primero una inspiración breve y luego a fondo. Era cuestión de no dejarse ir. Era por su estómago, por sus costillas. Era cuestión de relajarse, relajarse. Déjalo, déjalo ya. Oía el teclado. Todo aquello era inútil. Así que déjalo.

Sammy sonrió, negó con la cabeza.

*Maybe I didnt love you
just as much as I should have
maybe I didnt see you
just as often as I could have 8*

A la mierda. Que les den. Suspiró y se recostó en la silla; tendría que haberse quedado dormido, no debería haberse despertado, joder. Que les den.

Ella estaba hablando, que le den. Que te den, tía. Sammy alzó el bastón y se puso de pie. Bla bla bla.

La Oficina de Subsidios Médicos del Departamento de Policía tiene sus propios trámites, señor Samuels.

¿Lo dice en serio?

...

Sammy se paró un momento y dijo: ¿puedo llevarme un formulario de solicitud y rellenarlo yo?

Sí, puede; pero ¿sabe que hay un plazo limitado de tiempo para reclamaciones como ésta?, ha dicho que notó la discapacidad el pasado martes, ¿no?

El martes, sí.

Entonces le quedan ocho días, sin contar los domingos. También debo advertirle que, aunque presente una nueva solicitud, ésta queda archivada como parte de las pruebas previstas.

¿No puede tacharla?

No, pero sí puedo retirar su solicitud.

Bueno, por mí, quiero decir que por mí como si la tira a la basura.

...

¿Eh?

Señor Samuels si usted cree que ha sufrido una pérdida de visión, entonces por su propio interés le conviene hacerlo constar por lo que respecta a los criterios físicos requeridos en la inscripción de capacidad laboral plena en la oficina de empleo.

Sí.

¿Qué pasaría si le mandan a un trabajo de los Servicios de Empleo Comunitario en los términos actuales de su inscripción? Si no puede ver, se le considerará incapaz de cumplir el contrato. Le aconsejo encarecidamente que se inscriba ahora mismo.

Sí, pero...

Se trata sólo de hacer constar la discapacidad, en su caso, pérdida de visión; en cuanto quede constancia, los criterios físicos de su inscripción en el desempleo se cambiarán en consecuencia.

Ya la entiendo.

Eso implica que se contará con usted para cierto tipo de trabajos, sólo ese tipo. Algunos empleos son aptos para la discapacidad de pérdida de visión; otros, no.

Entiendo.

Entonces ¿se ha pensado mejor qué quiere hacer?

Sí.

La cuestión ahora es puramente médica. Las autoridades le pedirán

informes.

Muy bien.

Le pedirán que acuda a la Oficina de Subsidios Médicos del Departamento de Policía en persona, tengo que advertírselo, pero se trata sólo de una formalidad para el inicio de los trámites. Las autoridades médicas del departamento de policía establecerán la fecha en que sufrió la discapacidad. Obviamente, si usted declara que la sufrió mientras estaba detenido por sus funcionarios, estarán obligados a aclarar lo hechos. Se trata de una formalidad en reclamaciones de esta naturaleza.

Ya. Sammy aspiró. Mire, señora, en realidad no estoy muy seguro de cuándo perdí la vista, podría haber pasado antes, a lo mejor el sábado; en realidad me parece que fue el sábado pasado.

Creía que había dicho que fue el martes.

Sí, pero también pudo ser el sábado.

¿Está seguro?

Bueno, no del todo.

Pero ¿cree que podría haber sido?

Cuanto más lo pienso, sí, porque ese día se ha borrado completamente de mi memoria, lo tengo en blanco, así que a lo mejor es eso, así debió de ser.

¿Y eso fue antes de que le detuviera la policía?

Sí, sí.

¿Y tiene algún certificado de un médico autorizado? Ella tecleaba en el ordenador mientras hablaba.

Todavía no, voy a pedir cita mañana por la mañana. Espero ir al médico el lunes.

Bien, entonces entregue una copia del informe médico en el departamento cuanto antes.

Eso es lo que iba a hacer.

Muy bien.

Sammy aspiró. ¿Ha borrado ahora mi solicitud para el Subsidio por Discapacidad?

Bueno, me temo que no, sin embargo sí la he retirado.

¿Quiere decir que sigue en el ordenador?

Sí, pero está archivada como solicitud retirada.

Mire, si cambio de opinión...

¿Con respecto a qué, señor Samuels?

Bueno, no lo sé aún, pero, quiero decir que, si cambiara de opinión, ¿qué pasaría?

Eso depende, depende de con respecto a qué cambie de opinión. Estas situaciones son muy específicas.

Vale.

¿Está pensando en algo?

No, en realidad, no.

Una vez más, le recuerdo los plazos fijados, señor Samuels, si declara que la discapacidad la sufrió el sábado en lugar del martes, entonces el plazo de presentación de su solicitud se reduce a cinco días.

Muy bien, gracias.

¿Es tan amable de firmar aquí? Le puso un bolígrafo en la mano y se la acercó hasta lo que le pareció un aparato; le metió el índice en un hueco. Aquí, dijo.

El olor de su perfume. Sammy dijo: ¡puedo estar firmando cualquier cosa! Y sonrió. Era una broma.

No, tiene toda la razón señor Samuels, debería habérselo mencionado, lo que va a firmar es una declaración legal que dice que ha venido aquí y ha explicado su situación lo mejor que ha podido, en el entendido de que cualquier declaración falsa a sabiendas puede tener como consecuencia la retirada de alguna o todas las prestaciones de una o todas las secciones de este departamento del Estado; y que cualquier acción legal emprendida por este departamento no excluye ni impide otras acciones legales que pudieran emprender otros departamentos del Estado.

Sammy firmó. Oyó un desgarró y ella le puso un papel en la mano. Su recibo, dijo, el justificante de su solicitud de un cambio de la inscripción.

Se lo guardó en el bolsillo y cogió el bastón. Por algún motivo, le dijo hasta luego antes de marcharse. Cuando llegó a la puerta le pareció oír que los tacones de ella se alejaban. A lo mejor iba a comer. Se la imaginó caminando por el suelo. Sammy conocía a ese tipo de mujeres. Muy bellas de

un modo peculiar; no importaban su aspecto ni su constitución, tanto daban. Y sexuales, joder. A veces vestían esos elegantes trajes chaqueta, con blusas escotadas, y son hermosas y tú eres un puto desastre; incluso su voz hace que te tiemblen las rodillas. Las encuentras por todas partes en estas instalaciones oficiales, eso es lo mejor, o lo peor, bien pensado. ¿Cómo se llama esa actriz de voz aguardentosa?, te clava una mirada y no puedes escapar; allá por donde va acalla a los hombres. A veces hacen que sea la protagonista en las películas de detectives. Y ni siquiera lleva pistola, pero una puta mirada directa, tío, y sabes que tendrás líos. Claro que a veces se trata de un tipo de mujer totalmente distinto.

Muy bien; estaba jodido.

Un tío que cumplía condena cuando Sammy también estaba en el trullo. Había estado en la reserva militar o algo así, en las unidades territoriales, lo acabaron mandando a algún país de Oriente Medio. Se perdió por el desierto y pilló una enfermedad terrible. Sammy le dice una vez: ¿y por qué no te piraste?, joder, un hombre del desierto, ¿me entiendes?

¿Y adónde habría ido?, dice él.

A cualquier sitio. A Australia, joder. A China.

Bah, estás soñando, dice, ¿sabes dónde está Oriente Medio?

¿Oriente Medio? Oriente Medio está en el medio de oriente. Entre el puto occidente de por aquí y el extremo oriente.

Sí, pero dónde, quiero decir que es una región muy grande, Sammy.

Exactamente, una región grande de cojones, mejor todavía para desaparecer.

No, dice el otro, te entiendo, pero es justo lo contrario. Cuanto más grande es el espacio, más fácilmente te controlan

*Love is like a dying ember,
we'll stroll hand in hand again
in the twilight I'll remember 9*

Mira, lo que pasa en la situación de Sammy, la forma en que se planteaba

todo, no sé, no era algo que podías despachar a las primeras de cambio. Es difícil de explicar. Y están esas cosas que te atraen y luego te repelen, quiero decir esos rollos geniales, muy bien, piensas muy bien, está bien, tío, vale, quiero decir a ver quién coño se queja, no hay que quejarse, hay que ser práctico, realista, tienes que ser realista, abordar las historias con los pies en el suelo. Quiero decir que Sammy nunca fue un quejica.

Putá mierda, pero aun así fue una sorpresa, hay cosas que te sorprenden; cosas normales, éstas son las que te pillan. Y tu propia vida, ya puestos, joder, es también un puto misterio. Lo que pasa es que cada vez que caes hasta el fondo tardas más en recuperarte, en salir. A veces te sostienes por los pelos, con los putos ojos cerrados con rabia, y los oídos

piensas que estás jodido, pero no es así. El sexo ayuda. Porque significa que estás vivo. Ya sabes, quieras o no estás vivo, sigues ahí, vivito y coleando. Una puta erección, tío, puede quitarte la tontería; allá vas, joder, bien bien bien, aquí estoy. ¡Dios!

Porque sin el sexo no te darías cuenta. Es verdad. Era algo que Sammy notaba a menudo. Sin el sexo no eres nada, eres un puto..., quién sabe qué tío, estás jodido de verdad, le das a la bebida, fumas algo de hierba, lo que quieras. A veces sólo te sientas o te acuestas, te hundes y te quedas en el fondo, tan en el fondo que allí no hay nada, sólo un puto vacío. Un vacío muy largo. A veces interrumpido por trechos de claridad. Y en esos trechos, una parte de ti intenta encontrar una salida, como si estuvieras buscando la forma de escapar, de ir mejorando. Hay otra forma de saber que vas mejorando, es cuando te descubres tarareando una canción. Sammy mantuvo una conversación con alguien una vez, bueno, no fue una conversación, la otra persona hablaba y Sammy escuchaba. Era un visitante. Un tipo, un funcionario de Educación de Prisiones. Pero, visto lo visto, un buen tío, estaba bien. El caso es que le habló a Sammy sobre una experiencia mental que hay que pasar. Tienes que pasarla. Si no la pasas, estás acabado. Eso fue lo que dijo. Tenía que ver con la religión. Es como una explosión dentro de tu cabeza, dice.

Bum, bum, ¿eh? Había otro tipo que le sermoneaba, un puto charlatán es lo que era aquel cabrón

Ag, qué más da, a quién le importa, a quién le importa una mierda. Sammy estaba cansado. Vamos, tío, tienes derecho a estar cansado, ahí tumbado en esa mierdosa oscuridad con esa estúpida radio encendida, todas esas voces de imbéciles que te hacen pensar en porciones dobles de puto bizcocho de frambuesa, tío, con pedazos de nata fresca, unas voces que te hablan, tío, así suenan, con la puta nata fresca desde el instante en que abren los ojos hasta el día en que los cierran al morir, cabronazos; y piensas en los tíos que conocías y que ya no están: uno que la palmó en chirona, iban a darle la condicional; estaba ya preparado, iba por todas partes con una gran sonrisa en la cara, cuando lo pillabas desprevenido, sonriendo a la nada hasta que se daba cuenta de que lo estabas mirando y entonces se hacía el indiferente; si le hablabas se ponía serio, tenía que aparentarlo, intentar que no se le notara el optimismo porque podía tentar la suerte, tío, joder, era por eso, pobre desgraciado, era eso lo que le preocupaba, la suerte, el puto destino. Pero, joder, el tío era así, dios, mira, es difícil explicarlo porque cómo ibas a saber lo que él sentía; no sabías lo que el tipo sentía; sus historias personales eran muy distintas de las de Sammy: Sammy había jodido su propia juventud, pero aquel tipo no, tenía a su chica esperándole, una familia joven, con hijos y todo ese rollo, era un currante de Londres. Dios. Y entonces llega el gran día, bueno, la verdad es que pasó un par de días antes, y allí lo encontraron, al fondo de la lavandería, al lado de las cañerías, en la sala de calderas, muerto, allí lo encontraron; la pasma se la tenía jurada. Y eso puede joderte la vida; en todos los sentidos.

Ah, mierda. Tienes que pasar. A quién le importa, tío, puto idiota, además fue culpa suya, el tipo conocía las putas reglas y se las saltó, así que ya está, punto final.

Sammy estaba sentado.

La postura: en el sofá con la radio encendida, la mano debajo de la barbilla y encorvado hacia delante, en realidad sin pensar en nada salvo en los estúpidos recuerdos que no sabía de dónde surgían

we'll stroll hand in hand again

Pero qué iba a pasarle, ésa era la verdadera pregunta. Y era la única que no se hacía. Al menos, no en serio. Era como si lo fundamental estuviera ya en su cabeza, pero no podía materializarse; tal vez era él mismo el que lo impedía. Con el pulgar se sostenía la barbilla. La mandíbula inferior se abrió, volvió a subirla y sus dientes hicieron un ruido seco al chocar, la piel de debajo de la barbilla tenía un tacto fofo, carnoso. El calor de la estufa en su cara. Cambió de postura. Volvía a dolerle la espalda; se preguntó qué pinta tendría su cuerpo. Una idea se iba instalando en su cabeza, quisiera o no, era sobre Helen: si ella no regresaba, estaba jodido. Sí. Estaría acabado. Ya lo estaba. Hiciera lo que hiciera, lo mirara por donde lo mirase, jodido. Para empezar tendría que dejar el piso. Estaba a nombre de ella. Tendría que vivir en la calle, joder, a no ser que consiguiera algo por la pérdida de visión, a lo mejor te daban algunas ventajas para una vivienda si no tienes casa y te has quedado ciego. A lo mejor te concedían una habitación en algún sitio. Un edificio especial. Tal vez el Asilo para Ciegos. Si es que existía algo así. Nadie había dicho que no. Pero no es porque él fuera especial, tío, quiero decir que no había nacido para la puta gloria. Así que tenía que haber un sitio, una especie de agencia central donde todos esos putos ciegos tendrían un santuario, tío, ya me entiendes, piénsalo, por todo el país tienes a esos tipos andando a tientas. Así que tenía que haber un sitio para ellos.

porque, tal como estaban las cosas

tal como estaban, estaba jodido. Si hubiera sido un piso compartido habría estado bien. Pero no lo era. Estaba solo a nombre de Helen. De otra manera él no tendría derecho al subsidio del giro. Ya era chungo tener a todos esos cabrones espiando y husmeando, intentando pillarte. Presentarse a la Seguridad Social con una nueva petición era un riesgo, tío, un puto riesgo, una historia peligrosa. Más valía evitarlo, si podías permitirte; el problema era que Sammy no podía; no tenía ninguna otra opción.

A la mierda, tenía que moverse, joder, tenía que moverse; se pondría en marcha, sólo que costaba un poco empezar; no es que fuera vago, no lo era, pero necesitaba aclararse; una vez se hubiera aclarado se movería tan deprisa como cualquiera; en realidad, a veces se movía más deprisa de lo que le convenía; por eso acabó así. Típico de él, joder, típico. No es sorprendente

que no le gustara moverse rápido, tío, visto que cuando lo hacía, la cagaba lo jodía, tío, lo jodía bien, lo jodía todo.

Y la radio le estaba volviendo loco.

La apagó. Encontró una cinta de casete. Pero no la puso en el aparato. Se levantó y meneó los hombros. Necesitaba hacer algo de ejercicio. Abrió la ventana dos muescas. El aire y el viento eran agradables. A veces tenía la sensación de que le llegaba el olor del mar hasta la nariz, pero seguramente no era así, aunque nunca se sabe; Glasgow estaba bastante cerca del mar.

A no ser que fueran sus putos pies, tío, debían de ser pura porquería. Una de las historias de quedarse ciego es que pasaban tantas cosas que no tenías tiempo de pensar en nada. Le apetecía una pinta y tenía el dinero para pagarse un taxi hasta Glancy's pero no iba a ir. No podía enfrentarse a la gente; todavía no. Además tendría que dar explicaciones. No quería que lo molestaran, no podía permitirselo. Había pensado en intentar averiguar qué había pasado el sábado, pero a la mierda, qué coño importaba, nada, tanto si pasó allí como si no.

Y luego saber que todos esos tipos estaban mirándote y sacudiendo las cabezas. Todo ese puto rollo. A la mierda.

Era por Helen.

Y volvía a tener aquella terrible sensación de asco en las tripas, apretó los párpados con fuerza, tío, oh, dios, se tapó los ojos con las manos. Algo iba mal, tío, algo estaba bien jodido en su cuerpo, lo sentía, no podía librarse de la sensación, estaba ahí, ahí mismo, como si lo asfixiara de dentro afuera y le llenara la puta cabeza. Era peor de lo que había imaginado, mucho peor de lo que había pensado. La cosa se estaba poniendo fea, tío, muy fea

Estiró las piernas y los pies en el sofá, se tumbó con la cabeza apoyada en el brazo lateral intentando ponerse cómodo.

Es como cuando estás harto de todo. De todo. Cuando la puta puerta se cierra de golpe detrás de ti. Me refiero a cuando entró en prisión porque cuando salió no sabría decirte si la cerraron de golpe ya que ni se fijó, lo único que veía era lo que tenía por delante. Pero la segunda vez que salió estaba tan cansado que ni siquiera llegó hasta el final de la calle. Tan hecho polvo, tío, tan exhausto, tan agotado que no quería saber nada, te digo que

estaba tan jodido que lo único que se le ocurrió fue entrar en el primer pub y se quedó allí hasta que se emborrachó pero lo hizo porque estaba hecho una mierda, una auténtica mierda, y una mierda le hubiera importado si hubieran aparecido los carceleros, le hubieran echado el guante y le hubieran dicho que había sido un error, así que de vuelta al trullo.

Dios, te sorprende que cosas así no te sorprendan. ¿Me entiendes?, y te hace sonreír.

*After twenty years of marriage
Its the first time yo havent made the bed
And the reason we're not talking
there's so little to say we haven't said 10*

Que te den.

Pero tenía que remojar los pies. Era porque esa mierda de deportivas le quedaban pequeñas. Le apretujaban los dedos y tenía la sensación de que llevaba un clavo mellado raspándole el lado de un dedo que, seguramente, por lo que notaba, ya debía de estar sangrando. Eran tonterías como ésa las que le jodían, cortarse las uñas de los pies y rollos así. Pero tendría que hacerlo. ¿Qué más?

Necesitaba lavarse, joder. Un baño, un baño de verdad, tumbarse y ponerse en remojo. Ahí, al menos, no podías hacerte mucho daño, eso estaba claro.

Aunque tampoco tenía nada de malo ir a tomar una pinta, por dios, era viernes por la noche, ya me entiendes, tenía todo el puto derecho. Ésa era una de las cosas a las que tenías derecho, coño, una pinta un viernes por la noche.

Ag, era demasiado tarde. Si quería ir ya tendría que haber ido.

Se levantó y puso al fuego una lata de sopa, metió dos rebanadas de pan debajo del grill. Sonaba la música. Muy bien:

las cosas que podías hacer y las que no; en eso estaba pensando. No podías anotar lo que pensabas. Bueno, podías escribirlas pero, joder, no leerlas; tenías que aprendértelas de memoria.

Qué mala suerte, tío, porque tenía una memoria como un puto colador. Bueno era cuestión de aprender. De eso se trataba, prueba y error. Había un

montón de cosas, de chismes, y todas requerían atención. El bastón también, tenía que pintarlo, eso era una puta prioridad. Estaba seguro de que tenía una vieja lata de medio litro de esmalte blanco por el pasillo, en alguna parte. Pero necesitaría que algún cabrón viniera a buscarla por él porque estaba guardada entre un montón de otras latas de mierda y él no podría diferenciarlas.

Puso otra cinta de casete y esperó. Un chasquido. Tampoco podía escuchar ésta. A Helen le gustaban las canciones románticas de amor. Ella negaba que fueran canciones románticas de amor, pero lo eran. Ya estamos otra vez

dios, tenía que concentrarse, joder, tenía que concentrarse. Tenía que aclarar las cosas, solucionarlas. Sacó la rejilla de la parrilla y palpó el pan, que estaba casi listo. Un par de minutos más para la sopa. Ella seguramente había ido a ver a sus hijos. O puede que se hubiera pirado con esa colega suya del pub. Sammy se había olvidado de ella, de la colega de Helen. Seguramente se había instalado en su casa un par de noches, porque estaba harta de él, tío, y quién podía echarle la culpa, tú no, desde luego, ella tenía toda la razón, joder, toda la razón. Las vidas de la gente. ¿Qué sabrán? No tienen ni puta idea. No saben nada y pueden hacer aún menos. Aunque fue gracioso tropezarse con Charlie. Bueno, no tanto, fue en un bareto cerca de Glasgow Cross, y él volvía de una reunión. Buen tipo, Charlie, todavía andaba tirando bombas. Fue agradable ver que se había calmado un poco. En otros tiempos ni podías hablar con el tipo. Pero sólo se trataba de un cambio de táctica. Alguna gente sigue adelante, tío, tira como sea. Y eso es lo que no le gusta a los cabrones, ellos quiere que la cagues. Pero ojo si no la palmas, ojo si vas y atacas, porque entonces son ellos los que están jodidos. Tienes que empezar viendo el lado bueno. De lo que sea: no te tumbes a esperar, tío, es una invitación a que te pisen, joder, eso es lo que es.

Sammy untó la tostada con mantequilla. Estaba hambriento. Iba a tener que hacer una compra de verdad, conseguir comida de verdad, un montón de cosas. Antes de quedarse pelado otra vez.

Cuando Samuels se quedó ciego tenía treinta y ocho
tenía treinta ocho años
y el sol no brillaba
no, el viejo sol no brillaba,
sí, va cuesta abajo otra vez
pobre chaval
cuesta abajo una vez más

A veces hacía eso, se inventaba una canción; la letra le salía antes que la música. No, eso no es verdad, llegaban juntas, a la vez.

Lo que pasa con Sammy no es que no le gustaba hablar de política sino que no le gustaba sentirse culpable. Charlie le hacía sentir culpable. Bueno, la verdad es que no le hacía sentir culpable en absoluto, lo intentaba, pero no lo conseguía. Así que era agradable verlo más relajado. Para variar, joder, hasta podías hablar con él. Y tenían bastante cosas interesantes de las que hablar.

Cuando Samuels se quedó ciego tenía treinta y ocho
tenía treinta ocho años
y el sol no brillaba
no, ese sol no brillaba

A la mierda, tío, encendió la radio y sacó la cinta. A veces las voces te ahogaban. Las vidas increíbles que vivían en este país enfermo, como en un puto cuento de hadas. No te creías ni un pijo de lo que contaban. Tú estás con tus cosas, cenando y tal, fregando los platos, y vas escuchando esas voces. Piensas dios bendito qué coño está pasando. Sammy ni siquiera veía. Ni siquiera podía ver, tío, no sé si me entiendes, y aun así tenía que escucharlos, a esos putos gilipollas. Y te vas cabreando cada vez más, cada vez más, hasta que te entran ganas de estampar el puto puño a través de la ventana de la cocina y, con un poco de suerte te sajarás la arteria principal, la gorda, tío, la gorda que recorre tu puta muñeca, la grande.

Qué importa. Qué coño importa.

Se despertó, la radio seguía encendida. Con la mano tocó la chimenea; estaba tirado en el suelo entre la estufa y el sofá. Sentía rigidez en el cuello y estaba

sudado. Era culpa suya, se había estirado en la alfombra. Oía un ruido de raspado; a lo mejor había alguien trabajando en casa, al otro lado de la pared, o puede que ratones, mierda, se incorporó apoyándose en los codos, pequeños cabrones, no le gustaba que corretearan por encima de su cara. O a lo mejor eran ratas. El edificio estaba plagado de ellas. Una vez, Helen y él volvían a casa y estaban esperando el ascensor y cuando se abrieron las puertas de dentro salió una paseando tranquilamente. Qué te parece. Te lo digo, tío, la bestia iba a su aire con todo el descaro, joder, de haber estado lloviendo habría llevado paraguas.

Se sentó en el sofá y buscó a tientas el tabaco. Un tío hablaba por la radio, un oyente que respondía preguntas por teléfono. ¿Qué hora era? Ratas o ratones; si se le acercaban se los comería, con el pelaje y todo, les arrancaría las putas cabezas a mordiscos. No, no se le acercarían. Los animales no son idiotas, se daban cuenta de todo. Como esos perros cabreados que intentan intimidarte con la mirada. Pero cuando te miran un buen rato y se percatan de que te importa una mierda, se dan cuenta y te dejan en paz. Y los gatos también, pero controlan que la huida esté despejada y antes de dejarte te gruñen. Saben que te la pela. Así que te dejan en paz. Es lo que tienen los animales, controlan los porcentajes. O a lo mejor no. A lo mejor todo eso no es más que un puto rollo. Todas esas historias con las que te engañas.

Sammy levantó el culo y fue a prepararse la última taza de té antes de irse a la piltra.

Salud y Bienestar Social abría de 9.30 a 11.00 los sábados por la mañana, y no había médicos en los locales; lo único que veías eran recepcionistas y enfermeros. Sammy fue temprano para tener más oportunidades de conseguir hora para el lunes. Cualquiera bus que cogiera desde la calle principal lo acercaba hasta allí. En la esquina de la calle empezó a caminar con el bastón. Era la segunda entrada. Cuando se acercaba mantuvo la mano estirada, palmeando la pared del edificio hasta que entró. Había gente haciendo cola delante de la puerta. Llevaba las gafas de sol puestas y tanteaba despacio con el bastón para no dar demasiado fuerte a nadie. Su pie pateó sin querer una

lata vacía. Le habló una mujer. Parecía mayor. ¿Eres ciego, hijo?, le pregunta.
Sí.

¿Quieres ver al médico?

Sí, bueno, pedir hora.

Ven, dijo ella, le cogió del brazo y lo colocó en su sitio. Abrirán enseguida.

Sammy se apoyó en la pared y dejó el bastón encajonado entre ésta y su cadera, sacó el tabaco y se lió un cigarrillo. Otras personas entraron detrás de él. Un hombre había empezado a hablar. Su voz procedía de la parte delantera de la cola, pero se notaba que quería que todos le oyeran. No sabía qué tipo de rollo sobre sabe dios qué estaba soltando, el caso es que te cabreaba oírle. Entonces una mujer se le unió para darle la razón. De locos. Sammy tosió dos veces y un gargajo de catarro se le quedó enganchado entre los dientes. Iba a salir a deshacerse de él, pero cambió de opinión y se lo tragó. Había notado una leve presión en su brazo derecho, cerca del hombro. Era alguien de la cola que se le estaba pegando desde atrás; su hombro ya presionaba el de Sammy y te preguntabas si el tipo se había dado cuenta de lo que hacía o si estaba totalmente distraído; no podía ser una tía, eso sí que estaba claro.

Entonces se detuvo. ¿Tienes fuego, colega?

Sammy esperó. Parecía que el tío le estaba hablando a él pero no podías asegurarlo. Escuchó un murmullo bajo y que alguien se reía entre dientes. Se le había apagado el pitillo así que lo tiró al suelo y rascó con el zapato sobre la zona donde creía que había caído, comportándose como si todo fuera bien. Hubo más murmullos. Sería genial que todos se presentaran en vez de esta mierda

Era asombroso lo desamparado que te sentías: Sammy había encogido los hombros automáticamente y sabía que lo había hecho porque tenía la sensación de que le iban a dar un golpe en la espalda. Intentó relajarse. Pero era muy chungo; no era raro que estuviera cansado todo el tiempo. No digo que hubiera sido un golpe intencionado, sólo un golpe, la simple idea, tío, era chungu, joder, no era una sensación agradable, nada agradable.

Cuando la puerta se abrió la anciana le cogió de la muñeca. Iba a preguntarle si podía cogerla a ella por la suya, pero no quería líos así que lo

único que dijo fue: gracias, señora.

Ella le condujo a través de dos puertas hasta un asiento. Él se quitó las gafas y se frotó los ojos. Se tocó detrás de las orejas, donde le habían rozado. Tenía unos bultitos ahí detrás, los tenía desde siempre, ya de niño; probablemente eran de nacimiento. Pero las puntas de las patillas de las gafas parecían apoyarse en ellos y eso te desquiciaba. A lo mejor la mujer le había vendido unas gafas demasiado pequeñas, la de la farmacia, unas que no se ajustaban bien. La gente no siempre se molesta en esas cosas. La silla tampoco era muy cómoda. Habían pasado algunos meses desde la última vez que había estado ahí y, a no ser que hubieran cambiado, todas las sillas de la sala de recepción eran diferentes, de todas las formas y tamaños. A veces te sentabas en una buena, pero lo normal era que no y te sorprendía que la muy cabrona no se rompiera debajo de ti. Había incluso un par de esos sillones viejos con reposabrazos; otras eran simples sillas de cocina y estaban muy pegadas unas a otras así que apenas quedaba sitio entre la tuya y la de al lado, y tus rodillas tocaban las de tu vecino; era como ir en el metro cuando estaba hasta los topes, todas las formalidades se iban a la mierda; incluso las chicas más bonitas, tío, tenían que entregar su alma y dejar que sus muslos rozaran los tuyos.

Ag, estaba bien sentarse, pero no te engañes. Todos estos coñazos tenían que tomarse en serio y sólo podían solucionarse si eras paciente. Sammy no era un tipo paciente por naturaleza, pero sabía ser práctico, y estaba acostumbrado a afrontar esas historias tan aburridas. Si no, ya estaría muerto. Tomar el autobús y rollos así le llevaban siglos. ¿Caminar por la calle?, pasito a pasito; allá vas, es lo que hay, Sammy el temerario, lejos, tan lejos, como quieras

*To the limit
one more tie-yime 11*

Sammy sacudió ligeramente la cabeza, sonriendo. Un poco más tarde, la anciana le tocó el brazo. Ya te toca, hijo, dijo. Le acercó al mostrador.

Gracias señora.

¿Sí? Era la chica de la recepción. Tenía uno de esos acentos cantarines de clase media que encuentras en Glasgow, de esos que suben y bajan y alargan los sonidos. Eh, sólo quería que me diera hora, dijo Sammy, para el lunes por la mañana.

¿Una ciiiita? ¡Y para el luuunes por la maaañana!

Así hablaba; de locos.

Sí, dijo Sammy, tengo que ver al médico, eh, me quedé ciego la semana pasada. Me tiene que dar un informe para la Seguridad Social. Me dijeron que viniera esta mañana para asegurarme porque era importante.

A ver, un momento, ¿cómo se llama?

Eh, Samuels.

¿Iniciales?

Ese.

¿Está inscrito aquí?

Sí.

¿Desde cuándo lleva apuntado?

Eh...

¿Más o menos de un año?

Menos.

Ya. ¿Y no podía darle el funcionario de sanidad ese informe?

No.

Parece muy seguro.

Primero tiene que examinarme.

¡Examinarle!, ¿el médico?

Eh, sí, sí.

Ummm. ¿Y en la Seguridad Social le dijeron que viniera aquí?

Sí.

Bien, ¿puede decirme qué aduce?

Eh, pérdida de visión.

¿Desde la semana pasada?

Sí, eso es.

¿Y no le ha examinado ningún médico?

No, todavía no, por eso estoy aquí.

¿Y quiere ver al médico el lunes por la mañana?

Sí.

¿Para que le examine?

Sí.

¿Se da cuenta de que lo pide con muy poca antelación?

Sí, lo siento.

Porque, mire, no creo que podamos encontrarle un hueco, lo siento mucho, pero sólo se considera urgencias durante los tres primeros días.

Por eso he venido en persona en lugar de telefonar. No pude ir a la Seguridad Social hasta ayer por la tarde, y allí me dijeron que es fundamental que lo solucione ya.

¿Se lo dijeron ellos?

Me dijeron que tenía que hacerlo sin falta.

¿Sin falta? ¿Qué querrían decir con eso?

Es porque está implicado el departamento de policía.

¿El departamento de policía?

Es un asunto entre ellos dos. Si hay algún problema, llámeles.

¿Que les llame?, ¿que llame a quién?

A la policía, imagino.

Ella suspiró. Tengo que consultarlo en el reglamento. ¿Me ha dicho que lo que quiere es un examen clínico?

Sí, a ver, tiene que hacerlo un médico, no sé... Sammy se encogió de hombros.

Umm.

Sí, que te den a ti también. La oyó pasar hojas. Aborrecía a esta gente. No, no los aborrecía sólo le parecían unos imbéciles. Se quitó las gafas de sol y se frotó detrás de las orejas, la que más le dolía era la derecha, aunque con la izquierda oía peor; en fin.

Diez cuarenta y cinco, dijo ella.

¿El lunes por la mañana?

¿No es eso lo que ha pedido?

Sí, sí, eso es, muy bien. Sammy se quedó allí un momento y luego se dio la vuelta para marcharse.

Recoja su tarjeta de cita, dijo ella.

¿Dónde está?

Le pusieron la tarjeta en la mano.

Ya fuera, en el camino de entrada del recinto, se lió un cigarrillo. Se había decidido: iba a tomarse una puta pinta. Estas pequeñas victorias: había que celebrarlas. Si no, te olvidas de que las has logrado. Hora de comer del sábado, tío, joder, no tenías que ser un puto alcohólico para que te apetecieran un par de cervezas. Vale, se moría de ganas. ¿Y qué? No era nada del otro mundo, dios, tomarse un pinta un sábado a la hora de comer, joder, no significaba tirar la toalla ni nada por el estilo. La vida, joder, estoy hablando de la puta vida.

Pero no pensaba ir a Glancy's, iría al puto bareto, el Arcadas, ahí iría. Niñatos y futuros tipos duros. Pero ¿qué más daba? No tenía cuerpo para pasear.

Aunque, para ser sinceros, sí tenía un montón de sed. Sí, era como cuando has tenido que hacer un puto trámite oficial, lo has afrontado y lo has acabado. Normalmente estás jodido. Como ayer cuando salió de la Seguridad Social, y tenía ganas de meterse en el primer bareto. Pero no lo hizo. Pasó por delante, apretando los dientes y respirando hondo. Aunque tampoco le costó tanto evitarlo; el pub estaba al otro lado de la calle, enfrente de la entrada de la Seguridad Social y uno no sabía con quién hablaba, con todos esos agentes de paisano sueltos, haciendo lo que hacen los paisanos para pasar inadvertidos. Imagina que te emborrachas y empiezas a largar en el bar, acabarías en la lista negra, y dile adiós a los giros, colega.

Una semana sin privar, pero no puedes quejarte. Además, los sábados eran otra cosa, me refiero a que eran una tradición, incluso en Inglaterra, allí hacían lo mismo. Un par de pintas con el canal deportivo de la tele; las carreras, los resúmenes de los partidos, el snooker; estaba de puta madre.

Luego, de vuelta a casa, recogería algunas cosas del súper del barrio.

Muy bien.

El sol. Sammy lo notó cuando caminaba por la calle. Era una época agradable del año, la primavera, sobre todo hacia el final; sí, agradable. Entonces la construcción no era un mal curro. Si los demás te dejaban en paz.

Y casi siempre lo hacían. A no ser que tu jefe de obra fuera un imbécil, te dejaban currar a tu aire. Por eso a Sammy le gustaba. El viejo curro de la construcción. Se paró para liarse un cigarrillo, pero no era buena idea con el aire que soplaba.

Con este rollo de haberse quedado ciego, iba a echar de menos una cosa: ¿cómo coño podías andar por ahí? Porque no siempre sales de casa para ir a algún sitio, a algún sitio concreto. Además, ¿para qué ir a dar una vuelta si no ves una mierda?, y a Sammy le gustaba mirar, mirar a las chicas de las oficinas y a las dependientas, las que trabajaban en las tiendas de ropa; era un gustazo, dios santo querido, cuando empieza el verano; cada año es lo mismo, rodeado de todos esos cuerpos; allá donde mires sólo ves piernas largas y tetas. ¡Lo que se llama un delicioso tormento! Delicioso tormento. ¿No había una película que se titulaba así? Si no la había, debería haberla.

Había llegado a la punta del pasaje y tanteó con el bastón entre el edificio contiguo al suyo y la hilera de tiendas del interior de la plaza. Tenía ganas de cagar. Y ésa era una razón más para pasarse por el pub. Si no fuera por el follón que se armaría. Iban a agobiarle y, por lo que recordaba, el lavabo quedaba a la izquierda. Aunque a lo mejor se equivocaba. Pero lo encontraría, no le pasaría nada. ¿Cómo se llamaba aquel ciego de la historia? Joder, hay un millón de ciegos en la historia. Sí, pero era uno especial. ¿No era un oficial de no sé qué ejército? Sammy recordaba haber leído sobre él en una novela. Una francesa. O puede que rusa. Montaba un gran caballo blanco y dirigía las tropas. Bueno, no es que encabezara a los soldados, sólo se sentaba allí como el jefe Caballo Loco y enviaba a los suyos para que apresaran al coronel Custer, no es raro que le arrancaran la cabellera con el pedazo de melena rubia que tenía

Alguien estaba hablando y se calló. Le dio la impresión de que dos o tres tipos venían detrás de él. Ralentizó el paso para que le adelantaran. La charla se reanudó cuando lo dejaron atrás, y uno de ellos se rió. ¡Joder, es normal que te vuelvas paranoico!

A ver, oyes a gente que se ríe y no tienes ni idea de qué coño se están riendo. Lo único que sabes es lo que ya sabes: que llevas unas gafas de sol de mierda y un bastón de mierda y unas deportivas viejas de mierda en los pies,

diez números más pequeñas que las que te van bien.

Tropezó con una pared a su izquierda, dio unos golpecitos con el bastón y se paró. ¿De dónde coño salía aquella pared? Ya había subido las escaleras de la plaza hacía cinco minutos, por dios, pero no parecía que llegara a ninguna parte; a lo mejor estaba moviéndose en círculos. Ni siquiera puedes andar, joder, ya me entiendes, ni dar un puto paseo.

Vale, vale, tranqui. Pero le dolía la muñeca, joder. Era porque el bastón no tenía empuñadura. Era incómodo.

A ver, ¿qué hacía ahora? Andar, eso. ¿Adónde? Dios. Asombro. La vida.

Muy bien. El bareto no podía estar muy lejos de donde se encontraba porque había subido las escaleras y no se había tropezado con nada raro; aunque no cuentas la pared, esa pared no tendría que estar ahí. Así que deberías de estar en el buen camino.

A la mierda, no iba a ir al pub, se volvía a casa. No había más. A la mierda. Al súper a pillar tabaco, un poco de pan, algo de leche y un par de latas. Nada del otro mundo. Luego el ascensor y a casita.

Joder, qué raras son las cosas. Más vale no pensar. Joder, más vale

Se dio la vuelta. Era lo mejor. Se pasó el bastón a la mano izquierda para que descansara la derecha, pero seguía sin dominar la zurda y a los pocos pasos volvió a coger el bastón con la derecha. Además, con ésta podía mantenerse en contacto más fácilmente con la pared. Un perro ladró bastante cerca. Imagínate que eres ciego de nacimiento, no sabrías qué es un perro, lo único que oírías sería ese ruido de ladridos, y sería un puto espanto, ¡creerías que era algún cabronazo que se había vuelto loco! Al menos él sabía qué era cada cosa, qué era. ¡Una pesadilla! No, no era ninguna puta pesadilla, joder.

No era tan malo, dios, no

Tenías que andarte con cuidado, nada más. Con más cuidado que otra gente. Eso no era nada raro. Le pasaba a todos los que tenían alguna discapacidad; todos estaban igual. Aunque hubieras perdido las piernas, tendrías que andarte con más cuidado. Era lo lógico. Sólo tenías que mantener la cabeza en su sitio. Y te lo tomabas con tranquilidad, no te dejabas llevar por el pánico, sentías como todo se te venía encima y tenías que protegerte, no tenías que permitir que te dominara, te vigilabas, te

andabas con cuidado. Llegó a un espacio vacío, lo tanteó con el bastón; alcanzó la pared y la palmeó; era una esquina, la dobló y la pared seguía allí, donde debería de haber habido un escaparate, el escaparate de una farmacia. Bueno, ya se esperaba algo así, quiero decir que sabía que se había equivocado, así que no pasaba nada. No era de piedra, la pared no era de piedra; era de alguna clase de metal y al palmearla le devolvió un sonido hueco. El motor de un coche en marcha. A no ser que fuera el garaje. Si había tomado la dirección equivocada desde la punta del pasaje, entonces probablemente estaba ahí, se había desplazado de lado y había avanzado dando tumbos por un espacio vacío.

Así que estaba en la parte de atrás del edificio que se levantaba enfrente del suyo. Pero ¿en qué lado? Dios, ¡ni quiera estaba seguro de que fuera ese edificio! Joder, ¿cómo coño ibas a saberlo?, no podías, sólo lo suponías. Bueno, o era un lado o era el otro, no había más vueltas que darle; había una tercera posibilidad, pero estaba a casi medio kilómetro y era imposible que se hubiera alejado tanto. El motor del coche seguía en marcha. Avanzó tanteando con el bastón hacia el ruido. Cuando se acercó, dijo en voz alta: ¡Hola!, eh, ¡Hola!

Quienquiera que fuese tenía una radio a toda hostia; con un programa deportivo. Sammy gritó: ¡Hola!

Un tipo respondió: ¿qué hay?

El motor se paró, pero Sammy siguió hablando en voz alta: eh, esto... no veo..., estoy ciego; me he desorientado, me he perdido.

...

¿Podrías indicarme cómo llegar a las tiendas?

No te preocupes, colega, no te preocupes.

Sammy oyó cómo movía herramientas y al momento le decía: quédate ahí... Al poco estaba a su lado: ¿Estás bien?, le dijo.

Sí.

Vale... Cogió a Sammy por la muñeca y empezó a andar, despacio. No hace mal día, ¿eh?

No, no está mal, dijo Sammy, mientras no llueva. Iba a tomar una pinta pero me equivoqué de dirección.

¿Quieres ir al pub?

No, no, ahora ya no, he cambiado de opinión; sólo quiero llegar hasta las tiendas.

Porque si quieres te acerco hasta allí, no me cuesta nada.

No, no, gracias, paso de ir.

Pues haces bien, dijo el tipo, la bebida es una mierda, ¿eh?

Sí, tienes razón. Eh, ¿te molesta si cojo yo tu muñeca en lugar de tú la mía?

No, para nada, coge, coge.

Gracias, me es más fácil así.

No te preocupes, colega, no te preocupes. Sí, dijo, estoy intentando que ese viejo buga vuelva a la carretera.

Ah, claro.

No es más que un montón de chatarra, si quieres que te diga la verdad. La hija se me casa dentro de quince días. En Liverpool. Mi mujer y yo vamos para allá. Lo que yo te diga, un puto dolor de cabeza. Aunque vayas en tu coche, ya me entiendes, joder, ¡tan lejos! Un puto crimen, y los talleres de la autopista, joder, todo eso cuesta un huevo. Sería mejor pillar un autocar; y resulta más barato a largo plazo, si echas cuentas. Los putos regalos de boda, la casa está hasta los topes, de toda la familia, de los vecinos, y los demás, así que tengo que meterlos todos en el coche. Como la Wells Fargo. ¿Tú estás casado?

Sí, dijo Sammy: ni se molestó en decir que no.

El tipo siguió charlando de camino a la puerta del súper. Si él no se la hubiera abierto, Sammy se habría ido directamente a casa. Pero aprovechó e hizo la compra. Tenías que coger tú lo que querías llevarte, pero el dependiente era el mismo del día anterior, amable y servicial, y le dio un grito a alguien para que le buscara la leche y el pan.

Así que ahora ya estaba a un paso del edificio, y entró por la puerta de cristal. Se cerró de golpe, pero pareció rebotar y abrirse de nuevo como si alguien la hubiera parado y entrado detrás de él. Se acercó al ascensor y pulsó el botón. Iba pensando tonterías. Escuchó con atención pero no oyó nada, y no es raro que no oyera nada porque no había nada que oír. Volver a casa era

agradable. Se iría directo a la piltra. Se llevaría la radio y escucharía los partidos. Eso era lo que quería, tumbarse, lejos de la calle, fuera de peligro. Parecía que te entraba el pánico con cualquier tontería en cuanto perdías la coordinación, como no podías ver empezabas a oír cosas raras. Luego tu puta imaginación se ponía a trabajar por su cuenta.

Tenía frío, y eso era raro; ¿cómo coño podía tener frío? Tenía que entrar en calor, tenía que ponerse a salvo de una puta vez, a lo mejor estaba pillando una gripe, a lo mejor era eso. Eso explicaría por qué se sentía así, porque normalmente nunca estaba tan nervioso. Y el puto ascensor, joder, ¿dónde coño estaba?, a veces tardaba siglos. Los putos niños, que jugaban al escondite. Los cabrones de los yonquis que se metían un pico y aguantaban las puertas. Ya llegaba. Se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo, dio un paso a un lado y escondió el bastón lo mejor que pudo. Bajaron dos personas. Vale, encontró el botón y lo pulsó. El ascensor se movió. Genial. Eso era lo que hacían los ascensores, moverse, los cabronazos subían. O bajaban, dependía del botón que tocaras, como las tías, dependía del botón que les tocaras, subían o bajaban; joder, se estaba volviendo un guarro.

Dios, eso sonaba como algo que hubiera dicho su padre, el viejo hablaba así.

Nervioso, muy nervioso, por qué estaba tan nervioso; joder, ¡tenía ganas de gritar!, estabas nervioso, dios. Pero tienes que controlar, tío, tienes que controlar, joder, controla, controla. El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. En la galería, busca palpando la placa de la puerta. Menos mal, joder, dijo cuando metió la llave de seguridad en la cerradura y encajó. Pero, alto ahí, no tenía por qué. Muy bien. Metió la llave normal, la hizo girar y la puerta se abrió. La empujó y entró, la cerró. Dijo: Helen, ¿eres tú? ¡Helen!

Sin respuesta.

¡Helen...! Esta vez lo dijo en un susurro: ¡Helen!, ¿estás ahí?

...

Muy bien, tío, vale; se quitó la chaqueta y la colgó en la percha; si había gente en la casa cómo vas a saberlo, no puedes, tendrías que ir por todos lados escuchando a ver si oyes algún ruido, o respiraciones, o lo que sea. Tanto da. Dejó la leche y el pan en la cocina y fue al lavabo. No era la

primera vez que se olvidaba de cerrar la puerta con dos vueltas de la cerradura de bloqueo. Tampoco sería la última. Me refiero a que, joder, un día hasta se había olvidado de cerrar la puta puerta, quiero decir que ni siquiera la había arrimado. Se la dejó abierta de par en par, tío, la puta puerta. Menos mal que Helen tuvo que salir para ir a trabajar. De locos.

Tanto daba. De cada mierda de detalle, tío, de cada grano de arena, haces una montaña. Acabas volviéndote un pobre pirado, así acabas. Tienes que controlarte. Era algo que pasaba por dentro. Muchos tipos se volvían paranoicos.

Las cosas te agobian. Te sientes como si tuvieras que empujar, que hacer fuerza para quitarte todo ese mal rollo de encima. Como esa sensación que te entra cuando estás al borde de un acantilado y miras hacia el mar y sopla el viento y ves un buque cisterna en el horizonte y sientes que estás allí, en mar abierto, justo lo contrario, dios, de cuando te sientes acorralado, lo contrario

Así que lo que Sammy sentía era lo contrario de lo contrario, en otras palabras, se sentía acorralado, tío, ya me entiendes, cercado; y la cosa iba a peor, no a mejor; eso sí estaba claro, la cosa iba a peor. Tenía que hacer algo, y hacerlo bien, hacerlo bien. Tenía que tomárselo de otra forma. Cambiar el planteamiento. Todo. Tenía que cambiarlo todo. Había que hacer un montón de cosas, y tenía que hacerlas él. Nadie más que él. Si no las hacía, no se harían solas. No se harían si no las hacía. Así de fácil. Su vida había cambiado. Tienes que aceptarlo. Y parecía que no lo aceptaba. Daba la impresión de que seguía viviendo como si no estuviera ciego, como si no se tomara las cosas como un ciego sino que se limitara a enfrentarse a los obstáculos y a la demás mierda según le iba viniendo. Su vida había cambiado, había cambiado. Cuanto antes lo asumiera, mejor. Pero él quería que su vida cambiara, lo único que, joder, era una puta basura.

Ag, se iba a la cama. Aunque tenía hambre, qué más daba, lo que no comiera ahora lo comería más tarde. A la puta mierda Helen. Que le den.

Sammy estaba en el salón, iba a coger la radio y llevársela al dormitorio, pero la dejó donde estaba. La encendió y se sentó. A lo mejor se ponía a pintar el puto bastón. Ella llevaba fuera una semana entera. No era raro que él estuviera preocupado. No, no lo estaba. Helen podía hacer lo que quisiera.

Dependía de ella, joder. Pasas mucho tiempo sin ver a gente, y qué, qué coño importa, no importa, puedes pasar sin ellos. Él también quería cambiar su vida, incluso antes de esta mierda, de eso se trataba. Se lo había dicho a ella. Bueno, más bien lo había intentado decir, pero no había funcionado. Ella se picó por algo, pero él no sabía el qué, porque ella no se lo dijo, sólo le dejó de hablar, le aplicó el tratamiento de silencio. A veces no sabes de qué van las mujeres, tío, te lo digo yo. Fue un par de días antes de la bronca del viernes por la mañana; porque eso fue, una bronca, una puta bronca; pues vale, muy bien, Sammy el temerario cometió el error fatal, fue sincero con ella. No totalmente sincero, pero sí lo bastante para liarlo todo. Estaba demasiado acostumbrado a no hablar nada. Ése era el problema, normalmente no le contaba nada a nadie, nada a nadie. Y así debía ser. A eso era a lo que estaba acostumbrado. Y uno acaba haciéndolo bien, sí, lo hace de puta madre.

No es que Helen fuera una entrometida. Nunca pareció preocuparle saber rollos de su pasado ni historias por el estilo. Ella sabía que había cumplido condena, pero con eso le bastaba, era algo del pasado. Así que no había necesidad de hablar del tema. Era una estupidez. Podría no haberle contado nada durante el resto de su vida y no habría pasado nada, todo se daba por sentado, ningún peligro, ningún problema, adelante. Pero él tuvo que darle al palique y ponerse a largar. Aunque sólo lo hizo para demostrarle a ella que todo aquello era de verdad algo del pasado. Acostados en la cama, la cabeza de ella apoyada sobre el interior de su hombro, las piernas de los dos abiertas y cruzadas sobre las del otro, y la mano de Helen toqueteando tu pelo de forma que a veces te entraba la tontería de que te iba a hacer un nudo o algo así.

Relájate, cabrón.

Se esforzaba por relajarse, joder. Así empezó el mal rollo.

Sí, se había relajado. Le habían entrado ganas de un segundo polvo y se estaba poniendo. Ella estaba adormilada, pero le habían entrado ganas y quería que ella se corriera también. Vale, sí, hablaba la inexperiencia. Pero tienes que recordar que un tipo de la edad de Sammy, con once años de su vida perdidos, era un puto adolescente atrofiado.

Pero se sentía tan bien, tan de puta madre. Dios.

Sí, joder, así se sentía.

Ag. Quería demostrarle a ella lo estúpido que era. Lo gilipollas que era.

¡Que era antes! Porque aquello había acabado, había acabado de una puta vez y para siempre. Y allí acostado, lo supo, tío, tuvo la certeza absoluta. Había acabado. Toda aquella mierda. Se había acabado. Su mano empezó a bajar desde el hombro de Helen, por su costado, acariciándola. Tranquilidad, joder. Un momento para el futuro. Eso era. Eso significaba aquel momento, ¡el futuro! No el pasado, nada de pasado. Sacó el tema. Bueno, en realidad, no; lo que pasó es que para hablar del futuro tenía que traer a colación un poco del pasado, para avanzar hacia el futuro, así que lo mencionó, una parte, para que él pudiera empezar de nuevo, de verdad, ellos dos, juntos. Porque sabía que era posible. Pero ella no. Ella no creía que hubiera un futuro. Ése era su problema, tío, no creía que hubiera futuro. Ella se tomaba la vida como venía, un día cada vez. Porque en lo más hondo ella estaba convencida de que estaban condenados. No era culpa de él, sino de ella. Helen se había tomado la molestia de que quedara claro, no era culpa de él, sino de ella, dijo. Dijo que no estaba bien, sí; por eso la cagaba, él no tenía nada que ver. Porque ella había perdido a sus hijos. Se los habían quitado. Toda esa mierda. Porque eso era, una mierda. No habría pasado si él hubiera estado allí, tío, ya me entiendes, el pedazo de cabrón con el que se había casado. Pero no podías convencerla, tío, no podías, joder, no había manera.

Hacía que se te

el corazón, ya sabes, se te encogía, joder, y las tripas; y si no te andabas con cuidado

joder.

Sammy no tenía mucha experiencia con mujeres. Para ser sinceros. Oías a los otros tíos en el trullo. La gran pregunta nunca tiene respuesta; ni siquiera se plantea: cómo es posible que tengas tanta experiencia si te has pasado media vida cumpliendo condena, pringado.

Ag.

Pero con Helen, joder, sabías que querías..., joder, que querías protegerla. Sólo con pensarlo.

Dios. ¿Dónde cojones estaba el tabaco? Joder, nunca lo encuentras, tío,

no cuando lo necesitas. Menuda mierda.

Se lió un cigarrillo. Aunque sólo hacía una semana era ya mucho tiempo. Te preocupas. Oyes a todos los cabrones que te hablan dentro. Los escuchas. Te entra por un oído y te sale por el otro. Fantasmadas, joder, todo eran putas fantasmadas. Y te hartas de ellas. Cuentos de chirona; lecciones que he aprendido. Estupideces, no eran más que tonterías. Charlie tenía toda la razón, joder, claro que tenía toda la puta razón, ¿crees que Sammy no lo sabía? Era Charlie el que no lo sabía, Charlie era el tipo que no tenía ni idea. Pero se creía que sí

Te cabreas por cosas que no deberías, ése fue un error de cojones.

La gente te cuenta historias. Siempre quieren contarte historias. Eres un memo. Un puto memo. Así es como te hablan. Incluso un tipo como Charlie, cuando te suelta su rollo, aunque tenga razón, pero no va más allá porque piensa que no sabes, que eres un cabrón ignorante, un puto memo; te pasas todos esos años ahí dentro pero no tienes ni idea de cómo funciona el puto sistema, ya me entiendes, eso es lo que piensan de ti, que eres un puto memo

Ah, a la mierda tío, a quién le importa.

A la mierda el fútbol, cogió una cinta. Algunas de esas voces, tío, te vuelven loco; hombres adultos, ya me entiendes, desvariando por el fútbol. La cinta estaba dentro, buscó el botón de play.

El puto Willie Nelson, tío, era lo último que quería escuchar. Lo que más necesitaba y lo último que quería.

El viejo Willie.

Muy bien, Sammy iba a apagarlo pero al final sólo bajó el volumen, hasta que casi ni lo oía. Lo justo para oírlo.

Porque los tiempos cambian. Cambian, ¿sabes?; alguna gente no te cree. Bueno están en su puto derecho.

En el caso de Sammy fue no saber conducir. Su puta estupidez. De eso tratan esas historias tristes como la vida misma. Los tipos que te las cuentan se engañan diciendo que todo es por el destino y la puta mala suerte, pero en realidad están hablando de la estupidez; de la suya propia; ni más ni menos. La estupidez: por eso acabaron todos dentro. Putos gilipollas: alardean de su propia idiotez. Tal como te lo cuentan quieren hacerte creer que todo fue por

mala suerte. A veces buscan unas risas, pero sólo las consiguen cuando la broma es a costa de ellos mismos. Cuántas veces tuvo que escuchar Sammy esas historias. Y no sólo en el trullo, también fuera. Allá donde vayas acabas escuchándolas; siempre encuentras tipos que quieren contártelas. Empiezan como si quisieran ser sinceros y contarte qué les pasó. Pero es un timo porque al final de la historia siempre acaban alardeando. Necesitan contarte que lo que les pasó fue distinto a lo que les pasa a todos los demás. Todos los demás son unos gilipollas, pero ellos no. Y así te cuentan cómo planearon su historia; habían preparado todo, tío, no se te ocurra pensar otra cosa, lo habían preparado todo, chaval, cuanto puedas imaginarte ellos lo habían pensado ya, todo, y lo habían hecho, todo lo necesario: y entonces, plaf, hostiazo, cagada. Por alguna razón sin importancia, un puto detalle de nada que ningún ser humano vivo habría previsto. Ni un solo tío en el mundo entero.

Y así el pobre gilipollas que te está contando la historia resulta que es un genio con mala suerte. Eso es lo que en realidad te está contando, tío, que es un genio con mala suerte al que el destino le jode una y otra vez. Si no fuera por el puto destino, él estaría allá, en lo alto, entre las luces brillantes comiendo y bebiendo con las estrellas de cine de Hollywood. El rollo de siempre, tío, el puto rollo de siempre, el rollo interminable, te hartas de él, te acaba desquiciando tener que escucharlo; con todas las frases hechas, ya sabes, las mismas de siempre, te saca de quicio, tío, de quicio, escucharlo, te entran ganas de vomitar, te dan nauseas, se te revuelve el estómago; no puedes mirar a esos tíos, joder, los tipos que te cuentan sus historias, no puedes mirarlos, no quieres ver sus putos ojos.

Sammy intentaba contarle eso a Helen, pasarle el mensaje: cómo era, cómo funcionaba, la puta estupidez. Las mujeres deben saberlo; los hombres tienen que explicárselo; tienen que aclararles lo que es. Todo el puto rollo. En su caso era el conducir, nunca se había sacado el carné. A la mierda, no sabía conducir por eso no tenía el puto permiso, no sabía conducir. No había aprendido nunca. Se lo contó a Helen. Se lo contó. ¿Y qué? Si lo piensas, era gracioso. Piénsalo. Si hace gracia, te ríes. No era sólo que no tuviera carné, es que no podía sacárselo porque no sabía conducir. Eso pasó por la priva

no, por la priva no, fue por su culpa, por su única culpa. Había quedado en Seven Sisters' con un irlandés que conocía, para hablar de un curro. Iban a hacer reformas en un gran hotel; primero lo vaciarían, dejarían sólo las paredes y luego lo reconstruirían manteniendo la antigua fachada por las subvenciones que daban si se conservaba el patrimonio antiguo o no sé qué. El trabajo era suyo si lo quería; el tipo tenía palabra y había hablado por Sammy; así que no había ningún problema. Lo que pasó es que llegó al bareto antes de la hora y acabó apuntándose a una partida de billar. Ganó la primera y siguió en racha. Era una de esas noches raras, tío, porque él nunca había sido bueno en el billar. Pero el rollo también era bueno y se lo estaba pasando en grande. Cuando por fin lo jodieron, un tipo le llamó para que hablaran tranquilamente; una cosa llevó a la otra, y acabaron contándose trozos de las historias de sus vidas.

Cuando el irlandés apareció, Sammy ya no necesitaba un empleo, había conseguido otro. Abreviando: iba a ser el sustituto de otro tipo que ya no podía encargarse del trabajito. No importa lo que fuera, sólo que eran cinco golpes. Cinco buenos golpes. Los atraparon en el sexto. Eso fue todo. Tenía que ver con conducir pero no ganas nada hablando de ello, tuvo que ver con el embrague y las marchas. Vale. Pero fue una locura, no tendría que haber pasado, los pasmas ni siquiera sabían que Sammy estaba allí; no lo habían visto; se había metido en el coche. Al resto de la banda ya los habían pillado y los pasmas estaban a punto de pirarse. Entonces él puso en marcha el motor. Steve McQueen, tío, parece fácil. Ni siquiera sabía cómo hacer que las ruedas rodaran; se atascaron o qué sé yo, qué más da. Siete años. Joder, tío. De locos. Se lo había contado a unos pocos. A veces se reían, otras veces no, pero los tipos sabían de qué les estabas hablando. De la estupidez, tío, de eso hablabas.

Pero al contárselo a Helen sonó peor que estúpido. En cuanto acabó supo que algo iba mal. Porque ella seguía allí tumbada, sin mover un músculo. Él siguió dándole al palique, intentando arreglarlo. Pero ella seguía sin hablar, tío, no dijo una puta palabra. Mierda. Quiero decir que la única razón por la que se lo contó fue porque quería demostrarle que las cosas habían cambiado, que ese tipo de rollos chungos no eran más que pasado. Había cambiado,

joder. Aquello era el pasado y esto era el futuro. Pero para ir al futuro, también necesitabas lo otro, el pasado, tío, ya me entiendes, tenías que sacarlo de dentro y que ella lo conociera, joder, tenías que enseñárselo, dejárselo ver. ¿De qué otra forma ibas a hacerlo? Entonces ella le dio la espalda. Dios todopoderoso. Se acordaba como si estuviera pasando ahora mismo. Querías abrazarla, zarandearla. Era como si ella no le escuchara, joder, como si no le hubiera escuchado, tío, ella había tomado una decisión, se había metido en sí misma, en su cabeza, lo que estaba pensando no tenía ni media mierda que ver con él, porque ella no había entendido, él no había sabido hacerse entender, lo que sea, joder, no se había explicado bien.

Y luego el silencio. Helen lo hacía muy bien, eso del silencio; sí, era muy buena con el tratamiento del silencio. Él quería creer que se había dormido. Pero sabía que no, por su respiración. Respiraba a un ritmo demasiado uniforme. Por la forma en que la oías respirar, te preguntabas si quería que supieras que seguía despierta, a lo mejor era lo que quería decirte, como si te diera una oportunidad para reparar el daño, todavía había tiempo para aclararlo, para aclarar el malentendido. Si era eso, todavía estaba a tiempo, era ahora, era el momento; si él no reaccionaba en ese instante todo se escaparía, el paquete completo, todo desaparecería, se le escurriría entre las manos; a la mierda, se lanzó de cabeza, comportándose como si todo estuviera bien entre ellos, como si se sintiera satisfecho con cómo había acabado este último mal rollo y sus palabras no fueran más que

dios, quién sabe qué, tío, pero le contó la historia que había tenido con Jackie Milligan. Visto desde ahora, fue una memez; tenías que admitirlo, no debería haberle dicho ni una palabra de aquello porque no era una historia para mujeres. La miraras por donde la mirases no lo era. Aunque, bien pensado, al contársela le hablaba de sí mismo cuando era chaval. Eso también importaba. Era una parte del todo. Aquello había pasado hacía mucho, pero, mierda, a ver, quiero decir que quería ver si ella se interesaba por él o no.

Putá mierda. El bueno de Jackie; triste, joder, muy triste. Todavía debía de estar cumpliendo condena, si es que no había muerto, probablemente hubiera muerto. Era de Liverpool. Lo que pasó es que fue al Smoke a hacer unos trabajitos para una gente; cuando acabó tenía que pasar un tiempo

oculto. Entonces, como un favor a los tipos para los que había hecho el trabajo, este contacto de Glasgow le dio un techo. Así que Jackie fue a Glasgow y durante unas semanas estuvo fuera de circulación, olvidado. El problema es que no tenía paciencia, y además llevaba los bolsillos llenos de pasta. Era un buen tipo, Jackie, pero jugaba, jugaba como un loco, ésa es la verdad, ése era su problema. Además de las mujeres, otra vieja historia. Era la temporada de las carreras de Ayr, de saltos. Pasado Año Nuevo. Pues muy bien.

Vale, el tipo lleva al menos dos meses viviendo como si fuera invisible; lo único que le dejan hacer es jugar un par de pavos en la casa de apuestas de vez en cuando. Pero hasta eso es un lío de mil demonios porque tienes que andarte con mucho cuidado. Así que está harto de ese rollo. Lo que hace es saltarse las normas para pasar un día en las carreras; con toda la pasta encima; llevaba dos o tres mil. El caso es que sólo lleva diez minutos a su aire y ya se ha pegada a una tía. Vestía con elegancia, sí, Jackie era bastante apuesto. Y también tenía labia, como todos los de Liverpool. Y va y el tío apuesta por los cuatro primeros ganadores. No es ninguna trola, tío, en una hora y media se ha levantado diez o doce mil. Y estamos hablando de hace veinte años, colega, echa cuentas. Y la chica, resulta que es decente. Es la única persona en el hipódromo que está ahí por trabajo o algo así. Nunca ha conocido a nadie como él, nunca. Y ¿qué pasa después?, después de las carreras, tío, pues que él está nervioso, le queman los dedos y todo eso. Una partida de cartas, eso es lo que busca. Así que se sube a un taxi y le dice al conductor que le lleve a Aberdeen. La chica está casada. No quiere ir a Aberdeen; no puede; tiene que volver a casa y todo lo demás. Pero Jackie la convence, le cuenta que tiene que hacer un recado pero que no pasa nada porque hay un vuelo de vuelta a última hora y lo cogerán, seguro. Tal como estaban las cosas, al menos tal como las veía Jackie, lo de Aberdeen y lo demás era su última oportunidad. Ahora o nunca, no sé si me entiendes; ya ha salido, y no va a haber una segunda ocasión. Y no quiere que el otro tipo, el contacto de Glasgow se entere, no quiere que se entere. Así que tiene que estar de vuelta a primera hora de la mañana, al romper el alba. Mira, Edimburgo no le valía; demasiado cerca, demasiado arriesgado; y tampoco podía ir a Newcastle

porque era aún más peligroso, tal como lo veía él, ya que era Inglaterra y tal. Le contó a Sammy que pensó en ir a Deauville, en Francia, pero era demasiado complicado, demasiados engorros. Fuera como fuese, tenía que ser ya, ahora mismo; tiene la pasta y tiene a la chica. Así que a Aberdeen, en taxi, cueste lo que cueste. Se registran en un hotel; cinco estrellas, con servicio de habitaciones y todo, tío, sándwiches de salmón y la botella de champán; un polvo rápido, una ducha y a la calle. Encuentra un casino; tiene que untar al portero por el rollo del requisito de ser miembro desde al menos 48 horas antes. Pero él lo arregla. Entonces se relaja. Sea lo que sea, ya está hecho, ¿me sigues?, no hay más; a partir de ahora que le den a todos; muy bien, así que lleva a la chica a un restaurante de clase, no por nada, no es que tengan mucha hambre, no creo, sólo porque es parte de la velada, ya sabes, darle vidilla a la tía; así que toman una copa, cenan y todo el rollo. Luego, al casino. A Jackie no le interesaba la ruleta ni media mierda, ni tampoco el blackjack, nada de nada; el póquer era su juego, y le han contado historias de la pasta gansa de los pozos petrolíferos que corre por allí. Espera conseguir que lo presenten. Ésa es la razón principal de que haya ido ahí, al casino. Así que husmea un poco. Ahí uno tiene que andarse con tiento, tanto da que sea Aberdeen, tío, tiene que estar atento, le está buscando gente chungueta, y no me refiero a la pasma. El caso es que entre una cosa y otra conoce a un tipo, un corpulento cowboy canadiense; hay una partida, pero fuera de la ciudad, en la costa, a unas millas. No hay que preocuparse, el cowboy los acerca. Por abreviar, llegan a la casa y a Jackie lo limpian. Se lo contó a Sammy de forma que todo se lo atribuyó a la mala suerte, pero quién sabe; jugaban a póquer a la descubierta, y llegaron a la última mano con un montón de pasta y la cagó con la última carta de la baraja. Lo que fuera. El caso es que todo fue legítimo así que no puede quejarse. Sale de la casa a eso de las siete de la mañana y empieza a caminar. Le quedan tres libras en el bolsillo, las que reserva para urgencias. Lleva andando un buen rato por la carretera cuando se acuerda de la chica; ella sigue en la casa, tío, esperando, profundamente dormida en una silla en una habitación. Pero, joder, qué coño puede hacer: está pelado, sin un céntimo, en la puta calle; con la suerte que está teniendo, más vale que ella se busque la vida por su cuenta. Lo peor de todo fueron las dos mil libras con las

que había empezado el día, no eran tuyas, bueno, sí lo eran, pero las tenía comprometidas; para esto y para lo otro; hacerse invisible no es barato, tío, ya me entiendes. Así que está desesperado: la mitad de la puta Gran Bretaña ya le persigue, no le hace ninguna falta que le persiga la otra mitad. Así que al final se pone en contacto con Sammy, y hay que decir que Sammy se siente halagado, tenía 19 años por entonces, recién cumplidos. Resulta que sus colegas y él solían frecuentar una de las casas de apuestas a las que iba Jackie. Ag, a la mierda, un par de días más tarde los detienen, no muy lejos del Lake District; no tiene sentido prolongar la agonía. A Sammy le cayeron cuatro años y los cumplió enteros. El bueno de Jackie se declaró culpable de todo, del asunto de Londres y del resto.

Inútil, joder. No tenía sentido hablar de eso. No deberías contarle. Joder, tampoco había mucho que contar, sólo que sólo que da igual, joder, no importa, ya sabes, no importa nada, quítatelo de la cabeza.

Helen; fue directa a por Jackie. ¡Cómo te jodió! ¡Te jodió vivo! A un chaval de diecinueve años.

Y qué importa; el tipo estaba desesperado, no tiene sentido darle más vueltas.

Pero ahí mintió. Le contó a Helen que Jackie al principio había ido a buscar a otro colega de Sammy porque sabía que era jugador. La verdad es que fue a buscar a Sammy porque era él el que jugaba. No apostaba mucha pasta, sólo toda la que tenía. Y Jackie lo había calado. Por eso fue a por él. Todos estamos desesperados, tío, tú ya me entiendes.

Y eso fue todo. Y eso jodió a Helen, tío. Habrías pensado que ella se molestaría por la chica a la que dejó tirada con el puto cowboy, pero no. O no lo pareció al menos. A la mierda.

La gran helada.

Todo había pasado cuando él era un chaval, y eso ella no parecía entenderlo. Además, estás hablando de algo que sucedió hace veinte años. ¡Y sólo se lo contaba para que supiera que él había cambiado! ¡Me cago en dios! Porque él estaba mirando hacia delante. Y miraba por los dos. Iba a hacer cosas, cosas que dependían de él y de nadie más, eso era lo que le estaba

diciendo a Helen. Ése era el puto único mensaje de toda la historia. Lo explicó mal la primera vez y había vuelto a cagarla la segunda; no sólo había fallado sino que había empeorado las cosas. Tendría que haber dejado que ella se quedara dormida.

La historia importaba una mierda. Daba igual que hubiera sido una cagada. Lo único que estaba haciendo era decirle que había cambiado. Nada más, joder, nada más.

Vale.

Así que lo que hay que hacer es callar. Lo sabía ya antes de empezar a largar, joder, lo sabía, dios. Vale, a la mierda. No puedes tenerlo todo. Alguna gente parece que es eso lo que quiere. Claro que lo que tenía que haber hecho, joder, lo que tenía que haber hecho, tío, era otra cosa: debería haberla abrazado y besado; debería haberla besado, decirle que toda esa mierda había acabado. Porque había acabado, joder, acabado. Así que tendría que habérselo dicho. Te engañas a ti mismo, tío, ése es el problema. Tienes tu oportunidad y la cagas.

Y luego lo olvidas. Tienes que olvidarlo. Me refiero a cuando ha sucedido, a cuando la has cagado; lo olvidas. Eso es lo que aprendes. Hay que mantenerse cuerdo cueste lo que cueste.

Así que a la mierda, el bastón necesitaba una mano de pintura y ahora era el momento. Sammy se levantó del sofá. No te preocupes. Muy bien.

Parte de la dificultad de ir desde a hasta b era que la gente no se enteraba de la película. No se daban cuenta de que necesitaba ayuda. El bastón blanco y las gafas de sol le servirían de pasaporte.

Cerró la puerta con dos vueltas a su espalda. No iba a correr ningún riesgo a partir de ahora. Desde ese mismo momento, tío, desde ese momento.

Recorrió la galería, llamó a una puerta, cuando se abrió, dijo: hola.

Ah, hola, hijo... Era el mismo tipo que le había dejado la sierra.

Soy yo otra vez. Sammy dijo: la cosa es que, verás..., soy ciego. Suena tonto...

...

Por eso te pedí prestada la sierra ayer, para cortar la cabeza de la fregona, ahora utilizo el palo como bastón.

Ah... vaya.

Lo que pasa es que ahora quiero pintarlo para que parezca lo que es. Y me preguntaba..., verás, tengo un poco de esmalte blanco en el armario del pasillo; el problema es que hay bastantes latas allí y no sé cuál es cuál, no sé si me sigues, ya sé que parece estúpido.

...

¿Podrías echarme una mano para encontrarla? En cuanto tenga la lata no te molesto más..., es sólo para asegurarme de que es la correcta.

Ah, sí, hijo, ya entiendo lo que quieres, sí.

Genial.

Ay dios..., no te preocupes. Espera que me calce. Eh, ya que estamos, ¿cómo te llamas?

Sammy.

Sammy, eso es, ya me lo habías dicho; yo soy Boab. Voy a por mis zapatos, entra un momento.

Eh

Saluda a mi mujer, está sentada viendo la tele con los nietos.

Es que he dejado la puerta abierta.

Ve a cerrarla.

Sammy dudó otra vez. Mira Boab, no quiero parecer un borde es que luego quiero salir y eh

Entra sólo para saludar, hombre. Ve y cierra tu puerta.

Sammy suspiró. Quiero ponerme a pintar el bastón.

Ya te lo pintaré yo, hijo, no te preocupes.

Sí, muy bien, pero quiero hacerlo yo, porque...

Vale, vale, como quieras.

Mira, voy a salir más tarde, ¿sabes?, es que, para serte sincero Boab, es por mi novia, para cuando vuelva a casa. Sólo quería tenerlo acabado y eso.

Claro, no te preocupes; pero ya te digo que te lo pinto yo. Una mano de pintura, a ver, qué trabajo da eso, ninguno, si tienes un momento.

...

Espérate y me pondré los zapatos.

El hombre se metió dentro. Sammy cerró los ojos. Lo que pasaba es que

no tenía ganas de hablar. Si entraba y saludaba a la mujer de Boab se encontraría en una de esas situaciones en las que se vería obligado a dar explicaciones. Seguramente, la mujer y Helen se conocían, se habrían encontrado en las escaleras o puede que en el ascensor. Era complicado, joder, muy complicado, todo resultaba complicado de cojones. El malestar en el estómago, incluso en ese momento: los nervios; los nervios. Dios. Volvió hasta su puerta y se quedó apoyado en la barandilla. Sensación de humedad, parecía que se avecinaba lluvia.

¡Ya estoy aquí, Sammy!

Abrió la puerta y guió a Boab dentro. Qué más daba. La vida era demasiado corta, el tiempo pasaba muy rápido. Nada de eso importaba. Boab había empezado a largar. Era justo lo que Sammy había pensado, su mujer y Helen se conocían. Puta mierda. Deberías haberlo sabido. Sammy abrió la puerta del armario. Está por ahí, en algún sitio, dijo.

Vaya, Sammy, ¡sí que tienes trastos aquí dentro!, dijo Boab riéndose entre dientes. Es un pozo sin fondo. Encenderé la luz, ¿vale?

Ag, sí, ya estamos. Sammy retrocedió, escuchó como Boab revolvía las cosas. No quería que se las cambiara de sitio. La lata debería de estar en el segundo estante de arriba, dijo, pegada a la pared, ¿la ves?, tendría que haber varias latas.

¡Sí!

Bien.

Ya, la blanca... ¡la veo!

Gracias joder, murmuró Sammy.

¿Dónde tienes los pinceles?

En el salón.

Boab bajó la lata del estante, apagó la luz y cerró la puerta. Sí, dijo, tu novia estuvo en casa dándole al palique con mi mujer.

Ya.

Hace un par de semanas. Pero no le dijo que fueras ciego.

Ya.

Una buena chica...

Sí. Mira, Boab no me molesta pintarlo yo, quiero decir que...

Déjalo.

Sammy aspiró.

No tardaré nada. Ya veo que quieres hacerlo tú, pero lo digo por las rayas; no quieres que te quede parcheado. Seguro que a ti se te pasan por alto trozos del bastón. Y no habrás tenido en cuenta el suelo, si se te caen unas gotas tendrás que limpiarlas. Porque cuando tu novia vuelva a casa del trabajo tendrás problemas. No me malinterpretes, hijo, no digo que seas un calzonazos. Sólo me refiero a que la pintura se secará y entonces será un coñazo limpiarla, cuando se endurezca.

Sammy mantenía abierta la puerta del salón. Iba a dejar que el tipo se encargara; además, lo que decía era sensato, aunque tampoco es que importara mucho, unas cuantas gotas aquí y allá, ¿qué coño importaba? Vale, dijo, gracias Boab.

Usaré estos periódicos viejos, ¿vale?

Adelante... Sammy cogió el tabaco, se sentó en el sillón y se lió un cigarrillo. No tenía el menor control, así que no le quedaba más que hacerse a la idea; y también era relajante. Boab era un buen tipo, pero eso no importaba nada. Él simplemente no quería a nadie fisgoneando por la casa. Y lo último que quería era encontrarse a la mujer del tipo en la puerta, dios, se imaginaba a Boab contándole el estado del piso y a ella ofreciéndose a venir a limpiárselo. Aunque, claro, no se ofrecería. No se ofrecería, a no ser que supiera que Helen se había ido. Y no sabría que Helen se había ido. Salvo que se lo imaginara porque la casa estaba patas arriba. Y Boab se lo contaría. Eso sí que estaba claro. Menuda estupidez, tío, menuda estupidez; lo de siempre, montañas y putos granos de arena. Sammy suspiró. Sí, dijo, no te lo he dicho, pero ella está fuera, de visita, estos días; mi novia, me refiero, ha ido a ver a sus críos.

Ah ya.

De su primer matrimonio, los hijos viven con su ex.

Ah.

Estaban en el colegio y todo eso, y ella no quería interrumpirlos, los estudios, y por eso no se los trajo a Glasgow.

Sí, ya te entiendo.

Pero él es un buen tipo, su marido, su ex, no tengo nada contra él.

Mentira marrana, joder, el marido de Helen era un gilipollas de primera. Para qué coño estaba soltando ese puto rollo, no hacía falta, debería haber puesto música. Se aclaró la garganta y eso hizo, puso la primera cinta que tocó con la mano; era de Patsy Cline, bajó el volumen.

¿Y dónde viven?, preguntó Boab.

Sammy fingió que no había oído.

Eh, ¿Sammy?

¿Qué?

¿Dónde viven?, los hijos, digo.

En Dumfries.

Ah, Dumfries... Vaya.

¿Te gusta la ciudad?

Bueno, no, estaba pensando en hace muchos años, cuando los chicos eran muy pequeños. Marie y yo teníamos una caravana que nos había dejado una tía suya. Estaba en el campo, al sur de Stranraer. Dios, estoy perdiendo la memoria, era un camping de caravanas, en aquel trocito de tierra. The Irish Boat, se llamaba, me acuerdo, The Irish Boat.

Sammy cogió el cenicero y de unos golpecitos echó la ceniza dentro. Boab era hablador, menos mal. Y así siguió. Cuando acabó de pintar también quiso limpiar el puto pincel, pero Sammy dijo: no, de verdad, gracias, lo haré yo.

¿Estás seguro?

Sí.

Porque no es ninguna molestia.

No, Boab, de verdad, tengo que acostumbrarme a hacer las cosas solo.

Sí..., vale, te entiendo.

¡No soy un inválido completo!, dijo Sammy sonriendo. Y te agradezco lo de la pintura.

Bah, por dios.

No, lo digo en serio, ha sido una ayuda.

Tú habrías hecho lo mismo.

Ya, pero...

Bah.

Sammy lo acompañó a la puerta. No era que no se fiara de él, sí se fiaba, lo que pasa es

dios. A la mierda. No importa, uno no corre riesgos, eso es, no corres riesgos. Es lo que hay. Sammy volvió al salón. Cambió la cinta del casete y abrió la ventana para que salieran los vapores de la pintura; el viento casi le arranca la ventana de las manos y tuvo que hacer fuerza para meter el enganche en el agujero. Dios. Apoyó los codos en el alféizar y sintió la corriente en la cara. Todo era un jaleo; iba a tener que acostumbrarse a la idea

*Leave me if you need to
I will still remember
angel flying too close,
to the ground 12*

Dios, le gustaba aquella canción. Era triste de cojones. El bueno de Willie Se sentó en la silla y palpó a su alrededor buscando el tabaco. Joder, le habría venido bien una pinta. Hacía ya una semana, una semana sin beber. Lo que no estaba mal, sobre todo teniendo en cuenta que disponía de pasta. Tampoco le habría molestado hablar con alguien, hablar con franqueza; alguien en quien pudiera confiar. Sólo para aclararse. La obsesión con el sábado que se había borrado de su memoria. Le dabas vueltas. No tenía sentido, pero se las dabas. Por eso le habría gustado charlar con el Piernas, sólo para aclararse. El problema es que si Sammy se había olvidado del todo, lo más probable es que el Piernas también. Con un poco de suerte. Sólo un poco de suerte.

No le hubiera molestado salir. Lo que debería haber hecho es ir al bareto, pillar media botella y un par de latas, y podría haberse sentado aquí, tan tranquilo, escuchando la música, y aclarándose, ésa era la intención, aclararse. No quería que lo molestaran. Era un puto trabajo. La vida, un puto trabajo. Por eso tenías que salir adelante. Con lo que podías controlar. Si podías, con lo que pudieras. Si no controlabas, tío, qué sentido tenía, ninguno, nada tenía sentido, no eres más que

déjalo, déjalo ya. Ya sabes de qué va, si no puedes controlarlo, déjalo,

olvídate.

*I will still remember
angel flying too close*

Put a canción, tío. Una de esas jodidas canciones. Es raro lo que te hacen en el estómago. El puto estómago de Sammy no paraba, no paraba lo tenía lleno de nudos.

Más tarde se preparó un baño. Por fin. Porque debía de ser una bola apestosa, no me jodas tío, diez días sin lavarse, joder.

Además estaban los dolores y el malestar. El agua caliente le sentaría bien a su cuerpo. Y las magulladuras; seguramente se le desprendería un buen montón de pellejos y costras. Ahora estarían en la fase de color morado amarillento. La naturaleza sigue su curso, si la dejas.

Utilizó la radio para marcarse el tiempo. Había un buen programa de las diez a medianoche y pensó pasarse ese par de horas en remojo en la bañera. Luego estaba la puta barba, ya crecida, si no hacía algo pronto sería larga, y eso era un coñazo. Siempre, hasta en los mejores tiempos, había tenido un cuello muy sensible. Cuando era chaval no podía afeitarse sin dejarse cicatrices y ronchas por toda la zona. Algo a lo que ayudaba el que su viejo se empeñara en que Sammy utilizara aquellos chismes antiguos que tenían la cuchilla suelta, y a veces tenías que sujetarla con fuerza, era una carnicería, tío, te lo digo yo, con sangre salpicando por todas partes. El hermano de Sammy no tuvo que pasar por eso porque Sammy había librado ya las batallas y el pequeño se aprovechó de sus victorias, y cuando empezó a afeitarse su viejo ya había renunciado a su manía y le compró un paquete de cuchillas desechables.

Todas aquellas peleas con su viejo. Era una pena, si lo piensas un poco.

Pero qué haces para sacar adelante una familia. Fíjate en el hijo del propio Sammy. Ah, mierda, la vida, puede ser muy extraña. Y el tiempo pasa. Y luego ya es demasiado tarde.

El problema con la primera mujer de Sammy eran su padre y su madre.

Que su madre dice esto y su madre dice lo otro y que su padre dice tal y su padre dice cual. Una chica muy guapa, es verdad, si no le mirabas el labio salido. Ese tipo de labio inferior en una mujer resulta muy sexy, hasta que descubres qué significa: que es una cabrona salida.

Ag, la chica era muy joven, joder, pero todos tenemos derecho a serlo, coño, yo lo fui, todos hemos sido jóvenes.

No iba a afeitarse, se dejaría barba. No llevaba barba desde hacía años. Además, no quería rajarse la nariz. Mientras se llenaba la bañera se preparó una taza de café y lió un par de cigarrillos, llevó una silla de la cocina al baño y puso encima la ropa limpia y lo demás. El agua estaba demasiado caliente. Tendría que esperar un poco más.

No, joder, iba a pillar un puto resfriado, tío. Su puto viejo, otra vez ¿por qué coño volvía a pensar en él?; el viejo: lo que hacía para no gastar, entre otras cosas no echar agua fría a la caliente porque la calefacción había que pagarla. Eso desquiciaba a Sammy. Te pasabas media hora esperando que la puta agua se enfriara. ¡Y ni siquiera servía para ahorrar! Era sólo porque el viejo detestaba dar nada a los demás, sobre todo a los putos capitalistas. Pagas por el agua caliente, decía, así que tienes agua caliente, y no dejes que se enfríe. No les des esa satisfacción a los sebosos cabrones.

Bueno, no lo decía así porque no utilizaba tacos. Sí, los usaba, pero no delante de los niños, a no ser que perdiera los nervios.

Volvió a abrir el agua fría y se desvistió. Para meterse en la bañera puso ambas manos en el borde; le vinieron a la cabeza imágenes en las que calculaba mal, tropezaba y se caía. En la radio daban el resumen de noticias de las diez. La mierda habitual. Además el agua seguía estando demasiado caliente y tuvo que echar más fría antes de arrodillarse. Sumergió las pelotas. Fue donde primero lo notó. No era raro que acabaras con todas las venas reventadas.

Bajó un poco, llegando al punto en que si llamaban a la puerta no se levantaría. No respondería. A no ser que fuera Helen. Y ella tenía un juego de llaves. Pero si se las hubiera olvidado hasta ella tendría que esperar. A no ser que quisiera desnudarse y chapotear a su lado. Si fuera así, él se lo replantearía. Con la condición de que ella le prometiera que dejaría su cuerpo

en paz. Para, Helen, basta ya, basta de las putas cosquillas, nena, sólo quiero darme un baño, ¿no lo ves?, limpieza, chavala, limpieza. Sammy se rió. Al poco se sumergía del todo en el agua, deslizándose hasta que los pies tocaron la otra punta de la bañera. Por fin a salvo. Se quedó ahí tumbado, caliente y confortable, ajeno al mundo, a todas las dificultades y tribulaciones, lejos de todo, que había quedado al otro lado de la ventana, y sólo él existía en el medio de un océano inmenso, una isla diminuta, ahí estirada, una ballena a la deriva, con la mente desconectada gracias a la música, pero, coño, lo que sonaba era algo cristiano, joder, ése era el puto problema de la música country, tío, era como si tuvieras que aguantar al puto ejército de salvación durante media jodida hora, oyes violines y banjos y al final resultaban ser una canción de Jesús me ama

tanto da, no te preocupes; déjalo, joder,
para ya

Aggg, el único problema es que en esta postura eres demasiado vulnerable, y estás demasiado relajado, era el momento ideal para que cualquier cabrón se te echara encima, qué fácil sería, el momento ideal, el lugar ideal, y no tenía ningún arma a mano, ni una. Ni siquiera había cerrado la puerta del baño. Ni, ya puestos, tampoco había bloqueado la puerta del piso. A la mierda, tío, no tenías que preocuparte. Aunque uno comete equivocaciones en la vida. No puedes negarlo. Y tampoco eran culpa de nadie, a veces te sentías fuerte y tirabas palante y hacías algo. Y la cosa salía mal. No eras tan fuerte como creías. Eso pasaba muchas veces. Así que tenías que estar en guardia. Porque te acababas ablandando; te dejabas ir, no sé si me entiendes, dabas las cosas por sentadas. Una puta estupidez. Una cosa buena del rollo de no ver, es que era una lección, una puta lección. Cuando recuperara la vista, las cosas cambiarían. Y él iba a hacerlo. Ella se había equivocado en la discusión. La del viernes por la mañana: ella no era nadie para decirle que no saliera a buscarse la vida. Ella tenía un empleo así que ganaba unas cuantas libras. Él, no. Tan simple como eso, joder, ya me entiendes, economía básica. Ella había pasado de él. No había discutido. Una miseria cada quince días. Cómo ibas a vivir con eso, no podías. Helen dijo que estaba bien así porque ella ganaba algo de pasta, pero joder, tío, no vas a

acostarte con una chica y luego dejar que te pague todo; nunca fue un macarra, coño, eso para empezar, no era un puto chulo.

Por eso Inglaterra. En eso estaba pensando ahora. Cuándo y si. Si y cuándo.

Si y cuándo. Había una diferencia. No importaba qué, siempre volvíamos a las mismas, siempre eras tú, siempre dependía de ti, de ti mismo. Incluso este baño, que era tan agradable, era un paso en la dirección correcta. A lo mejor se afeitaba. Se cortaba las uñas de los pies. Incluso los putos ojos, tío, cuanto más lo pensabas, había muchas posibilidades de que fuera algo temporal. Seguramente algún nervio de la columna estaba afectado, se lo habrían movido, así que lo único que hacía falta era volver a ponerlo en su sitio. Y cuando estuviera en su sitio... Ya había hablado del tema con Helen; Inglaterra, a ella no le parecía mal; pero era por los niños, no quería estar demasiado lejos de ellos. No hasta que fueran mayores. Imagínate lo que es que te quiten a tus hijos, para una mujer, me refiero. Vale, Sammy había perdido el suyo, pero eso era distinto. Además, él veía a Peter de vez en cuando. Ella no. La buena de Helen, tío, una pena. No es raro que se deprimiera. A poco que lo pienses, tienes que estar agradecido por los pequeños favores. Y bien mirado, su chaval estaba llegando a la edad crítica; había razones para preocuparse un poco; la droga era lo peor; Sammy había visto demasiada gente jodida. El chico parecía ir bien, pero nunca se sabe. Claro, si se enteraba de que Sammy estaba ciego vendría a verle. Seguro, seguro. Pero Sammy no quería que viniera. Ni siquiera quería que se enterara. Por ahora no. No hasta que hubiera arreglado las cosas. Cuando lo tuviera todo solucionado, sería distinto.

Había dejado la cabeza debajo del agua y escuchaba ruidos dentro de su cráneo. Había empezado a pensar en cosas que no quería pensar. La vida era difícil. Más que difícil. Corrías riesgos. Él los había corrido. Así le había ido. Ya de jovencito, cuando jugaba fuerte; la de barbaridades que había hecho. No es raro que su viejo se viniera abajo. Te das cuenta cuando lo piensas un poco. Si pudieras vivir otra vez.... Pero a veces tenías que sonreír, sí, sonreías. No es que fuera divertido, claro. Más bien todo lo contrario, exactamente lo contrario de divertido. Lo que pasaba es que Sammy no

parecía tener tanto valor como otros. Como si

memeces, tío, memeces. Sacó la cabeza del agua. La música sonaba a todo volumen. Era uno de los pocos programas de música country que emitían por la radio, así que lo esperabas con impaciencia, ponían un montón de música *outlaw* y él solía grabarla si tenía una cinta, y cuando volvía Helen se la ponía. Ella nunca se iba directamente a la cama al volver de trabajar, volvía tensa y quería relajarse primero, hablar sobre los cabronazos insoportables que habían ido al pub aquella noche, quitarse los zapatos delante de la estufa, que Sammy le masajeara los hombros. O a veces el preparaba unos huevos revueltos y unas tostadas, con la música de fondo. No es que a ella le gustara especialmente el country, lo que le molaba era el soul. Pero parte del country era soul auténtico, joder. Ella había empezado a entenderlo, aunque le había costado. Además, si él no estaba, si él no estaba en casa, ella nunca la escuchaba. Ponía un montón de cantantes de soul, tías. Todas parecían hablar durante las canciones. Eso era lo que no le gustaba a Sammy. Estaban bien cuando sólo cantaban, pero no, siempre hacían lo mismo: chicas, ya os sabéis la canción que voy a cantar, si os han roto el corazón, esto es lo que tenéis que hacer, sí, *here's what you gotta do*:

*You gotta do the best you can
with what you got,
don't let your troubles get you down* 13

Menuda mierda, tío, pura propaganda. Mientras que la música country era para adultos. O al menos una parte. Por eso casi nunca la emitían por la radio, no querían que la escucharas, los que mandan no querían, ya me entiendes, la música adulta, no les gustaba que escucharas esa música. Y en este programa que había sintonizado Sammy, el tipo que ponía la música tenía la mala costumbre de hablar encima de las entradas de las canciones, joder, eso no se atreven a hacerlo con la música clásica, los tipos de la radio no pisarían las oberturas, los primeros movimientos, porque los putos políticos harían preguntas en el parlamento si se atrevieran a hacerlo, en la Cámara de los Lores y todo eso, estallaría una puta revolución, colega, con los parlamentarios y sus electores.

A Sammy se le iba la olla.

Sin razón aparente.

Era esa sensación repentina, tío, en las tripas, en las putas entrañas. Levantó la cabeza para escuchar con atención. Se agarró a los costados de la bañera y se impulsó para salir del agua. El eco de los ruidos del agua tardó un minuto en apagarse en su cabeza. Y aún después un zumbido en su oreja interfería con lo demás, y eso que querías concentrarte; además, la radio estaba demasiado alta; había dejado las puertas del salón y del baño abiertas para poder oír la música en todas partes, pero la puta puerta de la calle no la había bloqueado, joder, ¡ni siquiera la había bloqueado! Imagínate, ni la había cerrado con dos vueltas de la llave, coño, era un puto imbécil, joder, de locos

Vale, tranqui.

Aspiró por la nariz, relajó los hombros. Tendría que haber cerrado con llave, pero era un gilipollas, mira que olvidarse. Pero de qué le habría servido, de nada, joder, si querían entrar, si querían, entrarían. Punto. Pasma o putos yonquis pinchándose, si hubieran querido entrar habrían entrado, así de sencillo. A la mierda, Sammy estaba de pie, en la bañera, agarrado a los lados de ésta, equilibrándose, luego salió. Se secó. Se vistió, sin hacer ruido, salió del baño, recorrió el pasillo y el salón, fue directo a la puerta de éste, la movió adelante y atrás y la cerró. Se quedó quieto. La música sonaba a todo volumen y no oía nada. Desplazó una mano a la derecha, agarró el armazón de la silla del comedor. Quería bajar el volumen de la radio, pero no quería cruzar hasta allí porque lo verían, lo atraparían en el medio, lejos de la puerta. Muy bien. Se humedeció los labios para hablar en voz alta, pero no lo hizo; en lugar de eso estiró la mano hacia atrás, agarró el pomo, lo giró para abrir la puerta del salón y al instante la había franqueado y cerrado tras de sí. Con eso hacía dos cosas: pillar desprevenido a quienquiera que estuviera en el pasillo, y, si estaba en el salón, lo obligaría a abrir la puerta o a bajar en rappel seis putos pisos. Cerró la puerta de la cocina. Pero no tenía armas, necesitaba una. El armario del pasillo. Se acercó inmediatamente, revolvió dentro buscando el martillo pero no lo encontró, a lo mejor Boab lo había cambiado de sitio, buscó un poco más y entonces oyó un golpeteo muy fuerte en la puerta de

entrada, se volvió a toda prisa y se dio con la frente contra el quicio de la puerta, joder, cabrón, se tambaleó hacia atrás pero no se cayó, y fue a toda prisa a la cocina a coger el cuchillo del pan, que estaba en el cajón, se metió la hoja en el bolsillo derecho del pantalón, y su mano aferró el mango para ocultarlo del todo. Muy bien. Ahora estaba delante de la puerta de entrada. Joder, menuda hostia se había dado en la frente, tío, casi esperaba que le saliera un bulto, joder, ya sabes

vale. No oía nada. La puta radio, tío. Aguzó el oído. Nada. Si hubiera podido ver, aunque la puerta ni siquiera tenía mirilla.

Le caía agua por detrás de las orejas. Notaba la humedad en la espalda; se palpó la camiseta, mojada, se había olvidado de secarla. Ni siquiera se había bañado sólo se

me cago en dios, basta; suspiró, relajó la mano derecha y la muñeca. Tal vez oía cosas que no existían. ¿Hay alguien ahí?, dijo, y repitió más alto: ¿Hay alguien ahí?

Una cosa estaba clara, joder, no iba a abrir la puta puerta. Tanto si estaban al otro lado como si no. Se acabarían delatando. Vale. Cerró la puerta sacando la llave de la alcayata y dándole dos vueltas en la cerradura. Se quedó un momento escuchando y luego se fue. A quién le importa. Sacudió la cabeza, mantenía la mano en el cuchillo, entró en el salón, encontró la radio y bajó el volumen; hubo un movimiento, desde la habitación.

Si parece country es que es country... ¿no, Sammy?

...

¿Quieres soltar el cuchillo o qué?, ¿eh?

Me parece que deberías hacerle caso, dijo otra persona.

Sammy se mojó los labios, aspiró y se encogió de hombros, dejó el cuchillo sobre la mesita. La defensa propia, dijo, no es ningún delito.

Le dieron un minuto para que se preparase y luego le pusieron las esposas con las manos a la espalda. Había otro par esperando en la galería del edificio. Cuando lo subieron al furgón quedó apretujado entre dos de ellos, que mantenían una conversación estúpida a través de su cabeza. El zumbido en su oído izquierdo era espantoso y tenía la sensación de que el ojo de ese lado se le estaba pegando, como si fuera a salirle un orzuelo. Y además,

quería rascarse y no podía. Esto no sirve de nada, dijo, estas putas esposas. No voy a fugarme.

Alguien se rió entre dientes.

¿Qué hay de un pitillo?

Sammy eres un cabronazo con cojones, nos sirves para ponernos medallas.

Sólo estoy pidiendo un cigarrillo, sí, vuestro peor enemigo, ya sabéis, como cuando ponéis vendas en los ojos y todo eso.

Cállate.

Sammy movió los hombros para aliviar la presión en sus brazos y muñecas. No tenía sentido enzarzarse con aquellos cabrones. No tenía sentido cabrearse. Ningún sentido. No iba a conseguir nada, así que relájate. Estaría allí hasta que ellos quisieran, ahí nada dependía de él. Así que controla las pulsaciones. Y con esta oscuridad, tío, te daba otras oportunidades, recuperabas la concentración, sin interferencias visuales. Un tipo le explicó una vez cómo funcionaba la cosa. Se basaba en ejercicios de respiración. Iban especialmente bien si eras fumador porque a la vez servían para limpiarte los pulmones: lo que hacías era expirar con todas tus fuerzas y entonces aguantabas y volvías a soplar; luego aspirabas, despacio, por la nariz, pero sólo cogías la mitad del aire que normalmente aspirabas, y repetías la operación un par de respiraciones más tarde; y seguías así hasta que se te olvidaba lo que estabas haciendo. Iba bien para los momentos difíciles. No se lo explicó un preso, sino alguien con quien trabajó en una obra. Allí había polvo por todas partes. Putas nubes de polvo; amianto, tío, de todo. Por tu nariz y cuello abajo. Cuando escupías al levantarte por la mañana echabas un gargajo que parecía puta escoria. Pero respirar de aquella manera servía para calmarte, lo hacías para eso, para no cabrearte. El problema era que no siempre te acordabas, así que era posible que te cabrearas antes de haber empezado el día. Pero lo último que iba a hacer ahora, en la situación en la que se encontraba, era cabrearse, una puta locura, tío. Y además, iba sin gafas y sin bastón. Ni una puta brizna de tabaco. Al menos, si hubiera llevado las gafas podría haber cerrado los ojos y echado un sueñecito, nadie se habría dado cuenta. Tal como estaban las cosas no iba a arriesgarse, era demasiado

peligroso. Inspiró por la nariz, luego expiró, con fuerza, lejos, lejos

Cuando empezó el interrogatorio lo habían esposado por delante. Parecía que en la sala había varios; querían información sobre el viernes, sobre cómo había empezado todo, sobre el fin de semana. Las voces le llegaban desde diferentes direcciones y le daba la impresión de que los tipos se movían por la sala mientras hablaban. El ordenador hacía horas extras. Para empezar se lo tomó con tranquilidad, paso a paso. La riña con Helen y todo eso, había empezado por alguna estupidez, no merecía la pena recordarlo, y la verdad era que apenas si se acordaba de qué habían discutido, una puta tontería. Sólo le pareció que ella se iba a trabajar demasiado temprano; algo por el estilo. Esperaba que se quedara en casa más, durante la madrugada. Eso, el que ella trabajara por las noches, era un problema para él, sobre todo los fines de semana, sobre todo si él tenía un poco de pasta. Era demasiada tentación para un tipo como Sammy. No era un hombre casero. No estaba acostumbrado a eso. Le gustaba salir, le gustaba el pub, no sólo por la bebida, también le gustaba el ambiente, oír las charlas. Aunque te hubieras tirado tres años en casa, seguías pasándotelo bien.

No me estoy quedando con vosotros, dijo, me refiero a que pisas la calle a primera hora de la mañana, te has olvidado de dónde estás, entonces oyes la primera voz con acento de Glasgow; y sonríes, ¿me entendéis?, porque es una sorpresa, joder.

Y te sientes bien, ya sabes, muy bien, animado. Y vas al pub, y no para emborracharte. Sólo para tomarte media pinta y acabas tomándote demasiadas. Es una vieja historia, pero es verdad. Te encuentras con gente y te sientas a largar. El rollo de Glasgow, tío, los cabrones te pagan una ronda y tú tienes que devolvérsela.

No utilices más la palabra «cabrones», el ordenador no la acepta.

...

Vale, nos estás diciendo que tu novia no volvió. Así que saliste; fuiste a una casa de apuestas y ganaste algo, luego fuiste al bar, y eso es todo, fin de la historia.

Hasta que me desperté el domingo por la mañana, sí.

Te emborrachaste.

Había dejado de privar hacía un par de semanas, así que a lo mejor me afectó más de lo habitual.

¿O a lo mejor es que bebiste más de lo habitual?

Sí, porque no tenemos muchas broncas fuertes, ella y yo, eso es lo que estoy diciendo.

Y además estabas deprimido.

Sí, estaba deprimido, por no encontrar trabajo y todo eso, lo de siempre.

¿Por qué crees que fue una bronca fuerte? Primero dices que fue una riña y ahora que una bronca fuerte, ¿cómo es posible?

Porque no nos pasa mucho, nos llevamos bien, así que cuando pasa, a uno le parece fuerte, porque te disgustas. Y yo estaba disgustado, por eso me puse a privar.

¿Y desde ese momento hasta el domingo por la mañana sólo te acuerdas de retazos sueltos aquí y allá?

Eso es.

¿Y de qué retazos exactamente?

¿Cómo?

Has dicho que te acuerdas de retazos, ¿qué quieres decir exactamente?

Quiero decir que... Sammy se interrumpió. El tipo que estaba al teclado paró también. Estaban esperando. El silencio iba contra ti. Sammy se removió en la silla, intentando aliviar la presión de las esposas. Joder, hacen daño, murmuró.

¿De qué retazos hablabas?

¿Quieres decir que de qué me acuerdo?

Eso, justamente.

No estoy seguro, yo, sólo, eh

...

Dices que la semana pasada estuviste bebiendo con un colega.

Bueno sí, estuve, con el Piernas, ya os lo dije.

Vale, ¿y estuviste toda la noche con él?

Y el sábado también.

Entonces, eso es un retazo claro, ¿no?

Eh... Sammy volvió la cabeza; normalmente hacían dos las preguntas, pero otras intervenía otro, que era el último que había hablado; tenía un poco de acento inglés.

Habías hablado de retazos que tenías claros.

Quería decir que recuerdos muy breves, como trocitos.

Muy bien, concéntrate en ellos, en esos trocitos.

Alguien se rió.

¿Puedo fumar?

Dijiste que habías visto a un par de tipos durante ese día.

Ag, si bebes en el barrio, ya me entendéis, siempre te encuentras con alguien.

¿Con quién?

¿Con quién?

¿Con quién?

¿Queréis los nombres?

...

Sammy se encogió de hombros. Billy nosequé.

¿Billy nosequé?

Sí.

¿Te viste con Billy nosequé?

No me acuerdo del apellido. Y también Roberts..., Tam, Tam Roberts, también lo vimos a él.

¿Visteis a Tam Roberts?

Trabaja en el mercado.

¿Qué hace?

Es vendedor ambulante.

¿Y qué vende?

No lo sé. Trastos...

Trastos. ¿Y por eso quedasteis con él?, ¿por los trastos?

Estábamos pasando el rato en el pub, nos lo encontramos allí.

¿Quería venderos algo o queríais vendérselo vosotros?

...

El silencio como respuesta.

No te entiendo. Sammy aspiró. ¿No me daréis un pitillo?

Bueno, tenemos a estos dos, el famoso Billy nosequé y el vendedor del mercado, ¿quién más?

Sinceramente, amigo, no lo sé, ya te he dicho que cogí la curda muy rápido.

¿Un tipo duro y curtido como tú?

Bueno, ya sabes cómo va la cosa, cuanto más bebes más fácilmente te emborrachas.

Así va la cosa.

Una mina de información.

¿Y los has visto hoy?

¿Qué?

Hoy, ¿has visto hoy a esos dos?

¿De qué estás hablando?

Le interesa la respuesta.

No he visto a nadie en todo el día.

Eso es difícil de creer. ¿Eh?

Señor Samuels...

¿Qué?

Habla cuando te hablen.

No siempre tengo claro que me estéis hablando a mí, ése es el problema.

¿Qué problema?

El mío.

¿Tu problema?

Oigo voces, y las vuestras llegan de todas partes.

¿Crees que nos aprovechamos?

Sammy sonrió.

Si os fijáis un poco en el señor Samuels veréis que no es tonto.

Qué listo.

Un chico listo; así que sigamos con los retazos que recuerdas con claridad. De ese Billy, el ilustre Billy, ¿qué me dices?

No era corpulento.

Oh.

Quiero decir que abultaba menos que yo. Me parece que tenía el pelo castaño.

¿Te lo dijo él?

Me acuerdo yo.

¿Y ojos azules?

Podría ser, no me fijé, pero estoy casi seguro de que era castaño. Y totalmente seguro de que era más pequeño que yo.

¿Te lo dijo él?

Me acuerdo yo.

Pensaba que sufrías ceguera.

Sammy suspiró.

A ver, eso es lo que has andado contando por ahí. Además de las insinuaciones, voy a serte sincero, eres un chismoso. Hemos leído una declaración que hiciste a nuestros colegas y es una historia bastante desagradable.

Cambié de opinión.

Rottweilers, así llamabas a nuestros compañeros.

En ese momento estaba cabreado, ya me entendéis, el acaloramiento; probablemente exageré.

¿Así que probablemente exageraste?

Sí.

Pues lo que vienes a decir, más o menos, es que nuestros colegas te dejaron ciego.

...

El silencio como respuesta.

No es eso, dijo Sammy, es que no puedo acordarme de todos los detalles. Vosotros tenéis la declaración, yo, no; y si la tuviera no podría leerla.

¡Un tipo tan espabilado como tú! No me lo creo.

...

A ver, no es siempre muy preciso. Y rehace las declaraciones. ¿Os habéis fijado?, con la misma facilidad que las hace, las rehace. ¿Me equivoco, señor Samuels?

¿Qué?

¿Qué?

...

Te diré lo que me interesa, y hablo sólo como jugador, lo que me interesa es a qué ganadores apostó el tipo. Sammy, éste de aquí, dice que ha apostado por todos esos caballos, y a mí me gustaría saber sus nombres.

Eh...

¿Eh?

Intento recordar.

Verás, si apuesto por un ganador, me acuerdo de cómo se llamaba; sólo se me olvidan los perdedores. Es como volver a ver a un colega que hacía tiempo que no veías, es posible que te hayas olvidado de su nombre, pero no de qué lo conocías. Me refiero a después, a la fría luz de la mañana, con algún olvido aquí, con una pérdida de la memoria allá. Así que lo que le pregunto a Sammy, a ti, Sammy, es ¿cómo se llamaban los ganadores a los que apostaste?

Sólo eran los que elegí, no les pongo nombre.

Ya.

Sólo controlé la hora de las carreras y los marqué con una cruz.

¿Apuestas así porque eres ciego?

No.

¿Analfabeto?

Tampoco.

¿A qué casa de apuestas fuiste?

Eh, me parece que era la de Queen Street.

¿No hay dos en Queen Street?

Me parece que a la grande.

Ya.

O sea que fuiste a la casa de apuestas grande de Queen Street y apostaste por algunos ganadores, tus favoritos, y no te acuerdas de ninguno de sus nombres.

Creo que uno de ellos era Prince algo, Prince Regent, o algo por el estilo.

¿Iba el Piernas contigo?

No, me encontré con él más tarde, cuando salí.

¿Y le dijiste que habías ganado?

Seguramente, no me acuerdo bien. Depende.

¿De qué?

Sammy se encogió de hombros.

¿Y qué me dices de ese Billy nosequé y Tam nosecuántos?, ¿se lo contaste a ellos?

No, lo dudo.

¿No te parecía importante?

No mucho.

Y ese Billy nosequé y el tal Tam nosecuántos, ¿iban juntos o cada uno por su cuenta?

¿Qué?

Cuando te los encontraste, ¿iban juntos?

No que yo recuerde.

¿Y a quién te encontraste primero?

Me parece que a Billy, pero a lo mejor fue Tam.

¿En qué pub?

Ah, dios, ahora, lo veo, íbamos de ronda por los pubs.

¿A cuál fuisteis primero?

Me parece que fuimos al Campbell's.

¡Campbell's! Ése no está en Queen Street. Hay una larga caminata desde allí hasta Campbell's; quiero decir que si querías tomarte una pinta y estabas en Queen Street, no ibas a caminar todo eso. Pero ¿eso fue lo que hiciste?

Me gusta ese pub.

¿Por qué?

No sé, me gusta.

Ya, pero si yo hubiera sido alguien al que le gusta soplar, me habría parado a echar un trago rápido cuanto antes, en el primer pub o en el segundo. Sobre todo con esa pasta en el bolsillo.

...

¿Eh?

El caballero se niega a responder.

En realidad, no.

En realidad, no, ¿qué?

Depende.

¿Y crees que fue ahí donde te encontraste a los dos tipos?

Probablemente, pero no estoy seguro.

¿No estás seguro?

No del todo.

¿Y cuánto habías ganado?

Bastante.

¿Cuánto?

Ciento veinte.

Ciento veinte. Para un tipo que vive del Subsidio Comunitario eso es bastante pasta, Sammy, y, joder, chaval no pareces ni impresionado. Claro que tú has visto mucho mundo, se me había olvidado.

Sí, este hombre ha cumplido su buena condena, no deberíamos subestimarle, tiene una reputación bien ganada. El tipo más duro del barrio.

Sí, una buena condena. Lo interesante del asunto –y hablo para un tipo normal como yo– es cómo entra en la casa de apuestas, apuesta por todos esos caballos ganadores y deja de jugar. Mira, a mí me llama la atención. Porque eso significa que no es bobo.

Bueno, no soy jugador, sargento.

No, pero, mira tú por donde, yo, sí, y eso significa que sabes cuándo parar. Así que, sólo para que conste: aquí tenéis un tipo con los antecedentes que ya conocemos, y no es ningún bobo cuando apuesta, entra en una casa de apuestas, gana unas cuantas libras con un puñado de caballos cuyos nombres afirma desconocer, y entonces deja de jugar a eso de las tres de la tarde de un viernes, cuando todavía quedan un montón de carreras por disputar. Además, lo ha hecho en una de las dos casas de apuestas de Queen Street y ellos tendrán registros de las transacciones de la jornada, a menos que estén ocultando datos para escaquearse de impuestos, y este caballero aquí sentado, bueno, un tipo tan listo como él, seguro que lo sabe, seguro que sabe que los recibos de las apuestas estarán por allí si alguien quiere ir a comprobarlos... Luego se patea casi un kilómetro para echar un trago cuando tiene un pub en

la primera esquina. ¿Eh, Sammy?, ¿es así?, ¿voy bien?

Ajá.

¡Ajá!, ¿qué significa eso?, ¡ajá!

Significa que sí.

Significa que sí, ummm. ¿Sigues aferrado al cuento de la casa de apuestas?

A veces entro para pasar el rato. Sobre todo cuando hace mal tiempo.

Ah, nueva información; tomad nota. Y entonces, bueno, entonces se encuentra con el señor Donaghue, también conocido como el Piernas, y lo curioso es que el señor Donaghue no se acuerda de ningún Billy ni tampoco le suena ningún vendedor ambulante.

...

¿Lo ha oído señor Samuels?

No sabía que me estuvieras hablando a mí.

Risitas, risitas.

Pero lo que sí recuerda el señor Donaghue es que os encontrasteis con un tipo con el que habíais quedado previamente. ¿No es curioso?

No lo sé.

¿No lo sabes?

Ya te he dicho lo que pasó, tal como yo lo recuerdo, está en tu ordenador.

Sí, está en el ordenador, lo que tú has dicho y también lo que ha dicho tu colega de cervezas. Y él no recuerda a ningún Billy nosequé. Ni nosequé ni ningún otro, para ser precisos. Eso fue lo que nos dijo. Para ser precisos eso fue lo que no nos dijo, nos contó otras cosas, pero ni una palabra de Billy entre ellas. Y tampoco del vendedor... ¿cómo dijiste que se llamaba?

Tam Roberts.

Tam Roberts, el político, exacto.

...

¿Eh?

Soy yo, el sargento, hablándole al señor Samuels.

Lo siento.

...

¿Y bien?

Y bien ¿qué?

Tam Roberts, ¿es político?

¿Qué quieres decir?

¿Estás diciendo que está politizado?

Sammy sonrió.

Entonces ¿qué quieres decir?

Yo no lo dije.

Ah, entonces debió de decirlo otro.

...

¿Y qué dijiste entonces?

No dije que fuera político.

No te estamos preguntando lo que no dijiste sino lo que dijiste, eso es lo que queremos saber.

...

El caballero se niega a hacer comentarios.

No me niego a nada, sólo intento recordar qué dije, creo que dije que era vendedor ambulante. Sé que trabaja en el mercado.

¿Y qué hace?

Sammy se encogió de hombros. Compra y vende.

Compra y vende... ¿qué?

Trastos.

¿Y tú simplemente te tropezaste casualmente con él con todo ese dinero en tus bolsillos?

Eso es.

¿Estás seguro?

Sí... bueno, quiero decir, aparte de lo que he dicho, estaba mamado, podría equivocarme, pero no lo creo, no en esto.

¿Así que el que se equivoca es el Piernas?

¿En qué se equivoca?

No te pases de listo Sammy.

Mira no intento pasarme de listo, sólo aclararlo, incluso para mí mismo, quiero decir que, joder, no me hace gracia tener vacíos mentales. Lo que digo es que iba medio cocido y tenía la cabeza ida, porque estaba preocupado,

alterado, porque me había peleado con mi novia, había tenido una riña, bueno, más que una riña. Seguramente vi a un montón de gente, no lo sé, no puedo acordarme. No estoy diciendo que el Piernas se equivoque. Aunque a lo mejor sí se equivoca. O a lo mejor los dos tenemos razón y lo que pasa es que todo pasó en momentos distintos o algo así. Los dos íbamos cargados, ya me entendéis, nos estábamos poniendo, con la pasta de más que yo tenía, dios, yo iba llenando los vasos, tío, eso era lo que hacía, así que, quién sabe, quién sabe, para serte sincero, no sabría decirte a quién vi y a quién no vi. Eso es lo que digo, se me borró. Y luego me detuvisteis.

El domingo por la mañana.

El domingo por la mañana, eso es, está todo ahí. Sammy suspiró, movió los hombros en círculo para aliviar la rigidez; meneó las muñecas. Volvió a suspirar.

¿Tienes algo más que añadir?

Pues no.

¿Nada de nada?

Bueno, no sé, eh, me acuerdo de que me di un golpe contra una farola y que el Piernas se partía el culo. Creo que eso fue el sábado por la mañana. Mira, para él fue como una broma, el que me diera un cabezazo contra la farola porque empecé a tambalearme; porque es él el que se tambalea con su pierna fastidiada, pero ahí estaba yo tambaleándome también, de eso sí me acuerdo. Y también de una chica que cantaba una de Patsy Cline, en un karaoke o algo así, a lo mejor no era un karaoke, a lo mejor era la cantante de un grupo, no me acuerdo, salvo que era muy buena, tío, una cantante como he visto pocas. Creo que cantaba *Crazy*, pero a lo mejor era otra. Una de esas tías que se pasan la vida en los karaokes y son tan buenas que no sabes si son profesionales que han salido a practicar.

Sammy eres un notas cabronazo.

Pues no lo pretendo, sólo cuento las cosas tal como me vienen. Sammy aspiró, levantó las esposas, se frotó uno de los lados de la nariz con un nudillo de la mano izquierda.

¿Algo más?

Creo que el sábado por la noche en algún sitio vi a un tipo que se llama

Stewart, Stewart Mure, que bebe en Glancy's. Creo que lo vi a él y a su mujer. También canta bien, canciones de los Beatles y de Otis Reading, esos rollos de los sesenta. Pero es bueno.

¿Algo más?

Eh... Sammy frunció el ceño. Sacudió la cabeza, relajó los hombros. Es que me estoy quedando rígido, colega, lo siento, llevo demasiado tiempo sentado en el mismo sitio. Me empieza a doler de verdad. No son sólo los ojos; los oídos también, y las costillas. Por eso fui al médico esta mañana

sí jodidos cabrones soltáis buenas hostias, joder, para ver lo notas que soy, cabrones

Sammy aspiró. Para que me hiciera una revisión. Sólo quiero saber que estoy bien, tener una opinión médica y todo eso.

...

Me muero por un pitillo, no me vendría mal.

Ah, eres un tipo duro de verdad, Sammy.

Pues no lo pretendo. Pero es que no me dejasteis tiempo para pillar mi tabaco; acababa de salir del baño.

Estaba tumbado y despierto. Había otro tipo con él en la celda. No hizo la menor tentativa de hablar. No es que a Sammy le preocupara. No estaba de humor para los cuentos de comisaría. Joder, se sentía viejo. Demasiado viejo para seguir así. Lo que menos necesitaba era otra condena. No podría sobrellevarlo. Ésa era la verdad.

No, no lo era; la cagas y cumples tu condena. En total había cumplido once años. Por irse de la lengua. Tal como suena.

Es una vida. Se transforma en parte de la tuya. O al menos puede transformarse, como pasó con Helen. Ella fue una mujer con un par cuando asumió tus problemas, que se convirtieron también en los suyos. Tu condena fue la suya. Pero no, joder, no lo era; ella no tenía derecho a hacer eso. Se deprimía. No es raro que se deprimiera. Pero todos nos deprimimos, joder. Y él no iba a retenerla, joder, no si ella quería irse, ya me entiendes, a la mierda.

Vale, a veces te cabreas. Y no hay ninguna necesidad. Sólo que a veces te

gustaría

a veces

Pero piensas en lo que te has convertido, en qué te has quedado. Es como una pesadilla. Cada vez que te despiertas te encuentras en una nueva etapa.

Pero las cosas podían ir a peor. Ahora estaba jodido. Se había hundido, joder, había caído hasta el fondo, al infierno, estaba en el puto limbo negro, joder, en el purgatorio; eso era, el purgatorio, donde lo único que puedes hacer es pensar. Pensar. Es lo único que puedes hacer. Te pasas el tiempo pensando en lo que has hecho y en lo que no has hecho; no puedes mirar nada, no puedes ver nada, estás en medio de una zona catastrófica, porque tu cabeza, tus putos recuerdos, son zona catastrófica. Le das vueltas a todo. ¿Por qué ha tenido que pasarte a ti y no a otro cabrón? Él no era un tipo corriente, ahí estaba, tío, Sammy no era uno más, porque si hubiera sido un tipo normal y corriente no le estaría pasando lo que le pasaba. Así es cómo tienes que encarar tu vida, fijándote en lo que hiciste que te volvió diferente. Y todo son putas carambolas, tío, joder, putas coincidencias. Hasta el quedarte ciego. Pero eso no pasó porque sí, quiero decir que no pasó y ya está; y una mierda de ceguera espontánea, no fue espontánea, fueron estos putos pasmas, fueron ellos, estos putos cerdos agilipollados.

Pero ¡piénsalo! ¡Todo había salido mal! ¡Su puta vida entera! ¡Desde el saque inicial! ¡Todo salió mal! Incluso las tonterías más insignificantes: ¡mierda, también se jodieron! Te entraban ganas de preguntarle a cualquiera: ¿cómo funciona la cosa? ¿Por qué me pasa a mí y no a él?, a él, a ése que está ahí, ¿por qué no le pasa a él?, a ése de ahí.

Joder, simplemente quieres...

Lo único que le había ido bien era ella. Ella. Lo único. Ella, tío. Mira, cuando lo piensas, ves que fue ella. Ella. Nada más. Sammy no tenía nada. Dios bendito. Ésa era la puta verdad. Él no era nada. Nada de nada, una mierda de pies a cabeza. Había ido aguantando, aguantando, nada más. Eso era. Él se había limitado a aguantar. Y ella se había hartado, joder. Si no se hubiera ido la semana pasada se habría ido la próxima. Y no podías echárselo en cara, joder, ya me entiendes, dios, era probable que hubiera conocido a un cabrón más joven, alguien del pub, algún cliente; algún cabrón zalamero que

seguramente se la habría ligado. Y se piraron juntos. Ése era el resumen de la puta historia. Mejor hubiera sido que ella se hubiera largado antes de que le pasara esto, antes de esta puta mierda de quedarse ciego, esta puta putísima mierda de estar ciego, ciego, joder, tío, un puto cabrón ciego, un desgraciado andante

un pobre desgraciado de
de dios sabe qué.

El otro tipo se tiró un pedo más. Eso era lo que hacía: tirarse pedos dormido.

Sammy iba a tener que pensar, iba a tener que pensar. ¿Qué coño se había traído entre manos el cabrón de Charlie? A la mierda. Piensas en él, tío, a su edad, y todavía tirando bombas, joder, te da que pensar. A sus cuarenta años, joder. Ni siquiera es que le pidieran gran cosa, sólo que reconociera que lo había visto, no sería mucho más que eso, sólo declarar que lo había visto. Querrían confirmar alguna historia de mierda.

El Piernas había largado.

Aunque no necesariamente. Porque él no tenía ni puta idea. Era un memo en esas historias, en lo de la política. Se creía que sabía, pero no, no tenía ni idea. No conocía a Charlie. Pero, bien mirado, Sammy tampoco lo conocía, ése era el problema.

No, no lo era. Ése no era el problema. No había ningún problema. Ninguno.

¡Y ése era el puto problema! ¿Me entiendes? El puto problema, joder. Dios.

Sammy sonrió.

A la mierda, estaba cansado, joder, agotado; reventado, hecho polvo; sin una gota de fuerza, a la mierda; sólo quería dormir, dormir y luego despertarse, con las pilas cargadas y una fuerza de cojones, una fuerza de cojones. Eso parecía que iba en el paquete de la ceguera: estabas reventado a todas horas, y era porque utilizabas mucha fuerza muscular para todo, para compensar, tanteando por todas partes, y tropezándote, joder, con armarios y puertas, y farolas, tío, estabas jodido, no es raro que tuvieras sueño siempre.

Helen lo sacaría de ahí. Pero dónde coño estaba, tío, a ver, tienes que

hacerte preguntas, porque eso es lo que iban a hacer, seguro como que sale el sol, como si hubiera pasado algo chungo, tío, tenías que empezar a hacerte preguntas, empezar, empezar de una vez, tenías que hacerte esas preguntas, no te quedaba más remedio, tenías que planteártelas, como si ella hubiera muerto o algo así, como si alguien se la hubiera cargado, tío, tenías que decirlo. Sacarlo de dentro. Tenías que hacerlo: si alguien, si algún tipo, cualquiera, tío, si algún cabrón había llegado a rozarle un pelo, un puto pelo de su cabeza, tío, con eso bastaría, eso bastaría, joder, con que sólo le hubiera rozado un puto pelo de la cabeza a la chica

Lo estás viendo desde el punto de vista de los polis, por dios bendito, tienes que echarles una mano; tienes que hacerlo, es una mierda

cuando se trata de un rollo como una desaparición, en circunstancias sospechosas, ¿qué coño haces?, una mierda

Las putas mantas, le picaban en el cuello y la barbilla, y en la barba de gilipollas; iba a afeitarse, puta barba, se estaba convirtiendo en un puto cabrón hippioso; sería lo primero que haría; lo primero en cuanto

Pero lo ves desde su punto de vista. Además de lo que había pasado. Vivir con ella y todo eso, la bronca chungo.

Menudos cabrones. Y podían aprovecharse de lo que quisieran. Piénsalo un poco. Incluso de que él viviera en su casa; no tenía derecho, ningún derecho; podían acusarle de ocupación ilegal si les daba la gana. De lo que quisieran.

Ah, dios, estaba cansado. ¿Por qué cojones no se quedaba dormido?, sólo quería dormir. Era por la espalda, le dolía, no podía dormir boca abajo por las esposas y no podía ponerse cómodo, joder, no podía, ¿me entiendes?, no podía ponerse cómodo, joder, cómodo, estaba jodido, tío, mierda, bien jodido, así estaba, coño, jodido, toda la puta noche, toda, si pudiera dormirse; con que sólo pudiera dormirse; pero ¿cómo vas a quedarte dormido si no puedes ponerte cómodo? Es una pregunta fácil. Y luego la pestuza, el fantasma del pedorro estaba disparando otra vez.

El tipo estaba andando. Era irritante. El sonido de los pasos se acercaba y

luego se alejaba y la cabeza de Sammy se llenaba de él, su cerebro se ajustaba a su ritmo, y todos los recuerdos que le daban vueltas se alteraban también al ritmo de los putos pasos, y se te metían en la cabeza, tío, se te metían dentro

¡Qué chungo era todo! A lo mejor, si hubiera podido ver. Pero está ahí tumbado, con esa puta ceguera, esta puta negrura completa, este..., este puto no se qué, este puto limbo.

Eh, siéntate, coño...

¿Eh?

He dicho que te sientes, estoy intentando echar un sueño.

El tipo hizo lo que le dijo. Probablemente el cabrón era un chivato. Sammy se puso de lado y tiró de la manta. Pero apenas diez minutos después, o eso le pareció, un cabrón le cogió del hombro, tuvo que levantarse como pudo y lo sacaron de allí, mientras se agarraba los putos pantalones y las deportivas se le quedaron debajo del catre de mierda.

Tienes un armario lleno de camisas de vestir. Todavía en sus envoltorios de celofán.

Las compré.

¡Las compraste!

Son todas de tallas distintas.

Sabemos que son de tallas distintas, Sammy.

Alguno de los que estaban en la sala empezó a reírse.

Las compré porque eran baratas.

Eso sí que es una sorpresa.

Porque pensé que podía revenderlas.

¿Y dónde las compraste?

Hace un par de semanas.

...

Se las pillé a un tío en el pub; él las había comprado en una subasta de los restos de un incendio; o eso me dijo.

¿Y le creíste?

Bueno, no sé, no tenía motivos para dudar de él.

¿En qué te basabas?

¿Cómo...?

Si no tenías motivos para dudar de él, señor Samuels, sería por algo, ¿en qué te basabas?

Tenía acento.

Vaya, así que tenía acento.

Sí, sonaba como un empresario extranjero pijo.

Vaya, vaya.

Joder, de verdad, eso es lo que se me quedó del tipo; al principio pensé que era una especie de inglés de clase alta, pero creo que era otra cosa, a lo mejor había venido de Europa para una de esas convenciones de negocios.

Eso es un rollo.

...

Las mangaste, Sammy.

No.

Muy bien, volvamos a empezar, te la estás jugando.

Vale, quiero decir que uno hace lo que tiene que hacer, pero yo creí que el tipo era un pardillo; parecía fuera de juego, como si le hubieran dado una paliza por unas libras de mierda. Me alegré de quitárselas de las manos. Tal como yo lo veía, él lo único que quería era pagarse el billete de vuelta a casa, a donde fuera, a su casa, a su país. Fue un trato, simple, dos tipos en un pub.

Te has metido en un callejón sin salida, señor Samuels, y vas directo al fondo.

...

¿Me entiendes?

¿Qué?

Oyó el ruido de alguien que se sonaba la nariz, luego el de una puerta que se abría y se cerraba, y entonces una mano le agarró el hombro; el tipo estaba tan cerca de él que Sammy le olía el aliento, y era de alcohol, vodka o algo parecido.

Quiero hablar en serio... Era el inglés otra vez, hablando con esa voz calmada. Sammy no reconocía el acento del todo, pero era un deje regional, no sabía de dónde... Así que escucha con atención a mi colega cuando te

habla y haz todo lo posible por enfrentarte a los hechos; si tienes problemas, dínoslo, estamos aquí para ayudarte.

Sí, Sammy, verás, teníamos la impresión de que te movías en ambientes de más clase. Te lo digo personalmente, creía que eras un tipo con mala suerte, pero que te resistías; tres años por el buen camino, haciendo lo que podías, saliendo adelante, currando en los Servicios de Empleo, enrollándote con una buena chica; no sé si tienes problemas con el alcohol, nuestros colegas dicen que sí, pero yo no acabo de verlo, te lo digo personalmente, y si los has tenido los estás superando, así que me quito el sombrero. Ahora te has metido en la recolocación de material robado –trápicheo de poca monta, dicho sea, para un ex pez gordo como tú–, pero aquí estamos, nos dedicamos a buscar pruebas y si la única que encontramos es ésa, tenemos que aceptarlo. Aun así, sacas un poco de aquí, otro poco de allá, lo entiendes; yo puedo entenderlo, así complementas la pasta de la transferencia del paro y todo eso, quiero decir, quién va a molestarse por unas pocas chaquetas de cuero. Pero lo que pasa es que ahora te has metido en algo más serio; y voy a serte sincero, no sé por qué proteges al tipo que estás protegiendo. A nadie le gustan los soplones, lo entiendo; pero ese tipo es algo más.

¿Qué tipo?

El que tú quieras –Billy, Tam–, no importa. Que sepas que ésta es una investigación sobre algo muy serio. Por eso estamos aquí mi colega y yo. Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad que sí?

Sammy asintió.

¿De qué te habló?

Sólo de cosas generales.

¿Ah sí?

De fútbol, de esa clase de historias.

Bueno, a lo mejor no estamos hablando del mismo tipo después de todo, porque yo conozco a los de su clase y no hablan de fútbol, ni de carreras, ni de nada por el estilo, sólo de política; luego se cabrean, se cabrean y se amargan; eso es lo que pasa Sammy, se cabrean, se amargan y después empiezan a hablar de otras cosas, como de violencia y de actos de terrorismo, a ver, vamos, seguro que has conocido a tipos así cuando cumplías condena.

¿Qué me dices?

Sí, a un par.

Muy bien. Eh, a propósito, hay otra cosa, quizá ya te hayas dado cuenta, ¿te has dado cuenta?

¿Qué?

El oficinista ha salido en la pausa para el té. No hay nadie en el ordenador. Todo esto es *off the record*.

Sammy asintió. Sé que queréis que os cuente algo y os juro por dios que me gustaría; a lo mejor estaba más borracho de lo que pensaba, pero, sinceramente, no me acuerdo; los tipos de los que os he hablado, sólo los recuerdo a ellos, charlando de fútbol y cosas así, de las historias normales.

Lo que pasa, Sammy, es que sabemos que eso no es verdad.

...

Mira, si es ésa tu declaración entonces estás mintiendo.

No.

Pues sí, me temo que sí mientes; tengo que decirlo ya, mira, eres un puto mentiroso, ¿sabes?, eso eres, un puto mentiroso.

Lo siento, colega, pero no puedo recordar a quién vi.

¿Qué has dicho?

He dicho que no recuerdo a quién vi.

Ya, bueno, ése es tu problema, porque mi colega y yo empezamos a dudar. ¿Me entiendes?

...

A ver, esto da que pensar, ¿no?

Tal vez no haya entendido la esencia de lo que has dicho.

Oh, yo creo que sí, ¿verdad, Sammy?

...

El silencio como respuesta. A lo mejor si se quitara los calcetines serviría de algo. Quítate los calcetines, Sammy.

Sammy esperó un momento y luego hizo lo que le mandaban; estaba a punto de metérselos en el bolsillo, pero se los quitaron de la mano.

Eso es, hijo, tíralos a la calle.

Sammy oyó pasos, luego más pasos y por fin unos murmullos. Entonces

se le acercó alguien y el sargento dijo: muy bien, hijo, regístrale los pies a ver si encuentras pruebas, armas ocultas, cosas así.

Ampollas en los talones, callos o juanetes en el dedo gordo y en el meñique de ambos pies. Están limpios. Algunas bolitas de pelusa.

Dios, este chaval va a ser un detective de primera. Echemos un vistazo..., Sí, lo que pensaba: apunta en el registro que estos pies no sólo están limpios sino excepcionalmente limpios, y los dedos están enrojecidos. Curioso, ¿no?, dedos rojos. Un detalle congruente, eso es verdad.

Son lo que llamaríamos unos dedos con pinta de irritados.

Cabreados, sí.

Por otro lado, en realidad ¿qué queremos decir cuando hablamos de unos dedos cabreados?

Que están enrojecidos y amoratados.

Parece que estás hablando de un pene.

Sammy permanecía inmóvil, con las muñecas sobre los muslos; oía cómo se reían. Uno de ellos sonaba tan pegado a su nuca que tuvo que controlarse para no agachar la cabeza, porque el gesto los habría intimidado. Siguieron diciendo tonterías y la atención de Sammy pasó de lo que decían para concentrarse en cómo lo decían, porque estaba esperando un golpe en cualquier momento. No pasaba nada. Pero se lo esperaba; estaba bien, no le preocupaba mucho; era sólo que cuando te daban siempre te pillaban desprevenido; pero no podía hacer nada; y si no puedes hacer nada, entonces, joder, deja de preocuparte.

Más risas.

Entonces los calcetines cayeron sobre su regazo.

Espero que hayamos revisado si los calcetines del caballero tenían agujeros, caballeros. No quiero quejas contra el departamento por trato incorrecto de las pertenencias del cliente. Este señor tiene una cita con personal médico con cualificación profesional el lunes por la mañana.

...

Sammy, te están hablando, eres muy maleducado.

Y que lo digas.

Vaya, vaya, se nos está poniendo chulito por momentos, sobre todo dado

que no hacemos más que pillar sus mentiras y sus bolas. Dijo que había visto a un médico ayer por la mañana, pero no lo vio, no vio a ningún médico, sólo a la recepcionista.

¿Es eso verdad, Sammy?

Pedí una cita con el médico para el lunes por la mañana.

Alguien suspiró. Percibió movimientos hacia él. Un dedo le tocó el pómulo y le empujó la cabeza hacia atrás.

No, chiss. Chiss, relájate. Sargento, eche un vistazo a esto...

El dedo volvió sobre su pómulo y apretó.

¿Qué...?

Es curioso, pero, mira, no veo nada raro en los ojos de este tío. ¿Y tú?

No, yo tampoco.

Claro que los tiene cerrados y es difícil verlo. Pero no me sorprendería nada que su alegación se demostrara infundada. Sospecho que no le pasa nada a estos putos ojos, como se ve si los examinas con tiempo. Claro que nosotros somos unos profanos, no somos expertos médicos cualificados. Señor Samuels, ¿quiere abrir los ojos un momento?

Sammy parpadeó.

¿Está seguro de que sufre una pérdida de visión?

...

El caballero se niega a responder.

Sammy, mira, coincido con mi colega, creo que no vas a tener suerte, creo que ese médico va a echarte un vistazo y va a decirte que te vayas a tomar por culo por ahí. Te lo digo yo, te va a pegar un corte. Te hará un informe negativo, va a quejarse porque haces perder el tiempo a los funcionarios registrándote como Discapacitado Funcional, porque, por lo que a él se refiere, tú estás como nuevo, con un par de ojos que ni Robin Hood, que acertaba a una manzana a cien pasos, eso es lo que dirá. Miradlos bien: marrones y chispeantes. ¡Si ni siquiera te pinchas!

Y zas, vaya a Subsidios de Empleo Comunitario, señor Samuels, si es que te descubren contando rollos con respecto a tu capacidad física para el empleo. Piensa, claro, que son nuestros colegas, que tienen el deber público de combatir el fraude dónde y cuándo lo encuentren. Sobre todo, no ven con

buenos ojos los intentos de defraudar al contribuyente.

Sammy dobló los hombros y luego hizo lo mismo con las muñecas.

¡Vaya!, ¡si no está dormido!

Olor a humo de tabaco. Sammy se aclaró la garganta: ¿no podría echarme un pitillo?

No se puede fumar en esta sala, Sammy, creía que ya lo sabías, un tipo tan curtido como tú, pero aun así tenemos un regalo para ti, así que no digas que no nos portamos bien contigo, es una carta. ¿Sabes para quién es?

...

¿Eh?

No.

Bueno, te lo diré, es para una tal señora McGilvaray. Pero tú no eres el señor McGilvaray, tú eres el señor Samuels. Así que, para empezar, tenemos una pequeña contradicción. Verás, si por casualidad yo fuera fiscal le daría mil vueltas al acusado, de verdad, lo haría. Pero lo justo es justo y hemos pensado que te gustaría ver lo que dice.

No es para mí.

No, pero nosotros queremos que sepas lo que dice, ¿tú no?

No, mejor que no.

Te la leeré de todas formas. Querida Helen, confío en que te vayas sin permiso cuando estamos ocupados. No es momento de que te pongas teléfono en casa. No tenemos tiempo para escribir cartas. Estamos demasiado ocupados haciendo tu trabajo. Dinos si piensas volver, si no, tendremos que contratar a otro. No queremos, pero tendremos que hacerlo. Saludos; John G. PD: ¿he dicho algo fuera de lugar?

Es el gerente del Quinn's Bar, señor Samuels, que se pregunta por qué no se ha presentado la mujer. Puede que te interese saber que todavía no ha aparecido, al menos anoche. Nos preguntábamos si tendrías algo que declarar con respecto a lo que acabas de oír.

Eh...

Lo que acaba de leerte el sargento.

Sabía que había una carta, probablemente ésa, llegó al buzón hace un par de días.

¿Es todo lo que tienes que decir?

Había otro par más así... Suspiró; se le había secado la boca. Se inclinó hacia delante y se puso las manos en las rodillas.

¿Eh?

Sammy aspiró. A ver, dijo, estoy preocupado.

¿Que estás preocupado?

Eso es.

Me lo creo, tienes muchos motivos para estarlo.

Por el amor de dios, tío, ¡vamos!

¡Vamos!, ¿qué quieres decir con vamos? Nos llevas entreteniéndome durante horas, un montón de putas horas, y tienes el atrevimiento de gritarme que vamos. Pero ¿quién cojones te crees que eres pedazo de mierda?

Al decir las últimas palabras se movió, un movimiento rápido e inesperado, y Sammy se encogió.

Silencio.

Finalmente el tipo dijo: te reuniste con Charles Barr en el Campbell's el viernes de la semana pasada. ¿Verdadero o falso?

Podría ser verdadero, podría ser falso, no lo sé, estaba borracho.

Sammy, ¿te das cuenta de que tu novia ha desaparecido en circunstancias muy sospechosas?

Sí.

¿Sí?

Sí sí sí lo sé, lo sé, joder, ¡claro que lo sé! ¡Y estoy preocupado, coño! PREOCUPADO. Sammy pronunció la última palabra entre dientes, medio levantado de la silla.

¿Lo estás?

Sammy se sentó. Sí.

Sargento, me parece que este hombre no es demasiado espabilado.

Lo único que digo es que estoy preocupado.

...

Ahora pasos. Parecía que se iban. Y una puerta se cerró.

Al cabo de un rato, Sammy dijo: su familia está en Dumfries. No sé la dirección, pero en alguna parte de la ciudad.

¿Ninguna idea?

Era una voz distinta; por cómo sonaba diría que era la del joven. Sammy se removi6 en la silla, como si le sorprendiera el lugar de donde procedía la voz. La direcci6n está en casa, en alg6n sitio, dijo, pero no puedo mirarla porque no veo.

¿Ella lo ha hecho antes?

...

¿Eh?

Sí.

¿Se lo has dicho?

¿A qui6nes?

¿A los que te estaban interrogando?

Me parece que sí.

¿D6nde la conociste?

Eh... en Glancy's, eh, en Glancy's Bar... Sammy escuch6 a ver si había más gente. No podía haberse quedado sólo uno. Y, como mínimo, tenía que estar también el del ordenador. Éste poli parecía un aprendiz, pero no podías correr riesgos. Sammy sonri6: ¿los otros dos se han ido para la pausa del té?

Sí, seguramente.

Sammy se retorci6 en la silla como si fuera a recorrer la habitaci6n con la mirada.

¿Estás ciego de verdad?

Sí, no veo un pijo.

Joder.

Es de espanto. Sería diferente si estuviera acostumbrado. Pero a mí acaba de pasarme, así que todo es, no sé, es raro, ¿sabes?, muy raro. Si volviera mi novia... Ella es buena, ya me entiendes, buena tía. Sammy se encogió de hombros. Cuando la encuentren, si se lo dicen..., volverá enseguida, en cuanto pueda. En cuanto se entere, ¿me entiendes? Si alguien se lo cuenta. Quiero decir, ¿crees que se lo dirán si la encuentran?

¿Tú qué piensas?

Nada, sólo espero que la encontréis y que le contéis lo que pasa, que me he quedado ciego.

...

¿Están buscándola ahora?

¿Quiénes?

Los tuyos.

Ah, no lo sé, tío, nosotros sólo somos los guardias.

No me malinterpretes, no te estoy pidiendo información, sólo decía que espero que la encuentren... Sammy aspiró y luego suspiró.

Entonces el poli dijo en voz baja: escucha, voy a decirte una cosa, los dos tipos que te están interrogando no son de esta comisaría.

Ya...

Sí. Y mira, no te lo tomes a mal, pero, ese tío del pub que escribió la carta, ¿se está tirando a tu novia?

Sammy cruzó los brazos. Luego se encogió de hombros: ¿quién sabe?

Le entraron ganas de sonreír, pero se reprimió. Las cosas iban bien. Iban. Contrólate, sólo contrólate.

Cuando Samuels

Un día de éstos escribiría su propia canción, entonces verían esos cabrones.

Alguien estaba fumando otra vez. También oía sorbos de tipos bebiendo té o café. Lo hacían regodeándose, como si lo disfrutaran. A lo mejor es que se estaban trincando una bebida de verdad: un par de latas de *superlager*, media botella. No me extrañaría nada de ellos. Murmullos, murmullos, uno hablaba de golf. Había un torneo en América que estaban dando por la tele. Ése sí que era un deporte aburrido, tío, un puto coñazo; todos esos cabrones paseando por el campo y un pobre desgraciado cargando con sus cosas. El fútbol era distinto. Si las cosas hubieran ido de otro modo, Sammy habría llegado a algo. Pero tenía la cabeza demasiado llena de mierda, cuando era chaval, me refiero, si no

todavía lo echaba de menos; te lo imaginabas, entrabas corriendo en el parque, alguien te pasaba la pelota, párala, vamos.

Movimiento. Se tensó, apoyó las muñecas sobre los muslos e intentó acomodarse mejor, pero mantuvo los pies apoyados con firmeza en el suelo.

El sargento dijo: Sammy, eres un desgraciado, chaval, un auténtico desgraciado. Mira, que quede entre nosotros, pero me parece que no tienes ni idea del marrón en el que te has metido. Lo digo en serio. No se trata de recolocar mercancías robadas, ¿sabes? Y, te lo creas o no, nosotros no tenemos ningún interés en retenerte aquí. Pero necesitamos algunas aclaraciones. Mira, tú eres un cabo suelto. Por algún motivo que sólo tú sabes estás entorpeciendo esta investigación. Pero no sé por qué lo haces, la verdad, porque eres un tipo enterado y sabes perfectamente que cualquier información que se nos proporcione y nos sea de alguna ayuda o utilidad tiene grandes beneficios personales, para ti, el implicado. Y el caso es que no nos has dado nada de información, nada de nada. Así que tenemos razones inmediatas –firmes y sólidas– para creer que podrías estar ocultándonos pruebas. A ver, ¿entiendes que esto te mete en un lío de cojones?

Claro, si fuera así, pero no oculto nada. Suspiró.

Nosotros estamos convencidos de que sí. Y si podemos justificar nuestras razones para esa convicción, entonces el que tiene que probar que nos equivocamos es el incordio, es decir, tú.

Mira, Sammy, lo que te estamos diciendo es que no somos tontos; tú tienes claros tus antecedentes, y nosotros también, y no sólo eso, nosotros

estamos al tanto de algo más, de todo. Eh, dadle un cigarrillo al hombre.

Estoy bien, gracias, no quiero.

No quieres. No quieres. Pues mejor, de verdad, porque habría sido un acto indebido por nuestra parte. Bien, ahora ya sabes que nosotros sabemos que te viste con el señor Barr. Lo sabemos por dos razones: la primera, porque lo estábamos vigilando; y la segunda, porque el señor Donaghue nos informó, nos lo contó.

Yo no he dicho que no viera a Charlie Barr, he dicho que, por lo que recordaba, no lo había visto, porque estaba borracho. Es posible que sí lo viera, no lo sé. Mirad, ya debéis saber que yo no tengo ninguna relación con él, así que, quiero decir, ¿por qué no iba a contároslo? Si yo supiera algo, esa información valdría media mierda, así que no tendría sentido que no os lo contará.

¿Estás diciendo que podrías haberle visto?

Sí, dios...

Es un viejo amigo tuyo, Sammy, te acordarías.

Sammy negó con la cabeza.

Y voy a decirte otra cosa *off the record*: no tenemos ningún interés en tu novia. Sabemos que si le hubiera pasado algo violento no serías tú el responsable. Pero incluso si lo fueras... Entiéndeme bien: algunos colegas nuestros no comparten nuestra opinión, mantienen lo que podríamos llamar concepciones tajantes acerca de los delitos graves y los delincuentes peligrosos. La desaparición de Helen McGilvaray es un asunto muy grave, y tú, me temo, eres un hombre que ya ha sido condenado por delitos muy graves. Pero estás aquí, en nuestras manos, no en las tuyas; permíteme que te lo repita: no tenemos ningún interés en ti, ni el más mínimo.

...

¿Quieres decirnos algo ahora?

Eh, no.

Está bien, tienes derecho a pensártelo un poco. Pero estamos obligados a mantenerte esposado. No te lo tomes como algo personal.

Se trata sólo de ponerte cómodo; psicológicamente va bien, te sientes como si hubieras logrado algo. Cuando Sammy era niño.

Cuando Sammy era niño.

Dreaming my dreams of you.

Suena la música. ¿Te acuerdas de aquel tipo al que se le paró el corazón?

Más vale que no.

Sí, mejor que sí, hay cosas que merece la pena recordar. Crees que son una cosa, pero son lo contrario, son luces que iluminan tus pasos; una vez, Sammy iba en un avión y había luces en el pasillo. Sueña lo que quieras, pero recuerda lo otro. Además, eso es lo que te mantiene cuerdo. Porque no estás nadando en escoria. Ves la muerte en el trullo y no es nada del otro jueves. Sencillamente llega, pasa. Y también llega sorprendiendo a la gente. Otras veces la has visto venir; aunque ni siquiera te lo hayas dicho a ti mismo, cuando te cuentan que alguien la ha palmado, lo sabías. Sí..., porque te lo esperabas, sin haberlo pensado siquiera.

*Some day I'll get over you
I'll live to see it through
but I'll always be
dreaming my dreams of you 14*

Así pasó con el tipo que tenía el estéreo; supiste que se la iba a dar: había pasado a mejor vida; sentado allí, contra la pared, con los ojos cerrados, las rodillas alzadas y la barbilla baja, con los auriculares, soñando sus putos sueños. Quería volver a su país, pero a la vez no quería, aunque su mujer y sus hijos estuvieran allí. Los soldados estaban esperándole para cargárselo. Costaba creérselo, un mindundi como aquél, pero así son las cosas, tío, joder quiero decir que qué vas a hacerle, joder no hay nada que hacer más que lo que hizo Sammy, quedarse allí tumbado en el puto catre. A veces, no siempre, escuchaba a ver si el tipo decía algo. Cuando le contaba alguna broma estúpida el tipo no se reía, era musulmán y no fumaba ni bebía, que el infierno le perdone. Soy un buen hombre. Eso era lo que decía, soy un buen

hombre. No pido nada. Ése era su puto problema, no pedía nada, así que le dieron todo, mientras que Sammy

*Had always been crazy
it's kept him form going insane. 15*

Pero esta vez no. Si volvían a enchironarlo esta vez se volvería loco. Tanto si estaba ciego como si no.

Se removió en el catre, primero movió el culo, luego los hombros y por último los pies. Le dolía la espalda. No podía ponerse boca abajo por las esposas. Durante un rato podía echarse de lado, apoyado en un brazo y un hombro. Era este colchón de mierda. Un espanto.

Quéjate, quéjate, lloriquea, eh. Eso es, pero concéntrate en tu puta situación.

No tenía sentido.

Y sabías por qué. Era una ventaja de más para ellos, la ceguera, implicaba que estaba todavía más atrapado. Esos cabrones son muy graciosos, se creen que pueden meterte en la cabeza que puede pasarte algo peor que la muerte. Han visto demasiada televisión, todos se creen que están paseando por las calles chungas de Nueva York o algún sitio así, Chicago, todos son unos Al Pacinos o Humphrey Bogarts, tío, ya me entiendes.

Repasas tu vida, pero no tiene sentido; algunas cosas son demasiado obvias. La gente se da una segunda oportunidad, los unos a los otros. Eso es lo asombroso. Nadie más lo hace. Sólo vosotros dos, sólo los dos lo hacéis.

¡Una cerilla! El tipo había encendido una cerilla. Eso le dejó claro que era un soplón; le habían encerrado con un soplón. Sammy sonrió. Esperó un momento y dijo: ¿una calada?

Como respuesta no hubo respuesta. Pues muy bien.

Y entonces empezaron los paseos. Te desquiciaban; intentabas no hacerles caso, pero no podías. Una taza de café no estaría mal. ¡Podías echársela encima a aquel cabrón! Sammy empezó a reírse, se contuvo, pero al poco volvió a reír. De locos.

Pero un trago no habría estado mal. Tenía la boca seca como una piedra.

Un vaso de agua, de agua bien fría.

*And a lip print on a half filled cup of coffee
that your poured and didn't dri-i-ink 16*

Ag, mierda.

Piensas en Helen ahora, tío, ella podría estar pensando en el tipo que está aquí, en ti, pasando frío en esta sala solitaria, una caverna oscura de soledad mental. Eso lo había sacado de alguna canción, tío, está claro.

Cuántos partidos de fútbol habré jugado. Sí, pero había uno especial, se jugaban un trofeo

Le entraban vaharadas de humo de tabaco en la nariz. Vale. Porque Sammy podía disfrutarlas como si estuviera fumando él, como si fuera su puto cigarrillo, ya me entiendes, a la mierda, sopla, tío, sopla puto gilipollas, puto cabronazo chivato.

Por eso es mejor no molestarse. Y no te molestas. Eso es un error, una cagada con todas las de la ley. Déjalos que hagan lo que quieran. A lo mejor estaba sordo. Ése era el tipo de truco que les gustaba. Un ciego y un sordo. O un idiota. Para partirse de risa. Te los imaginas viéndolo en el puto vídeo.

Dios, tienes que hacerlo.

Eh, ¿estás sordo o qué? Te he dicho que dejes de caminar.

¿Y a ti qué coño te pasa?

A mí no me pasa nada pero ándate con cuidado.

¿Por qué?

Porque me estás cabreando, tío, por eso, joder me estás hinchando los cojones, ¿me entiendes?, así que tengamos la fiesta en paz.

El aire se le atascó en la garganta y tosió; le salió un gargajo de mierda; le dio la vuelta en las amígdalas y se lo tragó. A lo mejor al tipo nunca le habían hostiado con las esposas. A lo mejor quería probar. Quería probar esa sensación, qué se sentía. Una experiencia alucinante, mejor que un polvo

Te pueden. Intentas impedirlo. Pero pueden contigo. Es inútil resistirse. Es una pérdida de energías. Sobre todo cuando no puedes controlar nada. Si tienes un poco de control, entonces, vale, a lo mejor merece la pena darle

vueltas, examinar las posibilidades de esto o de aquello, ese tipo de cosas. Lo importante es
es que no hay nada que importe, joder.

Llevaba siglos esperándoles. No habían vuelto a buscarle y eso era raro. Además no había podido echar ni una cabezada. A lo mejor habían ido a zamparse un buen banquete dominical, porque eso hacían, darse unos banquetes cojonudos los domingos, esos putos pasmas, las mejores patatas fritas y bistecs, huevos escalfados, con sus putas guarniciones completas.

Bajó las piernas al suelo y se puso en pie. Notó movimientos en el otro catre. Pobre cabrón, te daba pena, quienquiera que fuese. Estaba el rollo de Jackie Milligan, si Helen iba a culpar al tío, ¿hasta dónde pensabas llegar? Las cosas no son tan fáciles como parecen. Ella tenía un punto de vista distinto, lo que era normal, pero eso no significaba que tuviera razón. Dios, le dolían las piernas. Tanteó adelantando el pie derecho, para encaminarse hasta la pared del fondo, manteniendo los puños en alto, tocando el suelo con los dedos de los pies.

¿Estás ciego?

Sí.

No estaba seguro.

Sammy siguió adelante. Al llegar a la pared se dio la vuelta y se apoyó en ella, luego se acuclilló y por último se sentó en el suelo con las piernas estiradas. ¿Sabes qué hora es?

Las cinco.

¡Las cinco! ¿Cómo lo sabes?

Lo supongo.

¿Llevas mucho aquí?

Desde ayer, ¿y tú?

Igual.

¿Te van a retener?

No lo sé.

Yo tampoco. ¡Esto está lleno de mierda, joder!

Sammy asintió. Mira, antes, cuando estabas paseando, se me fue la cabeza...

No te preocupes. Te han puesto esposas, ¿eh?

Sí.

¿Duelen?

Sí. No puedes... Sammy movió las muñecas. No son muy cómodas que se diga.

¿Por qué te han detenido?

Sammy no le respondió al momento. Un malentendido, dijo, ¿y a ti?

Quieren probar que trafico.

¿Traficas?

No.

¿Un caso de error de identificación?

Más o menos, sí. ¿Y tu malentendido?

Ag, nada.

Algo debió de ser si te han esposado.

Quién sabe, eso depende de ellos.

¿Cómo te llamas?

Joe.

Yo soy Davie. Eh, ¿no te conozco de antes?

No lo sé, ¿me conoces?

¿Dónde vas a beber?

Ah, a muchos sitios, ¿y tú?

¿Conoces el Castlemilk?

La verdad es que no.

Bueno... a propósito, ¿cuándo te dan de comer aquí?

Quién sabe, cuando les da la gana.

¿No hay horas?

...

Creía que había horas establecidas.

¿Ah sí?

Bueno, eso esperaba.

Ya.

¿Y no las hay?

¿Te queda algún pitillo?

No.

Entonces oyó el sonido del otro cambiando de postura en el catre. Sammy levantó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas. Tenía ganas de mear, pero le daba igual. A lo mejor se meaba encima. Esperaba que el tipo se quedara callado. Necesitas silencios. Te puedes meter dentro de ellos. Normalmente hay un ruido de cojones, pero no siempre. Cuando consigues el silencio puede ser increíble, no se oye ni la respiración, lo único que oyes es tu propio cuerpo, la sangre que se bombea. Y si te han dado una paliza, te imaginas que oyes tus músculos y tus huesos juntándose otra vez, tú cuerpo entero recomponiéndose como es debido. A veces es mejor que reine el silencio; pero otras veces no. El otro seguía removiéndose en el catre.

¿Te pasa algo?, preguntó Sammy.

Lo dijo con una voz de tono normal, pero pareció una explosión y el tipo esperó a que el eco se apagara antes de responder: ¿Algún problema?, dijo.

¿Tú tienes alguno?

No.

Eso está bien.

Una vez un tipo le habló a Sammy sobre las complicaciones; le había preguntado si tenía novia o no. Por entonces, Sammy estaba casado. Fue después de la última vez que lo enchironaron. No quería hablar con aquel tipo así que le dijo que era demasiado complicado, que no quería hablar del tema. Y el tipo le dijo: escucha, colega, si te meten aquí es que eres una persona complicada, cuando sales sigues siendo complicado, pero son complicaciones diferentes. Todas tus otras complicaciones desaparecen. La gente se olvida de ti; y me refiero a los enrollados, los únicos que se acuerdan de ti son los cabronazos, éstos siguen queriendo encularte.

Sammy recordaba que había pensado que aquello era un comentario sabio, que merecía la pena recordarlo. Pero no era más que una memez.

Los muelles chirriaron, el tipo había cambiado de postura otra vez. Sammy se había perdido en sus pensamientos, pero en realidad le estaba dando vueltas a las mismas cosas que pensaba siempre y quería cambiar de

tema. Los juegos a los que he jugado. Los conciertos a los que he ido. Las mujeres que me he tirado. Curros que he tenido. Pajas que me he hecho. Mira, dijo, aquí uno tiene que ir tirando, eso es lo importante, ¿me entiendes?, puedes volverte loco o puedes sobrevivir. A veces es una idiotez y otras no. El resumen es que es demasiado fácil palmarla. Si les dejas, tío, te joderán. Tienes que mantener la cabeza en su sitio. Y el momento para empezar es ahora.

Al cabo de un momento el tipo dijo: ¿por qué me lo cuentas?

Porque tenía ganas.

No te he pedido consejo.

No, sólo te lo digo. Tienes que andarte con cuidado. Por lo que veo vas a buscarte problemas.

No sé de qué estás hablando.

Ya.

Mira me han metido aquí por nada.

No importa; sea como sea tienes que sobrevivir. Porque esos putos cabrones van a por ti. A ellos les gusta joderte. Para eso están aquí. ¿Me entiendes? Te joden. Eso es lo que hacen, joderte. Y cuando te han jodido, han acabado contigo, a eso me refiero. Y depende de ti: o les dejas o no les dejas. Yo, personalmente, no, joder, no les dejo. ¿Sabes por qué?, porque odio a esos cabrones. Los odio; por eso sobrevivo. ¿Me entiendes?

Sí.

Y los odio hasta el final, joder, a muerte. Ganes, pierdas o empates. No existen los uniformes buenos. Y lo mismo para los soplones. ¿me oyes?

...

¿Eh?

Te oigo, y no sé por qué me sueltas ese rollo.

Te lo cuento porque me da la gana.

¿Para qué?

Para que sí.

A la mierda... Los muelles chirriaron, el tipo se había dado la vuelta.

Sammy se arrastró hasta el cubo, se arrodilló y echó una meada. Luego fue hasta el catre y se metió debajo de las mantas, de costado. Quería dormir.

Quería quedarse inconsciente. Estaba agotado. Necesitaba un descanso. Antes había descansado. Hasta que lo despertó. Hasta que lo despertó aquel cabrón, sus putos pasos, sus pedos, lo que fuera.

Apretó los dientes y cerró los párpados con fuerza. Estoy cansado, dijo, estoy cansado y no puedo dormir.

Estoy muerto de hambre.

Que te den. Sammy se puso boca arriba, todavía le dolía la columna y el puto zumbido detrás del oído, ese ruido agudo y las putas esposas, cómo vas a hacer nada con estas esposas, joder.

Me cago en dios.

*Now I lay me down to sleep
pray the lord my soul to keep 17*

Ese poema se lo había enseñado su abuela, era una oración.

Es lo que pasa aquí dentro, dijo, estás cansado pero no puedes dormir, joder. Tienes todo el tiempo del mundo pero no puedes descansar, no te dejan. Así diseñan estos sitios, para que no puedas estar tranquilo. Ni por casualidad. Nada de pitillos. No te dejan nada, salvo tu puta cabeza. Por eso te aviso, más vale que espables. Si no te andas con cuidado, te pierdes. He conocido a tipos que la palmaban, así que más vale que estés atento. Porque eso es lo que ellos quieren. Quieren que te mates. Te lo digo, tío, les va bien para las cifras y los datos, para sus estadísticas, así demuestran que están haciendo su trabajo. No me crees, da igual, yo te aviso. Tienes que hacer planes para sobrevivir, y si sólo cuentas con tu puta cabeza, entonces úsala, no dejes que esos cabrones te la jodan, ¿me entiendes?... ¿eh?, ¿me estás escuchando?

Sí.

Pues te he hecho una pregunta.

No la he oído.

Da igual.

No sabía que me estabas hablando a mí.

¿A quién cojones voy a hablarle, es que hay alguien más?

Bueno, tú hablas, pero no sé si lo que dices me lo dices a mí.

¿En serio?

...

Son estas esposas, los cabrones las aprietan demasiado, te las hincan en las muñecas. ¿Me sangran? Sammy extendió las muñecas por encima de las mantas.

No.

Uno no puede dormir porque no puede darse la vuelta, ni tampoco te puedes poner boca abajo, así que estás jodido.

No te preocupes por eso.

¿Qué?, ¿qué has dicho?

No puedes hacer nada. Ya te las quitarán.

Ah. Sammy sonrió. Entonces hizo gesto de levantarse pero de repente le dio la impresión de que se iba a desmayar y volvió a tumbarse, luego se aferró al catre y se incorporó hasta quedarse sentado, cruzó las piernas y mantuvo la espalda recta, con el cuello envarado, todo lo erguido que podía. Se mareaba. Tenía la cabeza mareada. Le faltaba el aliento, se sentía constreñido, como si se asfixiara, jadeó; la caja torácica otra vez, los pulmones. El tipo se había puesto a hablar, pero Sammy no le escuchaba, joder, no podía oírle, lo que decía le sonaba como un caos de ruido, un galimatías, un puto galimatías

le estaba pasando, le estaba pasando a él, oh, dios, tío, le estaba pasando, y empezó a respirar hondo, los hombros oscilaban, no podía pararlos, sentía que le arañaban la barbilla, el cuello, que le clavaban uñas, como si tuviera bichos por debajo de la piel, que le arañaban la cara alrededor de los pómulos, que estiraban de la carne por debajo de las cuencas de los ojos, vale, vale, la respiración, concéntrate en la respiración, sólo en la respiración, desenróscate los ojos y sácatelo de dentro, sácatelo

la voz del tipo

Sí, estoy bien, estoy bien.

Fui a un pedazo de concierto hará un par de semanas, en Edimburgo, con mi novia. Genial...

Sammy se retorció para quitarse la almohada de debajo, la apretujó y se la

volvió a poner debajo, junto a la parte inferior de la columna. Cruzó los brazos y se sentó con los hombros encorvados, rígidos; se quedó así sentado un rato. Pese a todo podría haberle pegado. Al puto cabrón del catre, a ése de ahí delante, a ese cabronazo. A cualquier cabrón que se le acercara, a cualquiera. Se retorció para secarse la nariz con la muñeca izquierda, sintió la humedad que le caía por la barbilla; saliva: había estado babeando, babeando como un bebé. Vale.

Bueno, tú mismo lo dijiste, lealtades cambiantes, pero a lo mejor se enrollará.

Un suspiro. El sonido de un encendedor.

Dame uno.

Ten... A Sammy le pusieron un cigarrillo en la boca. Probablemente era él, joder, pero aceptó el fuego. ¿Qué importaba?, no importaba nada. Dio una calada honda, exhaló despacio. La cabeza le dio vueltas.

Siguió el silencio. Estaban hablando muy lejos de él, pero él captaba palabras sueltas. Qué más daba; si ellos no quisieran que escuchara no le habrían dejado escuchar. Hizo caer la ceniza con unos golpecitos en su mano izquierda, dio otra calada, larga, aspirando a fondo el humo. Un canuto no habría estado mal; eh, tío, ¿no tendrás un poco de maría por ahí? Me pasé toda la noche encerrado y tengo la cabeza un poco... Sammy sonrió un momento.

Oyó un tintineo. Alguien se le acercaba. Ten, una taza de té. Te la dejo al lado del pie.

Estiró la mano hacia abajo. Estaba torpe. Se puso el cigarrillo en la boca y lo intentó de nuevo, evitando que el humo se le metiera en los ojos. El té estaba tibio y dulzón de cojones. Una vez leyó un cuento sobre un judío y un negro que se encontraban en un café de Nueva York y tomaban café, los dos estaban sin un céntimo, y se dieron cuenta de que el otro estaba pelado y llevaba mucho tiempo así porque los dos se servían tres veces azúcar y nata. Menuda mierda. Se tragó la mitad del té y dejó la taza en el suelo, se recostó en la silla y dejó caer la cabeza hacia atrás hasta que casi le tocaba la columna, de forma que el cuello le quedó completamente al descubierto,

expuesto.

Charlie sabría cuidarse solo. Sabía que Sammy era un cabronazo inútil así que no había problema, era cuestión de

sacárselo de dentro. ¿Cómo te lo sacas? Sammy se había olvidado. Ni siquiera parecía que lo hubiera sabido hacer nunca. ¡Cómo coño se lo cuentas a los cabrones! A lo mejor, si al menos empezaran con la tortura, la de verdad, ésa que te lleva a un punto en que no tienes ninguna otra opción. Quién sabe cómo reaccionarás. El resumen es que si ellos lo quieren de verdad, lo consiguen. Lo que quisieran, todo dependía, dependía sólo de lo mucho que lo quisieran, eso primero, y de cuánta prisa tuvieran.

No lo he visto desde hace años, murmuró.

¿Qué has dicho?

Sammy se echó hacia delante, inhaló y exhaló. Si lo vi el viernes, sería la primera vez desde hacía años.

¿Seguro?

Eso lo había dicho el sargento. Sammy se encogió de hombros, volvió la cabeza hacia la voz, se metió el pitillo entre los labios y buscó el té. Le temblaban las manos, ¿y qué? Mantuvo la cabeza gacha. Luego frunció el ceño: me parece que recuerdo una conversación sobre orquestas de jazz...

Ya, sí, Sammy, no seas gilipollas.

No, lo siento, yo sólo

Ya, vale. Pero, una cosa, la última vez que viste a Charlie, ¿para qué quedasteis?

...

Hace diez años, cuando quedaste. Por entonces llevabas el pelo largo.

Eh...

¡Eh...! El tipo se rió. Eso es Sammy, estamos hablando de hace diez años, cuando te encontraste con él en Londres... ¿para qué fue?

Para nada.

¿Estás diciendo que simplemente tropezaste con él por la calle? Concretamente Theobalds Road, si no recuerdo mal, ¿eso no queda en Holborn?

El inglés dijo: en Holborn, sí. A las seis y media de la mañana. Tú

trabajabas en Clapham Junction ¿no?, pero ¿dónde vivías?, ¿eh?

No me acuerdo.

En el norte, en el sur, en el este, en el oeste de Londres, ¿dónde?, ¿en qué zona?

En el norte.

¿Ah sí? Bonita zona. Vives en el norte de Londres, trabajas en Clapham Junction y por casualidad te encuentras con el señor Barr... ¡en Theobalds Road! A las seis y media de la mañana.

...

Sammy, acabamos de encontrar una fotografía, tú con Charlie; tú tienes muy buen aspecto, como te he dicho, llevas el pelo largo, es una pena que no puedas verla. Aquí la tengo, justo delante de mí.

Sammy sonrió.

¿Te acuerdas de la cita?

Ése es un retazo claro, sargento, estoy seguro de que se acordará.

Yo iba de camino al trabajo, dijo Sammy, desayunamos juntos.

Un desayuno de trabajo, para unos hombres ocupado como ellos.

Oh, bueno, ya conocéis a Charlie, siempre en danza, quiero decir que ya lo sabéis, seguro; ¿qué queréis que os diga?

Así que os encontrasteis por casualidad, ¿es eso lo que nos estás diciendo? Él llegó de Glasgow a hacer una visita y tú vivías allí y ¿os encontráis por casualidad? Vaya coincidencia.

Sammy sonrió.

Sammy, cuanto más nos fijamos en ti más cosas descubrimos.

Vaya.

Ya no eres un cabo suelto, te han convertido en una complicación añadida.

Eso es. Me he pasado siete años... Sammy se interrumpió, se agachó y tiró lo que quedaba del pitillo dentro de la taza de té; chisporroteó.

Dios, ¡está ensuciando la vajilla!

Te has pasado siete años... ¿qué más?

Nada más.

Oh, sí, hay algo más, siete años de la vida de un hombre, yo diría que hay

algo más.

Mira, si sabéis, sabéis, es todo lo que puedo decir, esto no tiene sentido.

No te alteres, Sammy.

No me altero.

Estás un poco resentido, y es comprensible; un hombre como Charlie Barr está fuera, mientras tú, mira, siete años dentro.

¿De qué estás hablando?

Un chaval como tú, que acabas de cabeza de turco.

Ya sabes por qué coño me enchironaron. ¿Qué vas a hacer?, ¿reabrir el caso?

No me estás escuchando.

...

Atiéndeme, no estás escuchando.

Sammy hizo una pausa y luego dijo: Charlie había bajado a Londres para una reunión. Ya sabéis que estaba allí para eso. Por entonces él era un sindicalista de trabajadores del comercio. Fue un año antes de que me pringaran. Y no, no fue hace diez sino once años. ¿Vale?

Bueno, eso nos ayuda a afinar las fechas, Sammy.

Bien.

Mira, sabemos que no estás implicado, pero es por esas curiosas coincidencias. Toma...

Movimiento cerca y algo le rozó la boca.

Es un cigarrillo Sammy.

Le dieron fuego.

Mira, a todas luces, no se trata de coincidencias. No estamos diciendo que haya una conspiración en marcha; pero tampoco son coincidencias, Sammy, ¿vale? Y lo que dice mi colega tiene sentido; es algo que merece la pena estudiar. Estás metido en un lío y, básicamente, no es por culpa tuya, simplemente estabas en el sitio equivocado en el momento equivocado. Tienes mala suerte. Pero eso tampoco es culpa tuya. El tiempo es importante para nosotros; tanto como para ti. Quiero decir que nosotros no vamos a acabar en chirona —éste es nuestro trabajo—, pero tú sí; hacia ahí te encaminas. En realidad, ¡ya estás dentro!

...

Quiero decir que podemos retenerte aquí para siempre si queremos. Y si te retenemos aquí sabemos que no pasará nada, mientras que si te soltamos... ¿quién sabe?, nosotros, no. Quiero decir que lo que más nos conviene es retenerte.

Sammy se quitó el cigarrillo de la boca.

Ya me entiendes. Piensa en nuestros otros colegas; quieren retenerte en cualquier caso; por lo de tu novia; quieren retenerte ¡hasta que aparezca! Así es. Más vale que te lo creas. Es muy complicado, Sammy, es un asunto complicado de cojones. Pasó lo mismo cuando estabas dentro, lo de aquel tipo que murió en tu celda, ¿te acuerdas?

No murió en la celda, lo metieron allí muerto, joder.

Ésa es una afirmación muy grave.

Ciertamente es muy grave, dijo el inglés.

Sammy apartó la cabeza, alejándola de ellos, dio una calada larga al cigarrillo, no fuera a ser la última. Oyó unos murmullos a su espalda. Putos gilipollas, se creen que son alguien, se lo tienen muy creído. Déjalos que vayan a la suya. Es lo único que tienes que hacer. Y no los cabrees, joder, tío, no los cabrees. Fuisteis vosotros los que lo matasteis, dijo.

...

Vosotros no, dijo, no digo que fuerais vosotros en persona, sino los de allá abajo. Ya sabéis.

No tenemos ni idea de a qué te refieres.

Siento haberlo dicho.

...

Lo he dicho porque estaba alterado, como aquel tipo: era inofensivo.

No hay nadie inofensivo, Sammy.

Algunos tipos sí.

Pues entonces será que no he conocido a ninguno.

Sammy exhaló el humo, se rascó la oreja derecha. La gente hace cosas, dijo, no quieren hacerlas, pero las hacen.

Estás hablando de un homicidio.

Estoy hablando de cuando me dejasteis ciego, de eso estoy hablando,

coño.

Al cabo de un rato el sargento dijo: acaba de ocurrírseme, Sammy... Tú eres un tipo bastante ansioso, ¿no?, ¿eh? A ver, no te lo tomes como algo personal, pero te angustias con facilidad, ¿no? No es nada de lo que avergonzarse; a lo mejor puedes conseguir ayuda para tratarlo.

...

No me sorprendería que fueras propenso a los ataques de pánico, ¿lo eres?, ¿te entran ataques de pánico?, ¿eh? Mira, me acuerdo de un amigo mío de la escuela, tenía un asma muy fuerte, no podía jugar con los demás, el chaval daba pena. Y tenía ataques de pánico. Lo digo en serio, los tenía a todas horas. Yo le decía: eh, tranquilízate, cálmate.

Eso es verdad, dijo el inglés; uno lo ve en gente que sufre discapacidades sensoriales. A menudo, cuando los examinan los médicos descubren que tienen un historial de ansiedad. Y a veces son propensos a otras cosas también. Por ejemplo, si no te parece mal que saque el tema, piensa en las tonterías de la semana pasada, la supuesta gresca, donde era evidente que tú buscabas que te dieran una paliza.

Sammy sonrió; negó con la cabeza.

Bueno, lo buscabas, no puedes negarlo, ¿verdad que no?, ¿eh? No puedes negarlo, vamos, no con las pruebas que hay.

...

Querías pelear porque sabías que perderías, y perderías de verdad.

Sammy se removió en la silla y se retorció para rascarse debajo de la barbilla. Ojalá pudiera ver a aquel cabrón; a los dos; tenían la costumbre de moverse a su alrededor, no siempre sabías desde dónde te hablaban. Le gustaría poder verlos, sólo verlos. Habría estado bien, tío, le habría gustado, ya me entiendes, habría estado bien ver a esos putos cabrones roñosos, esos supuestos tipos duros. Estaba tenso; tenía que destensarse; sentía la necesidad de cruzar los brazos. Pero no puedes cruzarlos, joder, ¿sabes?, no puedes cruzarlos, tío, no puedes relajarte; vale, esos cabrones, ya sabes de qué hablo, le gustaría haberlos visto, haber visto a esos tipos duros de los cojones, supuestos tipos duros, que cazan en jaurías; te dio por reír, tenías que parar. ¡Le entraron ganas de saltar de la silla!, también tuvo que reprimirlas;

relájate, controla esos impulsos; eran tres, como poco, a no ser que hubiera vuelto el tipo del ordenador, lo que hacía cuatro, al menos; por dios bendito, ¡eh!, Sammy sonrió, controló, cambió de postura en la silla. Tenía ganas de cagar, pero le daba cosa pedarse, no fuera a irse del todo; vale, vale... Los hombros, tío, sólo los hombros, cerró los párpados y los relajó, se obligó a relajarlos. Entonces le agarró una mano y se irguió sobresaltado; el izquierdo, la mano le aferraba el hombro izquierdo. Era el sargento. Habló con voz tranquilizadora:

Quiero que pases una información; quiero que se la hagas llegar a ese viejo amigo tuyo. ¿Me estás escuchando, Sammy? Quiero que le digas que se ande con cuidado en la oscuridad. Dile eso.

No creo que le esté escuchando, sargento.

Sí me escucha, sí, ¿verdad?, ¿eh? Dile sólo que la oscuridad se le va a poner difícil. Si ahora no le da miedo, tiene buenas razones para que se lo dé en el futuro. Ése es el mensaje.

...

¿Se lo dirás, Sammy?, ¿eh, se lo dirás? Mira, es importante. Es por su propio bien. La gente cree que jugamos por jugar. Eso nunca deja de sorprenderme. Dile que ya es un poco tarde para seguir con jueguecitos. Y además, ya es demasiado mayor. ¿Eh?, ¿se lo dirás? Si es que lo ves.

...

Si es que lo ves, Sammy.

Después de eso se marcharon. Él se quedó sentado en la silla durante otros veinte minutos, como poco. Entonces otros lo cogieron y lo llevaron de vuelta a la celda, le quitaron las esposas. Al instante, la puerta se cerró, él se bajó los pantalones y se sentó en la taza. Salió de todo, las tripas también y todo lo demás, todo. Se quedó seco, exhausto, estaba muerto, se arrastró hasta el catre; iba a dormir, qué alivio, lo sabía, lo supo en cuanto cerró los ojos, esta vez sí, dios.

El otro catre había sido desmontado. Quién sabe dónde andaría aquel tipo, por cualquier parte, no le habrían soltado un domingo por la tarde.

A Sammy le tocaría mañana por la mañana. A lo mejor. Quién sabe lo que tendrían pensado hacerle.

Esta vez estaba jodido. Bien jodido. Lo sabía. No tenía por qué engañarse. Y no podía hacer nada, joder. Nada de nada.

Tendría que tomárselo como viniera. No podía hacer otra cosa. Esta vez estaba jodido. No podía enfrentarse a nada. Todo dependía de ellos. Harían lo que quisieran. Fin de la historia.

Menuda forma de vivir. No sabes

no sabes cómo van estas cosas. Y entonces pasan. Joder, no puedes hacer nada; más vale que te acuestes.

Sammy subió las mantas hasta taparse la cara, arrastró las rodillas y se acurrucó debajo. Te mueres. Quieren que te mueras y te mueres; el corazón se te para; qué coño importa; estas cosas no importan. La vida sigue, la demás gente sigue viviendo; piensas en ellos continuando con sus vidas, los observas: hormigas, cucarachas, merodeando por todas partes; a quién coño le importa, a la mierda; no quieres, joder, no quieres mirarlos, sólo

sólo quieres quitarte de en medio; quieres irte; quién quiere ver a los demás; piensa que si hubieras sido ciego desde el principio, si hubiera sido congénito, ni siquiera sabrías qué pinta tienen, no lo sabrías, sólo conocerías tu propio mundo; sólo quieres irte de ahí, si pudieras irte, salir a la calle, quitarte de en medio y pirarte lejos.

Sammy se estaba ahogando. No podía sacar la cabeza; no tenía fuerza. No le entraba aire por la nariz, no podía hacer que entrara. Tuvo que esforzarse para sacar la cabeza de debajo de las mantas, respiró profundamente.

Más tarde entraron con la cena. Debía de haberse adormilado. Carne de cerdo en conserva y puré de patatas, guisantes, una rebanada de pan de molde y una taza de té. No tenía hambre pero se lo comió todo y cuando acabó el té se tumbó. Se puso boca abajo. A la mejor no debería haber comido, sentía pesado el vientre. Seguramente sería mejor que se levantara y bajara la cena andando; no se molestó, no le apetecía moverse. Un problema eran los pantalones, seguían tirados en el suelo, y eran los buenos. Menudo idiota, mira que ponerse ésos en lugar de los vaqueros. Simplemente, no se le ocurrió en el momento. Ahora estarían arrugados. No tenía ganas de levantarse para doblarlos bien.

Al menos podía acostarse boca abajo. Había estirado los brazos y los

tenía debajo de la almohada, con la cabeza de lado; no se estaba mal así, era bastante cómodo porque le aliviaba la espalda. Vale, tendría que andarse con más cuidado en el futuro, en el futuro previsible; era cuestión de controlar, de hacer cuanto podías. A lo mejor, más tarde se levantaba y hacía un par de ejercicios. Sólo recorrer la celda de punta a punta ya era mejor que nada. Pero los ejercicios eran lo importante. Si recuperas el ritmo luego lo sigues ya sin pensar. Podía hacer ejercicio hasta quedar reventado, luego derrumbarse y dormir. Si no podía dormir entonces haría más ejercicios; o una paja. Cuando se despertara tendría copos de maíz y hasta luego, colegas. Eso si es que lo soltaban. Pero sí, lo soltarían, era lo que le habían dado a entender, más o menos. La putada era cómo iba a volver a casa. Ésa era la verdadera putada. Porque no tenía el bastón ni tampoco pasta, tío, estaba pelado, jodido, como siempre. Ni siquiera sabía dónde estaba. Dios bendito. Suponía que estaba en Hardie Street, pero a lo mejor lo habían llevado a otro sitio. Mierda.

Si volvía a casa mañana por la mañana, por la noche iría a tomarse unas jarras. A Glancy's. Necesitaba conversar; alguien con quien hablar, algún conocido. Y si acababa borracho, daba igual, volvería en taxi a casa. Una de las cosas buenas de que te detuvieran es que ahorrabas pasta. Pues muy bien.

Una voz a lo lejos. Aguzó el oído, pero no pudo entender qué decía. Parecía moverse en círculos, subiendo y bajando la escala. Era curioso que cada persona tuviera su propia voz, todos y cada uno de los individuos del mundo, todos, cuantos habían existido. Si había dios debía de ser un hombre. A no ser que fuera una mujer. Sammy se rió un momento. ¿Estás ahí?, preguntó, pero no a dios sino por la remota posibilidad de que le hubiera oído reír algún carcelero y pensara que se había vuelto loco o algo así; esos cabronazos; se inventan sus informes. Dios, tenía la misma extraña sensación que le asaltaba antes de acostarse, como si fuera a ser su última noche cuerdo, como si fuera a despertarse loco por la mañana. Fue la primera vez que lo metieron en el trullo. Me cago en dios, sólo tenía veinte años. No imaginabas lo que se te venía encima. Puta mierda, tío, menuda pesadilla. No te gusta pensar en eso. Pero tienes que hacerlo. Tienes que contárselo a la gente. Sammy lo había decidido hacía un tiempo, por su hijo, se lo contaría; cuando fuera mayor, todavía no porque era demasiado pequeño. Nada de secretos. Le

contaría qué había pasado. Porque veías a tipos que enloquecían. Hablabas con ellos y te parecía que todo era normal y luego te dabas cuenta de que no. Pero tenías que descubrirlo tú sólo, nadie te avisaba nunca. Detalles como sus ojos, les mirabas a los ojos, que se movían de un lado a otro, parpadeaban; o no te miraban en ningún momento o te sondeaban, se te clavaban, joder, ya me entiendes, no oían ni palabra de lo que les decías sino que te clavaban la mirada hasta el fondo del cerebro para ver lo que estabas diciendo en realidad, como si las palabras que pronunciabas fueran una tapadera de otras. Como si fueras un espíritu maligno disfrazado o como si tu cuerpo fuera sólo un almacén exterior sin nada por dentro. Pero ya te digo, era un manicomio, uno de cada dos tipos que conocías se había venido abajo; ni siquiera podías hablar con ellos; empiezan a gritarte y a chillarte, te miran, te clavan la mirada, intentan joderte. Es peor que una pesadilla porque pasa de verdad, está a tu alrededor, por todas partes, y no te deja ver nada más. Allá donde mires. Dios, por eso necesitas planes de supervivencia. No hay más.

Además, nunca puedes predecir por dónde te van a salir, los pasmas, me refiero. Así que tenía que andarse con cuidado. Así que a la mierda la bebida, no era momento, no era momento, tenía que estar en pleno uso de sus facultades. El poco o mucho cerebro que tuviera tendría que utilizarlo. Nada de cagarla. Las cosas que controlas y las que no. Tienes que estar atento a todos los detalles. Nada de sorpresitas. Nada de esperar que suene la flauta sin tocarla. Concentración total. Y nada de intentar ver a Charlie. Lo había pensado, pero no tenía sentido. Charlie no podía ayudarlo, y él no podía ayudar a Charlie. El recado se lo había dado el sargento a Sammy. Y a Sammy iba dirigido. Eso estaba claro. Mola saber dónde estás. Si es que los pasmas se enrollan lo bastante como para dejártelo claro, no sé si me entiendes.

Además no quería que Charlie se enterara. Esto no tenía nada que ver con él. No era asunto suyo, joder. Que le den. Que les den a todos. Que le den también a la cabrona de Helen, tío, si era eso lo que ella quería. A todos, a la mierda, que les den a todos.

Mantén la cabeza clara. Si te dejan. Esa estúpida voz seguía zumbando, era como la locución en los altavoces de las carreras, una voz distorsionada,

ralentizada. Por alguna razón le hizo pensar en su viejo; se había vuelto un poco raro antes de morir. Volvía a casa cuando debería haber ido a otro sitio. Entraba y empezaba a hablar como si fuera joven otra vez, preguntando dónde estaba una de sus hermanas. Ella se había ido a Estados Unidos, y allí seguía, y llevaba allí treinta putos años. Pobre tío; te hubiera gustado estar allí para echar una mano pero a la vez te alegrabas de no estar. Su madre no sabía llevarlo bien y su hermana y el hermano pequeño tenían que encargarse del viejo. Cuando Sammy volvió a casa para el funeral todo estaba controlado. Obviamente, todo estaba controlado. Y no tenía motivos para sentirse excluido. Pero así se sintió. La madre y el padre de Charlie estaban allí; él y el viejo de Sammy eran colegas. No fue un servicio religioso, pero estuvo bien. Estuvo bien oír a los demás hablando de él, de cómo era cuando andaba por ahí, cuando estaba con gente, gente normal, sus amigos y todo eso, sus camaradas. Y también te producía una sensación rara saber que había toda esa gente ahí, sentada detrás de ti, escuchando esas historias privadas. Dios, menos mal que pudo irse. Joder, cuando el autobús dejó atrás la estación de Buchanan Street, menudo alivio. No te gusta reconocerlo, dios. Además, se había cabreado. En casa, cuando la gente volvió del servicio funerario. Empezó a darle la vara a alguien. A un gilipollas que creía que sabía cosas de las que no tenía ni idea. De esas historias que te entran por una oreja y te salen por otra. Así debería ser. Pero a veces estás demasiado tenso, demasiado no sé... y saltas. Fue una estupidez, intervenir fue una estupidez. Pero es lo que hay, te cabreas por nada; el corazón empieza a latirte rápido y te entran ganas de partirle la crisma al cabrón, al puto idiota que no para de largar sobre quién sabe qué coño, un montón de basura; de política, o eso dicen. ¿Cómo es posible? Incluso en el trullo, te tumbas en el catre, no quieres hablar con nadie, no quieres ver a nadie, joder, sólo quieres

y de repente estás furioso. Sientes rabia en tu puta cabeza. La sientes latir dentro. Así que los necesitas, tío, necesitas tus putos planes de supervivencia, joder; controlar la respiración, lo que sea, con tal de calmarte. Necesitas tranquilizarte, eso es lo que te hace falta, para que todo te entre por una oreja y te salga por la otra. Mantén la cabeza en su sitio, porque si no lo haces, te joderán. Está cantado.

Tenía que dormir. Tenía que dormir ya. Nada de dar vueltas en círculos. Trató de concentrarse: círculos; así cuando se despertara tendría una vaga idea de cuánto tiempo había pasado antes de dormirse, círculos. Pruebas esos trucos, cualquier cosa, lo que sea. No funcionan. Ni siquiera sabes si funcionan o no porque siempre te has olvidado de ellos cuando te despiertas por la mañana. Y así vuelve a perderse en sus pensamientos, y piensa en todo: en su ex mujer, en su hermano y en su hermana, en los curros que ha tenido y en los tipos que conoce. Cuando los pasmas vinieron a buscarle, tuvo la sensación de que no había cerrado los ojos, pero había dormido toda la noche, entera. No quisieron dejarle tiempo para prepararse, querían arrancarle de la puta cama, tal como estaba, desnudo, y vestirle. Está bien, colega, puedo hacerlo solo. Tenían prisa; a la mierda tú y tu desayuno; iban a llevarle en coche. Eres un puto pez gordo, murmuró uno de ellos, o eso nos han dicho. Y luego añade: vamos, acerca las manos.

A la mierda, dijo Sammy, eran las putas esposas. No me jodas colega.

Cállate.

Creía que iba a salir.

Cállate. Vas a salir pero luego volverás.

Dios.

Sí, te has quedado dormido, y no queremos que llegues tarde a tu cita.

¿Me he quedado dormido?

¿No sabes qué hora es?

A esas alturas ya estaba fuera de la celda y lo llevaban por un pasillo allá donde fuera que lo llevaran; habían dejado de hablar, a cada lado, un pasma le aferraba por el antebrazo y también más arriba; todavía se tambaleaba, intentando que fueran más despacio; doblaron una esquina, pasaron por dos puertas, subieron unas escaleras... y supo que iban a alguna parte y ya habían llegado. Un paso cada vez, dijo, dios, id más despacio. Llegaron arriba y siguieron adelante. Todo era ridículo. Entonces se encontró dentro de un furgón. Un pasma le empujó para que se sentara. En cuanto todos estuvieron dentro, el vehículo se puso en marcha y la puerta se cerró de golpe. Nadie hablaba. Él levantó los brazos y su codo izquierdo golpeó a uno de ellos, pero no dijo nada, no dio ninguna pista. Sammy se había retorcido para rascarse

debajo del cuello y se tocó la barba incipiente con los dedos. Tenía ganas de hablar, pero se reprimió.

Cuando el furgón se detuvo, el que estaba a su lado cogió las esposas, las abrió y se las quitó. El pasma a su izquierda dijo: ahora escúchame con atención, vas a entrar ahí y vas a ir solo. ¿Entiendes?, ¿me has oído?

Te he oído.

Ni se te ocurra joderla, porque estaremos esperando, ¿vale?, ¿eh?

Te he oído.

Me has oído. Muy bien. Ahora, largo.

Sammy aspiró. ¿Dónde está el sitio?

Allí.

...

Baja, sigue recto y luego a tu izquierda.

Sammy asintió.

Acuérdate de lo que te he dicho.

Sammy bajó y empezó a andar, con las manos extendidas por delante, buscando la pared; luego giró a su izquierda y siguió hasta que encontró el pasaje de entrada. Tenía escaleras delante de él, y luego a mitad de camino oyó pasos a su espalda; aquellos cabrones probablemente le seguían. Putos cabrones. Gilipollas. Vale. No le habría venido mal un cigarrillo. Debería haberles pedido uno. No, no debería.

La misma mujer en la mesa de recepción: la señora de acento cantarín; le dio la información. Siéntese, por favor, dijo ella.

¿Qué hora es?

Las diez y cuarto.

Dios, susurró.

Fue a buscar una silla. Que lo arreglen ellos, era su puto problema por haberle traído con media hora de adelanto. No tenía que preocuparse por eso. A lo mejor se hartaban de esperar y se largaban. Sólo era una esperanza. Él no iba a ir a ningún sitio. Cruzó los brazos. Qué le vamos a hacer. Suspiró.

Al cabo de un rato, le llegó el sonido del pecho de alguien que no estaba muy lejos; algún pobre desgraciado que se esforzaba por respirar; ah, ah, ah, ah, ah, ah... Luego el sonido de una garganta atascada, ah, ah, el gran gargajo

ahí dentro, gelatinoso, grisáceo y blanquecino.

*I got that dust pneumony, pneumony's in ma lungs
the dust penumony, pneumony's in ma lungs
and if it dont get better
I aint got long, got long 18*

Te entraron ganas de darle un vaso de agua, aunque sabías que no serviría de nada, pero aun así bebe: gracias, amigo, no te molestes.

La gente es muy educada; la atropella un coche y se levanta para disculparse; discúlpeme, eso dicen: discúlpeme; luego le dan una palmada al capó del coche y limpian la sangre con la manga de la chaqueta; lo siento, caballero, le he manchado la pintura. Pero puedes entenderlo, es una manera de salir adelante en el mundo; eso era lo que hacían, intentar no cabrear a los otros, y que no te cabreen. A la mierda los pasmas, no tiene sentido preocuparse por ellos, ellos seguían su propia agenda. Lo único que estaba claro como el cielo de primavera era que ellos sabían lo que se traían entre manos. Sammy, no. Así que, bueno, por ahí ningún problema. Cuando llegue la hora, te mueves. Tan simple como eso. No tiene sentido esperar que vaya a pasar nada bueno. Puedes pasarte la vida entera esperándolo. Si vas a quedarte sentado esperando, pues muy bien, adelante; pero será lo único que harás, ya me entiendes, la espera y la esperanza son lo mismo. Salas de espera. Entrás en una sala donde esperas. Tener esperanzas es lo mismo. Cualquier día de estos los cabrones construirán edificios enteros sólo para eso. Salas de esperanza oficiales, donde vas y te sientas con la esperanza que te dé la puta gana, de lo que quieras. Una sala de ésas en cada esquina. Claro que, bien mirado, ya las tienes: los baretos. Entrás en ellos con esperanzas y te venden un trago para ayudarte a pasar el tiempo. Mira a los tipos sentados en ellos. ¿Para qué están ahí? Tienen esperanza. Esperanza de algo. La tele es una mierda. Así que salen de casa con la esperanza de encontrar algo mejor. Me voy a tomar una pinta, cariño, volveré dentro de una hora. ¿Esperas que den fútbol? Sí. Espero que no tardes mucho. No tardaré, a no ser que me encuentre a alguien... ¡espero que no!

Sammy se rió y se tapó la boca con la mano. Así era el Arcadas, el bareto

del barrio que estaba al dar la vuelta, en la misma manzana en la que vivía, el local al que no pudo llegar el sábado por la tarde, lo llamaba el Arcadas porque era tan asqueroso que daba arcadas. En serio, tío, entrabas allí un jueves por la noche y veías a un tipo en la tragaperras y a la mitad de la clientela mirando, no era un sitio muy divertido. O todo lo contrario: peleas. Te estabas tomando tranquilamente una pinta y un tipo pasa a tu lado y dice, discúlpame un momento, colega, saca un cutter y le raja la cara al tío que estaba a tu lado. Mierda. Pero ¿en qué están pensando? Los ves allí: no leen el periódico, ni ven la tele, no hablan con nadie, sólo están allí. ¡Bebiendo!, eso es lo único que hacen, privar. Sammy tenía ganas de imitarles. A lo mejor si se lo pedía amablemente a los pasmas le llevarían a tomar una pinta y a zamparse un menú de pub, unas fritangas de pescado y patatas o lo que fuera, le habían entrado ganas de picar algo. Había aprendido una cosa: no tienes que tentar la suerte, pero se estaba dando cuenta de que podía pasar relativamente bien sin echar un trago; era el tabaco lo que le fastidiaba. Aunque últimamente era al contrario. Así que, bien visto, había entrado en una nueva etapa del cansino sendero de la vida. Debía de ser por eso por lo que sentía pinchazos en los pies. Se agachó para aflojarse los cordones de las deportivas; se las habría quitado si no hubiera tenido que volver a ponérselas luego. Un crujido en la silla a su lado: alguien se había sentado. Al cabo de nada un tipo murmuró: ¿te llamas Samuels?, ¿no?

...

Yo soy Ally, encantado. Encantado de conocerte. Supongo que buscas un representante legal, ¿no?

Sammy escuchó por si oía otros sonidos, otras voces; captó las de la zona de la recepción y las de otros pacientes...

¿Eh?, ¿necesitas un representante?

No.

¿Seguro? El tipo pareció sorprendido.

Estoy seguro colega, sí.

Vaya, creí que te había visto en la Oficina Pública de Subsidios Médicos el viernes, ¿no?

¿Cómo?

¿Qué medico te visita?, ¿Logan?

...

Me han dicho que es raro.

No, está bien.

Pues no es eso lo que yo he visto.

Sammy aspiró.

Por lo que sé, es un tocapelotas, un tipo difícil.

Me visitó hace unos meses.

¿Ah, sí? Umm. Creía que necesitarías un representante. ¿Estás ciego?, ¿no?

¿Quién te lo ha dicho?

Un pajarito.

¿Un pajarito con rabo?

Ja, ja, pero no creas que va a ser tan fácil, lo de tu caso, me refiero, al menos por lo que sé.

¿Y qué sabes?

El tipo se rió.

Mira, no necesito representante, muchas gracias; y vete a la mierda.

Entiendo tu reacción, no pasa nada. Mira, casos difíciles o fáciles, para mí todos son igual, yo te representaré, si quieres.

¿Eres sordo?

No, no lo soy, gracias por tu interés. Corrígeme si me equivoco, ibas a pedir una indemnización al departamento de policía pero te lo pensaste mejor, ¿no?

Sammy se puso de pie, se dio la vuelta hacia la recepción y avanzó a tientas hasta la mesa.

La mujer dijo: ¿Sí?

Soy Samuels, estoy esperando mi cita.

Sí, con el doctor Logan. Estoy al tanto, pero en este momento tiene una visita. Ya le avisaremos por su nombre.

Ah, muy bien, vale. Esperaré aquí mismo.

Me temo que no puede esperar ahí, la gente tiene que pasar.

Sammy se alejó un par de pasos, luego giró a la izquierda y encontró la

pared. Se apoyó en ella. Entonces me quedaré aquí, dijo, si le parece bien.

¿Cómo ha dicho?

Es que verá, la policía me está esperando fuera.

Me temo que eso no hará que el doctor acabe su consulta más rápido.

¿Me entiende?

...

Estoy esperando al señor Samuels... Era el gilipollas el que habló otra vez; estaba al lado de Sammy.

¿Es usted policía?

No.

Está estorbando en el pasillo. ¿Sería tan amable de apartarse?

Te está hablando a ti, dijo el tipo.

Está obstruyendo el paso, señor Samuels.

Ven, dijo el tipo, y puso la mano en la muñeca de Sammy: tres pasos y ya está.

Sammy se soltó de la mano.

¿No quieres que entre contigo a ver al médico?

No.

Te convendría.

Antes dijiste que no estabas sordo, colega, ¿es que no me entiendes?

Te entiendo perfectamente.

Iba a añadir algo, pero Sammy le interrumpió: mira, colega, lárgate.

Si insistes.

Insisto.

¿Tienes otro representante?

No necesito ninguno, ya te lo he dicho.

Ummm. Vale.

Mira, déjame en paz, ¿quieres?, con viento fresco. Sammy negó con la cabeza y se dio la vuelta. Le pareció que oía alejarse al tipo, pero no estaba seguro; cruzó los brazos, apoyó el hombro en la pared. Por fin la señora de acento cantarán le avisó: el doctor Logan le espera ahora, señor Samuels. Por favor, venga por aquí.

La mano del tipo volvió de repente a la muñeca de Sammy y cuando se la

quitó de encima, el tipo murmuró: Logan es un cabronazo peligroso, te hará polvo, pero estás ciego, no dejes que te convenza de otra cosa; estás en un estado físico totalmente nuevo y no ha sido culpa tuya sino, muy probablemente, de una persona o personas en nómina del departamento de policía. Mantente firme.

Sammy siguió andando. Entonces la mano que le cogió de la muñeca fue la de la Señora Cantarina. Gracias, señora, dijo, pero ella no respondió. Algunas de estas tías de clase media nunca responden. Te hablan y puedes contestarles, pero no puedes hablarles a no ser que se dirijan antes ellas a ti. Cuando la mujer se paró, él se detuvo también; ella llamó a la puerta. Él aguzó el oído para comprobar si el tipo le seguía. La puerta se abrió y le empujaron dentro. La puerta se cerró. Se quedó donde estaba.

Es aquí...

La voz le llegó de un punto indeterminado. Un murmullo. Entonces oyó ruido de papeles. Una tos. Eh, por aquí...

Sammy siguió inmóvil. El tipo seguramente habría dicho lo mismo aunque él llevara las gafas de sol y el bastón blanco. Más agitación de papeles. Podías imaginártelo estudiando a Sammy por encima de sus gafas de leer, con un ceño fruncido en su careto, pensando: ¿quién coño es este cabronazo con esta pinta?

Sammy sonrió. Pero, no sabía por qué, estaba nervioso. Era por ese gilipollas de fuera, el supuesto representante. Había conocido a otros como él. No quería ninguno; sería lo último.

¿Quiere sentarse aquí, por favor?

Lo siento, doctor, estoy ciego, no sé a dónde se refiere.

Dos pasos adelante y cinco a su derecha. El médico siguió hablando antes de que Sammy encontrara la silla. Usted es el señor Samuels, le enviaron a este registro para un periodo de prueba hará unos seis meses; esta mañana ha venido a quejarse de pérdida de visión en ambos ojos: ¿es así?

Sí... Sammy encontró la silla y se sentó. Adelantó el pie con fuerza y le dio un golpe a una mesa o puede que fuera un escritorio.

¿Y cómo dice que perdió la vista?, ¿sucedio a lo largo de un periodo de tiempo?, ¿o la perdió de repente?

Eh...

El médico suspiró. El informe que tengo delante es ambiguo.

Me desperté y me encontré así, sin ver nada. Se lo expliqué a la mujer en el Centro Médico.

Umm. ¿Y cuándo sucedió?

No estoy seguro.

¿No está seguro?

No.

Según lo que pone aquí, el inicio está ya determinado, el sábado de la semana anterior.

Eh

¿Ahora afirma otra cosa?

No estoy seguro.

¿No está seguro?

No me aclaro mucho con el tiempo, doctor.

...

Es que cuesta acostumbrarse a esto, no pienso con mucha claridad.

Ya veo. ¿Había sufrido algún tipo de problema de visión antes?

No.

¿De eso sí está seguro?

Sí; veía bien y de repente ya no veía.

¿Me está diciendo que nunca se ha revisado la vista para ponerse gafas?

No.

¿Lee?

Eh, sí.

Umm. ¿Y distingue bien la letra pequeña?

Ahora no.

Y cuando ve la tele, ¿le cuesta?

No.

¿Hay en su familia algún antecedente de ceguera? Padre, hermanos. Abuelos.

Mis padres llevaban gafas los dos.

¿Permanentemente?

Eh...

¿A todas horas?

No estoy seguro, creo que sí. Sí, siempre las llevaban. Mi hermana utilizaba gafas para leer. Y mi hermano no sé; hace tiempo que no lo veo.

Siguieron unos minutos de silencio. Más agitación de papeles y un cajón que se abrió y se cerró. Sammy oyó movimientos procedentes de donde estaba el médico. Entonces un repentino ruido, como de agua a presión, que le hizo sacudir la cabeza. Luego otra vez. También sacudió la cabeza; se agarró a los lados de la silla. La siguiente explosión fue mucho más cerca. Y hubo otra más, ahora al lado de su oído izquierdo. Entonces sintió una mano fría en la frente.

Sammy escuchó la respiración del médico, acompasada, sin la menor vacilación.

Intente relajarse, señor..., eh. No, por favor, mantenga los ojos abiertos a partir de ahora.

Más movimientos. Algo le tocó el lado de la cara, un material basto. Entonces sintió un golpecito junto a la sien izquierda y soltó un grito. Aspiró. Le había quitado la mano de la frente. El médico se alejó.

Usted es fumador. ¿Nos lo comunicó cuando solicitó entrar en nuestro registro?

Sí.

¿Cuántos cigarrillos fuma?, de media.

Eh, depende.

Aproximadamente.

Un paquete de media onza. A no ser que esté pelado, claro; si tengo dinero... Sammy se encogió de hombros.

¿Sabe que el tratamiento de algunas enfermedades y problemas de salud no sirve de nada si persiste en su adicción? Le recomiendo encarecidamente que lo deje. El tabaco es un asesino; no sólo lo mata a usted sino a otras personas. Y puede empeorar materialmente otras enfermedades y achaques. ¿Ha intentado dejarlo alguna vez?

Sí, unas cuantas veces.

Pero no lo consiguió.

No.

Ummm. Bien, señor.... eh, Samuels, con respecto a los estímulos visuales parece que no ha sido capaz de reaccionar a ellos.

...

¿Duerme por las noches?

Sí.

¿Con cuántas almohadas?

Eh, una.

¿Y siente la necesidad de tener una ventana abierta?

Eh, a veces.

¿Por el aire fresco?

Sí.

¿Tiene palpitaciones?

No.

¿Le duelen los tobillos o los hombros?

No.

¿Y el pecho?

Eh..., no, no mucho.

No parece tenerlo muy claro.

Bueno, esto, quiero decir que a veces tengo indigestiones.

¿En el pecho?

Sí.

¿Y qué le hace creer que es una indigestión?

Eh..., porque es como si tuviera acidez.

Umm. ¿Dolores de cabeza?

Eh, no.

¿Nunca?

No.

¿Nunca ha tenido dolor de cabeza?

No, nunca.

Llamativo. ¿Algún otro dolor?

...

¿Otros dolores?

Sammy cruzó los brazos. Sí, dijo, en la espalda y las costillas.

Pero ha dicho que no tenía dolores de pecho. Umm.

Sammy se levantó. Se quitó la chaqueta: creía que a lo mejor querría echarle un vistazo, doctor. Se sacó la camiseta de los pantalones y se la subió arrastrando también el jersey. Se dio la vuelta.

El médico se acercó: no se mueva. Palpó las costillas y la zona inferior de la espalda de Sammy. Luego dijo: métase la ropa.

Sammy lo hizo, se sentó, oyó que el médico escribía. Eh, me preguntaba si...

Diga.

¿Cree usted que esto es temporal?

¿El qué?

Lo de mis ojos.

¿Sus ojos?

Me refiero a lo de la ceguera, ¿cree que es temporal o qué?

Me temo que no puedo responder a esa pregunta. Pero le aconsejaría que se lo tome con paciencia. ¿Es propenso a trastornos nerviosos o psicológicos?

No.

¿Ansiedad?

No, nada.

¿Ataques de pánico?

Eh, no.

¿Entiende qué significa ataque de pánico?

Sammy aspiró. Lo entiendo, lo que no entiendo es por qué me lo pregunta.

¿Conoce al doctor Crozier?

...

Redactó un informe médico sobre usted hace unos nueve años. Le describe como propenso a la ansiedad, y añade que tiene tendencia a los ataques de pánico.

...

Tengo una copia del informe delante de mí. ¿No está de acuerdo con esta valoración médica?

No.

¿Ah no?

No. Bueno, no quiero decir que no esté de acuerdo, es que fue por las circunstancias, ya se lo conté a él entonces..., encontraron muerto a un tipo que conocía.

¿Está cuestionando la valoración del doctor Crozier?

No estoy cuestionando nada, sólo digo que fue una situación anormal.

Señor Samuels, debo advertirle que, por su propio bien, debe acomodarse a su realidad física. No debe dejarse llevar. Debe evitar el comportamiento obsesivo. Si se confirma que sufre una discapacidad sensorial, su cuerpo se esforzará por llevar a cabo procesos de compensación; una reacción que usted mismo debería estimular, no entorpecerla. Nadie es único. Por mi experiencia, las personas que sufren pérdida de visión acaban percibiendo los materiales físicos con tal perfecta exactitud que uno tiene la tentación de sugerir que ven con las manos, o que su bastón es un órgano de un sexto sentido; se les ve diferenciando sin problemas entre los árboles, las piedras y el agua. Usted no es religioso, ya lo he notado, pero otras personas sí lo son; observan tipos concretos de creencias; y algunos defienden –yo diría que convincentemente– que el peculiar sentido de la vista pertenece al alma. No es nada infrecuente encontrarse que cuando el alma se distrae por alguna razón, sea por el éxtasis o una profunda contemplación, el cuerpo entero queda privado de sensaciones, a pesar de mantenerse en contacto con diversos objetos del mundo material. Pero lo que cuenta aquí es que esa sensación no se debe a la presencia del alma en las partes que sirven como órganos sensoriales externos sino a su presencia real en el cerebro, donde utiliza una facultad sensorial rectora: una especie de coordinador central sería una forma de describirlo, si no fuera porque, de hacerlo así, podríamos abrir la vía para una negación de su ineluctable esencia. Le recomiendo que considere su situación actual como semi-permanente y avance a partir de ahí, tal vez ejercitando un mayor control emocional. Doy por supuesto que es receptor del Subsidio Comunitario, ¿es así?

...

¿Qué servicios cumple?

En este momento ninguno.

¿Cuándo fue la última vez que hizo algo?

Eh, octubre.

¿Octubre?

Para el City Building Project.

Ummm. ¿Y cuándo cree que volverá?

Eh...

¿Hay algún otro proyecto a la vista?

Sí, pero, quiero decir, si las cosas no cambian... Sammy se encogió de hombros.

¿Sí?

Bueno, voy a tener que inscribirme de nuevo. Uno tiene que poder ver para trabajar en una obra.

...

Muchas de las cosas que tienes que hacer son en las alturas, doctor, eh... no hay suelos, no hay paredes, ni techos. Estás construyéndolos..., todavía no están. Sammy se encogió de hombros. Si no ves tienes todos los números para caerte.

Ummm.

Por eso estoy aquí.

Sí, bueno, hasta que se redacten los informes generales señor Samuels...

Sammy aspiró. El médico estaba escribiendo. Se aclaró la garganta y dijo: eh, me estaba preguntando por los perros guías y los bastones... por si podía conseguirlos.

...

Eh, ¿cómo se consiguen?

¿Conseguirlos?

Eh, si..., si quieres un perro guía o un bastón, ¿qué hay que hacer?

Me temo que no le entiendo.

A ver, eh, si no tienes dinero, bueno, para comprarlos, me refiero, ¿no hay que ir a beneficencia o algo así?

Bueno, yo diría que si se presenta una petición con respecto a una discapacidad nueva se permite presentar una solicitud en referencia a las

necesidades de una persona que correspondan a la discapacidad hallada en el departamento de asistencia social correspondiente para que corra con los gastos.

Entonces ¿tengo que ir a una institución de beneficencia?

...

¿Eh?

¿Cómo ha dicho?

¿Tengo que ir a beneficencia? Quiero decir, eh, eso, ¿debo ir a beneficencia?

Eso depende de usted por entero.

Ya, pero

Puede acudir a beneficencia cuando quiera, señor Samuels.

Ya, pero me refiero a que...

El médico suspiró. Sammy se cogió las manos y las soltó. Oyó más ruidos de papeles. El médico dijo: le he recetado una medicación parecida a la que le prescribió el doctor Crozier; debería ayudarlo a aliviar su tensión; y también una pomada que puede aplicarse a las zonas altas del tronco. Aquí tiene.

Sammy extendió la mano y el otro le dio la receta.

Buenos días.

Sammy se levantó. Eh, doctor, y con lo de la ceguera, ¿qué pasa ahora?

¿En qué sentido?

A ver, eh, ¿qué hago?

Creía que eso dependía de usted señor Samuels.

No, lo que quiero decir es que..., me refiero a que...

...

¿Sabe a qué me refiero?

No estoy muy seguro. Los funcionarios médicos de la Oficina Pública de Subsidios Médicos querrán examinarle. Se trata de una formalidad. Por lo que se refiere al Centro Médico de la Seguridad Social yo diría que las autoridades pertinentes requerirán que se emita un juicio. Si la supuesta discapacidad se verifica, su petición de nueva inscripción con respecto a la ceguera se admitirá.

¿Eso quiere decir que mi petición de nueva inscripción no será admitida

ahora mismo?

Bueno ¿y cómo iba a serlo?

Ya, lo que me preguntaba es lo que iba a decir usted. El informe, esto, eh... Sammy aspiró.

Los papeles se agitaron. El médico volvía a escribir.

Mire, quería saber, esto, eh, no sé, me preguntaba por el futuro y esto, mis ojos...

He dicho que sería conveniente comportarse asumiendo que, de encontrarse la supuesta discapacidad...

Sí, perdone que le interrumpa, doctor, pero ¿cuando dice «supuesta»...?

¿Sí?

¿Quiere decir que no cree que esté ciego de verdad?

¿Cómo?

¿Está diciendo que no cree que esté ciego?

Por supuesto que no afirmo tal cosa.

Entonces, ¿qué quiere decir?

Ya se lo he explicado hace un momento.

¿Puede repetírmelo, por favor?

Con respecto a los estímulos visuales que se le presentaron usted pareció incapaz de reaccionar.

¿Y con eso está diciendo que estoy ciego?

No me corresponde a mí decirlo.

Ya, pero usted es médico.

Sí.

¿Y no puede dar su opinión?

Cualquiera puede darla.

Sí, pero que tenga relación con cuestiones médicas.

Señor Samuels, hay gente esperando visita.

¡Dios!

Su lenguaje es ofensivo.

No me diga. Entonces, que te den. ¡Vete a la mierda! Sammy arrugó la receta y se la tiró: ¡méteela por el puto culo!

Sí, buenos días.

¡Puto idiota! Sammy se quedó donde estaba. Empezó a esbozar una sonrisa, pero se contuvo. ¡Puto cabrón!

Sí, gracias.

Gracias a ti, cabrón de mierda. Sammy se agarró a la mesa; había papeles y los tiró por los aires; se dio la vuelta y se encaminó hacia donde creía que estaba la puerta, pero chocó con algo que se cayó y él se tambaleó, intentó recuperar el equilibrio pero no pudo, joder, y allá fue, chocó ruidosamente contra algo duro y afilado y gritó. La puerta se abrió, entró alguien y lo agarró del brazo. Sammy le dio un puñetazo a quienquiera que fuera y rodó por el suelo intentando escapar, se puso de rodillas y se levantó. Era el representante que dijo: tranquilo, soy yo. Represento a este hombre, doctor Logan.

¿Está usted...?

Sammy se alejaba de las voces.

Se suponía que yo debería haberle acompañado esta mañana, pero me entretuvieron en otro sitio; lamento los inconvenientes.

El médico iba a replicar, pero Sammy había encontrado por fin el pomo de la puerta; salió de la consulta y empezó a andar. Había una pared; la palpó a lo largo del mostrador de recepción, que era una vía directa hacia la salida. Cuando llegó y buscó a tientas la puerta, el representante lo había alcanzado: tranqui, dijo, soy yo.

Sammy no le hizo caso y salió al pasaje delantero. El tipo lo siguió; espera un momento, dijo.

No.

¿Puedo hablar contigo?

Hay gente esperándome.

No tardaré nada.

He dicho que me están esperando. Sammy siguió andando.

Eh, si te refieres a los polis, si hablas de ellos, se han largado.

...

De verdad. Se marcharon hace siglos.

No, no se han ido.

Claro que sí.

¿Cómo lo sabes?

Porque los vi.

Ya, pero volverán. ¿Qué hora es?

Las once y veinte. ¿Te dijeron que iban a esperar?

Sammy siguió hasta la puerta de salida a la calle. El representante se mantenía a su lado. Y ya puestos, ¿cómo te ha ido?

Cómo me ha ido ¿qué?

El médico.

A la puta mierda el médico.

Ya te avisé de que era difícil. Por eso me ofrecí a entrar contigo. Más vale que vayas acompañado en las visitas médicas.

Sammy salió del pasaje y giró a la izquierda.

¿Vas a coger un autobús?

Sammy se detuvo y se dio la vuelta. Mira, colega, muchas gracias y todo eso, pero no me hacen falta tus consejos; y tampoco necesito un representante; te han informado mal; no he venido a por una indemnización.

Vale, discúlpame, sólo te recordaré, con respeto, que puede que no hayas venido a reclamar una indemnización ahora, pero quieres reinscribirte así que es posible que cambies de opinión. A lo mejor no te queda más remedio. Y, aparte de eso, también intentas conseguir unas libras cuando se presente la ocasión. ¿Me equivoco?, ¿eh? Quiero decir que no tienes nada que perder.

Eres un puto cómico, colega, eso es lo que eres.

El tipo se rió.

Mira, esto...

Ally, me llamo Ally.

Sí, vale, muy bien; mira, crees que estás al loro pero no tienes ni idea; yo no voy de ese palo, es lo único que te digo.

Estás dejando que te intimiden.

Sammy negó con la cabeza.

Dejaste que Logan te intimidara, por eso perdiste los nervios. Él quería hacértelos perder, y tú los perdiste

Hasta luego.

A ver, ¿te ha hecho un diagnóstico? Apuesto a que ni siquiera tienes un

diagnóstico.

Sammy seguía andando.

Bueno, tampoco es ninguna catástrofe, quiero decir que habría sido un milagro que te lo diera. Pero ¿faltó mucho?, ¿qué te dijo?, ¿qué te dijo exactamente?, ¿lo anotaste? ¿Te dio una opinión médica?, ¿o sólo hizo una descripción?

Sammy no se paraba, avanzaba tocando la pared con la mano izquierda cada dos pasos. Seguramente los polis no se habían largado, ¿no? Seguramente estaban vigilándole desde otro sitio. A lo mejor desde la otra acera.

¿Cómo vas a ir a casa?, ¿eh? ¡Si no ves y ni siquiera tienes un bastón!

Sammy se detuvo y, a gritos, dijo: mira, tío, es mi puto problema cómo voy a volver a casa. Reanudó la marcha.

¿Y el volante médico?, ¿te lo dio? Porque si no te lo dio vas a tener problemas. Cuando vayas a beneficencia.

A la mierda la beneficencia.

Pues es importante.

Déjame en paz.

El tipo iba caminando a su lado. Escucha, dijo, no reclamas a la policía y eso es comprensible, no quieres que parezca que interpones una denuncia y lo entiendo. Estás preocupado por tu petición de Subsidio por Discapacidad y eso también se entiende porque puede dar lugar a los mismos problemas. Pero lo que te estoy diciendo es que no importa. A ellos tanto les da, ganar, perder o empatar. Tú no les preocupas. Por eso ellos no deberían preocuparte a ti. Aunque te sacaras unas cuantas libras a ellos ni les va ni les viene. Y además, si no haces nada, vas a perder pasta, porque en cuanto te den el diagnóstico y te inscriban como ciego, lo que harán será quitarte un par de libras de lo que cobran los desempleados capacitados.

Sammy se paró.

Pero eso ya lo sabías, ¿no?

¡Vete a la mierda!

¿No lo sabías? Pensaba que sí. Me sorprende que no lo supieras. Espera un momento y te explicaré cómo funciona. Eh, ¿te apetece una taza de té?

Hay un café a la vuelta de la esquina. ¿Qué me dices? Es por tu bien.

Mira, esto...

Ally.

Ally... Sammy se paró. Los polis van a volver y quiero estar aquí cuando vuelvan.

¿Quieres decir que van a venir a recogerte?

No quiero discutirlo contigo, ¿vale? No tengo fuerzas ni ganas, ¿me entiendes?; otro día, en otro momento; pero ahora no.

Bueno, no quiero presionarte. Ten.

¿Qué es?

Puso dos trozos de papel en la mano de Sammy. Uno es la receta, dijo, y el otro es el volante, conseguí que me lo firmara cuando te largaste.

Sammy los cogió y no dijo nada, luego se los metió en el bolsillo.

Mira, tal como yo veo tu situación...

Eh, a ver, Ally, te agradezco todo lo que dices y tal, pero ahora no, en otro momento sí, pero ahora no, es lo único que digo, ahora no. Gracias por pillarme todo esto.

No te preocupes. Pero escúchame, aunque sólo sea un minuto.

Sammy suspiró.

Hasta que vengan a por ti. Mira, tal como veo tu situación..., vale, los del departamento te dieron una paliza, que pudo estar justificada o no; alguien podría sostener que lo estuvo, de hecho eso es lo que afirmará la poli en cuanto consigamos que reconozcan que sucedió. La cuestión es que lo reconozcan. Y yo creo que sí, tardarán un poco, pero acabarán reconociéndolo.

¿Seguro?

¿Lo sabías?

Sí.

Bien. Porque mucha gente se sorprende. Una pregunta: cuando te dieron la paliza, ¿te quedaste ciego al momento?

No.

¿Y las autoridades tienen constancia de eso?, quiero decir que si lo anotaron en algún informe. Si no tienen constancia lo único que saben de

hecho es que estás ciego. Y eso te conviene. Mira, si no te quedaste ciego hasta dos días después te será más difícil demostrar la causa. Pero si no lo saben, no importa. Dicho sea de paso, ¿cuál es el periodo de incubación de la ceguera?, mira, si descubrimos que tarda un par de días en desarrollarse, entonces no pasa nada, pero si resulta que se da inmediatamente como consecuencia del golpe o los golpes, entonces podríamos tener problemas. No te preocupes porque eso ya lo comprobaré. Tengo un par de libros de medicina en casa, y otras fuentes.

¿A quién?

Si te lo dijera hablaría demasiado.

Sammy negó con la cabeza.

No te fías de mí, ¿eh?

No me fío de nadie.

Vaya, pues eso puede ser un problema, te lo digo yo.

Sammy había levantado la mano; sonrió. Vale, colega, sin rencor. Mantuvo la mano en alto como si se la ofreciera para estrechársela. Cuando Ally se la cogió, Sammy lo agarró y lo retuvo. No hizo demasiada fuerza, no quería hacerle daño al tipo. Muy bien, dijo, ahora escúchame: no tienes ni idea. Crees que sabes de qué estás hablando, pero no tienes ni idea. Aquí está pasando algo más. No es asunto tuyo y no voy a contártelo. Pero sí te digo que no es lo que imaginas. Así que déjalo de una vez, ¿vale?

...

¿Vale?

No, no vale. No cuando me tienes agarrado así.

Sólo quiero que escuches de una puta vez lo que te digo.

Muy bien, escucho.

Eres un representante, muy bien, me lo creo. Antes no me lo creía pero ahora sí. Pensaba que eras un poli de paisano. Lo siento. Ahora ya no lo pienso. Muy bien. Lo que pasa es que aquí hay historias de las que tú no sabes nada; y que no te conciernen; ¿me entiendes? No tienen nada que ver contigo.

Ponme a prueba.

No me escuchas. Sammy apretó con más fuerza y Ally intentó soltar la

mano, puso su otra mano en la muñeca de Sammy y tiró. Sammy se quitó esa mano de encima, tuvo que hacer fuerza, pero lo consiguió, y mantuvo la otra apretada.

No me lo puedo creer, dijo Ally, es ridículo.

No, para mí no lo es.

Pues hay gente mirando y creo que a ellos también les parece ridículo.

Y a mí qué coño me importa que mire la gente, no me jodas. Sammy sonrió con malicia. Entonces soltó al otro. Se frotó las manos, se las metió en los bolsillos de los pantalones y se apartó despacio; llegó a la pared y se apoyó en ella. Se quedó escuchando. No se oía mucho tráfico. Al cabo de un rato preguntó: ¿estás ahí?

Sí.

Mira, esto, lo siento y tal, mis disculpas. Es que las cosas son difíciles en este momento.

Ya, bueno.

Sammy se encogió de hombros. Mira, estoy bien jodido, lo digo en serio.

No hace falta que me lo digas.

Creía que ya lo había hecho.

Pues no.

Sammy sonrió. Eh, ¿no tendrás un pitillo?

No, lo siento.

Mira, entras demasiado fuerte, ¿me entiendes?

...

Entras demasiado fuerte.

Me gusta poner todas las cartas sobre la mesa. ¿Estás seguro de que la poli va a volver?

Sammy se mordió el borde de la uña del pulgar derecho.

¿Eh?

¿Qué?

¿Estás seguro de que va a volver la poli?

Mira, colega, ¿podrías subirme a un autobús?, ¿es posible? Te devolveré la pasta. Ya ves, he salido sin el bastón.

Vamos, tomaremos una taza de té, ¿qué me dices?

No tengo tiempo.

¿Para una taza de té? ¡Para una taza de té!

¿No sería mejor una pinta? Es una broma.

Lo que pasa es que yo no bebo, no, pero no tengo nada en contra de que otra gente beba; no es algo moral, no, en realidad no.

Sammy suspiró. Lo decía de broma, ni siquiera me apetece una pinta.

¿Seguro?

Sí. Pero si pudieras subirme a un autobús...

Claro. ¿De verdad no te apetece un té?

No tengo tiempo. Mira, eh..., te lo agradezco. Te lo devolveré enseguida, tengo pasta en casa.

No importa.

Salí a toda prisa así que... Sammy se encogió de hombros. Entonces dijo: sólo un par de cosas, para tu información; esto no tiene que ver con las repercusiones físicas, no es por eso por lo que no busco indemnización. Es algo personal. Mira está claro que sabes que los pasmas, los polis, me preocupan, me están agobiando, joder, no paran de agobiarme.

Y van a seguir, pero...

No, no es lo que piensas... Eh, ¿vamos a la parada de autobús?

Sí.

Está en la otra acera. Dame el brazo... Sammy siguió hablando mientras caminaban. Mira, no quiero atascarme, no sé si me entiendes, no conoces mi vida, pero lo único que quiero es dejarla atrás, quiero alejarme de todo lo que hagan o dejen de hacer los cabrones de uniforme, como si yo fuera un hombre que lleva una vida normal y corriente, a eso me refiero, como la de mi vecino, el tipo de la puerta de al lado, que tiene sus nietos y todo ese rollo, y hace sus curritos por la casa. Quiero decir, fíjate en mi propio viejo...

Si puedo cortarte...

¿Qué?

No quiero parecer borde, pero es mejor si yo te hago preguntas y tú respondes. Lo que vas a contarme no es material pertinente y, con todo respeto, más vale que no lo escuche, por lo menos no ahora. Para empezar, me pasa lo mismo que a ti, no tengo mucho tiempo.

Mira...

No, sólo es porque no es pertinente para la cuestión, no como tal, y eso importa cuando el tiempo cuenta. Lo demás, vale, puede que tenga cierto valor pero si vamos a trabajar juntos entonces ya vendrá por sí solo. Acabará enterándome con el tiempo.

Eh, espera, colega, no he dicho nada de que vayamos a trabajar juntos.

Bueno, entonces hablemos, no tiene sentido dar rodeos, dejemos las cosas claras. Yo me llevo el treinta y tres coma tres por ciento de todo. Y cuando digo un treinta y tres coma tres digo un treinta y tres coma tres –no tendrás que vender los muebles para pagar mis facturas de teléfono ni mis sellos–, puede parecerte excesivo, pero es dinero neto sobre ganancias. Algunos tipos que conozco, cuando hacen las cuentas, te puedes dar por contento si te quedas con el quince porque ellos se han llevado el ochenta y cinco. Son peores que los abogados. Mientras yo esté en el asunto, no se hará ningún pacto a tu espalda. Eso te lo garantizo. Además, no hace falta decir que si tú pierdes, yo pierdo.

Mira, dame un puto respiro, si gano, joder, pierdo.

Permíteme que difiera. La poli ya se ha olvidado de ti, por eso no te han esperado. Y te diré una cosa, con todo respeto, tienes que controlarte.

Sammy seguía andando.

Esta mañana has cometido errores, tienes que dominarte. No digo que yo te hubiera conseguido un diagnóstico –Logan es arrogante, aunque no tanto–, pero al menos se habría dado cuenta de que tú estabas allí para luchar. En esta etapa, eso es algo absolutamente básico, fundamental. Tienen que saber que no eres un primo. Eso marca la diferencia. Y, si me perdonas, hoy te has dejado pisar. ¿Sabes que te tiene en lo alto de la lista de los propensos a ataques de pánico?

...

Que lo sepas, él te vio venir. Ahora, fíjate por ejemplo en la receta: no tienes que comprarla.

No puedo pagarla.

Claro que no, a eso me refiero, no tienes que decírselo a ellos porque no sirve de nada; lo apuntaremos a la discapacidad y diremos que no puedes salir

de casa y que no hay asistentes sociales para hacerte los recados. Algo así, no importa, por ahora, no importa, siempre que todo sea coherente. Otra cosa: tienes que ir a beneficencia y declarar tus necesidades. Con coherencia, otra vez. Verás que uso mucho esa palabra. ¿Sabes qué significa? No quiero parecer borde, es que tienes que utilizarla con cuidado. Alguien que ha perdido la vista quiere un bastón para desplazarse, ¿no?, a ver, eso es lo que quieres si eres ciego. Y luego unas gafas oscuras; tal vez un perro guía. Ésas son las cosas que quieres si no puedes ver; es algo coherente con la ceguera. ¿Qué te viene a la cabeza cuando piensas en un ciego?, ¿eh? Te lo diré: piensas en bastones blancos y perros guía.

...

No quiero parecer borde.

No me mamonees.

Eso es lo último que haría. Lo que digo es que la pérdida de visión no es como si hubieras perdido las piernas, nadie puede meterse en tu cabeza, echar un vistazo y después salir: vale, el hombre está ciego, eso es todo, lo mires por donde lo mires, sin discusión, al cien por cien, una certeza absoluta... ¿me entiendes?, ellos no pueden hacer eso. Así que tu caso necesita algo más, y la coherencia es una de esas cosas, es básico.

Vale, te entiendo.

Muy bien, así que si no te inscribes y haces constar lo que necesitas ellos se te echarán encima y dirán que no necesitas nada. Se utiliza como prueba contra ti. Te lo digo ya, mira, si yo fuera tú iría a beneficencia inmediatamente; sería lo primero que haría esta tarde.

No, no lo harías.

Sí, claro que sí.

Y una mierda.

Lo haría.

No, no irías.

...

No irías, joder.

Vale. Estamos de acuerdo en que no lo estamos. Aquí, hemos llegado a la parada.

Sammy oyó tintineo de monedas. Son setenta peniques...

Ally le dio el dinero y siguió hablando: ahora tengo que hacerte una pregunta. No te lo tomes como algo personal, tengo que hacerla. ¿Estás ciego de verdad? Tengo que preguntártelo, no te cabrees.

Estoy ciego de verdad, sí, ¿alguna pregunta más?

Tenía que preguntártelo. Es una de esas cosas que hay que saber.

Sammy asintió. Y, dicho sea de paso, he estado en el trullo, más vale que lo sepas ya también.

Bueno, encaja, dicho sea con todo respeto, pero no tiene importancia. Si ellos se agarran a eso más vale que te den el dinero ya mismo. Lo que no quiere decir que el dato no surja, porque seguro que lo sacarán, meten el dedo en todas las llagas que pueden. Van probando todas las puertas, pero esto no es grave. Lo único que pido es honestidad. A cambio, yo también la doy. No tiene sentido que pelee por ti si no me cuentas la historia verdadera. No me importa qué cuento le contemos a ellos, mientras sea el mismo. Por eso he tenido que hacerte antes la pregunta personal. Y seré sincero contigo ya que tú lo eres conmigo: me alegro de que hayas cenado el rancho de la cárcel, yo también lo he cenado, sólo para que lo sepas. Lo que quiero decir es que nos conocemos el percal, los dos, sabemos de qué estamos hablando, sabemos cómo funciona el sistema.

No me mamonees.

Sería lo último que haría.

Pues sigue así.

No te preocupes.

Sammy asintió. Muy bien, estoy de acuerdo con muchas cosas de las que has dicho

¡No podría ser de otra forma!

Mira

No, perdona, mira tú, para que quede claro, no puedes no estar de acuerdo, ni siquiera merece la pena hablar así, eso significaría que no entiendes cuál es el juego. Verás, tienes que darte cuenta de que lo único que yo hago es constatar hechos; si alguna vez te doy una opinión ya te lo haré saber.

¿Cómo sabes que me han convocado a la Oficina Pública de Subsidios Médicos el viernes?

Porque lo he comprobado.

¿Dónde?

En las oficinas del Ayuntamiento; no es nada del otro mundo, ahí cuelgan todos los avisos. En un caso como el tuyo, lo ponen un día y lo retiran al siguiente, así que tienes que estar atento. Mis colegas y yo tenemos que pasar por allí todas las noches; no queda otra, porque sino no sabría qué está en trámite. Y no sólo me dedico a asuntos médicos, ni de lejos.

¿A qué más?

Ag, a todo.

¿A qué exactamente?

A todo, a lo que salga, no importa.

No me estás respondiendo.

Bueno, en realidad no hay nada que responder, con todo respeto, no, si lo piensas bien.

¡Eh, ahí viene un autobús!

Sí.

¿Qué número es?

Eh, privado, dice privado.

¿Privado?

Es un autobús escolar especial; lleva un montón de niños.

Sammy escuchó el estruendo al pasar.

¿Qué número esperas?

Te lo diré cuando llegue.

¡Todavía no te fías de mí!

No me jodas...

Vale, ya estamos, ¿eh?, muy bien, no nos andemos con rodeos, tienes que dejarte guiar por tu intuición en este juego; y mi intuición me decía que habíamos llegado a un punto de confianza. A lo mejor no es así. Pero yo lo creía. No sé tú, pero yo lo creía.

¿Ah, sí?

Sí, pero si no te fías de mí más vale que me vaya; que me largue ya

mismo.

Sammy sonrió negando con la cabeza.

Perdona que te lo diga, pero eres un amargado.

¿Lo soy?

Yo diría que sí, un amargado.

¿Es eso un hecho...?

¿Quién pegó primero?

Yo les pegué.

¿Querían detenerte?

No, joder, no.

¿Les pegaste porque sí?

¡Dios, ni siquiera sabía que eran pasmas! Al menos, no al principio; creía que eran..., no, espera: no pasó así; yo sabía que eran polis, pero sólo porque sé cómo son. Cualquier otro ingenuo no lo habría sabido.

¿No se identificaron?

No, joder, no.

Vale... Mira, esto, perdona, sólo una cosa, vas a tener que controlar tu lenguaje: cada dos palabras dices joder. Si me escuchas verás que yo intento utilizar palabras apropiadas.

...

No lo digo por nada; sólo que es una costumbre conveniente si te dedicas a asuntos oficiales. ¿Te has irritado? No tienes por qué.

No me he irritado.

Sí, pero no deberías.

Deja de joder con lo que debería o no debería ser, no me jodas con esas tonterías. Sammy volvió la cabeza para escuchar hacia la dirección por donde vendría el autobús.

Con todo respeto

Con todo respeto, tío, no me jodas con esa forma de hablar de poli secreta... Sammy escupió al suelo. ¿Qué coño pasa contigo, eres un soplón o qué?

Es normal.

¡Es normal!

Es normal que pienses eso, que soy de la secreta o un soplón, es lógico.

Sammy se dio unos golpes en el pecho. Estoy enfermo, joder, enfermo. Ya tengo un montón de líos, por culpa de un montón de cabrones distintos, sólo me faltas tú también. En otra ocasión, tal vez, pero ahora no, joder, no estoy de humor, no tengo la cabeza para eso, joder, no estoy para tonterías. Sammy volvió a escupir al suelo y se quedó dándole la espalda al otro.

Me parece bien...

En otra ocasión.

¿Cuándo?

Cuando quieras, joder.

Mira, tienes que entender una cosa sobre la representación legal: yo tengo que pensar como ellos. Tengo que conocer todos los detalles, hasta los más nimios, las palabras que nadie más lee, la letra pequeña como dicen ellos. ¿Cómo crees que conseguí que el médico me diera tu volante? Porque sabía las palabras exactas que tenía que pronunciar, es como decir abracadabra: en dos segundos el médico estaba firmando. Hay que saber cómo piensan y cómo actúan, las autoridades me refiero, cómo respiran; cómo sostienen el cuchillo y el tenedor, el tipo de coche que conducen, dónde viven, algo que resulta difícil de averiguar porque no les gusta que la gente sepa dónde viven. Y todo eso antes de ponerte con las normas y las regulaciones y todos los distintos trámites; los protocolos y las formalidades, cuándo tienes que hacer una reverencia y cuándo tienes que enseñar las uñas, cuándo hablar y cuándo contener el aliento... no sé si me sigues, y cuándo cerrar el pico, eso es fundamental; cuándo llevar corbata y cuándo desabotonarte el botón de arriba. Ya sabes de qué va, Sammy, subes al estrado ante el tribunal y no te pones a hacer el payaso, tienes que atenerte a las reglas del juego. Y son ellos los que las imponen.

Sammy se frotó la barbilla.

Lo único que no conocen somos nosotros, tú y yo. Eso es lo único que no saben, quiénes somos. Creen que sí, pero no. Por eso necesitan soplones y secretas. Es un problema para ellos, porque les cuesta mucho informarse sobre nosotros. Y eso es porque les damos asco. Ni siquiera quieren estar en la misma sala que nosotros.

A mí no me gusta estar en la misma sala que ellos.

Ya, sí, pero a nosotros no nos queda más remedio, y a ellos sí, ellos están ahí sólo por la pasta mientras que nosotros estamos porque no nos queda otra. No tenemos elección, ellos sí. Lo que quiero decir es que si te digo algo que no te gusta tienes que dar un paso atrás y contemplarlo en términos más generales. Tienes que pensar en lo que estamos haciendo como si ya estuviéramos delante del juez y cuanto decimos es anotado y utilizado como prueba. No te digo nada que no sepas, Jesús, no entras en el tribunal y empiezas a gritar y a berrear joder por aquí y joder por allá y que le jodan a usted también, señorita.

Sammy sonrió.

¿Eh? Ya veo que sabes de qué te estoy hablando. Mira ya sé que hablo como si estuviera practicando para cuando tenga que tomar la palabra; no puedo evitarlo. Pero no quiero, entiéndeme, no me gusta. Cuanto más me relaciono con tribunales y juzgados más me parezco a ellos. Pregúntale a mi mujer y ella te lo dirá. Si nos escucharas no notarías la diferencia.

Sí la notarías, joder.

Ah, ya, bueno me refería a una persona media, Sammy, no al Hombre de Alcatraz, con todo respeto.

¡Viene un autobús!

Sí.

¿Qué número es?

El ciento doce.

No es el mío.

No, pero lo que te digo es que ésas son las cosas a las que tienes que prestar atención, o al menos yo lo hago, como representante tuyo, ésas son las cosas que cuido, ése es mi trabajo. Y, hablando de todo, ¿es Helen tu esposa?, ¿legalmente?

Sammy aspiró.

Pero sí es tu novia, ¿no?

Hasta donde sé.

¿Os peleasteis?

...

Bueno, es asunto tuyo, Sammy; por otro lado, ya me enteraré; lo que quiero decir es que vamos a acabar conociéndonos bien, tanto si te gusta como si no.

Hubo un ajetreo de tráfico delante y Sammy fingió que le distraía.

¿Me estás escuchando?

¿Qué?

A ver, lo que te estoy diciendo es que como representarte no me queda otra que estar al tanto de tus asuntos. No importa que los mantengas en secreto, pero no a mí, de otra forma, ¿cómo voy a hacer mi trabajo?, no es posible.

¿Qué es lo que no es posible?

El representarte, si es que voy a hacerlo como es debido.

Yo no he dicho que quisiera que me representaras.

Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo.

Que yo sepa, no.

Ya veo, así son las cosas.

No, así no son, colega, joder, llegas muy rápido a tus conclusiones. Tengo que pensarlo.

Bueno, estás en tu derecho. Pero te diré una cosa: si voy a llevar tu caso, tiene que ser hasta el final; y para llegar hasta el final necesito tiempo. No tiene sentido que me digas: sí, adelante, el día antes de que se vea tu caso. Y hay otra cosa: tienes que recordar que ellos lo saben todo. ¿Qué lógica tiene que pelee por ti si sé menos que ellos?

Ellos no sabrán todo. Sammy escupió en la calle.

Si yo fuera tú, lo daría por seguro.

Ya, pero tú no eres yo. Hay una diferencia entre representar a alguien y ser ese alguien, ¿entiendes lo que significa ser alguien?

Te entiendo.

Bien.

¿Cuánto tiempo necesitas para pensártelo?

Lo consultaré con la almohada.

Ya, lo que pasa es que, con todo respeto, no importa que lo consultes con la almohada o no, tarde o temprano tendrás que decir que sí o que no; cuando

llegue el momento, ¿me sigues? Ése es el resumen. Si tardas una semana en aclararte, al final te encontrarás en las mismas, tendrás que tomar una decisión. O lo tomas o lo dejas. No voy a presionarte, no me hace falta el trabajo, que te quede claro. Pero hay poco margen de tiempo y mucho trabajo por hacer, documentarse y todo lo demás. Y luego tengo mis otros casos. Y, para serte sincero, algunos de ellos son más complicados que el tuyo. La mujer que voy a ver ahora, lleva años luchando, en comparación con su caso el tuyo es una nadería.

¿No me digas?

...

No estoy siendo sarcástico; pero no me gusta agobiarme; y parece que muchos tíos no tienen otra cosa que hacer que agobiarme, no sé si me entiendes, y eso acaba agotándote.

Yo no quiero agobiarte, todo lo contrario.

Tengo que pensarlo.

Como gustes.

No tiene que ver contigo, no personalmente; si necesitara un representante, recurriría a ti.

Ya, también tienes que pensar en los plazos, si esperas demasiado se te escapa el tren.

A ti tanto te da.

Yo sólo me gano el sueldo si tú consigues la pasta, así que sí me importa. Estamos hablando de coherencia.

Vale, lo coherente es que me van a joder, tío, eso es coherencia, el que van a joderme.

Pero ¿por qué?, lo más que puede pasar es que no lo consigas. No va a haber ningún castigo; a ellos no les importa, pase lo que pase. No son ellos los que pagan, somos nosotros.

Ya, pero son malos informes y estadísticas, datos chungos; eso no mola a los políticos, el que les vean pasando de todo, eso tiene repercusiones.

Claro, hablamos de los busca-votos, que se batirán el cobre para fastidiarnos. Tienen que demostrar que son capaces de hacer su trabajo. Si cuentan con los recursos adecuados y aceptan públicamente que disponen de

ellos, entonces tienen que utilizar esos recursos como es debido, ése es su trabajo. Nuestro trabajo va a depender de la incompetencia y la ineficacia, consiste en demostrar que la forma en que trabajan no es apropiada para la tarea que tienen encomendada. A corto plazo eso se reduce a dinero –es lo que llamaríamos una ley consuetudinaria–, pero se trata de un dinero distinto del que se destina a las indemnizaciones; este dinero sale del presupuesto del propio departamento. Cuando pasa algo así, si se descubre, entonces alguien acaba de patitas en la calle, y eso es lo que temen, que los echen a la calle, ¿me sigues?

Sammy suspiró. ¿Qué te parece?, dijo, ¿tiene pinta de que vaya a llover o no?

Eh, sí.

¿Nubes?

Sí.

Eso me parecía. Sammy se aclaró la garganta y escupió otra vez. ¿No estaremos al lado de una puta farola?

Ally se rió. Tengo el coche en la ITV, sino te acercaba a casa.

Sammy asintió. Muy bien, dijo, trato hecho.

...

Vas a representarme; ya está. ¿Vale? Si es que te interesa todavía.

Sí, claro. Bien Sammy, muy bien, la batalla ha empezado, y, en cualquier caso, tampoco tienes nada que perder.

Bueno, yo no lo diría así.

¿No te lo quieres repensar?

No.

Se estrecharon las manos para cerrar el trato.

No hay vuelta atrás, ¿eh, Sammy?, yo soy un hombre de palabra, espero que tú también. Lo digo por la cantidad de trabajo que tenemos por delante. No me importa hacerlo, es por no dedicar tanto tiempo y esfuerzo y en el último momento que me quiten de en medio. Quiero decir que no me importa perder, no, lo que no me gusta es que me echen, es muy frustrante. Y lo más frustrante de todo es que así ellos ganan, eso significa que han hecho bien su trabajo. Y eso es lo peor. Bien ¿qué me dices de la beneficencia?

¿Quieres que vaya ya?

¿Ya?

Bueno, me refería a mañana por la mañana.

Vale. Pero ve, porque es muy importante.

No tengas miedo.

¿A qué hora?

Eh...

A lo mejor puedo ir contigo.

No es necesario. De verdad; tengo que hacer las cosas solo; tengo que aprender.

Bien, sí, vale; bueno, la dirección está en el volante, está en St Vincent Street. Se lo pedí yo. Sé que no eres religioso, así que te ha inscrito como aconfesional, es un centro protestante. ¿Vale?

Sí, está bien; si me pierdo ya preguntaré.

Eres un luchador.

No me mamonees, joder. Sammy sonrió.

Procuraré no hacerlo.

Vale. Eh, no tienes que esperar conmigo el maldito autobús, mira, pararé con la mano todos los que pasen.

No me molesta.

Pero tienes prisa, Ally, de verdad, no importa.

¿Estás seguro?

No te preocupes; me has dado la pasta y eso es genial; te debo setenta peniques; te los devolveré la próxima vez que nos veamos.

Que será a última hora de la mañana del miércoles.

Vale, muy bien.

Es el primer rato libre que tengo, Me pasaré por tu casa. Mejor ahí que encontrarnos en otro sitio; nos da la ocasión de repararlo todo como es debido. Además podré trabajar algo. Te diré una cosa: ¡llegaremos más lejos de lo que imaginas!

Bien.

Sí, bueno, ése es mi trabajo; aunque tengo que decírtelo, no te confíes demasiado. Para enfrentarse a esa gente no hay atajos. Es un curro

meticuloso; a veces desolador. Da igual, seguro que lo harás bien. ¿De acuerdo entonces?

Sí.

Pues acuérdate del centro de beneficencia mañana por la mañana, es fundamental.

No te preocupes.

Se despidieron y se estrecharon las manos otra vez. Cuando se fue, Sammy sacó la receta y el volante del bolsillo, los arrugó e hizo una bola, pero no los tiró; estuvo a punto, pero se contuvo y volvió a guardárselos. Ally podría estar mirándole desde la calle. No es que le importara porque no tenía intención de ir a ningún sitio la mañana del día siguiente. Ni tampoco iba a recurrir a ningún representante. No tenía más intención de hacer nada más que lo que le saliera de las pelotas. Sólo tienes que mantener el control. Ningún cabrón iba a sacarle del problema; nadie salvo él mismo. Se acercaba un vehículo pesado, un camión; retrocedió.

¿Quién engañaba a quién? Sammy sonrió. La cagas, cumples tu condena. Escupió a la calle.

Murmullos por algún sitio. O eran los pasmas o se acercaba un puto autobús.

Bueno, ya estaba. Eso era lo que había. Él no iba por ahí dando tumbos, se conocía el percal. ¿Qué iba a hacer?, ¿darse la vuelta y dejarse morir? No estaría mal.

Vale.

Un caso de coco, del puto coco, vale.

Muy bien. Tenía que trabajar, tenía que preparar un plan. Estaba empezando a acostumbrarse a la ceguera. La primera pesadilla era ya cosa del pasado. Estaba en la segunda etapa. Y para superarla debía andarse con cuidado. Las espadas estaban desenvainadas, tío, desenvainadas y en alto. Muy bien. Eso lo dominaba. Relájate. Relájate. Vale, muy bien, relájate, joder, vale, tío, relájate, muy bien, relájate, así.

Dios, había estado babeando; notaba la humedad en las comisuras de los labios. En cuanto franqueara la puerta de casa buscaría la navaja de afeitar.

Pero cabreaba, joder, era irritante, no sé si me entiendes, que hasta el

último mono le tomara por un primo. ¡Y todos lo hacían! Los imbéciles de los pasmas pensaban que Sammy sabía algo y él no tenía ni puta idea de nada porque Charlie no se fiaba lo suficiente de él para contarle media mierda. Eso era lo que había. Putos cabrones. Vale, relájate. Pero eso te cabrea, tío. Sólo pensarlo, ¿sabes? A la mierda.

Y si no lo conseguía... Si no lo conseguía pues ya se veía en el manicomio. Porque una cosa estaba clara: si esos cabrones querían quitárselo de en medio se lo quitarían, por las bravas, no hay que darle más vueltas. Y él no aguantaría. No. No podría con eso.

Todo dependía del tiempo. Por eso estaba tan nervioso, joder. Todo era cuestión de tiempo, ¡de tiempo!, todo se reducía a eso. De principio a fin. Y era lo único que no tenía. Y a poco que lo pensaras, entendías que era eso lo que le estaban haciendo, le estaban robando, le estaban arrebatando el tiempo. Créeme tío, eso era lo que le estaban haciendo, joder. Cabronazos. Los pasmas y los de la Seguridad Social, y los de Salud y Bienestar. Todos le estaban engañando.

Venía un autobús; extendió la mano; demasiado tarde. Ya estamos; el puto tiempo; otra vez tarde. Si fuera más ingenuo lo atribuiría al puto destino, como un aviso. Eso era lo que le decía; aquel autobús que se alejaba y si no te andabas con cuidado sería tu propia vida la que perderías, o lo que quedaba de ella, tío, eso era; fin de la historia. Así que muévete, espabila. Muy bien, aguzó el oído. Al final se subió a uno. Había un par de personas más esperando y les pidió que le avisaran. Se sentó en el primer asiento del piso de abajo, el destinado a los minusválidos; lo normal.

Cuando se apeó lloviznaba. Apretó los dientes. No había nadie cerca. Tenía que llegar sólo al edificio. Eso estaba bien. Era lo mejor. No se podía depender de los demás para que te sacaran de los apuros. Un tipo puede hacer algo y no ser siempre el responsable de lo que pase. Quién sabe las presiones que sufren los demás. Encuentran formas de joderte. Tanto da quién seas, si ellos quieren joderte van y te joden.

La pared de piedra estaba mojada. Claro que estaba mojada, llovía. Pero al tacto le pareció rara: húmeda y áspera. Olía bien, a fresco; y había algo más, aunque le resultaba difícil identificarlo.

Había una persona inmóvil. La mano de Sammy le rozó la ropa. Se disculpó. No hubo respuesta. Siguió adelante, buscando la otra entrada por el pasaje para peatones. Sentía pinchazos en los pies otra vez. Tanto daba. El mal tiempo mantiene a raya a los perros. ¿Has visto alguna vez un perro empapado? Joder, se te cae el alma a los pies, la cabeza gacha, el lomo mojado, el hocico por el suelo. Pero sigue trotando, trotando sin parar; no se rinde, sigue buscando ese olor. Una vez Sammy se alojó en una pensión y le dieron una habitación, por dos noches. No llevaba mucho equipaje, puede que un par de bolsas, y a la mañana siguiente, por si acaso, se las llevó con él cuando salió. Estaba buscando trabajo, probando suerte en las obras de aquí y allá, entraba y preguntaba por el capataz. El caso es que no encontró nada, pero cuando volvía a su habitación había un sombrero y una chaqueta colgados en la percha de detrás de la puerta. La chaqueta estaba grasienta, pero el sombrero no, de hecho no estaba mal, azul marino o algo así, como los de Frank Sinatra. De locos. Acostarse por la noche con esas cosas colgadas detrás de la cabeza; daba escalofríos, ¿de dónde habrían salido? ¡Y dónde acabarían!, te ponía la piel de gallina, sobre todo de madrugada, cuando cambia la luz y empiezas a distinguir las siluetas y deja de reinar la nada de la absoluta negrura.

La historia

tiene que ver con los zapatos. Nadie le robó los zapatos. Sammy estaba en casa de alguien. Y se puso las deportivas por error. Porque estaba borracho. O a lo mejor otro tipo se puso sus zapatos porque los dos estaban borrachos y él se quedó los del otro porque mejor eso que ir descalzo. Y el Piernas era el que tenía todos los números, puto idiota, tío, típico de él, salvo que era él el que iría por ahí con los zapatos de cuero nuevos mientras que el Señor Sobrado, el puto Sammy

Arreciaba la lluvia.

Tenías que pensar.

No, no, no tenías. Para qué. Tú hacías cosas, las hacías, no pensabas, joder, no pensabas en hacerlas, las hacías, tío, que no es lo mismo. Y Sammy se iba a Inglaterra. Ya estamos.

Si por una alucinante casualidad pudiera conseguir su Pensión de

Discapacitado, entonces no sólo no tendrías que trabajar en curros que requiriesen ver, también te incrementaban el dinero del Subsidio como compensación. Pero no conseguiría la puta Pensión de Discapacitado, tío, tendría suerte si conseguía que lo reinscribieran, me cago en dios, y la indemnización que daban era de risa. No había la más mínima posibilidad. Él era el responsable de su ceguera, sólo él. Eso estaba claro. Si necesitaban argumentos, él se los daría. La esperanza no fluye para siempre. Ally intentó darle esperanzas, pero no había ninguna. Así que, ¿por qué preocuparse? Siempre acabas perdiendo; y entonces te joden por partida doble. Te limitas a seguir el juego tanto como te hace falta. Eso te da un margen para respirar. Y un margen era lo que él le estaba dando a Charlie. Es posible que fuera así. Quién sabe. Tampoco importaba. Aunque sólo fuera un par de horas. Un puto par de minutos, tío, a veces te bastaba con eso. Y sales por la ventana y doblas la esquina y ya ni se acuerdan de ti.

Estas historias eran un puto galimatías, tienes que mantener la tranquilidad. Te ajustas a lo que te marque la situación, tu situación. Llevaba su tiempo y costaba lo suyo; concentrarse, prestar atención a los detalles. Eso era algo que le gustaba de la ceguera: por la noche, tío, dormía como un puto soldado. Todo dependía de los esfuerzos que le hubieran exigido las faenas del día a día, las órdenes minuto a minuto de la jornada. La vida real. Eso era lo que te reventaba, joder, ¡la vida! Sammy se rió. Sentía que el agua le corría por las orejas; a lo mejor se le metía dentro y se llevaba la cera.

Conocía a tipos que le harían favores, si le daba por recurrir a ellos. Dependía de él.

¿Adónde coño iba?, no tenía ni puta idea. Se detuvo. De verdad, tío, ¿dónde cojones estaba? Volvió a reírse; qué coño importaba. La lluvia. Era agradable. El suave repiqueteo. Te hacía pensar en bebés. El pequeño Peter tambaleándose.

Dios, pero necesitaba pasta. Pasta. Joder, puta pasta y no de harina. Sammy se rió, aunque fue más un lloriqueo que una carcajada. En un momento dado estuvo a punto de dejar que Ally se encargara de todo. Se alegraba de no haber cedido. Era un pobre desgraciado. Los tipos así sólo dan pena. Olvídalo.

Por desgracia, ahora, en este puto momento, Sammy estaba jodido. Se había olvidado de en qué dirección caminaba. La lluvia lo había distraído. Siguió adelante, pero sus pasos eran cada vez más cortos. Aquello no tenía sentido, ningún sentido. Se detuvo. Tanteó buscando la pared, que estaba ahí delante, y no debería haber estado, debería haber quedado muy atrás. Tanto daba, no tenía que darle tanta importancia. Era inútil. Siguió adelante, tocando la pared, hasta que encontró un umbral. Se metió dentro.

Una gorra de visera. ¿Sammy lo estaba soñando o era algo típico de los ciegos?, ¿llevaban gorras? Seguramente, como no podían ver el cielo no sabían si estaba encapotado o no, así que tenían que ir preparados.

A decir verdad, no se le daba mal robar en tiendas. No le gustaba alardear. Era la psicología. En eso sí era bueno. En realidad, se podía poner a prueba, podía ir a mangar una gorra.

A ver:

¿qué iba a hacer y cómo era posible que no pudiera planearlo? Porque el cabronazo del matasanos lo había cabreado. Pero era inútil ponerse nervioso. Todo son tácticas y aquéllas eran muy viejas, y como había dicho aquel hombre, no debería haber picado. Ag, a la mierda, a veces le gustaba dejarse engañar. Así era como Sammy veía las cosas: cada vez que acudías a ellos, les acortabas la vida, los acercabas un pasito más al ataque al corazón, ya me entiendes, los jodías. Pues muy bien. Llovía con más fuerza; salió del umbral y el agua le rebotaba en el puente del a nariz.

*Mona died last week
she fell on the train line 19*

¿Qué iba a hacer? Ag, ya lo sabía.

*Mona died last week
she fell on the train line*

Sammy no tenía oído para las letras de las canciones, nunca se acordaba exactamente de las muy cabronas. Para serte sincero, lo que pasaba es que no tenía mucha cabeza, no era lo que se diría un pensador. No, no lo era. Se

detuvo. Debería haberse quedado en el umbral.

Pasos. Hola, dijo. No hubo respuesta. Seguramente era un fantasma, y los fantasmas no hablan.

Sammy iba a ir al aeropuerto de Glasgow y se subiría de polizón a un vuelo que fuera a Luckenbach, en Texas, para reunirse con Willie, Waylon y todos los chicos del country. Sí, en serio, tío, a la mierda Inglaterra, se iba a Luckenbach.

Y, ya puestos, ¿dónde coño estoy ahora?

A ver, ¿dónde estoy? Ésa era la jodida historia de la vida de Sammy. No paraban de caerle ladrillos en la cabeza. Joder, ésa era la verdad, lo que pasa es que Sammy era duro como una piedra. Y todo era intencionado. Tres tipos lo agarraron contra el suelo y un cuarto se puso encima de él, con toda tranquilidad, apuntando. Como si jugaran a los bolos. Levantaste la mirada y viste esa puta piedra, grande y mellada. Entonces dejaste de verla, sólo sentiste el golpe. El puente de la nariz. Desde aquel día no ha sido el mismo. Hay otra canción. La vida está llena de canciones. A lo mejor dios es cantante.

Quando Samuels se quedó ciego

Olor a cerveza. Era un sueño. ¡Hasta tu nariz te engaña!

Pero no puedes fiarte de nadie.

De ningún cabrón te puedes fiar

no, no podías. Todos hablaban demasiado. El mundo estaba hecho de charlatanes. Charlatanes, secretas y putos soplones. Así era la vida, tío, no podías fiarte de nadie. No había ni un puto cabrón solitario al que pudieras contarle la triste historia de tu vida. Así que ibas dando tumbos por todas partes, tropezando con las paredes y las putas farolas y con inocentes miembros de la comunidad que iban de paseo. La buena de Helen, tío,

Gone but no forgotten
gone but no forgotten 20

Sammy ni siquiera sabía si eso era una canción. Pero una cosa sí sabía

no, no lo sabía, no tenía ni idea.

Claro que había veces, como ésta, cuando tener un colega suponía un mundo. Había dejado de tener colegas hacía años, pero quizá había llegado el momento de que se lo replantease. Los colegas de pub no servían. Bocazas, lenguas sueltas, te acababan jodiendo. Tipos como el Piernas, no era lo que llamarías un colega de verdad; no, no lo era, era un buen tipo pero básicamente no pasaba de ser un colega de pub. Sammy no quería ir con él aquel viernes por la mañana, fue para hacerle un favor, para que sacara un poco de pasta. No era mal tío. Se tomaba las cosas en serio. Además, tenía una de esas apariencias que llaman la atención. Le echabas una mirada y querías echarle otra. Esos diez segundos más; y cada detalle ayuda con los cabrones de los seguratas. Pero el pobre desgraciado del Piernas no sabría lo que le habría pasado, me refiero a cuando los pasmas le echaron el guante, todos estarían hablando de eso en Glancy's. Tanto daba. Por más que lo pensara, Sammy ni se acordaba del último amigo que había tenido; tal vez fue Joe Sharkey, la última vez que estuvo en Londres. Una cosa sí haría si volvía a andar por ahí: iba a controlar, se instalaría en algún lugar tranquilo, no iría al norte ni al este. Y tampoco iría al sur, iría al oeste. Allí no conocía a nadie. El puto salvaje oeste. Ni siquiera sabía los nombres de los pueblos, Dagenham o algo así, Hounslow, tío, Southall; hasta los nombres cambiaban, todos acababan en ham y low y all. Glasgow quedaba demasiado cerca, ése era el problema, era demasiado pequeña. Y todos estaban metidos en la puta charcha, tío, no sé si me entiendes, es duro ser el primero.

Si pudiera sacarse un par de libras con aquellas camisas. Ése era otro negociete que podría ayudarle. Sólo necesitaba un poco de pasta por adelantado. Las camisas se lo darían. A no ser que los pasmas se las hubieran mangado, los cabrones. Y además, Tam estaría al tanto. Los pasmas habrían ido a hacerle una visita. Y seguramente Tam ya era un puto soplón. Y también el Piernas. De hecho, todos eran unos putos chivatos. Incluso el bueno de Charlie, joder, estaba claro que lo era.

Hola... ¿sabes si estoy cerca del edificio de apartamentos?

...

No, Charlie no era un soplón, eso era una estupidez. A lo mejor podía

llamarlo. Habrían pinchado su teléfono, pero no importaba. Podía enviar a su hijo con una nota, y que se la dejara a la chica de Charlie. Pero eso significaría que él sabría lo que le pasaba a Sammy, su hijo, me refiero, sabría que Sammy estaba ciego. ¿Y qué? Joder, cuéntaselo, a los chavales, cuéntaselo todo, cuéntales la verdad.

Se subió el cuello de la chaqueta hasta las orejas. El problema era que Y ahora aparecería un buen samaritano. No, no apareció. Eran imaginaciones tuyas.

Además, cualquier día de éstos se presentaría la pandilla de matones del departamento de vivienda y lo pondrían de patitas en la calle. Bueno, si aparecían, Sammy levantaría barricadas.

Siguió adelante. Reconoció el viento. Era viento escocés. Los vientos escoceses te joden. Se te meten en los oídos. Luego estaban tus pobres manos, tío, y los pies, joder, era como si flotaran; hasta las muñecas, no sabía por qué, pero le dolían. Las putas esposas, tío, esos cabronazos de mierda, era desesperante, no había ninguna necesidad. El pie golpeó en la acera: el cruce. Pero estaba en silencio. Los niños pasaban corriendo a su lado, sus zapatos chapoteaban. Esperó un momento; seguía el silencio. Avanzó, con las manos a los costados, como si desfilara. En realidad, desfilaba, pero despacio. Los últimos pasos los dio todavía más despacio, tanteando con el pie para tocar el bordillo; se subió, percibió olores agradables. Estaban cocinando. Olía a panadería. Caliente y sabroso. Empanadillas y judías. Pan, mantequilla y una olla de té para uno. Así que no estaba en el cruce de delante del pasaje porque allí no había panaderías.

Así que estaba en otro sitio.

El pie se le hundió en algo blando. Mierda de perro. Mierda a secas. Y le dio la impresión de que iba cuesta arriba, joder, le pareció que subía una colina. ¿Qué puta colina era aquella? ¡Una colina, tío! La mano rozó algo húmedo, como hojas. Un seto.

Bajó la cabeza, encorvó los hombros. La postura no era muy cómoda para caminar. Como un jorobado. Tenía treinta y ocho años. Cuando llegara a casa tendría cuarenta y uno y medio. Eso si es que llegaba a la cima de esta puta colina y la bajaba por el otro lado. Ya estamos, como siempre, pobre

desgraciado.

Había una cosa que no podría volver a hacer en su vida: correr. Dios, ni siquiera si le perseguían. Tendría que usar el bastón. Podría hacerlo girar por encima de la cabeza. Así no se le acercarían. ¡Ojo con el bastón! Nunca saldría de casa sin él. Nunca. Ni siquiera si lo detenían los putos pasmas; les diría que ni hablar, ni hablar sin el bastón, no iba a ninguna puta comisaría sin el bastón, no iba a ninguna parte sin su bastón. Era una extensión de sí mismo. Eso fue lo que dijo el matasanos. Así que ahí tenéis la prueba: lo dijo un médico auténtico, un auténtico pijo testarudo, un genuino cabronazo de mierda.

Suponiendo que no hubiera muerto, ¿qué estaría haciendo dentro de un año? A lo mejor todo había ido bien; lo tendría todo bajo control; los demás sentidos agudizados al máximo; saldría por la tele para hacer demostraciones de cómo oír a través de las paredes, sé optimista, tío, eso es lo que tienes que hacer. Alguien caminaba a su lado. Se paró de golpe. Nada. Reanudó la marcha. El que caminaba cerca le siguió. Sammy volvió a pararse, otra vez de golpe. Quienquiera que fuese se paró a su altura. Sammy aspiró. Iba a decir algo, pero a la vez no quería, porque era posible que no hubiera nadie. E incluso si hubiera alguien era posible que no dijera ni pío. Si fuera capaz de dejar de respirar y escuchar, pero estaba jadeando demasiado por la cuesta que subía. Tenía que dejar de fumar. Llevaba dos días sin dar una calada, tío, ya era algo. El problema es que tenía tabaco en casa. Si no lo tuviera, lo habría dejado, seguro. Sin ningún problema. Lo que haría ahora sería dejarlo el día que se marchara de Glasgow, en ese mismo momento, cuando el autocar saliera de la estación de Buchanan Street, tiraría la última colilla por la ventanilla. A la mierda.

Helen nunca había estado en Inglaterra. Costaba creer que un adulto no hubiera estado nunca en Inglaterra, ni siquiera de visita. Pero así era, Helen, la tía, era así. Una jodida individualista de pies a cabeza. Dumfries ya estaba bastante lejos, decía.

Era inútil dejarse llevar por el pánico.

Pero, joder, se había perdido, así que tenía que salir de ahí ya, una salida a toda prisa. Que se ande con cuidado en la oscuridad. Los pasmas se lo dijeron

para que se lo advirtiera a Charlie, pero no era a Charlie a quien iba destinada la advertencia sino a Sammy. Joder, a la mierda, tío, era una oferta que no podía rechazar. Además, ahí no había nada para él. Incluso antes del desastre de la semana anterior estaba acabado. Aunque no lo reconociera. Ni siquiera para sí mismo. No era raro que se cabreara. Dios, cómo no iba a cabrearse, a quién le iba a extrañar.

Estaría bien si pudiera pillar un taxi, un taxi habría resuelto el problema. Se habría librado de todo ese puto rollo de puede ayudarme, por favor. Sammy quería desaparecer. Dios, cómo lo deseaba, desaparecer. Una vez había leído una historia de un tipo que había desaparecido. Pero era increíble. Así que a la mierda.

Podía pirarse si quería. ¿Quién iba a impedirselo? Podía volver al piso, hacer las maletas, ensillar y emprender camino. Un ciego llega a Londres. Se bajaría en Victoria. Era un puntazo cuando te bajabas allí del autocar. Todos los acentos de Glasgow desaparecían. En cuanto ponías el pie en el suelo; todo el mundo se funde con el paisaje, sin mirarse unos a otros. Y entonces te vuelves anónimo. Ése era el puntazo, tío, no sé si me entiendes, el anonimato, de esto se trata, de volverse anónimo; ningún cabrón te agobia.

Pero tienes que hacer algo cuando llegues. Una vez en Victoria, ¿adónde vas? Empiezas por ir caminando hasta la estación de metro. A lo mejor haces una parada para desayunar y leer el periódico. Si de él dependiera, tiraría hacia el norte. Iría a Seven Sisters. Había vivido allí antes y le había gustado. A lo mejor alguien se acordaba de él. ¿De verdad quería que se acordaran? No. Paddington, ésa era otra posibilidad. Podía ir a Paddington. Pero allí estaba la puta Edgware Road y Prado Street, tío, un cruce muy jodido para los ciegos. A la mierda Paddington. Además estaba lleno de todos aquellos mendigos pidiendo a todas horas. Si eras como Sammy acababas llevándotelos e invitándolos a una puta pinta. De locos. Ah, a la mierda Londres. A lo mejor se iría a otra parte. A Luckenbach, Texas.

Cierra la puta boca, joder.

¡La costa! Uno de esos pueblos adormilados y pintorescos ingleses con un gran trecho de costa, donde chapotean los collies con sus dueñas, ancianas con elegantes zapatos marrones, el largo paseo marítimo con bancos cada

pocos metros. Allí estaría a salvo. Y más a salvo aún en la arena de la playa. Tan a salvo que podría dejar el bastón apoyado en las escaleras del paseo. Y luego daría un largo paseo; al lado de la marea, con las olas rizadas, se quitaría los zapatos y se relajaría, se guardaría los calcetines en el bolsillo, se levantaría los pantalones y caminaría entre las olas, plaf, plaf, las algas se le enredarían en los dedos de los pies. Encontraría una pequeña habitación y estaría bien. Allí toda la basca era rica, así que él sería una rareza, una circunstancia excepcional. Le pondrían una puta oficina de la Seguridad Social sólo para él. ¿Qué le apetece hoy, señor Samuels? Eh, una bandeja de huevos y bacon no estaría mal, y también unas rebanadas tostadas, con mucha mantequilla y mucha mermelada, ¿me entiendes gilipollas? Y, ya que estamos, ¿qué me dices de un amiguito de cuatro patas, un puto perro guía?

Cuando lo pensaba un poco, llegaba a la conclusión de que no le gustaba Escocia. Era su país, vale, pero eso no significaba que tuviera que gustarte. Y cuando llovía, te desquiciaba, tío, joder, y eso importaba. Sammy nunca había tenido suerte ahí. Nunca. Mientras que...., mientras que en la costa, en la costa

Ves a esos hombres y a esas mujeres con sus collies. Lo único que sabes es que el perro es colega de su dueño; cuando los ves juntos, eso es lo que notas inmediatamente.

Otra vez tuvo esa sensación: alguien caminaba a su lado. En la costa, nadie caminaría a su lado.

Hasta Margate le servía. Aquel pub de aire marinero que había al doblar la esquina de la obra. Todo decorado al estilo de los pescadores. Los vecinos te trataban bien. Y la mujer del encargado, tío, cosa fina, joder, te decía buenos días y no sabías si dar crédito a tus ojos de lo descarada que era. Cosa fina. Pero peligrosa. Una mujer peligrosa. Era un gran pub. El único inconveniente era el hijo. El marido de la mujer, el jefe, estaba loco por su hijo. Y si entrabas te obligaba a ver al chaval jugando a boxear o a billar o a lo que fuera, haciendo los putos crucigramas o en la máquina de los invasores del espacio, hiciera lo que hiciera tenías que mirarlo y asentir como si se tratara de una gran promesa y cualquier día fuera a dar la campanada, que eso saltaba a la vista, joder. Claro que el encargado te fiaba. Los pubs ingleses

daban vidilla. No como en la puta Glasgow, tío, que enseguida sacan el hacha de debajo del mostrador. ¡Qué coño has dicho! ¡Diez libras hasta el viernes!

Ése era el viejo Morris, detrás de la barra del Glancy's. El cabronazo más hosco que te encontrarás en la vida. Imagínate cómo pudo ocurrírseles contratarlo para currar en un bareto.

It was raining it was cold

West Bethelam was no place for a twelve-year-old 21

A ver, era algo que tenía que hacer, acercarse a Buchanan Street y enterarse de los trayectos. Sammy sólo quería subirse a un autocar y largarse de allí. Subirse en Glasgow y bajarse en la costa. Sería un sábado por la mañana. Sábado por la mañana a las ocho y media. El tiempo sería suave, estival, incluso en pleno invierno, no llovería durante un puto mes entero; si llovía sería sólo por las noches y tú estarías a cubierto, con la mujercita, acurrucados, como un par de conejitos. Se bajaría del autocar, iría a lavarse la cara, y luego desayunaría, un plato de cereales, bacon, huevos y café. O té, eso tanto le daba. Llevaría su maletín, podía dejarlo en la consigna. Un lavado de cara, luego el desayuno, bacon y huevos, una tostada; y café, o puede que té, no importaba, no tenía manías. Un par de zapatos nuevos.

Murmullos.

Sammy se paró en seco y se dio la vuelta. Si hubiera llevado el bastón lo habría hecho girar por encima de su cabeza. Seas quien seas, vete a la mierda, dijo, te aviso.

...

Intentó respirar más despacio. ¿Has oído?, vete a la mierda. En voz baja preguntó: ¿eres tú, Ally?

Entonces siguió camino. Tenía que controlarse. Estaba comportándose como un loco; tenía que andar con cuidado, joder, tenía que buscar cobijo, no sé si me entiendes, la vida era demasiado claustrofóbica; no podías con ella. Tenía que largarse. Tenía que irse de ahí, llegar a su piso y hacer las maletas, guardar sus cosas y pirarse, pero, dios, se sentía incapaz de sobrevivir siquiera hasta que llegara el siguiente giro. Hasta el viernes de la semana

siguiente, joder. Pero tendría que hacerlo, no le quedaba otra. Deshacerse de las camisetas. Aunque fuera tirando el precio, sólo para quitárselas de encima.

En cualquier caso, haría lo que pudiera. Y si lo que podía no bastaba, no era problema suyo.

Esta puta colina, joder, dónde coño estaba, dónde, si todavía seguía cuesta arriba. Le entraron ganas de gritar, quería berrear, a voz en cuello; pero no podía, joder, no podía, por dios, tenía que controlarse. Al menos la lluvia había amainado hasta quedar en poco más que una llovizna. Tendría que haber engañado al cabronazo del representante para que lo trajera a casa. Esto era ridículo, tío, era ridículo, joder. Era culpa suya por haber dejado que se le escapara el tipo; instinto asesino, no, no tenía ese instinto. Algunas cosas no iban a cambiar. Seguía siendo el mismo, y así seguiría, igual, ése era el puto problema. ¡Pero no! ¡Había cambiado! Había cambiado de verdad. Helen lo había notado, seguro. ¡Menuda mierda, tío! Bueno, entonces, ya lo notaría; lo único que ella necesitaba era un poco de fe, un poco de puta confianza en él. Porque él era su hombre; y si ella no confiaba en su hombre, joder, no había nada que hacer. Así le llamó su vecino: el hombre de Helen McGilvaray. Y eso que era un puto extraño para saber de qué estoy hablando, joder, un puto desconocido, y se daba cuenta. ¡Pero ella no! Un genio, aquel tío, ya me entiendes.

En el sur empezarían de nuevo, a partir de cero. Ellos dos, encontrarían curro. Ella, con toda seguridad; la buena de Helen, joder, era cojonuda detrás de una barra. A la mejor podían formar uno de esos equipos de trabajo. Con su propio local; y tendrían su propio pisito encima del pub. El único problema era el formulario de solicitud; para esas cervecerías hacían falta muchas referencias y todo ese rollo. Bueno, las referencias pueden conseguirse, ya me entiendes, no hay problema. El problema era Helen. No se lo podía decir. Ni hablar de las putas referencias, ni mencionarlas siquiera. Ella tenía su forma de hacerlo. Ella se creía que era un mujer práctica, ya, práctica, pero una mierda, no lo era, sólo se lo creía.

Sueños. Cuando fuera al sur iría solo. Las cosas son así; tienes que afrontarlas. Ella se ha ido. Ni siquiera había dejado una nota. Eso era raro de cojones, ni siquiera una nota. Claro que ¿cómo iba a saber él si había dejado

nota o no? A lo mejor había un montón por toda la casa. Por lo que él sabía, podía haber pintado mensajes en la puta pared. Ah, a la mierda, tío, tarde o temprano, tarde o temprano. Lo peor que podía pasar era que los pasmas la pillaran y le contaran la historia, entonces ella volvería, aunque sólo fuera para comprobarlo por sí misma, para ver cómo se lo montaba, si salía adelante. Y claro que estaba saliendo adelante, joder. Eso es lo que había estado diciéndole durante todo el puto mes pasado, que salía adelante; que era un hombre nuevo; que todas las historias del pasado se habían acabado, acabado para siempre. Y en el sur también lo tratarían de otra forma, lo tratarían con miramientos, con consideración, con miramientos y consideración, pero ahora tenía que dejarlo, dejar miramientos y consideraciones, por el cabrón que caminaba a su lado, tío, y a él le entraban ganas de gritar, pero no iba a hacerlo, no, no iba a gritar, no iba a darles esa satisfacción, ni de broma, putos cabronazos, sé muy bien quiénes sois.

Iba más despacio y ahora se paró. Percibía un cambio. Desde hacía un momento ya no llovía. Pero no se trataba de eso. Tanteando, avanzó hasta el bordillo. Había llegado arriba del todo, tío, era eso. La cima de la colina. Sí, que os den, murmuró y se desplazó unos metros a la izquierda. Estaba claro, iba por el buen camino.

La calle también estaba tranquila. Tenía cierta sensación de familiaridad. Buscó el bordillo otra vez y escuchó con atención. Nada. Iba a cruzar, se bajó del bordillo, iba a cruzar, iba a cruzar andando al otro lado y ya lo estaba haciendo, iba caminando hasta allí, ya estaba, caminaba despacio, tranquilo, controlando, con los brazos a los lados, sin oscilar, normal, andaba con normalidad, y seguía sin oír nada, ni un puto ruido; era primera hora de la tarde, los niños estaban en el cole; siguió adelante y llegó a un punto en el que la calle se inclinaba una pizca hacia abajo, y allí estaba el bordillo, un bordillo bastante alto, había que dar un paso amplio, y eso le resultaba familiar, y entonces se encontró encima de la acera; avanzó a tientas y tocó metal; las barandillas. El campo de petanca, era el campo de petanca. Agarró un barrote de la verja y apoyó el brazo en él. Metió la mano izquierda a través de la verja y tocó las hojas de un arbusto, que estaban empapadas, las meneó arriba y abajo, sintiendo cómo el agua le corría por la muñeca y le subía por

la manga de la chaqueta. A lo mejor, quienquiera que fuese aquel desconocido, había actuado como su ángel de la guarda; al llegar al campo de petanca se había pirado porque sabía que él lo reconocería, sabría dónde estaba. Dios ¡cómo le apetecía un pitillo! Se lo merecía, ya me entiendes, joder, se lo merecía.

Porque sabía dónde estaba; no estaba perdido. Ahora era cuestión de ir de a a b. Se tranquilizó, no tenía sentido ir dando tumbos; se moría de ganas de moverse pero, joder, espera un momento, tranquilo. Vale. Pensó en los posibles itinerarios. Sabía dónde iba. Concentración. La sesera le iba demasiado rápido. Tenía que controlarla. Vale. Tenía que volver por donde había venido, luego a la izquierda y luego
muy bien, ya sabía qué tenía que hacer.

Se sentía bien, se sentía fuerte. Se le había ocurrido una idea, conseguiría un par de cintas de casete vírgenes. Antes escribía canciones mentalmente. Lo que haría ahora sería grabarlas con el micro, incluso cantarlas. ¿Por qué no?, a la mierda, así pasaría el rato. Y ¿quién sabe? Le mandas un par a un buen cantante; ellos las escogen y las prueban. Y a partir de ese momento, tío, a partir de ese momento

Una lata de macarrones calentándose en la cocina. También tenía una lata de puré de arroz. Podías vivir aceptablemente.

Se acercó a la ventana, la abrió y sintió la fuerza del viento que casi se la arranca de la mano. La lluvia le salpicó la cara. A veces te sorprendía la potencia de estas cosas, como si tuvieran vida propia o algo así. Si no mejoraba el tiempo, no saldría, se quedaría en casa.

Puso una cinta en el casete. Esperaba que fuera alguna de las que le gustaba. La verdad es que le gustaban todas, porque sino, no las tendría. A veces ponía una que no le apetecía escuchar, al menos no en ese momento concreto, y además había un par que eran de Helen. A veces no estabas de humor. Tendría que encontrar un método para utilizar el puto casete; las cintas que le gustaban a un lado de la repisa, la escoria al otro.

Well I woke up Sunday morning 22

Dios. Era increíble. Joder, era increíble, tío, de verdad, increíble, no podías

Sammy se había sentado en el sillón, pero se levantó. Volvió a sentarse. Aquello era un asunto muy serio, tío, no era ninguna tontería, sino serio, algo muy serio, tío. ¿Me entiendes? Tuvo que sentarse. Sólo tenía que

a la mierda. Era inútil

pero

dios, se había puesto de pie para el coro, a sus anchas, imitando los solos de guitarra y todo, cantando en voz alta, en voz alta y a conciencia, aporreando la batería imaginaria, siguiendo los punteos

*On a Sunday morning sidewalk
wishing lord that I was stoned
for there's something in a Sunday
makes a body feel alone
and there's nothing short of dying
half as lonesome as the sound
of the sleeping city sidewalks
Sunday morning coming down 23*

Le estaban cayendo lágrimas, joder, las notaba, aquello lo habían escrito para él, tío, para él. Joder.

Fue a la habitación. Era demasiado, demasiado. Se acostó boca abajo, con la cara enterrada en la almohada. Me cago en dios, joder, cómo te cabrea, cómo te cabrea tanto, tío, qué mierda; estaba llorando.

Y el papeo se estaba quemando. Tanto daba. Se quemaba encima del puto fogón. Se levantó, expiró con fuerza, se enjugó la cara. Fue a buscar la comida.

Dejó que se enfriara y se lo comió todo. Estaba buena, no sabía a quemado.

Se llevó un té al salón, se sentó en la alfombra apoyando la espalda en el sofá, se lió un cigarrillo, con los pies delante de la estufa. Sin música, sin radio. Aparte de los zumbidos en los oídos, sólo oía pasos esporádicos en el piso de arriba, algunos ruidos a través de la pared, la televisión, la anciana sorda; cuando estaba en calma lo oías todo en este puto vertedero del que le alegraría irse; sí, se alegraría, joder, vaya si se alegraría. El agua seguía en la bañera. Y qué. Llevaba allí desde la puta noche del sábado, tío, y qué coño importaba; iba a meter dentro la ropa vieja y remojarla, para que se lavara; echaría todo allí dentro porque el agua estaba limpia, él ni siquiera la había ensuciado, mierda, puta mierda

a la mierda.

Y también iba a meterse él en el agua. La vida, ya me entiendes.

Y qué importaba, tío, qué importaba todo, pues nada, todo era una puta mierda. Cuando te encuentras con otros intentan convencerte de lo contrario. ¿Has escuchado las noticias hoy? No, hoy no he escuchado las putas noticias, así que pírate y que te den. Se inclinó para encender la radio. Música de baile

escocesa, una vuelta para aquí, una vuelta para allá.

Vale. Dejó el cigarrillo en el cenicero, cambió de postura y se estiró boca abajo. Estuvo tumbado un rato. El dolor de espalda no había desaparecido y así se aliviaba un poco. Luego hizo unas flexiones, se levantó y practicó algunos estiramientos. Técnicas de supervivencia que he aprendido. ¿A quién le importa? Sammy los hizo. Estos últimos días había perdido la costumbre, pero antes los hacía con regularidad. Iba a recuperar el hábito; tenía que estar preparado. Un tipo se lo había enseñado la primera vez que lo enchironaron. Un buen tipo. Tanto daba.

También tenía que ver con las rutinas diarias. La sesión entera no duraba más de un cuarto de hora, con eso bastaba si lo hacías bien y con regularidad, y podías hacer cuatro o cinco sesiones al día; más, si querías. Una vez habías cogido la costumbre, a veces hacías los movimientos sin darte cuenta, incluso mientras hablabas con alguien, los hacías sin pensar; y a otros tipos también les pasaba. Al menos servía para que fueras consciente de tu propio cuerpo, de sus partes. Conseguías una auténtica tonificación general. Cuando acababas la sesión, y eso incluía diversos ejercicios; pongamos que uno de ellos fuera el de tobillo: bueno eso quería decir tan sólo que levantabas el pie por la espalda, te agarrabas el tobillo, tirabas y hacías fuerza, con el pie hacia abajo y con la mano hacia arriba, hasta llegar al punto de equilibrio, aplicando la misma fuerza hacia arriba y hacia abajo; se compensa; entonces te mantienes en esa postura, más o menos..., pero cuando has acabado la sesión, todos esos ejercicios, cuando has terminado, te sientes cojonudamente, notas cada parte de tu cuerpo, como si estuvieras tonificado, de pies a cabeza, y cuando empezabas a caminar te sentías como un gato, un puto tigre, con los brazos colgando sueltos, como si emitieras un zumbido, deslizándote por ahí; hasta te olvidabas de dónde estabas. Y si te acordabas, daba igual, te seguías sintiendo bien porque estabas ganando a los putos cabrones, sí, les estabas ganando.

A la mierda, iba a ir a Glancy's.

Sammy sonrió. Sí, allí iba.

Había tomado la decisión, pero luego cambió de idea; ahora volvía a repensárselo. Nada te lo impide, el cambiar de opinión. Muy bien, lo que

haría es pedirle a Boab que le llamara un taxi por teléfono. Bien. Buscó ropa para salir. No los pantalones buenos, llevaría los tejanos. Los pantalones buenos ya no eran tan buenos. Iba a presentar una reclamación para que le dieran unos nuevos, tío, era ridículo, porque tendrían que darte un mono, esos putos pasmas, si te detienen, ya me entiendes, eso debería formar parte del trato: vale me has detenido, ¿dónde está mi puto mono?, joder, vuestros roñosos catres están llenos de moscas y quién sabe qué más, meados y mierda, joder; dame un respiro.

En el baño abrió el agua y llenó el lavamanos para afeitarse. Pero, mierda, era una estupidez. Se puso una camisa y corbata para compensar. Cuando estuvo preparado, recorrió la galería y llamó a la puerta de Boab.

Lo que pasaba en su manzana era que los taxis llegaban por la esquina del edificio de las tiendas y se quedaban delante de la farmacia. Ahí se acababa la calle. En la parte de atrás de la manzana paraban los camiones de reparto para dejar sus mercancías en las tiendas. Y al otro lado estaban los garajes, donde Sammy había encontrado al hombre que lo sacó del lío el sábado por la tarde. Cuando llegaba el taxi, el controlador de la compañía llamaba al teléfono del pasajero para avisarle.

Cuando llamen, te daré un toque a la puerta, dijo Boab, y sólo tendrás que coger el ascensor.

Muy bien, pero si no estoy querrá decir que ya voy de camino. ¿Me entiendes Boab?, con lo que tardaré en llegar hasta allí más vale que salga ahora mismo.

Te acompañaré.

No, no pasa nada, no se trata de eso sino de que tardo un poco más, pero llegaré. Si puedes, diles que avisen al taxista para que si ve a un tipo con un bastón blanco y todo lo demás, que le dé un grito.

No te preocupes. ¿Y adónde vas?

Al Quinn's Bar.

Muy bien.

Sammy aspiró. Seguramente me quedaré un rato y volveré andando con Helen.

Boab fue a hacer la llamada y Sammy volvió a su piso, recogió sus cosas

y cerró la puerta con dos vueltas de la llave. Salió inmediatamente.

Fuera hacía viento, pero la lluvia había cesado. El taxi ya estaba allí cuando él dobló la esquina tanteando con el bastón y llegó a la farmacia. El taxista le dio un grito de aviso. Cuando subió al coche y se estaba acomodando le dijo al taxista que lo llevara a Glancy's.

Creía que íbamos al Quinn's, ¿no?

No, a Glancy's.

Otra cagada, murmuró el taxista.

El mundo estaba lleno de cabrones con mala leche. Sammy se recostó en el asiento y se dispuso a disfrutar del trayecto. Bien mirado, no tenía ninguna necesidad de decirle a Boab que iba al Quinn's, podría haberle dicho la verdad, tanto habría dado. Es más, habría sido mejor. Porque podría haber seguido contándole la historia de que ella todavía estaba en Dumfries. ¡Y a lo mejor todavía estaba en Dumfries! A lo mejor había ido allí. Eso era lo que pensaba antes. Lo que pasaba es que cuando iba allí nunca se quedaba más de un par de días. Se inclinó hacia delante en el asiento, eh, oiga, ¿se puede fumar aquí?

No, lo siento.

Sammy volvió a recostarse. Puto idiota, más lo sentiría cuando no le dejara propina. Sammy se adelantó otra vez, eh, oiga, ¿podría ir a Quinn's?

¿Quinn's? Creía que había dicho a Glancy's.

Sí, había cambiado de opinión, y ahora cambio otra vez.

Murmullos murmullos murmullos.

Cabrón quisquilloso. A Sammy le entraron ganas de reír, pero se contuvo, eso tensaría al tío; si hacía un comentario inoportuno, con eso bastaba, una palabra fuera de lugar y el tipo se crisparía. Sammy aspiró. Sí, antes me dio por cambiar a Glancy's pero ahora vuelvo a mi primera idea, a Quinn's, si le parece bien.

Murmullos murmullos.

¿Le parece bien, colega?

Sí.

Bien. Sammy se recostó en el asiento; puto idiota. Ojalá pudiera mirar por la ventanilla.

Tenía claro que Helen no estaría allí, pero así podría comprobarlo por sí mismo. Más tarde iría a Glancy's.

Bueno, ya estaba. Sí. Era lo que había. Sonrió. No había más, joder. Era una temeridad. Pero, como dijo aquel tipo, uno toma sus decisiones. Tanto da lo mucho que te lo pienses o lo dejes de pensar: llega el momento definitivo y tienes que hacer algo. O no hacerlo, que también puede ser. Sammy había tomado su decisión y no había más. Pase lo que pase, ya estaba. Sonrió otra vez y sacudió la cabeza. La vida era mejor de lo que pensabas. A veces. Se sacó las gafas del bolsillo y se las puso. No era tan mala como algunos pensaban. Puede que él no fuera el Tipo Más Listo de la puta Gran Bretaña, pero, ¿y qué?, tenía otras cosas a su favor.

Pero ¡y si ella estaba allí! ¡Buf!

Al doblar una esquina se vio despedido hacia un lado del coche, las ruedas chirriaron. El conductor era un loco. Puede que Sammy no se hubiera sacado el carné de conducir pero sabía lo bastante sobre patinazos en calles mojadas. El cabrón probablemente se estuviera tomando la revancha. Podías imaginarte la conversación cuando volviera a la oficina, contando cómo había llevado a un cliente que era un puto ciego borde y cómo se lo había quitado de encima. A la mierda tío, que hagan lo que quieran. Sammy empezó a silbar, pero se interrumpió. Era curioso ir en coche, intentando adivinar dónde estabas por la forma en que recorría las calles. Sin tener en cuenta los furgones de la poli, hacía tiempo que no iba en coche. No se acordaba de cuándo había sido la última vez.

Lunes por la noche. El pub estaría muerto. Dios, ¿y si ella estaba allí?, ¿y si había vuelto y no se lo había dicho? No, no estaría. Pero ¿quién sabe? Imagínatela viéndolo entrar por la puerta. Dios bendito. Sammy se frotó las manos. Pero paró. ¿A quién estaba engañando?, joder. Era una locura. Si ella quería verlo, lo vería; joder, tío, se estaba equivocando.

Pero, tanto daba, ella no estaría. No había ninguna posibilidad. Ninguna. Por lo que a eso se refería, estaba jodido. Sammy se volvió hacia la ventana, deseando poder ver las calles. Si pudiera verlas estaría bien. Si pudiera asomarse por la puerta y echar un vistazo al llegar, no tendría por qué ir hasta la barra. Sólo

¡Vaya! Pero si es Helen

Dios. Sammy se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo, se tapó la cara con las manos. Había cosas sobre las que no querías pensar porque era imposible pensar en ellas, joder, simplemente no podías, tío, no podías pensar en ellas. Apoyó la cabeza en la ventanilla y sintió la humedad, las vibraciones.

El coche se había detenido.

Sammy se pasó un minuto pensando si sería por el semáforo. Se puso las gafas.

Estás delante de la puerta, dijo el conductor, te queda un poco a la izquierda y ya está. Pero estoy en doble fila así que tendrás que pasar entre los coches.

Vale, colega, gracias. Sammy pagó el trayecto y añadió cincuenta peniques de propina. Encontró un hueco y pasó entre los coches, llegó a la acera; oyó cómo se alejaba el taxi, con el bastón tanteó hasta la pared y luego hacia la izquierda hasta dar con la entrada. Allí se paró y se lió un cigarrillo. Si recordaba bien había un vestíbulo nada más franquear la puerta. No sabía si quitarse las gafas. Pero no, mejor dejárselas puestas. Así estaba bien. Le dio otra calada al cigarrillo y entró, tanteando con el bastón para encontrar la siguiente puerta. Hola, dijo un tipo.

Hola.

¿Dónde vas?

Sammy dijo: ¿quién?, ¿yo?

Sí.

Al pub.

¿Ah sí?

...

No sé si es una noche para ti.

¿Cómo?

A ver, no sé si es una noche para ti.

Hay un acto promocional, dijo otro tipo.

Un acto promocional... Sammy se encogió de hombros. Aun así puedo entrar.

Si lo que quieres es una pinta encontrarás mejores pubs. Más vale que te pires.

Quiero ver a una persona.

¿A quién?

¿Por qué quieres saberlo?

A lo mejor lo conozco.

No es un tío.

Pues a lo mejor la conozco.

Lo dudo, colega, lo dudo.

Mira, tío, sólo te estamos avisando.

Sammy aspiró. ¿Qué coño sois, gorilas?

Pum pum.

¿Qué?

Ya lo has entendido.

En realidad quería hablar con Helen.

Helen ¿qué?

Helen, la de la barra.

Entonces hubo ruido y movimiento en la puerta de la calle y entró gente, que no esperó detrás de Sammy sino que lo rodeó y siguió adelante; los gorilas les dejaron pasar sin decir nada. Dentro del pub la música estaba alta.

No hay ninguna Helen en la barra.

Helen McGilvaray.

Ninguna Helen McGilvaray, colega, lo siento, no me suena de nada el nombre.

¡Pero qué coño dices!

Eh, tranquilo.

Sammy agarró el bastón con fuerza. Vamos, quiero hablar con Helen.

No hay ninguna Helen.

Entonces con el encargado.

¿El encargado?

Sí, quiero ver al puto encargado.

¿Para qué?

Sammy suspiró. Se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo.

Mira, colega, lo único que te digo es que dentro hay basca muy joven, ése no es tu mundo.

Éste es el Quinn's, ¿no?

El Quinn's, sí.

Sammy relajó los hombros. Cambió de postura, mantuvo el pie derecho apoyado con firmeza y un poco atrás, la pierna izquierda doblada por la rodilla; también cambió el bastón de mano.

¿Cuándo trabajó en la barra?

¿Eh?

¿Cuándo trabajó en la barra?

Hasta hace una semana.

Hace una semana, vale. El tipo aspiró. Lo comprobaré, dijo.

La puerta hacia el interior se abrió y se cerró oscilando. Luego oyó la puerta de la calle. Entró más gente que se quedó esperando a sus espaldas. Él se pegó más a la pared y notó como los otros pasaban a su lado, rozándole, sin decir ni mu. La música salió con fuerza detrás de ellos. Sammy tiró la colilla al suelo y dejó que se consumiera. A lo mejor el tipo no se había fijado. ¿No me dejáis pasar porque soy ciego?

¿Qué?

¿Es porque soy ciego?

No. Es porque hay un acto promocional. Es por tu propio bien, colega, va a ser movidito. Es gente muy joven.

Sammy se aclaró la garganta. ¿Cómo te llamas?, ¿eh?, ¿cómo te llamas?

No te pases, ¿vale?

Sólo quiero saber cómo te llamas.

¿Por qué?

Por saberlo.

Ya.

¿Eres un matón?

El gorila murmuró algo.

¿Eh?

No te pases.

¿Para quién trabajas?

La puerta de la calle se abrió otra vez. Un par de personas. Una de ellas saludó y siguió. Cuando la puerta se cerró y amortiguó la música, Sammy dijo: ¿habría entrado si hubiera saludado?, ¿es así como funciona?

No te pases.

¡Que no me pase! Sammy sonrió. Negó con la cabeza. La puerta interior se abrió una vez más y el otro gorila dijo: lo siento, colega, no trabaja aquí.

¿Lo ha dejado?

No sé.

¿Qué ha dicho el encargado?, ¿qué palabras exactamente?

Ya lo has oído, dijo el otro gorila. No trabaja aquí. Adiós.

¿Hablaste con John Graham?

Te lo repito, tío, no trabaja aquí.

No estoy hablando contigo, chaval, estoy hablando con él.

John Graham no está esta noche.

Así que adiós.

Sammy asintió. Vale, me he quedado con tu voz.

Como quieras.

Me he quedado con ella. Les dio la espalda y abrió la puerta. Cuando se cerraba a sus espaldas oyó al gorila más borde murmurando. Puto gilipollas. Sin pensárselo, volvió a entrar en el vestíbulo, con el bastón cogido con ambas manos, lanzó el tacón del zapato derecho contra la puerta de batiente, impidiendo que le golpeará. ¿Has dicho algo, tío?, ¿eh?, ¿quieres que hablemos, puto gilipollas?, ¿eh? ¡qué dices!, puto gilipollas, voy a empalarte por el cuello con este bastón.

¡Tranqui!, joder, ¡tranqui!, dijo el otro gorila.

¿Quieres que te dé a ti también, cabronazo?

Silencio. La música volvió a sonar con fuerza, lo que quería decir que habían abierto la puerta hacia el interior; a lo mejor eran más, más gorilas; sacudió el bastón relajando las muñecas. Voces tranquilas, tranquilas, tendría que moverse, tío, tendría que salir ya, joder, dio un paso atrás, empujó la puerta hacia fuera y, una vez en la acera, giró a la izquierda, tanteando con el bastón todo lo rápido que podía, manteniéndose pegado a la pared. Tropezó con alguien, pero siguió adelante, sin parar, estaba bien, tío, todo estaba bien

si no fuera por aquella sensación de que en cualquier momento le golpearían por detrás, un golpe seco por la espalda, la rápida ráfaga de aire y luego el golpe, siguió adelante, con la cabeza baja, los hombros encorvados. Había un callejón, se metió por él y un poco más adelante se detuvo. Respiraba hondo. Un puto primo, joder, eso es lo que era, no era más que eso, un primo, un puto primo. Dio unos pasos más y volvió a pararse. Un puto primo. Se puso el bastón debajo del codo izquierdo; estaba claro que nadie le seguía. Reanudó la marcha. Se estarían riendo. No era raro, nada raro. Aquello era una jodida locura. Se acercaba gente, de la otra dirección. Una voz de chica, nerviosa: pero escucha, decía, escúchame...

Esperó a que pasaran de largo. Uno oye conversaciones. Sacó las gafas del bolsillo y se las puso. Ese mal genio le iba a costar caro. No recordaba que antes lo tuviera tan excitable. Para empezar, no debería haber ido a Quinn's, menudo idiota. Eso también era culpa suya; provocaba reacciones chungas en los demás. A lo mejor tenía que ver con su cara. La barba, por no hablar de las deportivas de mierda. Allá donde vas, tío, hay problemas, broncas. Tenía que largarse, no podía quedarse ahí.

Glancy's.

Recorrió Argyle Street ayudándose del bastón y siguió hacia el este. ¿Qué hora era? Quién sabía. Todo eso quedaba al otro lado de la ventanilla.

Murmullos y gritos. Era lunes pero había bastante ajetreo por la zona, que era el centro de la ciudad. Algo a su favor: los pitidos de los semáforos; hasta ese momento no se le había ocurrido cómo funcionaban, que habían sido pensados especialmente para los ciegos, que sólo sonaban cuando se podía cruzar. Eso por un lado. Pero había más cosas; él no las controlaba, y eran un montón. Vale, pero lo que controlaba sí podía aprovecharlo, tendría que hacerlo. Porque necesitaba salir de allí. Eso era, tío, eso era. Era hora de pirarse, tío, así que tenía que moverse; porque si no lo hacía todo se le vendría encima, de un modo u otro, hasta aplastarle. Así que vale. Tenía que estar listo para que cuando llegara el momento

Però incluso en eso se equivocaba porque no podía quedarse sentado esperando, quiero decir, si se quedaba esperando, qué coño esperaba, el momento era aquí y ahora, tío, ¿me entiendes?, si esperas, tienes que esperar

algo. Nadie se quedaba esperando a que lo acorralaran. Y él tampoco iba a esperar, dios; si sabes que te van a pillar, entonces tienes que salir cagando hostias, tienes que largarte, no sé si me entiendes, pirarte de una puta vez, joder, no te quedas esperando; eso es lo último. Tienes que largarte. Porque nada iba a volver a ser normal, como antes. Ya no existía la puta normalidad, significara eso lo que significara, lo de ser normal, mierda de palabra. Fuera lo que fuese el pasado se había acabado, acabado para siempre. Ya no iba a haber más putos achuchones ni escenitas de besos y reconciliaciones; eso había saltado por la ventana, por lo que sabía, había terminado. Pues muy bien. Así estaban las cosas ahora. Necesitaba pasta. Tenía que llenarse el bolsillo. Y no tenía tiempo para quedarse esperando. Aquel otro negociete, quizá podría sacarlo adelante, sólo le hacía falta un empujón, si pudiera deshacerse de las camisas; por un precio tirado, no le importaba, algo de pasta, lo que fuera, eso era lo que necesitaba. Una vez la consiguiera... Pero incluso sin ella.

Tenía que sacar lo que fuera y conseguirlo rápido. Ahora mismo. Si no, iban a rodearlo, sí, acabarían acorralándole. Eso estaba claro, claro como el agua, tío, lo rodearían muy deprisa, ni se daría cuenta, no puede preverse, es lo que tiene, no podías preverlo porque no había forma, y ésa era la única certeza, que cuando fueran a por él lo harían como quisieran, en el momento y el lugar que más les conviniera, eso dependía de ellos, sólo de ellos. Y tanto daba, tío, estaba en sus manos, el momento y el lugar; y él no tendría ni idea, no hasta que fueran a por él, y entonces ya no habría nada que hacer. Así que tenía que pirarse ya, tío. Y para eso necesitaba pasta. No sólo la de las camisas; había otras cosas en el piso, cosas que eran suyas –no de Helen–, como el vídeo y el pequeño equipo de alta fidelidad, las cintas, todo eso era suyo. No eran de Helen, eran suyas. Ah, pero qué mierda, esas historias eran naderías, minucias de mierda. Salvo que ella no volviera. Si ella no volvía. En ese caso, si él no las vendía, otro las vendería por él.

Pero ¿cómo sabía que ella no iba a volver? Era imposible que lo supiera. Ni siquiera podía imaginárselo, ni decirlo, ni siquiera decirlo, joder, no era capaz de imaginárselo.

Estaba en Glancy's. Había llegado. Pasó por delante y se metió en el

primer hueco; se quitó las gafas de sol y se lió un cigarrillo.

Muy bien. Entonces se movió.

Dentro había poco ambiente; a lo mejor por eso se sintió inquieto. No por la gente que le estaría mirando. A esas alturas, la noticia ya habría corrido. Y la gente siempre te mira, ése no era el problema, a eso te acostumbrabas; al menos, antes. Lo que pasa es que a veces, si te fijas, la mirada que te echan algunos puede ser diferente. No es una de esas miradas de pasada, podías estar sentado ahí

imagínatelo, si eres ciego, ¿vale?, eres ciego y estás ahí sentado, pensando en tus cosas, relajado, disfrutando en paz de una pinta. Pero como eres ciego no te das cuenta de que todos te están mirando, te miran fijamente, como en una de esas asquerosas películas de pesadillas, las de *La dimensión desconocida* o algo así. Lo único bueno es que no puedes verlo. Es lo único bueno. No sabes que te miran.

Dado que estaba en Glancy's no le costó mucho encontrar el camino hasta la barra y luego hasta una silla en una mesa cerca de la pared del fondo. Se había tomado la mitad de su primera pinta cuando se acercó alguien: ¿cómo andamos, Sammy?, te he visto entrar, con el bastón blanco y todo el equipo. Ya me había enterado.

...

Soy yo, Herbie.

Ah, Herbie, sí, ¿qué tal?

Bien, tirando; te decía que ya me había enterado...

Sí.

Chungo, eh.

Sí. Sammy se encogió de hombros.

A propósito, ¿qué estás tomando?, ¿quieres una pinta?, ¿media?

Ech, una pinta, sí, está bien.

Herbie se acercó a la barra. Un colega de copas. Cuando trajo la pinta siguió charlando un par de minutos y luego volvió con sus acompañantes. Si es que estaba con alguien. Él dijo que sí. Tú no podías saberlo.

A la mierda, tampoco podías echarle la culpa a los demás, si iban de ese palo.

Unos diez minutos más tarde llegó un whisky, servido por el viejo Morris, el de la barra; murmuró el nombre de Alex y luego desapareció.

Sería Alex Duncan. Otro colega de copas. Aunque era raro que, si se trataba de ese Alex, no viniera en persona, sólo enviara la copa.

Ves a este tipo entrar por la puerta y sabes que se ha quedado ciego. Ha corrido el rumor. Pero le conoces. Le conoces como un hombre que ve, que no es ciego, no normalmente, no desde todo el tiempo que hace que le conoces, normalmente es alguien que ve como cualquier otro. Y también te has enterado de que tiene algún mal rollo con la pasma. Tanto que no te apetece mucho que te vean con él, no, por lo que te han contado más vale que no te vean con él. Pero al mismo tiempo no quieres quedar mal con el tipo, por la razón que sea, tampoco importa. Muy bien, sabes que él no sabe que estás aquí, que estás en el pub; no sabe si es ciego de verdad, porque no puede verte. Aun así, no estás seguro del todo, y no quieres correr riesgos; así que le invitas a distancia a una copa. Sólo por si acaso. Y crees que el tipo va a pensar: ah, vaya, Alex me ha invitado a una copa pero no se ha acercado, lo que debe de significar que no puede, porque si no habría venido, así que todo es normal. Pero no, no es normal. ¿Me entiendes? Así que te haces preguntas, te preguntas por qué no se ha acercado a saludarte. A no ser que esté acompañado o algo así.

Sammy dio unos sorbos de whisky. No oía que se jugara al dominó. Un viernes por la noche había hasta tres partidas en juego. Un par de parroquianos eran jugadores compulsivos. Te estás jugando la última pasta que te queda, te susurran algo y te enteras de que algún cabrón te respalda con cincuenta libras. Sammy jugaba bastante, le gustaba. Puedes llegar a ser bastante bueno en esos juegos. Algunos eran muy buenos al ajedrez. Había aprendido a jugar durante la primera condena que cumplió, pero no pasó de ahí, mientras que otros, joder. Un juego totalmente distinto. Una de las historias que contaban en el trullo es que el verdadero campeón del mundo no era uno de esos cabrones que salen por la tele sino que era un tío que estaba enchironado. Hablar por hablar. ¿En qué trullo? En cualquiera, mueve de una puta vez.

Pero el viejo dominó, quizá todavía podía jugar. Los puntos eran como

braille. A lo mejor probaba. ¡Pero no aquí! Aquí te timarían, joder, esta puta pandilla de cabrones, harían cola para llevarse la pasta. No exageres, no era tan espantoso.

Pero sería mejor que jugaras con otros ciegos. Incluso en ese caso, ¿cómo controlarías lo que estaba pasando?, ¿quién había jugado qué? Los dedos de todos los jugadores estarían encima de las fichas, palpando los puntos. Se necesitarían reglas especiales. Alguien tendría que hacer de árbitro, llevar una lista de lo que se había jugado. Pero, ¿cómo ibas a llevar el control si no veías? Joder, sería un caos. Aunque a lo mejor el ajedrez estaría bien. Porque sólo tenías que preocuparte por los siguientes movimientos, los anteriores quedaban encima del tablero y no importaban, lo único que contaba era lo que había y lo que vendría. Así que no era una cuestión de memoria. O a lo mejor sí. En alguna parte estaban hablando de boxeo; era irritante, porque no le quedaba al alcance del oído, pero sí lo bastante cerca para pillar retazos de vez en cuando. Intentó escuchar, pero le ponía nervioso, así que lo dejó. Luego notó que había alguien a su lado. Sammy esperó, apartó la mano de la pinta y la colocó al borde de la mesa.

Hola. Hola, Sammy.

¿Tam?

Sí.

Vale; dios no sabía que estabas aquí...

¿Estás bien?

Sí, Tam, tirando. ¿Y tú?

Muy bien.

Esperaba que anduvieras por aquí; charlar contigo... ¿no te sientas?

Tam se sentó al cabo de un momento.

¿Qué tomas?

Iré a buscarlo... Tam se levantó otra vez. Sammy le oyó alejarse. Tardó unos minutos en volver; hablaba en voz baja: ¿va a ser permanente?, preguntó, ¿lo de la vista y todo eso?

No sabría decirte.

¿No ves nada?

Nada de nada.

Joder.

Ha corrido la noticia, ¿eh?

Sí...

Uno se pregunta cómo, ya me entiendes. Sammy sonrió. Jodidas palomas mensajeras.

Sí, te entiendo. ¿Has ido al médico?

He visto al cabrón esta mañana... Sammy se encogió de hombros, se tragó lo que quedaba del primer whisky, cogió el segundo y lamió las gotas. Salud, dijo.

Sí.

Para lo que me hizo bien podría haberme quedado en casa; un puto gilipollas, tío, acabó como una batalla. Pero tenía que ir, por la Seguridad Social y todo eso. Si no, no me habría molestado; una pérdida de tiempo. Está todo apañado, Tam, funciona así.

Pero cabrea.

Ah, tienes toda la razón, cabrea. Sammy buscó su tabaco.

Ten. Tam le dio uno liado.

¿Has visto al Piernas últimamente?

No, no lo he visto, no desde que lo vi contigo. ¿Lo estás buscando?

No, no especialmente. Dios, qué bien hiciste cuando te piraste el otro día; él y yo la cagamos; de locos. Acabé olvidando lo que me pasó el sábado. Joder, quién sabe dónde iríamos. De locos. ¿Tú no nos verías el sábado, no?

No.

Pensaba que a lo mejor nos habíamos pasado por aquí.

A lo mejor sí. Pregúntale al viejo Morris.

Ya..., da igual, a veces más vale no saber; ¿me entiendes?, no remover las brasas.

Sí, es posible, es posible.

Catástrofes por todas partes. Helen también se ha largado.

¿Helen?

Sí, se piró. Por la puta puerta, tío, no la he visto desde hace una semana; sabe dios por dónde andará. ¡Mierda de suerte la mía! Sammy negó con la cabeza, bebió un poco de la *lager*. Es de locos, tío, puto desastre de fin de

semana.

Así que no crees que sea temporal, lo de la vista.

Ni puta idea.

Ya...

No te lo dicen.

¿Cuándo te soltaron?

El miércoles.

¿El miércoles?

¿Por qué?

Por nada, sólo preguntaba.

Volvieron a detenerme, claro; el sábado por la noche. He salido esta mañana. Sammy dio más sorbos a la *lager*.

A mí también me hicieron una visita.

No jodas.

El viernes.

Vaya.

A las cinco y media de la mañana.

Buf.

Sí, les abrió mi mujer. Casi se caga encima. Sin el menor aviso previo, ya sabes, no me lo esperaba.

¿Te detuvieron?

No.

...

No, no me detuvieron. Tam aspiró. Pero estaban cabreados, ya me entiendes.

Sammy asintió.

Por la manera en que hablaban se notaba que estaban cabreados.

Sí.

...

¿Y así fue bien?

No, no fue bien, nada bien.

¿Qué pasó?

Ag, sólo querían hacernos algunas preguntas, ya sabes Sammy. No les

dije ni media mierda; nada. Así que está bien, eh.

Sammy levantó el whisky, lo dejó en la mesa y se estiró la piel de un lado del labio inferior.

Sabes a qué me refiero, ¿no?

...

Olvídalo. Siento lo de tus ojos y lo demás.

Sammy había apagado el cigarrillo; empezó a liar otro. Dijo: ¿qué es lo que pasa?

Ah, nada.

¿Estás preocupado por algo?

No importa.

¿Es por mí?, ¿he dicho algo?

Déjalo.

Joder, Tam.

Déjalo.

Si he dicho algo, suéltalo.

No importa.

Sí que importa, joder; estás cabreado por algo.

Un poco, sí.

Pues cuéntamelo, coño.

Tam suspiró: ya sabes de qué va.

No, no lo sé. Ni idea. Dímelo tú.

Quiero decir que yo no vi a tu colega, así que no podía decir nada; así que no pasa nada, así que olvídale.

Sammy estuvo a punto de responder; pero no lo hizo, se encendió el pitillo liado, luego levantó la *lager* y dio un sorbo.

Ya sabes de qué te estoy hablando, no podía contar nada, ni una mierda, así que no conté nada.

No había media mierda que contar.

Ya, sí, eso es verdad.

¿Qué es lo que te preocupa?

Los polis, Sammy, estaban muy cabreados.

Sí, ya lo has dicho, lo sé; esos cabronazos estaban cabreados, ¿y qué?

Dímelo tú.

¿Que te diga qué?

...

Sammy se aclaró la garganta y susurró: ¿que te diga qué? ¡Si no tengo ni idea!

Quieren información, Sammy, joder.

Ya, sí, ¿y qué cojones quieres que haga que vaya y se la dé?, ¿eh?

Podías haberme contado la puta historia, haberme dado el toque, eso era lo que podías haber hecho.

¿Contarte la historia?, ¿qué historia?

A la mierda. Mira, siento lo de tu vista, vale, y ahora dejémoslo, dejémoslo de una puta vez.

Pero ¿qué tenemos que dejar?

Buf.

¿Qué?

Mal rollo, Sammy, todo esto es un mal rollo.

Tam, no sé de qué me estás hablando.

Ya, bueno, ése es el puto problema.

Pero es la puta verdad.

Buf, dame un respiro.

Sammy se recostó en la silla; volvió a adelantarse y susurró: no estás implicado en nada, tío, así que no sé por qué estás tan preocupado, joder, no tiene nada que ver contigo.

Sammy, no me vengas con que no estoy implicado; si han sacado a mi mujer de la cama a las cinco y media de la mañana, ¡no me jodas!, joder, y una mierda que no estoy implicado.

Pero no lo estás.

Y entonces ¿qué coño pintan esos cabrones en mi puerta?, ¿eh?

¿Qué coño dices?

Ag, vete a la mierda, Sammy, ya sabes a qué me refiero.

Porque me encontré por puta casualidad con un tipo en el bar después de que te marcharas; eso sólo tiene que ver conmigo; sí, me tropecé con alguien cuando te fuiste, así que es culpa mía.

¿Y de quién va a ser? ¡No irás a endilgársela al Piernas!

Tam.

Eres tú el que conoces al tipo, tú eres su puto colega.

No es mi colega.

Me podías haber dado un toque.

Pero ¿de qué?

Dios, Sammy ¡tenía a los putos uniformes en mi puerta a las cinco y media de la mañana!, la casa llena hasta los topes de gente armada, por todas partes. Ya sabes cómo son estas historias, y ellos también saben de qué va; lo saben, joder tío, podían haberme destrozado la casa y la vida. ¿Detenerme a mí?, si hubieran querido se habrían llevado a mi mujer; ya sabes cómo funcionan, si hubieran querido, mierda..., me cago en dios, ella está jodida, yo estoy jodido, todos estamos jodidos..., los críos estaban durmiendo en la habitación. Y esos putos cabronazos, allí sentados, comiéndose las galletas de chocolate y tomando tazas de té; riéndose como gilipollas. ¿Y me dices que no me preocupe? Tienes toda la puta razón, colega, estoy preocupado, llevo preocupado todo el fin de semana. Podrías haber dicho algo. Para que estuviera avisado. Algo. Lo que fuera. Para que yo supiera que había movida. Eso es todo.

...

Joder, quiero decir... Da igual. Déjalo.

Y una mierda. Sammy se inclinó para acercarse más a Tam y le susurró: así que quieres saber qué coño he estado haciendo, ¡eh!, ¿quieres saberlo?, quieres que te dé la puta información, Tam, ¿quieres saber qué he estado haciendo?, quieres verlo, ¿de verdad quieres verlo?, pues mira, joder, míralo, ¡échale un vistazo! ¡Eh! ¡Míralo, joder!

Sammy se estiró la piel de debajo de las cuencas de los ojos. ¿Qué coño te crees que es esto?, ¿eh? A la mierda.

Mantuvo la piel bajada unos seis segundos; luego puso la mano en el vaso de whisky, pero lo dejó donde estaba; dio otra calada al cigarrillo. Cuando por fin levantó el vaso, aún le temblaba la mano. Dejó el vaso. Los dos seguían sentados sin hablar. Oyó que la silla de Tam se movía hacia atrás y dijo: no te vayas todavía, joder. Tómate media.

No.

Anda.

No quiero nada.

Tam esto es una tontería. Estás dejando que te coman el coco. Tómate media, anda, una ronda más.

No, Sammy.

Anda, no me jodas.

Estoy con mi cuñado, en el salón.

Dos minutos.

No.

¿Me estás diciendo que soy un ave de mal agüero?

Tam suspiró.

Es mucho más complicado de lo que crees. Joder.

¿El qué?

...

Eso es asunto tuyo.

¿Qué coño quieres decir?

Quiere decir que es asunto tuyo, eso quiere decir.

Bah.

No me desprecies, Sammy, ni se te ocurra. Creía que sabía de qué ibas, pero no, no lo sabía, creía que sí, pero no. ¡Los putos pasmas saben más de ti que yo!

...

¿Me has entendido, Sammy? Déjanos en paz. Más vale que me vaya.

Sammy se encogió de hombros.

Nos vemos.

Sí, vale, vale, Tam.

Tam se levantó y se quedó de pie un instante, luego el sonido de sus pasos. Sammy esperó, al poco cogió el vaso de cerveza para comprobar cuánta quedaba. El pitillo liado se había apagado, lo encendió otra vez; apoyó el codo en un lado de la mesa y puso la cabeza encima. Lo único que quería saber

No, no quería, le importaba una mierda.

Colocó la mano al borde de la mesa y la aferró con fuerza. Estiró la otra mano para coger el bastón, pero lo dejó allí un momento, hasta acabarse la *lager*; un trago largo más.

A la mierda. A la puta mierda todos.

Era momento de tomárselo con calma. De irse a casa, a casa. Después de echar una meada. Porque si no meaba ahora, dentro de diez minutos reventaría. Eso estaba cantado.

Así que al carajo lo de las camisas. Y los otros negocios. Ya estamos. Era lo que había. Tanto daba. Pasa de todo. Siempre podía ir a la casa de empeños.

No, no podía.

Se tragó los restos de la *lager* y cogió el bastón, era agradable al tacto; el fiel bastón, a Helen le habría encantado. ¡Dónde está mi fregona! Aquí la tienes, se cayó el estropajo así que la pinté. Sammy no pudo reprimir una sonrisa. ¡Le entraron ganas de reír!

Vale. Todos estarían mirándole; por ahí va, el pobre Sammy, ciego como un murciélago, Sammy el temerario, a echar una meada.

Eh, no pasa nada, nada de nada; a la mierda todos esos cabrones

El lavabo estaba en la planta de abajo y era difícil llegar pero controlaba; a medio camino cambió de sentido y retrocedió, con la mano en la pared. No había ningún puto cubículo abierto, los mantenían cerrados con llave por no se sabe qué razón; así que tenía que utilizar los urinarios, tantear primero con el bastón para encontrar uno..., más valía que lavara el bastón en lugar de las manos.

Meó y esperó haber acertado.

Muy bien.

Cuando salió del pub llovía. Normal. Pero tenía que patear todo el camino, tío; si pudiera pillar un taxi; pero no, había que joderse. Se había gastado hasta el último céntimo. Hasta el último puto penique.

De repente le vino algo a la cabeza sin pensarlo: un tipo que conocía. Pero sólo le vino esa idea, nada más, el recuerdo del tipo que conocía, así, por las buenas, como una especie de recuerdo, aislado, sólo aquel hombre y nada más. Era raro. Quizá el cabrón la había palmado y ésa era su manera de

despedirse.

Todos acabamos yéndonos.

Así que, si no ves, ¿qué puedes hacer? Lo mismo que los demás, vas a alguna parte. Eso era lo que estaba haciendo Sammy en ese momento, ir a alguna parte, a su puta casa, tío, ahí iba.

No llovía fuerte. Notaba la humedad, pero no llovía fuerte. Un par de guantes de cuero no le habrían venido mal, de piel de cerdo, para que no le entrara el agua.

Porque aunque estés ciego tienes que caminar.

A Sammy le gustaba caminar. Eso sí. No es que le gustara, le encantaba, dar paseos; colina arriba y por el valle, subir y bajar, ése era Sammy. Incluso en la puta chirona. Aunque no pudiera pasear, no significaba que no le gustara, lo que pasaba es que no le dejaban. Se rió entre dientes. Pero ahora estaba bien, era divertido, sí, eso era, divertido. Imagínate una vida en la que pudieras pasear, en la que no importara el dinero. Ir a donde coño quisieras, tío, me entiendes, ¿no? ¡Imagínatelo! No puedes. Pero también le hacía falta un puto par de zapatos decentes, joder

A no ser que se fuera al campo o a algún sitio así. A Texas. Para empezar allí siempre hacía sol, siempre con camisas y vaqueros, con la vieja furgoneta y el paquete de seis cervezas, el stetson de ala ancha y todo eso, toda esa mierda, conduciendo a un garito, a ver a tu chica y bailar, a escuchar un poco de música; además, al bailar van hacia atrás, cuando bailan el vals o lo que sea, en Texas, no es que las mujeres guíen a los hombres, los hombres todavía llevan a la pareja, lo que pasa es que tiran hacia sí en vez de empujar. Conoces a tíos que querrían ir a Memphis o Nashville, sólo para estar al lado de la música, pero si dependiera de Sammy, a la mierda, a la mierda el Grand Ole Opry, él iría a Luckenbach, detrás de los *outlaws*, siguiéndolos, ¿me entiendes?, lo tenía clarísimo, joder, clarísimo.

No volvería a ver nunca más.

¿Y qué?, joder; todavía te quedaban las putas orejas, la nariz, la puta mierda del bastón

Tanto daba.

Se paró y se quitó las gafas. Seguía lloviendo

*It was still cold
West Bethelam was no place
for a fucking twelve year old 24*

A la mierda Tam, él también. A la mierda todos, él iba a salir adelante, iba a largarse de allí.

Dios, hacía frío. A no ser que fuera él, a lo mejor era él el único que lo sentía. A lo mejor no hacía ningún frío y sólo lo sentía él. Y eso no pintaba bien; peor aún era deprimente. El bueno de Jackie; seguramente había muerto. Era curioso cómo la gente se hacía una idea equivocada. Es la vida, tío, llena de malentendidos; nadie te entiende. ¿Y cómo se lo explicas? No puedes. A la mierda. Se estremeció, joder, ¿por qué estaba temblando?; temblando, joder, en la puta primavera uno no tiembla, joder.

*It was raining it was cold
It was raining it was cold*

Pero oías cosas así, sí, por ahí se oían cosas. Sí. ¿Cómo eran? Esos murmullos, esos gruñidos, esos ruidos de suspiros; y las gotas, como de una cañería rota. Una vez había leído una historia, sobre un alemán, o puede que sucediera en Escandinavia

También estaba el papeo, claro, joder, se moría de hambre. Y en casa no tenía comida, salvo una caja de cereales. Eso era lo que le apetecía, tío, una caja de cereales. Seguramente no tenía leche; se había olvidado de comprobarlo. Daba igual. Ahora era demasiado tarde. Ah, qué más daba. Pero no pasaba nada, tira, sigue adelante, dos largas calles más y llegaría al cruce; dos cruces más tarde y tendría que cruzar el puente. Movería el bastón, lo cruzaría, con un poco de suerte lo atropellaría un puto camión y la ambulancia lo llevaría a casa.

Eh, señor, ¿le interesa un polvo?

Sammy siguió andando.

Eh, señor, ¿le interesa un polvo?

Se paró. ¿Cuánto?

Quince.

No, chica, lo siento.

Depende de lo que quieras que te haga.

Lo siento, chica. Siguió andando; no debería haberse parado y no debería haber dicho lo que dijo porque no tenía ninguna intención. Así que no debería haberlo hecho. Porque no era justo. Ella podía haberle hecho un servicio de toda la noche. Pero no por esa pasta, quince libras, y la noche todavía era joven. Pero, claro, eso nunca se sabe. Él no era el puto tío de Drácula. A lo mejor a ella le había gustado. Quién sabe, quiero decir que no era un

lo que sea, un monstruo; era un tipo normal y corriente; y a veces eso es lo que quiere una mujer, un tipo normal; si es que pueden elegir, si están por la labor, lo que no suele pasar, el que puedan elegir me refiero porque habitualmente tienen que quedarse con lo que les toca, aunque sea un viejo.

¿Cuánto había bebido? A la mierda. Nada. Dos pintas y dos medias copas. Nada. Había un bareto en el segundo cruce. Un trago para el camino; una pinta más.

Pero cambió de opinión y siguió adelante, cruzó el puente y entró en la recta final, recorrió el pasaje y entró en el edificio. Ya dentro del ascensor, se agachó y se desató los cordones de las deportivas. Necesitaba unas nuevas. Tendría que ir a comprarlas. Unas botas. Recorrió la galería y entró en el piso; estuvo haciendo el tonto durante una hora y luego se acostó. Pero no podía dormir; a lo mejor era demasiado temprano; no se sentía cómodo, oyes ruidos y entonces todo estalla dentro de tu cráneo y te pones nervioso, joder, te agobias, eso es; y no puedes salir, no puedes escaparte, ése es el puto problema, tío, tendrías que darte cabezazos contra la pared para perder la conciencia. A la mierda; se levantó y se deshizo de la manta agitando las piernas. Se vistió, preparó una taza de té. De camino al salón, se acordó de encender la luz del pasillo. A partir de ahora dejaría esa luz y la del salón encendidas todo el tiempo.

La música. ¡La música! Pero qué iba a hacerle, la música podía animarte. Antes cantaba aquella de Willie Nelson sólo para irritarla, *Goodhearted Woman*: era incluso mejor que la de George Jones para sacar de quicio a Helen.

La gente se cabreaba con facilidad. Lo veías por todas partes. Tam era

más joven que Sammy; no mucho, pero algo sí. Y ahí estaba. Ni siquiera se daba cuenta de que era un cabreo. Los pasmas, eso era lo que hacían: cabrearlo. Tam no se había dado cuenta. Pero él sabía que ahí radicaba el problema, era un hombre curtido. Todo era cuestión de que no te pillaran desprevenido. Así que no importaba, tanto daba lo perro viejo que fueras, ya me entiendes, si te pillaban desprevenido.

Por eso Sammy iba a pirarse, a tirar millas y largarse de allí, iba a irse, para siempre, a desaparecer, joder, a desvanecerse, un mota en el horizonte, ni siquiera una mota

una burbuja, una burbuja que había estallado.

Pero estaban las amenazas a la familia. Por eso habían pillado a Tam. Joder, estaba claro. Lo mismo con Helen, la manera en que la estaban utilizando. La utilizaban, tío, joder, sin escrúpulos. Todo para que te echaras a temblar, para que te entrara el canguelo y te echaras a temblar. Tenías que pensar, joder, tenías que pensar para salir de ahí. El problema es que la mayoría de la gente no sabe pensar. Incluido Sammy, seamos sinceros, un poco de sinceridad. Muy bien. Subió la música, la puso alta, muy alta. La vecina de al lado era sorda y el de arriba

a la mierda. Bum Bum. El viejo pañuelo se le pegó a la frente. Eso era lo que llevaba, el viejo pañuelo. Era una pieza muy práctica. No sólo para fardar. Sammy solía llevar uno al trabajo, evitaba que el sudor cayera hasta los ojos o se metiera en las orejas; una vez tuvo un curro, dios, fue hace siglos, pero se acordaba bien: en Highgate Hill, en la zona de más pasta, bastante cerca del parque grande; era una casa particular, una reforma; en pleno verano; y ahí estaba la fantasía sobre la joven esposa rica y el currante, pero, mira, resulta que ella no era tan joven, aunque menuda figura tenía, joder, menudo cuerpo. Da igual. Pero era gracioso. Se había estropeado el taladro y tenían que haber acabado aquella parte de la obra hacía diez minutos, así que el gilipollas del capataz le dijo a Sammy y al otro peón que utilizaran una almádena, una almádena y un punzón. Mandó al jefe de obra para que les enseñara. Se trataba de una roca inmensa plantificada en medio del jardín; no se movía y tenían que partirla. Eso pasó justo cuando acababa de separarse de su mujer, así que debía de tener veinticinco o veintiséis años

por entonces. El caso es que el jefe de obra tenía que enseñarles. No era sorprendente que el tipo estuviera desconcertado. Sammy va y le dice: ¿estás de broma o qué? Pero no, no estaba de broma. Sólo desconcertado, pero no de broma. Tenían que hacerlo Sammy y el otro peón, uno con la almádena y el otro sosteniendo el punzón. El jefe quería que ellos eligiesen quién hacía qué, pero Sammy y el otro no se movieron así que tuvo que decidir él. ¡A quién escogeré, a quién! A Sammy se la pelaba a quién eligiera porque ya había decidido que no iba a hacerlo, ni hablar, a tomar por culo; estaba esperando el mejor momento para decírselo al jefe. Pero esperó demasiado y el jefe tuvo una ocurrencia. Lo que hizo fue acercarse al otro tipo y palparle las muñecas, luego hizo lo mismo con Sammy, le clavó el pulgar en las venas y en los tendones y en los huesos, apretando y restregándolos. Sí, muy científico todo. Luego retrocedió con cara seria y le dijo a Sammy que él blandiría la almádena mientras el otro sostenía el punzón. Puto jueguecito con las cartas marcadas, estabas jodido. El otro peón tenía que aguantarse, no tenía escapatoria. Dios. La cara se le puso como un tomate. Pobre desgraciado. Pero dependía de Sammy; era él el que tenía que hablar. Pero no podía, no sabía por qué, pero no pudo. Esperó y siguió esperando. Si le hubiera tocado aguantar el punzón, a la mierda, se habría reído y se habría marchado. Pero ahí estaba, sosteniendo la almádena. El jefe de obra le dio unas clases intensivas, luego le dijo un par de cosas al otro, y al momento desapareció como por arte de magia. Pero sabías que estaba mirándote desde alguna parte. O él o el capataz. O a lo mejor no, cabronazos cobardes, seguramente se habían escondido en la oficina de la obra a esperar los gritos.

Bien, pasó las manos por el mango, arriba y abajo, hizo oscilar la almádena como práctica y reventó algunas piedras por el suelo. Entonces se prepararon, el otro tumbado a lo largo en el suelo, con un viejo guante y un par de harapos alrededor de la muñeca. No temía por su mano sino por su puta cabeza; además Sammy tenía un ojo un poco tonto, y estuvo a punto de decirle que se pusiera un casco, pero no quiso asustarle. Te recordaba el chiste de aquel valiente minero galés, el héroe de su pueblo, en la catástrofe del pozo, el viejo con la cabeza aplastada y la oreja como una coliflor.²⁵ El caso es que Sammy falló o se le fueron por poco el primer par de golpes, y el

tipo soltó el punzón, todo a la vez, pero luego todo fue bastante bien, más o menos, ¡no le dio a la cabeza del otro ni una vez!, aunque tampoco le hizo ni un rasguño a la roca, joder, que era dura como el granito.

Eso fue todo.

Ag, al menos no fue un desastre. Las cosas no fueron especialmente bien pero no hubo ninguna catástrofe. Aunque, tenías que admitirlo, no había salido bien, nada bien. En realidad fue una puta mierda. Sólo tenías que reconocerlo, sólo eso.

Pero puedes resistirte. Sí, puedes. A veces no puedes evitarlo. Sobre todo si has perdido los nervios. Más vale que mantengas el control. Lo que pasa es que no siempre puedes controlar. Aunque quieras, no puedes.

*And there's nothing sort of dying
half as lonesome as the sound
on the sleeping city sidewalks
Sunday morning coming down*

A la puta Inglaterra, tío, allí se iba, definitivamente: a algún sitio como Margate o Southsea, o Scarborough, al puto Bournemouth. Dios bendito.

Estaba agotado, joder; y no puedes dormir. Volvió a la cama.

Se despertó. Alguien estaba toqueteando el buzón. A veces se despertaba temprano, pero esto era ridículo, joder, como si se hubiera acostado hacía sólo diez minutos, joder, qué hora era, coño, esos putos cabrones, palpó buscando la radio y la encendió. Una especie de música de banda militar de metal. Eso significaba que era muy temprano, a esa hora ponían ese tipo de música, en todo el país, tipos que detenían, música de pasmas. Vale. El buzón otra vez, joder, ya estaba bien. Por qué no te dejan en paz, por qué, si te dejaran en paz, pero no, joder, esos cabrones nunca te dejan en paz, sólo problemas, problemas y más problemas, a todas horas, joder. Si supieran que estaba aquí echarían la puerta abajo. Se puso los vaqueros, los calcetines, y las deportivas, pilló el tabaco, el papel y el encendedor; pero se olvidó del dinero. Y ya estaba, la tercera vez tío, era la tercera vez que te veías en éstas, que venían a por ti, demasiado tarde, dios, demasiado tarde, tío, para el juego al que estaba jugando, y que iba a tener que pelear, pelearse con los putos

cabrones, joderlos, con el puto bastón, el bastón, dónde estaba el puto bastón, joder

en el pasillo, vale. Lo que fuera. Tenía el bastón en la mano. Sammy sonrió, sacudió la cabeza, luego expiró, escuchó el sonido cortante y áspero y tosió; los pulmones, cuando te levantas por la mañana, toda esa mierda; tenía el gargajo en la boca, se lo tragó; vale. Estaba en la puerta. Suspiró, respiró hondo y gritó: ¿Quién está ahí?

¡Soy yo!

¿Quién?

¡Soy yo! Ally.

Dios, el puto representante: siguió hablando a través del buzón, soltando un puto rollo; Sammy no se aclaraba y lo interrumpió. ¿Qué coño quieres?, dijo.

Nada, lamento molestarte pero tengo que comprobar un par de cosas y el resto del día lo tengo ocupado. No tardaré mucho, pero es importante, será un momento.

¡Creía que eras de la puta pasma! ¡Me cago en dios! ¡Qué putas horas son éstas! ¡Joder!

Ya, sí, lo siento, es temprano.

¿Qué quieres?

Mira, estuve trabajando hasta muy tarde anoche. En otro caso. Pero el tuyo me venía a la cabeza cada dos por tres. Tengo que aclarar algunas cosas contigo. ¿Puedo entrar?

Mierda... Sammy esperó un momento y luego abrió. ¿Cómo coño conseguiste mi dirección?

Ah, bueno, eso fue fácil.

Sammy esperó un momento, luego cerró y dio una vuelta a la llave. El tipo empezó a soltarle un discurso: la mente es una cosa curiosa, la mía trabaja por las tangentes, en todas direcciones. Incluso cuando estoy delante de las autoridades por un caso, tengo la cabeza en otros. La mujer de la que te había hablado, tengo que representarla esta tarde, pero una parte de mí estará preocupada por otra gente, por ti. No es tan tonto como parece porque su caso es más lógico así que, te lo creas o no, eso significa que tu cabeza puede

distraerse. La mía lo hace. Mira, no hay derecho a apelar en casos como el suyo, así que tienes que buscar argumentos defectuosos que te permitan plantear alguna cuestión de orden formal, lo que llamaríamos un error conceptual; entonces les pides de golpe un aplazamiento. Tienes que concentrarte mucho, pero es el tipo de concentración que te viene sola. Ah, y tienes que firmarme algo.

¿Qué has dicho?

Que quiero que me firmes unos papeles, si no tienes inconveniente.

¿Qué es?

Sólo una formalidad. ¿No tendrás una taza de té?

Sammy apoyó el bastón contra la pared, casi pegado a la puerta, entró en la cocina y puso el hervidor al fuego. No tengo leche.

¿Y limón?

¿Estás de broma o qué?

No, el té con limón aplaca la sed.

¿Qué hora es?

Las cinco y veinte.

Joder.

Creía que eras madrugador.

Puto madrugador. Siéntate en la banqueta y te agradecería que no toques nada.

Nada ¿como qué?

Ya sabes a qué me refiero... Sammy esperó un momento y luego fue al baño.

Cuando volvió, Ally dijo: le mencioné tu caso a mi mujer y surgieron un par de dudas.

¿Hablaste de mí con tu mujer?

Sí, para mí, no sé si para ti, algunas cuestiones es mejor hablarlas con otra persona; así uno se ordena las ideas de una manera más metódica. Además, si tiene que ver con, digamos, con una relación, es mejor ser dos, parece más razonable.

Se oía el agua calentándose. Sammy encontró el hervidor y lo sostuvo por el asa.

Ally dijo: he enjuagado un par de tazas y ya he metido las bolsitas de té. ¿O tú preferías café?

Te dije que no tocaras nada.

No creí que te refirieras a eso. Bueno, el caso, para seguir con lo que estaba diciendo, es que ahora creo que es importante que me hables de tu novia y también del sábado, de cómo se te borró de la memoria. Teóricamente puede parecer insustancial, pero no lo es. Recuerda que cambiaste de opinión sobre lo que dijiste la primera vez que lo contaste en la Seguridad Social. Y, te lo repito, lo que necesitamos es coherencia. Bien, está claro que cuanto más sepa, mejor, porque ellos lo sabrán todo y, como te digo, es inútil que haga nada si ellos saben más que yo; además, puedo utilizar parte de la información en mi presentación, cosas que a lo mejor a ti no te parecen importantes. Ellos intentarán impedirlo porque no son cuestiones médicas, ése será su argumento; pero yo lo haré constar, de una manera u otra. Nos servirá de ayuda. No se trata de un informe, no, pero se parece un poco. Dicho sea de paso, ¿a qué hora vas a ir a beneficencia con el volante?

No iré hasta la tarde.

Bueno, Sammy, ya sabes que a veces es mejor presentarse a primera hora de la mañana. Podría acompañarte si quieres.

No, gracias, Ally; es que tengo cosas que hacer, una buena oferta, pero, gracias... Son cosas personales... Sammy aspiró y tocó el hervidor; estaba a punto. Al cabo de un momento, Ally dijo: ¿te dije el viernes que íbamos a pedir un aplazamiento?

Eh... El agua hervía; buscó las tazas tanteando. ¿Te importa servir?

No, claro.

Sammy se apartó y se lió un cigarrillo. Un aplazamiento, dijo. ¿No hay apelación?

¿Una apelación?, bueno, sí, pero todavía no estamos en esa etapa, eso llegará más tarde. No es un caso como el de la mujer, si estás pensando en eso.

Vale, lo que sea; eres tú el que sabes.

Bien, pues tal como yo lo veo, Sammy, un aplazamiento es el mejor

modo de avanzar.

¿Es una formalidad?

No exactamente, tienes que demostrar una base suficiente. Pero debemos movernos. ¿Has presentado antes alguna reclamación para pedir una indemnización o una pensión por discapacidad?

Eh, yo personalmente no, pero conozco a un tío que sí.

¿Qué pasó?

No lo sé.

¿Era por pérdida de visión?

No.

Mira, quiero decir que si fuera una pérdida directa de lo que podríamos denominar una función objetiva, como de una extremidad o algo así, entonces todo sería más fácil, pero los ojos son otra historia; y también el oído, y hasta el tacto. Hay un grupo de gente que ha estado luchando para que se dé una consideración diferenciada a los sentidos, su propia categoría; formaron una sociedad, buf, hace ya años. Puedes ponerte en contacto con ellos si quieres. Hacen presión en el parlamento y cosas así, consiguen que algunos parlamentarios y consejeros hablen en su nombre, esas cosas. Me parece que una vez firmé una de sus peticiones.

Eh, ¡qué estás haciendo!

Un repentino ruido de tazas, platos y loza. Oyó que se abría el grifo. Ally dijo: se me ocurrió que podía llenarte el fregadero y lavarte un par de platos mientras hablábamos.

No.

¿Ni siquiera mientras hablamos? Hay un montón de cosas por aquí.

No.

¿Seguro?

No quiero que me friegues los platos, Ally, ¿entendido? Puedo fregarlos yo.

Vale, muy bien. Es que, verás, si estoy haciendo algo pienso con más claridad, si hago una actividad física, y no nos queda mucho tiempo: sólo aceptarán un aplazamiento si puedo presentarles nuevas pruebas contundentes.

¿Y?

Y más vale que las encontremos cuanto antes. Y dicho sea de paso, ya que estamos, el papel que tienes que firmar... Como te he dicho, es una formalidad, pero es importante. Sólo dice que tus reclamaciones llegarán hasta el final, cueste lo que cueste. ¿Vale? Ally aspiró.

...

¿Vale?

No.

Bueno, he visto a mucha gente que se ha quedado tirada, y me refiero a los parientes: familias, esposas e hijos. Tú tienes un hijo pequeño, sin ir más lejos.

Tiene quince años.

Y qué, sigue siendo un niño. Estoy siendo claro contigo porque sé que eres un tío directo.

No me mamonees, Ally, ¿qué coño quieres de verdad?

Te gusta que te hablen con franqueza.

¿Qué quieres decir?, joder.

Lo que digo es que es una formalidad; tienes que firmar el documento; sólo para que, en el caso de que ocurriera algo, los trámites sigan adelante, aunque sea póstumamente, así de claro. Y aunque sea tan sencillo hay un montón de gente que no firma, y luego pierden, y no sólo ellos sino también sus seres más queridos. Porque tú tienes que declararlo personalmente, estoy hablando de ti, tienes que declarar ante ellos que quieres que tu reclamación siga adelante pase lo que pase. Me refiero a que no sirve de nada que tus familiares se presenten más tarde y digan que todo prosiga en tu nombre; no funciona así la cosa. ¿Me entiendes? Además, tú eres un luchador, si me permites que te lo diga, así que no quieres que se vayan de rositas, a las autoridades me refiero, quieres que lleguen hasta el final. ¿Me equivoco contigo?

...

¿No te lo dejaron caer en la Seguridad Social?

¿Que no me dejaron caer el qué?

A ver. Mira, según la legislación, no tienen la potestad de aplicar la

discrecionalidad en este tema. Es para no herir sensibilidades, o eso dicen. Es como los médicos, no te cuentan cosas sobre ti mismo para, dicen, no herirte la sensibilidad. Los abogados son igual. Y también la Seguridad Social, ellos tienen la potestad de no informar a la persona si creen que es por su bien, en lo que se refiere a la salud, claro; la ignorancia es una suerte, eso dicen, si le contaran la verdad a la persona la angustiarían, lo que daría lugar a ataques de pánico y a inestabilidad mental, y eso es malo para la sociedad en su conjunto. Piensa que estamos hablando de busca votos. Y no quieren tener mala prensa. A ver, coges uno de los periódicos serios y es ese tipo de cosas lo que lees.

Ally, ¿de qué coño estás hablando?

Estoy hablando de lo que más te conviene por el bien de tu hijo o de tu ex mujer o de tu ex novia; pero la decisión es tuya; tú decides quién recibe lo que te corresponda, en caso de que una o las dos reclamaciones que presentes se te concedan póstumamente. Eso es lo que no te cuentan, por eso la ignorancia no es ninguna suerte: te cuesta pasta. Yo no sé tú, Sammy, pero yo no les dejaría quedarse ni con un penique. Mucha gente dice: a la mierda – perdona la expresión, es una cita–, sólo quieren morir y quitarse de en medio. Pero lo que yo digo es: ¡no!, mantente firme, no te mueras y ya está, apriétales hasta el final, aférrate a la vida, vacía los bolsillos. Porque no son sus bolsillos, Sammy, son los nuestros, así que sólo conseguimos lo que ya es nuestro para dejárselo a nuestros seres queridos.

Joder.

Estoy siendo sincero contigo.

Sammy negó con la cabeza. Levantó la taza de té y dio un sorbo.

Son trámites que hay que cumplir. Es como hacer testamento. Vamos, ya sé que es difícil.

Joder.

¿Te duele el estómago?

Sí.

¿Tienes hernias?

No.

Yo sí, de hiato, si no como a intervalos regulares, se me remueve todo;

además está la historia personal, se supone que tienes que distanciarte de lo personal; eso te dirá cualquier representante. A veces no puedes, y eso es un problema. Fíjate en el caso de la mujer del que te he hablado; llevo siete años con él. Es póstumo. No lo era cuando empecé, claro, ella estaba vivita y coleando. Todos los de su familia fueron muriendo, uno tras otro, y el último pariente que le quedaba vive en Bangladesh, en una aldea, no sé dónde, un anciano. Así que cuando digo que no requiere toda mi concentración no quiere decir que no esté implicado. Emocionalmente lo estoy. Procuero hacer mi trabajo, investigo el caso con lógica. Cuando nos presentemos a la Oficina de Subsidios Públicos el viernes por la mañana me verás trabajando. No estoy alardeando, Sammy, no soy un fanfarrón. Me verás en acción y pensarás: ¿qué clase de cabronazo insensible me está representando? Eso pensarás, y con todo el derecho. Pero no puedo presentarme allí en desventaja. Porque si yo estoy en desventaja, tú lo estás también. Y para ti es peor, porque yo sólo soy tu representante. Me lo dijiste ayer y tenías toda la razón. Y necesito otra firma tuya; es para confirmar que soy tu representante, y para que conste, ante quien pueda interesarle, que voy a recibir un treinta y tres como tres por ciento de la cantidad global de las compensaciones en pago único que pudieran conseguirse con respecto a: uno, la indemnización; y dos, la pensión de discapacidad con carácter retroactivo. Si quieres te lo leo todo en voz alta.

Bueno, sí... Sammy asintió, mientras se pasaba el dedo por el borde de la barba a un lado del cuello; hacía diez días ya, empezaba a notarse velluda en lugar de sólo áspera.

No tenía queja sobre lo que le decía Ally. Le parecía justo. Ninguna queja. No se le ocurría ninguna. Te gustaría tener algún modo de escapar de todo eso, pero no lo encontrabas. Así ponías tus asuntos en orden. Era lo que había que hacer. Incluso podías sonreír. Qué chorrada.

¿Tienes alguna objeción?

Eh, no.

Bien. Mira, a veces, te encuentras con un cliente que la palma antes de llegar al final, y entonces sus familiares se dan la vuelta y dicen: no conocemos a este tipo de nada. ¡Y están refiriéndose al mismo tipo que ha estado trabajando duro para sacar adelante su reclamación! No es justo, y no

está justificado, dicho con todo respeto, no señor. Como te he dicho, puedes pasarte años peleando por un caso y apoquinando todas las facturas; no lo digo en broma; tampoco digo que haya muchas facturas, se trata de una cuestión de principios, y donde hay principios hay dinero, de una forma u otra, ¿no te parece?

Sí, colega, vale, te entiendo.

Bien, Sammy, sabía que me entenderías. Me alegro de que hayas comido el rancho del trullo, eso te da perspectiva, así lo creo yo. No me quejo de la condena que cumplí; en absoluto; para serte sincero, hasta me alegro.

La cagas y cumples tu condena.

Ally se rió. No me digas, de hecho, me metieron en chirona con una acusación falsa. Era inocente.

Ya, bueno, así son las cosas. ¿Quieres otra taza de té?

No, tengo que irme enseguida. Mira dediqué tanto tiempo a mi propio caso que tengo la necesidad de saberlo todo sobre los demás casos.

Suele pasar.

Sí, así es. Pero lo que pasó fue que mi grupo de apoyo familiar se movió mucho por mí en la calle y yo estaba dentro, echando por tierra todo su buen trabajo, dios mío, tendrías que haber visto una declaración que mandé como comunicado de prensa a todos los diarios serios. Estimado señor, decía, o señora, le decía, al director: si quiere saber la verdad, las autoridades están cometiendo un grave error castigando a esta gente inocente. Con todo respeto, decía, sólo sirve para educarlos en los protocolos y procedimientos de las vías judiciales del Estado y eso no puede ser bueno para la sociedad en su conjunto, decía, y bla bla bla. Por entonces yo era un quisquilloso sarcástico. Pero, al mismo tiempo, pensaba en los «busca votos», así que no era tan ingenuo. Aunque sí demasiado prolijo, demasiado rollo, lo de siempre; esforzándome por parecer listo, marcando, Sammy, ¿me entiendes?

Sí.

Es lo que pasa cuando eres joven. Claro que no era tan tonto como para imaginar que me fueran a publicar. Algunos de los que estaban encerrados se ponían como locos porque sus cartas siempre acababan en la trituradora de papel, creían que porque eran inocentes ya bastaba. Ten... Ally cogió la

mano de Sammy, le dio un bolígrafo y la guió al punto donde tenía que firmar. Firma aquí, y luego el otro papel. ¿Vale?, ¿sabes lo que estás firmando?

No te preocupes, Ally, no te preocupes.

Pero, mira, lo que hicieron, sólo para enseñarme quién mandaba, fue que uno de los periódicos publicara mi carta. Y yo había cometido una pifia, había escrito «inozente», así, con zeta; y lo dejaron tal cual. Y luego añadieron, los desgraciados, añadieron un SIC en pequeño al lado. Eso fue lo único que hicieron. Tan facilón. Jo. Ally se rió. Uno paga un montón de pasta por una lección como ésa en la calle. A propósito, ¿sabes qué significa SIC?, ese i ce, ¿eh?

Sí.

Eso fue lo que hicieron. Y, claro, no es que no supiera cómo se escribía «inozente», eso era lo peor, no era más que un error tonto, una especie de errata. Pero eso bastó. Pero te diré algo; me costó lo mío superarlo; ese tipo de historias te debilitan; y más con la edad que tenía. Por si fuera poco, hizo que mi grupo de apoyo se lo pensara mejor.

Espantoso. Sammy dijo: a propósito, ¿esto no necesita testigos?

Informalmente, sí, pero puede presentarse ante un tribunal si conoces el mecanismo. En ese sentido no son como los testamentos... Ally cogió los papeles. Pero personalmente, yo prefiero que los corroboren testigos porque evita problemas, sobre todo en el caso de que se apruebe una nueva legislación. Que es lo que suele pasar; cuando crees que estás al día, zas, te sueltan un montón nuevo de normas y ordenamientos.

Sammy lió un cigarrillo. ¿Seguro que no quieres otra taza?

No, gracias. Sólo un par de preguntas más y me voy. Esta mañana me he levantado muy temprano, tanto da, es primavera, ni los pájaros habían empezado a cantar. Me preocupaba lo que había dicho mi mujer. En cuanto se me abrieron los ojos, me vino a la cabeza, y pensé: sí, ella tiene razón, incluso aunque no importe para la sustancia del caso, tengo que saberlo. Aunque también puedo descartarlo; puede ser que no lo utilicemos, o puede que tampoco lo utilicen ellos, pero aun así, no voy a correr el riesgo. Bien, no sé mucho acerca de la bebida, porque no bebo. Y mi mujer es lo que

llamarías una chica de pueblo así que tampoco está muy al día, aunque se crió en un pueblo pequeño –lo que llamaríamos de campesinos–, y allí hacían su propio licor casero, y, vaya, era fuerte; así que tampoco es que sea una completa ignorante del tema.

¿Y?

Y, bueno, quiero decir que si ella y yo discutimos se entera toda la escalera. Es una mujer ruidosa. Grita.

Helen no, mi novia, ella se calla.

¿Quieres decir que no es habladora?

Exacto.

Umm.

Algunas mujeres no lo son.

Bueno, tampoco tengo mucha experiencia con mujeres, lo reconozco.

Sammy se secó las comisuras de los labios; no sabía por qué pero la barba se le mojaba. Sopló para que prendiera el pitillo liado.

Mira, voy a repasar los obstáculos que peor pintan y por lo que sé por las pruebas es que se insinúa que has alegado que se te ha olvidado el sábado entero.

Eso es.

¿Todo el sábado?

Más o menos, sí. Tenía un par de retazos claros, eso sí; van y vienen, como si te acabaras de despertar. Luego lo olvidas. No me desperté hasta el domingo por la mañana.

Sí, eso lo he leído. A ver, ¿has tenido alguna vez ataques de epilepsia o algo parecido?

No.

¿Nunca?

¿Qué pasa?, ¿es que no me crees?

Sammy, no es una cuestión de creerte o no, hombre.

Vale, pero está claro que no bebes.

¿La Seguridad Social y el departamento de policía aceptaron tus explicaciones?

No les di ninguna explicación, les interesaba más el viernes.

¿Eres alcohólico?

Bebo.

Sí, pero ¿eres alcohólico?

No, creo que no.

Mira, ellos argumentarán que es un factor que contribuye en gran medida a la pérdida de visión, quiero decir que si afecta a tu cerebro también puede afectar a tus ojos, porque tu cerebro controla tus ojos. ¿Has tenido problemas diabéticos?

No.

Mira, todo este tipo de historias médicas, Sammy, si yo y los que se dedican a esto como yo las utilizamos, los que están en el poder las utilizan mil veces más. Tienen los mejores expertos médicos y jurídicos del país, los cerebros más potentes en este negocio, todo lo que el dinero puede comprar; mientras que los que somos como yo y como tú sólo contamos con nosotros mismos. Tú me necesitas para que te eche una mano con los trámites y procedimientos y yo te necesito para que me ayudes con las pruebas personales, médicas o de otro tipo; por si te interesa: el problema con lo tuyo es que sólo puedes verlo desde el interior de tu propio cuerpo, y eso no sirve porque no es susceptible de lo que ellos denominan verificación. Así que es a eso a lo que nos enfrentamos. Da igual, sin tener ni idea sobre la bebida me da la impresión de que no eres alcohólico. Pero eso no tiene por qué favorecerte necesariamente; te ayuda con la causa de la pérdida de la visión, pero va contra ti en otros sentidos, entre ellos la ausencia prolongada de tu novia. Pasa lo mismo con la epilepsia y la diabetes: tu médico no las mencionaría, ninguna autoridad médica lo haría, es el tipo de información que se guardan en la manga. Bien, el que no seas diabético puede ser positivo porque no será la causa de tu ceguera, pero el que no seas epiléptico probablemente sea negativo porque no sirve para justificar el sábado olvidado. No se trata de que sean incompatibles, no señor, pero en tu caso ofrecen una especie de patrón general que indica incoherencia y eso hace que las autoridades se sientan más seguras y estén convencidas de que encontrarán la forma de derrotarte a largo plazo. Y, si se sienten seguras, acabarán contigo de todos modos, aunque no tengan ninguna prueba. Debes

recordar que no son ellos los que tienen que probar nada. Eres tú, porque eres tú el que reclamas. A ellos les basta con decir que te han pillado en un renuncio y eso implica que desestiman tu caso. Son lo que llamaríamos un organismo autónomo, no tienen que rendir cuentas a otras autoridades por encima de ellas, salvo en el caso del presidente que es siempre un funcionario laico del clero. De hecho nos vendría bien que creyeras en el buen dios todopoderoso; no importa en qué dios todopoderoso, ni siquiera que creas en más de uno, en más de algún dios todopoderoso, me refiero.

Eh, Ally, dame un respiro, me duele la cabeza.

Ah, pero tienes que seguir. Es el truco más viejo del manual. Lo que estoy haciendo es para que practiques. Tienes que estar preparado para un maratón mental. Te llenarán el tarro de acertijos y panegíricos y volverán enrevesadas las más simples fórmulas lógicas. Así que tienes que estar a la altura. Por eso quería fregar tus platos, por costumbre, hacer una actividad física ayuda a concentrarse, te marca el ritmo, mantiene los corpúsculos en movimiento, Sammy, hace que lata la sangre, el viejo oxígeno; actividad, actividad. Vamos, me parece que estoy siendo egoísta, tomemos otro té.

Ally se levantó de la banqueta. Además estoy ocupando la única banqueta y tú estás de pie, así que la sangre te baja de la cabeza. ¡No es raro que te cueste tanto!

Sammy oyó que se llenaba el hervidor y se ponía al fuego. Luego el grifo del agua caliente se abrió otra vez.

Siéntate un momento, es culpa mía por haberte despertado tan temprano. Todavía estás cansado, ¿eh?

Mira colega

Luego iremos al salón; un cambio de escenario a veces viene bien para estimular una concentración decaída. Había un viejo que compartió celda conmigo, me enseñó un montón de cosas sobre la mente, sobre cómo mejorarla.

Creía que tenías prisa.

La tenía, pero me he hecho un hueco, voy adelantado; mira, no esperaba haber llegado tan lejos; pero estás aguantando el ritmo, es la vieja experiencia del rancho carcelero que reaparece. Eh, Sammy, ya verás cuando te

encuentres con los peces gordos de la Oficina de Subsidios Públicos. No lo digo de broma, seguro que te lo pasas bien. No es como ir a un tribunal normal. Montan todo un follón para que te sientas a gusto, te dan té y galletas y normalmente se dirigen a ti por tu nombre de pila, lo que es un truco, pero tú les dejas. Y también sonrían mucho. Sobre todo los funcionarios médicos. Los juristas suelen estar más irritados, ya lo notarás por su voz, pero no te preocupes por ellos. Lo que quiero decir es que la atmósfera que se respira no es del todo hostil, no. No encontrarás un solo uniforme en todo el recinto, ni siquiera tienen seguridad de la puerta.

Ya, sí, bueno, mientras los uniformes no hablen no me molestan.

Claro, sí... Ally se rió. Vale, me estabas hablando de tu querida novia y el día perdido, por llamarlo así. ¿Eh?

Sammy suspiró.

Vamos, ya no falta mucho.

No, ya..., mira, algo sí te puedo explicar de la bebida, algo que tiene que ver con que se te olvide todo; si tienes un vacío en la memoria suele significar que le has estado dando fuerte, no sé si me entiendes, que has mamado mucho, vas ciego perdido. Y entonces puedes hacer cualquier cosa, y quiero decir cualquier cosa. Todo es posible. No puedes predecir nada.

¿Cualquier cosa es posible?

Bueno, sí, más o menos.

Umm. Ése es un punto malo. Olvídalo.

Ya, vale, sólo lo decía para que lo supieras.

¿Sabes lo que significan alegato justificado y argumentos manifiestamente infundados, Sammy?

Sólo lo decía para que lo supieras, sólo por eso.

Ya entiendo por qué no se han preocupado por el sábado, es una carta que se guardan. Con todo respeto, en cierto sentido me pregunto por qué se toman tantas molestias contigo. El sentido común dice que no hay razones; ¿por qué se tomarán tantas molestias?, quiero decir que podrían haberte encerrado y luego tirar la llave, ¿me sigues? No pretendo deprimirte.

No me deprimes, no me estás diciendo nada que no sepa ya.

Mira, esto significa que tu novia es doblemente importante. Eso me dijo

mi mujer. Fue lo primero que dijo. Bien, me alegro de que me hayas contado lo del sábado; gracias; algunos se lo habrían guardado. Es un mal punto. Tengo que decirlo, no puede obviarse. Es un punto muy chungo. Quizá podamos superarlo, pero hay que trabajárselo, hay que plantearlo como es debido. Al menos me lo has contado, así que ellos no me pillarán desprevenido. Bien, ¿qué has descubierto de tu novia?

¿A qué te refieres?

¿Has descubierto algo sobre ella?

No, joder, cómo, si no veo, estoy jodido, estoy jodido de verdad; ¡y nadie parece creerme, coño! ¡Me siento como un puto payaso!

Ten, se te había caído el cigarrillo...

Sammy extendió la mano. Sacó el encendedor. Tenía los hombros rígidos. El pitillo estaba mojado.

Recuerda lo que te he dicho sobre el lenguaje que usas, Sammy, más vale que lo vigiles, ¿eh? Bien, a ver, ¿me has dicho que era normal que ella desapareciera a veces?

¿Qué?... no, no es normal para nada, tío, de qué coño estás hablando, no era normal, eso es lo que te he dicho. Ella se va un par de días de vez en cuando; ve a su familia y todo eso, pero ya está; así que aunque..., me refiero a que aunque sea, joder, aunque sea una mujer y todo eso... ella no. Sammy negó con la cabeza, se llevó el pitillo a los labios pero todavía estaba húmedo, así que se lo quitó.

¿Quieres decir que estás preocupado por ella?

Joder, claro que estoy preocupado por ella.

Vale... vale... umm.

Sammy aspiró. Empezó a liarse un nuevo pitillo. Dijo: ¿por qué te metieron en el trullo, Ally?, por curiosidad.

Por papeleo.

¿Y eso qué quiere decir?

Pues eso, papeleo.

No es una respuesta.

Bueno, si quieres enterarte de lo que pasó de verdad, te dejaré echar un vistazo a mi expediente.

Sí, bien, no me importaría.

Bueno, y sobre el sábado perdido...

¿Qué pasa?

A ver si nos aclaramos: no me importa qué detalles tenga la Oficina de Subsidios Públicos en tanto que los nuestros no se contradigan, ¿me sigues?

No, la verdad es que no.

Mira, si a los chicos del departamento les da por comprobar detalles sobre el sábado y pretenden descubrir algo, no quiero verme en una situación en la que lo único que pueda decir es: lo siento, su señoría, pero el caballero no se acuerda de nada de lo que pasó ese sábado, no señor, pero quiere decir que todo es posible y que pudo hacer cualquier cosa. ¿Eh? Mira, confío en ti y ni por un segundo creo que le haya pasado nada malo a tu novia, o, si le ha pasado, no creo que seas responsable.

...

Te lo digo sinceramente, Sammy, de verdad. Espero que me creas.

¿Quién te dijo que habíamos tenido una bronca?, ¿quién te lo dijo?

Hice mis propias pesquisas.

¿Con quién?

Con mis fuentes.

¿Te refieres a la poli?

Ally se rió.

Sammy se encogió de hombros: responde la pregunta.

No seas tonto.

Soy tonto del culo.

Oh, hombre de poca fe.

Quiero decir que si trabajas para ellos, no pasa nada, no me preocupa, ¿me entiendes?, estoy acostumbrado, el único problema es que, si trabajas para ellos, si me entero de que trabajas para ellos, te partiré la crisma.

El problema de todo esto es que nos hace perder mucho tiempo.

Sammy sonrió. No tienes miedo.

¿De qué debería tenerlo?

...

A propósito, no me dijiste que había política de por medio, no señor.

No la hay.

Ally suspiró.

No, a no ser que te refieras a un tío que conocía.

Bueno, pues ellos están hablando de eso.

Sammy aspiró. No me pareció que fuera importante, que tuviera nada que ver con que yo presentara la reclamación.

Soy yo el que reclama por ti.

Mira, me encontré con un par de colegas cuando estaba en el pub, y resultó que los pasmas seguían a uno de ellos. Ahora dicen que era un viejo amigo mío. No me acuerdo de habérmelo encontrado; pero ellos dicen que sí.

¿Cualquier cosa es posible?

Ally..., tranqui.

Bueno, si estás hablando de Charlie Barr, porque estás hablando de él, ¿no?

Son ellos los que dan el nombre, no yo.

¿Sois camaradas?, ¿amigos íntimos?, ¿qué?

Nos conocimos de chavales, por nuestros padres, ellos eran colegas, iban del mismo palo.

¿Políticamente?

Políticamente o lo que fuera, no lo sé, estaban en el mismo sindicato, yo era niño.

¿Te sorprendió saber que lo estaban vigilando?

¿Y a ti?

¿Puedes ponerte en contacto con él?

Supongo que, si quisiera, alguna forma encontraría, pero no quiero; no hay ninguna razón.

¿Ni siquiera avisarle de que le están vigilando?

Sammy sonrió.

¿Te importaría que me pusiera yo en contacto con él?

Mientras no tenga que ver ni media mierda conmigo.

¿Hay micrófonos aquí?

Seguramente.

No quiero parecer borde, pero, ¿no serás paranoico?

A lo mejor.

Bueno, ¿y cuándo vas a ir a inscribirte en beneficencia?

Eso es asunto mío. Más tarde.

Pero irás, ¿no?

Claro.

Porque si no vas la cosa se pondrá fea para ti. No podemos permitirnos más incoherencias, ¿me sigues?

Te sigo.

Es una suerte que me tengas como representante, Sammy, porque tienes muy mal genio y él médico te calificó de tipo irritable, al menos de cara a las autoridades.

¿Es eso verdad?

Sí. Son ellos los que clasifican a la gente. Mira, yo puedo entrar en el tribunal y presentar un alegato basado en principios generales de acción y comportamiento y todo eso, basarme en cómo podemos esperar que funcionen ciertas cosas en lo que, se nos dice, es un modo eficiente y aceptable. Todo eso sé hacerlo, no me supone ningún problema. El problema es que así no llegas muy lejos, ni siquiera si ganas –lo cual es muy raro–, porque ganas con supuestos falsos: ganas y no deberías haber ganado. Algunos se dan por contentos porque es una victoria, pero lo que significa es que las autoridades han sido indolentes, y eso no es una buena señal. Incluso puede dar lugar a diferencias entre ellas y eso puede derivar en consecuencias nefastas para nosotros. Podrías pensar que nos conviene, pero no es así. Los vuelve más cautelosos en causas futuras. Más vale adormecerlos con una falsa sensación de seguridad. Otra forma de enfocarlo es que base el caso en circunstancias excepcionales, pero sólo puedo hacerlo si conozco esas circunstancias. Lo que me ocultas puede que no sea importante, pero el hecho de que me lo ocultes hace que sea imposible demostrarlo. Aunque, todo sea dicho, no me gusta plantear los casos basándome en circunstancias excepcionales; cada caso es único a su modo, así que más vale intentar demostrar que es general, y, no me refiero a los principios. Lo que digo es que si ganas presentando lo que no es excepcional tienes una oportunidad de establecer lo general, ése es tu objetivo.

Sammy sonrió.

Más te valdría tomártelo en serio ahora, Sammy, estamos demasiado metidos en esto para portarnos como niños, mejor dicho, tú estás demasiado metido en esto.

¿Y crees que me importa media mierda?, ¿eh?

Ah, sobre la política, hay algo más, lo que llamaríamos una variable, uno no puede prever cómo reaccionarán los jueces. Nos van mejor las cuestiones con sustancia. La política puede hacer que tiren a la basura el manual de normas, sobre todo si encuentran una forma de utilizar la palabra «violencia», y no se van a molestar en buscar matices. Tienes que entender que la ley no está para que se le aplique a ellos, sino a nosotros, son ellos los que la redactan.

No me interesa.

Al menos que tengamos claro lo básico. No nos conviene que te engañes convenciéndote de que no sabes nada y confiando que así saldrás adelante. Incluso si no supieras nada, no puedes depender de eso. Con todo respeto, y discúlpame, pero ése es un error en el que cae mucha gente. Permanecen en la ignorancia voluntaria por la remota posibilidad de que eso les evite problemas. Tú has comido el rancho de la cárcel así que se supone que eres un hombre de mundo. No quiero parecer borde. Mira, creo que si tienes un problema es el que no escuchas. Me he cambiado de sitio mientras estabas ahí y ni siquiera te has dado cuenta. Te lo digo sinceramente y no te lo tomes como algo personal: si no fueras ciego esperaría algo más de ti. Estás discapacitado por la pérdida del sentido de la vista, pero eso le pasa a mucha gente. Pongamos las cartas sobre la mesa: ¿cuánto tiempo hace que estás ciego?

Ally no sabes de qué estás hablando.

Sólo intento ponerme en tu lugar e imaginarme cómo sería. Vale, tienes un problema, pero todos tenemos problemas; algunos más graves que otros, pero es lo que hay, el punto de partida.

Es hora de que te largues, colega, estás jugando, y es irritante, ¿me entiendes?, tu actitud me desquicia, me desquicia.

La vida, Sammy, es una sucesión de saltos y de obstáculos y de lo que

llamaríamos pozos profundos ocultos a la vista. La ceguera, cuando la dominas, es un salto. Antes de que de que la domines es como un pozo. Y ahora ya ha pasado, así que es un salto.

Sammy estaba a punto de sonreír, pero se contuvo. Dijo: ¿para qué me estás pinchando?

No te estoy pinchando, lo que pasa es que a veces me enfadas, eres un resentido.

Sammy sonrió.

Entiéndeme. Bueno... supongo que me desquicia, y eso no es malo porque me espabila. Al menos no eres penoso. Muchos de mis clientes lo son, con todo respeto para ellos, no quiero parecer borde, sólo digo lo que hay, y penosos es la única palabra que los describe. Mira, no me afectan los suicidios ni las muertes tempranas inexplicables, sólo me enfadan más de lo que podrías imaginar; para empezar causan rupturas en casa, en la mía y en las tuyas. Bueno, ¿tienes una cámara?, ¿eh?, ¿no? Quítate el jersey un momento, ¿eh? ¿Has visto alguna vez las tasas de suicidio de la gente irritable? Sammy, no es el momento para esa actitud, sólo quiero ver los daños. Dijiste que te habían dado una paliza, así que enséñame lo que quede de las pruebas.

Sammy asintió y se levantó el jersey.

Te acostumbras a las discusiones, murmuró Ally, y te olvidas de fijarte en la persona; yo puedo ser tan malo como ellos. ¿Utilizó la expresión «magulladuras moderadamente graves»? me refiero al médico.

No.

¿Qué tal respiras?, ¿te cuesta?

Sí.

¿Has tenido alguna molestia en el pecho?, ¿problemas con los pulmones?, me refiero al pasado.

A veces.

¿Te preguntó el médico algo al respecto?

No me acuerdo.

¿Te preguntó sobre tu historia laboral?

No.

¿Ni sobre con qué sustancias habías trabajado?

No.

¿Comprobó si tenías costillas rotas?

No lo sé.

¿Y tú?

Un poco.

¿Y la espalda?

No.

Voy a tocarte las costillas así que no te sobresaltes si notas mi mano fría.

Sammy respiró hondo.

Respira normalmente..., si te duele al tocar dímelo.

Un poco, un poco sí.

Umm. ¿El médico utilizó el estetoscopio?

Sí, me parece que sí.

¿Has tenido periquitos alguna vez?

¿Cómo?

Se conoce como razonamiento formal, Sammy. Sigue respirando con normalidad. ¿Con cuántas almohadas duermes?

Depende, si está Helen, a ella le gusta con dos, pero yo sólo uso una.

¿Duermes con la ventana abierta?

A veces.

Mira, Logan es un bribón difícil. Ya te lo había dicho. Recuerda que tenía tu historial médico delante, así que conocería tus rayos X al dedillo, además de tus analíticas hepáticas. ¿Has tenido neumonía o tuberculosis?

No, me parece que no.

Mira, hay un posible riesgo de cicatrización y eso podría suponer una reclamación futura, no me refiero a tus ojos, sino a tus pulmones si se vuelven fibróticos. Es astuto y malintencionado, Logan no quería correr ningún riesgo. Por eso te hizo perder los nervios, para añadir más puntos en tu cuadro de ansiedad aguda. La gente irritable es un peligro para su propia respiración, ¿lo sabías, Sammy? Aunque, bueno, no importa, aunque claro... umm, bueno, está bien. ¿Trabajabas en la construcción, Sammy?

Sí.

Dicho lo cual, también tiene sus defectos –Logan me refiero–, por eso sigue trabajando en Salud y Bienestar para los Servicios Comunitarios, porque un trabajo así no es vocacional, salvo quizá en el caso de los jóvenes que acaban de salir de una escuela de instrucción del gobierno. Ally se rió: me refiero a la universidad. Mira, un pariente lejano de mi mujer es médico; por lo que sé es una buena persona; últimamente no hablamos mucho, está desesperado por medrar y nosotros no somos nadie. En una época me dejaba libros, pero ahora estamos a lados opuestos de la barrera. ¿Y tus riñones?, ¿bien?

Sammy se encogió de hombros.

Bueno, lo sabrías si no lo estuvieran. Muy bien, con esto basta por el momento; anda, acuéstate.

Sabes hacer tu trabajo, ¿eh?

Ally suspiró. Bueno, dilo mejor así: si no supiera no querrías que te representara; no hay nada peor que tener a un tipo trabajando para ti que sabe menos que tú. Bueno, ahora necesitamos una cámara, y me alegra decirlo porque todavía hay un montón de pruebas visibles. Quería traerla esta mañana, pero se me olvidó, tendrá que ser por la noche, ¡así que nada de irte por ahí a echar un trago!

...

Sammy no pierdas tu sentido del humor. No podré venir antes. Hoy tengo una noche movida en el Ayuntamiento, casi tan movida como un jueves; hay una legislación completamente nueva; sacan de todo; además está lleno de mangantes, soplones y secretas –hay de todo– y hay que andarse con mil ojos. Pero de un modo u otro te haré la foto: si no puedo venir yo ya enviaré a alguien.

Eh

Ése es el problema con las pruebas superficiales, desaparecen. ¿Por qué crees que el médico te recetó crema de día?

Sí, eh

Por eso, si no puedo venir, tendré que mandar a alguien. Pero, no te preocupes, será de confianza.

Sammy se encogió de hombros.

Pon al mal tiempo buena cara. No podemos utilizar un equipo radiológico completo, lo siento.

Sammy asintió.

Era un chiste.

Ah...

Bueno, me voy.

Eh

Una última pregunta antes de irme y no te lo tomes como algo personal: ¿crees que volverá?, tu novia, me refiero.

Sí.

¿Por qué?

Porque.

Porque ¿qué?

Porque nada.

Muy bien, Sammy, supongo que eso es aceptable en las relaciones, la única situación en la que todo es posible. Entiéndeme, no soy un milagrero ni un adivino, no tengo una bola de cristal y no saco conejos del sombrero.

...

Bueno, ahora tengo que ir a trabajar de verdad. Estoy en la puerta.

Sammy frunció el ceño, apretó los puños, luego se relajó y se levantó de la banqueta.

Estoy en la puerta.

Sammy se dio la vuelta.

Ya salgo solo.

Sammy avanzaba a tientas, buscando la puerta. Oyó que Ally giraba dos veces la llave y se abrió la puerta de la calle.

Nos vemos, ¡hasta luego!

Espera un momento...

No tengo tiempo.

Se cerró la puerta. Sammy llegó y se quedó al lado. Empezó a jugar con los pelos de su barbilla, luego volvió a la cocina. Levantó el hervidor para echar más agua, pero todavía quedaba y aún se mantenía caliente. Los platos limpios estaban apilados en el escurridor, y también las ollas, los

cuchillos y los tenedores. Era una ayuda.

Quedaban otras cosas por hacer, claro. Pero estaba cansado. Otro café, tal vez. Cerrar la puerta con dos vueltas. Lo hizo inmediatamente. Luego se puso al lado del fregadero, esperando a que hirviera el agua. Ally estaría saliendo del edificio en ese momento, atajaría por la plaza de cemento, pasaría por delante de las tiendas y luego se iría a alguna parte, a alguna parte. Te preguntabas adónde. A qué lugar iría.

El agua hervía. Preparó la taza de café, fue al salón y se sentó en el sofá. Estuvo sentado un buen rato antes de acordarse de que podía encender la radio o poner el casete, pero en el mismo momento que se acordó, la idea se le fue de la cabeza; más tarde volvió a acordarse, pero sin darse cuenta ya había encendido la televisión. A los pocos minutos la apagó y se sentó con los párpados cerrados. Podía haberse acostado un par de horas, iba a ser un día muy largo y necesitaba todas sus fuerzas. También podía echar un sueñecito ahora mismo, en el sofá; se estaba bien ahí, cómodo; y el silencio ayudaba, no se oía ni el tictac de un reloj; no tenía sentido darle cuerda al suyo; a no ser que se le ocurriera alguna forma de contar los tictacs, del primero al último, era inútil, todos sonaban igual, no servía de nada, era una estupidez, y también deprimente porque sólo te recordaba la situación en la que te encontrabas, cómo estabas, quiero decir que si no hubiera sido por el zumbido en los oídos no habría ningún sonido, bien podrías ser un torso despojado, un tronco; imagínatelo: la mayor preocupación sería el papeo, metértelo en el cuerpo; además de las otras funciones corporales, las abluciones, tu aseo; porque todavía tendrías que cagar y eso era un problema; ¿qué harías en una situación como ésa?, tendrías que utilizar pañales; pero, si no tenías manos, cómo ibas a ponértelos; significaría que tendrías que volver a depender de otras personas; además para el papeo también dependerías de que te lo dieran otros, a lo mejor te obligaban a ser un mendigo, te daban un puesto delante de una pescadería de fritangas; sólo sería este cuerpo, este torso, moviéndose en un carrito como aquella anciana mendiga que vio una vez arrastrándose por la calle, impulsándose, palmeando el suelo con las manos para que las ruedas avanzaran; de lo único que tendrías que preocuparte sería de mantenerte con vida; salvo por tu cabeza, eso sí sería una

molestia porque seguiría en su sitio y te obligaría a pensar, antes que nada a pensar en el estado en el que te encontrabas, así que acabarías buscando formas de morir, pero eso también sería un problema porque no podrías hacer nada salvo, a lo mejor, tirarte rodando a la calle principal para que te atropellara un autobús, o dejarte morir de hambre, o dejar de respirar como aquel tipo de una historia que había leído Sammy o a lo mejor había sido algún tío del trullo, sí, uno del trullo, que consiguió dejar de respirar y, joder, se acabó; así que incluso siendo un simple tronco humano podías apañártelas para matarte, si querías, encontrarías la forma, formas que sólo conocería gente que se encontrara en esas circunstancias excepcionales. Las personas normales no las conocerían simplemente porque no las conocerían, las circunstancias, nadie las conocería, salvo tú mismo y los otros, que habríais formado vuestra sociedad de apoyo mutuo, y con ellos conseguirías ayuda para grupos de presión, de los parlamentarios o quien coño fuera, de los famosos. Nadie sabría lo que podrías hacer, salvo tú mismo y los que fueran como tú, los discapacitados totales; aunque no seríais discapacitados totales porque entonces estaríais muertos, así que tendrían que ser los discapacitados casi totales; sí, todos os reuniríais en vuestro local, mejorarías vuestras condiciones de vida, vuestra calidad de vida, mandaríais peticiones al parlamento y al ayuntamiento y hasta un representante a Bruselas, aunque tendríais que enviar a un torso, pero si no podíais hablar ni ver cómo ibais a exponer vuestras necesidades a los delegados extranjeros si estabais así de jodidos, incluso para mantener las discusiones entre los miembros del grupo, sería una putada, ni siquiera sabríais si los demás estaban allí, a no ser que escucharais los ruidos; ruidos de roces y respiraciones, de husmeos y murmullos, estornudos y toses, que no podríais oír si fuerais sordos, necesitaríais gente que escuchara y tradujera, que os representara, que representara vuestros intereses, pero no podríais explicarles cuáles eran vuestros intereses así que tendrían que adivinarlos, lo que quisierais, si es que queríais algo, tendrían que adivinarlo.

Le pareció que oía algo. Era posible. En cualquier caso iba a salir, tenía que hacerlo. La pasta. No importaba, tenía que arriesgarse a salir, a que le jodieran, sino le derrotarían, porque estaba acorralado, ya estaba rodeado; ya

había pasado; era una cuestión de cuándo, de cuándo lo hacía, de cuándo salía, porque tenía que largarse, no había más. Haría una maleta con lo que pudiera. Y las camisas; algunas. Llenaría la maleta. Luego el bastón, necesitaba una mano libre para sostenerlo. Pero estaba cansado; sí, cansado. ¿Cómo podía estar tan cansado?, pero lo estaba, era lo único que sentía, cansancio, y el cansancio te inundaba la cabeza, la mente, se apoderaba de ellas. Y era tarde, eso no ayudaba, dios, eso no ayudaba, creías que sí, pero no, en realidad no, cuando te pasa, si no estás a la altura, si estás cansado y hecho polvo, sin fuerzas

incluso entonces

lo gracioso, y nada más importa, lo gracioso es que sigues jodiéndolo todo, eso todavía puedes hacerlo, eso es lo que cuenta, lo bien que te las apañas para cagarla; Helen se había dado cuenta. Sí. Se había dado cuenta. Pero no sólo de cómo lo había jodido todo en el pasado sino también de que iba a cagarla en el futuro, eso era lo que ella había entendido. Lo había visto tan claro como la nariz en tu cara, te había calado. Es curioso cómo la gente te cala, todo tipo de gente. Al final, acabas sin tener ningún sitio al que ir

acorralado en una esquina, retenido allí a la vista de todos, y estás agotado, no quieres que te retengan allí, a la vista, joder, tío, pero qué otra te queda, estás en un lío, joder estás hundido en la mierda, no sé si me entiendes, joder, qué vas a hacer, ¿qué coño vas a hacer?, te mueves, joder, te mueves, te pones en marcha, a toda hostia, joder

largarte, a la mierda, tío, ¿me entiendes?, tienes que largarte, fuera, lejos, ya..., porque esta vez estaba jodido de verdad, Sammy, tío, *finito*, ¿*capito*? Bien jodido. No había vuelta atrás. Ni posibilidad de quedarse colgado esperando a ver qué pasaba, a ver si ella volvía a casa, joder, qué sentido tenía eso, tío, ninguno, se mirara por donde se mirase, se acaba el dinero y la última carta de la baraja ya está repartida; ve paso a paso, aunque sea inútil, hasta el último detalle, aunque sea inútil, porque esta vez la has cagado de verdad, te lo has jugado todo a la última carta, le han dado la vuelta y está ahí, joder, está ahí, y la suerte está echada así que jódete, tío, y recoge tu mano, todo lo que tienes está a la visa, *capito*, a la vista de todos, tío, así que recoge, estás fuera de la partida, ¿vale? Vale.

El bueno de Jackie.

This time could be the last time 26

La ventana. Sammy la abrió. Respiró hondo. Viento y lluvia a cántaros. No era el mejor tiempo para salir a la calle. Pero sigues cagándola, tío, sigues cagándola. Eso es lo que haces. ¿Qué otra cosa vas a hacer?, tío, ¿me entiendes?, ¿qué otra cosa vas a hacer?, a la mierda las tasas y las estadísticas de suicidios, Sammy nunca fue un cabronazo irritable, eso, para empezar. ¿Sabes qué le apetecía? Una lata de *superlager* de mierda. Sí, joder. Estaba seco, seco. ¿Sabes qué quiere decir eso, joder, sabes qué quiere decir?, que estaba sediento. A la mierda el café, a la mierda el té y a la mierda la puta leche si es que tienes la puta suerte de tener aunque sea una mierda de toda esa mierda, ya me entiendes. Además no tenía tabaco.

Era verdad. Cogió el paquete y palpó el interior; apenas le daba para un pitillo. Así que tendría que salir y comprar más, otra media onza. Había decidido que dejaría de fumar, pero ahora no era el momento, ya lo dejaría cuando tuviera la cabeza clara, cuando estuviera subido al autocar, entonces tiraría la última colilla por la ventana. Porque la próxima vez que saliera de casa, lo haría, sí, se largaría a toda hostia. Ya estaba. Así que bien, ya lo había sacado. Los rollos se habían acabado. Tomas tu decisión, la que sea, lo que quieras decidir, lo que vas a hacer, lo que hayas decidido hacer

Sammy soltó un extraño gruñido, se metió los dedos en las orejas, puso las piernas sobre el sofá y se desperezó.

Pero una cosa: ellos la encontrarían, la encontrarían ahora. Ahora que se habían puesto en marcha la encontrarían. Y eso tenía que ser bueno. Al menos él se enteraría de lo que pasaba. De cualquier misterio, si es que había alguno..., quiero decir que ése es el puto trabajo de los pasmas, tío, resolver putos misterios.

Un tintineo. Parecía el buzón. Alguien estaba husmeando en el buzón; seguramente un pasma, o un puto yonqui descerebrado.

Sammy sonrió, se incorporó un poco y dijo: ¡Hola, puto gilipollas! ¿Cómo estás esta espléndida mañana tan temprano?, ¿ya cantan tus pajaritos?

Se rió. Luego se puso de lado, de cara al respaldo del sofá, con la cabeza apoyada en el brazo. Más que una carcajada fue una risita, bueno, la verdad es que ni se pareció a una risa; ni siquiera a una risa entre dientes, más bien fue un lloriqueo; en eso se había quedado, tío, en un lloricas. A la mierda. Al menos estaba vivo, vivo. Podía hacer lo que quisiera. Siempre que fuera pronto. Pero pronto significaba que tenía que planearlo bien, no tenía sentido embestir con la cabeza gacha.

Así que vale, las cosas no iban muy bien, estaba claro, pero, a ver, lo único que puedes hacer es seguir adelante, seguir. Estaban los Servicios Comunitarios; en cualquier momento le avisarían para volver a una obra; le harían subir con el material a algún puto andamio, empujando una carretilla, le harían recorrer los tablones, sucios cabrones, todo vale en el amor y en la guerra. Porque mientras el caso estuviera en trámites, él tendría que seguir currando como si estuviera capacitado, sano. Al menos, hasta que lo inscribieran de nuevo. Porque no lo reinscribirían como discapacitado, eso equivaldría a reconocer su estado. Así que estaba ahí, dando tumbos en una puta obra, no, ¡estás de broma! Tipos como Ally, te hacían sonreír, sí, daban risa; Sammy los conocía hacía mucho, dentro y fuera del trullo. Síguelos la corriente y luego cárgatelos, ése era el lema; recibes tu parte mientras todo va bien. Picapleitos que se las saben todas. Putos idiotas, tío, entiéndeme, es una broma. Vale, Sammy no se creía más listo, sólo que tenía otra experiencia. Esos cabrones optimistas.

Paredes de ladrillo, de ladrillo.

Sammy tendrías que haberte hecho albañil. Claro que sí, no le hubiera molestado. ¡Tendrías que haber visto a algunos de los tíos con los que había currado!

A lo mejor, si se le aclaraba la vista. Si llegara a Inglaterra. Y relájate, deja que el cuerpo se cure. Si pudiera reunir algunos papeles. Con unas libras le bastaría. Tenía algunos negocietes pendientes, podía hacerlo, con sólo unos cuantos chelines, si los recibiera por adelantado, necesitaba ese dinero por adelantado, por eso tenía que llevarse las camisas; por eso el memo de Tam..., sin querer ofender al tipo, pero, joder, cómo podía ser tan gilipollas. Vale. Había cosas

que se te iban de la cabeza. ¿Adónde iban? Un mundo entero de ideas y sueños perdidos y
y quién sabe qué.

Lo mucho que te agobian, joder, todos sus putos trámites y procedimientos, pensados para dejarte sin respiración, para obligarte a parar en seco: no puedes ir por ahí ni tampoco puedes respirar, no puedes abrir la boca; tienes que mantenerte en la fila y ni se te ocurra mover un músculo: quédate ahí quieto, joder, hasta que se te diga. Eh, tú, ya te avisaré de cuando puedes moverte; y que no te vea respirar, puto muerto de hambre, tenías treinta segundos y ya has gastado veinte

Helen no sabía. Creía saber pero no, no sabía. Era como Ally. Ahí lo tienes: ella no pensaba como su chico, pensaba como el tipo que iba a representarlo, ¿me entiendes?, ahí estaba el chiste, ella pensaba como el representante de Sammy, pero no como Sammy, como Sammy en persona.

Es gracioso lo que uno tiene que confesarse, lo que tienes que admitir: que todos pensaban que eras estúpido. Sí, lo pensaban. No importaba que fuera él quien estaba curtido por la experiencia, a ojos de los demás era un pobre memo. Un buen tipo. Te animaba. Cuando tenías un bajón, te animaba, todos pensaban que eras un puto idiota. Pues vale. Pero si Jackie Milligan entrara por la puerta en ese instante y dijera: ¿quieres ganarte unas libras? Sammy iría, claro, colega, faltaba más, está tirado, donde quieras, al norte al sur al este o al oeste, ¿qué más da?, Sammy iría, no tengas miedo: a la mierda, que les den, que les den a todos. ¿Me queréis vivo?, pues venid a por mí.

Dobló las muñecas, le dolían las articulaciones de ambas. Ojalá pudiera vérselas. A lo mejor se había dormido encima de ellas. Tendrían todavía marcas rojizas. Ni siquiera podías ver tu propio cuerpo. La última vez que lo había visto

Dios, ¿cuándo había sido?, ni se acordaba. Tampoco importaba. Lo que importaba era que ahora no podía ver. Se levantó y puso una cinta.

El bueno de George Jones; qué más daba, que te jodan.

Pero la verdad era que la última vez que se había visto fue antes de que Helen se fuera, antes de salir a mangar las chaquetas de cuero. De hecho, la

última vez que se había visto fue en uno de esos espejos de cuerpo entero en la puta tienda de ropa. Ahí lo tienes tío: poesía en movimiento.

¿Y el Piernas?, todavía debía de estar en chirona. Ellos no tenían motivos para soltarlo, así que no lo soltarían; seguiría dentro, preguntándose qué coño había pasado. Sammy, eso era lo que le había pasado. Al menos, con esa mierda le llenarían la cabeza. Vale. Ag, no era justo, ya me entiendes, el bueno del Piernas era inofensivo.

Lo que faltaba era confianza. Eso era lo malo. Irritante. Tam conocía a Sammy desde hacía mucho tiempo, más que suficiente para que confiara en él. La confianza debía darse por sentada. Si él hubiera podido pasarle la información se la habría pasado, y punto; al Piernas no hacía falta contarle nada. Pero ya estaba: Tam movía mercancías. A veces debías tener en cuenta cosas como ésas, la mentalidad. Era algo sobre lo que Sammy había pensado antes; traficantes y ladrones, tú eliges.

A la mierda, todo eso era basura. Tam era un buen tío.

Divide y vencerás, buena verdad. Era como lo de Charlie, había estado pensando en él, cabreándose con él, como si él tuviera algo que ver. Y no lo tenía. En absoluto. Todo era culpa suya, todo había sido obra del propio Sammy; todo, hasta el último puto detalle, tío, ya me entiendes, era obra de Sammy, del propio Sammy, tío, todo dependía de él y de nadie más, toda esta puta mierda, joder, era suya, sólo suya.

Sammy sacudió la cabeza y se rió. Era asombroso cómo te dominaba, ahí sentado, solo, lo mucho que podías cabrearte.

Pero era muy cierto eso de que acababas culpando a todos salvo a los que deberías culpar. Y era algo intencionado; los pasmas sabían lo que se hacían, sabían que te estaban empujando a ese estado, eran maniobras premeditadas, ya me entiendes, esos cabronazos, nada tenía que ver con Charlie. Tienes que quitártelo de la cabeza. Si Charlie hubiera pensado que tenía que contarle algo a Sammy se lo habría contado. Tan sencillo como eso.

Esto era asunto de Sammy. Juegas tu propia mano. Las cartas te llegan y calculas. Observas, tomas notas. La mayoría de las veces te joden. Casi siempre

por no decir siempre

Pero unas pocas veces no te dan por culo, y son esas veces las que buscas. Ésta era una de ellas. Te hacían sentir bien; no puedes describirlo, cuando tienes el triunfo guardado en la manga, cuando lo sabes, tío, cuando lo sabes. Nunca subestimes a los contrarios. Los pasmas creían que lo tenían calado, pero no, no era así.

Claro que habría estado bien ver a Helen, sólo para contarle qué pasaba. Le mandaría una carta cuando se hubiera instalado. Entonces todo dependería de ella; podía ir con él o no. Parecía lo justo. Él tendría que ser sincero, contarle toda la verdad y nada más que la verdad. Porque ése era el problema: él no había sabido transmitir el mensaje, le había contado un cuento y había salido mal. Quién sabe cómo piensan las mujeres; él, no. Lo mismo con su ex mujer, un puto desastre. Pero no todo fue culpa suya. La gente intenta pararte, impedirte hacer cosas. No te dejan vivir. Pero tú tienes que vivir. Si no puedes vivir más vale que te mueras. ¿Qué más vas a hacer? No estaría mal que alguien te lo explicara. Que te explicara cómo se supone que debes vivir. Pero eso no te lo explican, joder, no tienen respuestas, tío, no a esa pregunta, a esa puta pregunta, ya me entiendes, no hay más respuesta que largos silencios, eso es lo que consigues, largos silencios. Cómo no vivir. Eso es lo único que te dicen. A la mierda, todos. El resumen es: dependes de ti, estás solo. Sí, bueno, Sammy estaba acostumbrado, joder, claro que estaba acostumbrado. Algunas cosas no cambian. Nunca.

Eres tú. Ellos no cambian pero tú tienes que cambiar. Ésa es la gracia. Está en tus manos. Pues muy bien. Muy bien.

*Loneliness surrounds me
without your arms around me 27*

Cuando todos se han ido y te has quedado solo. En eso piensas, cuando todos se han ido y te has quedado solo, sin nadie. Lo que pasa entonces es que te mueves.

Pues vale. Era un cabronazo ciego. Muy bien. Es lo que eres, a la mierda, porque, ¿hay algo más?, nada, eso es todo lo que hay, joder. Sammy había llegado a esa etapa. Hacía ya un tiempo. Lo que pasaba era que no se había

dado cuenta. No, hasta ahora. Sonrió. Qué raro era todo, joder. Pero da igual, allá vamos.

Esperaba a que dejara de llover. Se levantó del sofá y se acercó a la ventana para comprobarlo. Chuzos de punta. No había oído la lluvia porque no estaba escuchando; había estado demasiado ocupado, demasiado ensimismado. Además, iba a afeitarse. Eso formaba parte del trato. Aunque se rajara el cuello y muriera en el intento, iba a dejar limpia aquella barbilla. Así, cuando saliera iría con la cabeza alta, un hombre bien afeitado, recién afeitado, como nuevo, calcetines limpios y, me cago en dios, iba a embutirse en una de esas putas camisas nuevas. Se sentía orgulloso. Orgulloso de cojones. Sammy lo dijo en voz alta: estoy orgulloso de cojones, dijo, así que iros a tomar por culo. Fue más un gruñido que unas palabras. Pero eso formaba parte de lo que sentía, de su orgullo. Y, joder, era verdad. Que os den, cabronazos. Era verdad, se sentía orgulloso. ¿De qué se enorgullecía? Dios sabe, tío, pero se sentía orgulloso.

Bueno, aquí estás.

No podía tardar mucho en salir. Lloviera o hiciera sol; no le quedaba otra. Necesitaba cosas; pan, un trozo de queso. Iba a preparar un montón de sándwiches para el camino; tenía que controlar la pasta.

Fue a buscar las deportivas.

Tu vida cambiaba de formas muy extrañas, eso era verdad. Pero así avanzaba. De locos. Incluso tu dinero, ni siquiera sabías cuánto tenías. Todos los billetes estaban mezclados. Así que también debía ocuparse de eso. Al menos tenía algo claro, no volvería a tropezarse con Charlie, ¡porque no podría verle! A menos que Charlie lo viera a él, claro. Vale.

Los tíos como él nunca te pedían ayuda. Eras tú el que tenías que salir del pozo por ti mismo. Tienes las cartas, tío, dales la vuelta. Ése era el tipo de rollo que le soltaba Charlie, con menos palabras.

Zapatos zapatos ¡zapatos!

Cómo cojones vas a ponerte en marcha si no tienes unos jodidos zapatos, tío, joder, dios bendito, esto parece un chiste malo. Son fundamentales, cruciales, si es que de verdad pretendes patear un poco. Mucha gente no te cree cuando se lo cuentas, creen que estás de coña. Pero es la puta verdad, la

verdad verdadera, monda y lironda, puto gilipollas.

No tiene sentido cabrearse con las cosas. Una pinta rápida no vendría mal, estaba seco de verdad. Podía acercarse al Arcadas a tomar una, y de paso hacer un par de llamadas. Todavía no se había olvidado de la fantasmada de vender las camisas. Tam Roberts no era el único que conocía que se dedicaba a eso. Pero era peligroso, no sabías cómo podía acabar. Y en esta etapa de los trámites, su señoría, ya me entiende, la previsibilidad viene bien para mantener la cordura. Así que

así que nada. Además el chico del bar llamaría por él. Pero a lo mejor ni se lo pedía, a lo mejor le mandaba una carta.

No, no llames a nadie y nada de pintas rápidas, concéntrate en pirarte; recogería lo que pudiera y se largaría; y cuanto antes mejor. Así que nada de pintas ni de llamadas; pillas algo de comida, vuelves a casa, haces la bolsa con tus cosas y preparas los sándwiches.

Cogió un bolígrafo y una hoja de cuaderno del cajón de la cocina. Aunque, claro, no podías saber si el bolígrafo funcionaba. Así que cogió un lápiz. Las cosas se ponían raras. Raras, qué mierda de palabra para describir la situación: rara.

Iba a dejarlo todo, todo lo que no le cupiera en una bolsa. El casete y todo lo demás; lo dejaba. Pero no las cintas, éstas las metería por los lados de la bolsa. Tenía más de una bolsa, pero necesitaba una mano libre para el bastón. A no ser que hubiera una que pudiera llevar colgada al hombro. No se acordaba. No se llevaba nada que fuera de Helen. A la mierda. Se marchaba, tío, y se iba por sus propios medios, sin la ayuda de nadie. Controlaba. Nadie más, ni los putos pasmas, tío, nadie, joder, sólo él.

Vale. Se puso la chaqueta y listo. Se metió el bastón bajo el brazo, cerró la puerta con dos vueltas al salir. La mierda del viento, tío, parecía un huracán, y arrastraba la lluvia. Si alguien estaba tan loco para merodear por ahí con el tiempo que hacía, merecía que lo detuvieran. Aunque, qué más daba, si querían detenerle, le detendrían. El viento le empujó hasta delante del ascensor. ¡Y allí había alguien! No pasaba nada. Seguramente era el fantasma bueno que le había sacado del brete junto al campo de petanca. Estos tipos amables no molestan, tío, los que joden son esos cabronazos malvados que

merodean por la escalera todo el tiempo, a éstos hay que evitarlos. Así que adelante. A Sammy le entraron ganas de hablar con quienquiera que fuera, pero no lo hizo. Cuando llegó el ascensor, tanteó con el bastón y subió. La otra persona pulsó el botón. Bajaron y salieron, Sammy se apartó a la izquierda; el otro pasó de largo, luego oyó el ruido de la puerta de cristal al abrirse y le llegó una ráfaga de viento. Esperó un momento, luego se encaminó hacia la puerta, la abrió y salió al instante, sin pararse a pensar, tío, Sammy el temerario, se precipitó de cabeza al torrencial chaparrón, con los hombros encorvados y el cuello de la chaqueta levantado. Pero estaba claro que necesitaba una gorra, aunque no fuera ahora mismo. Joder, llovía a cántaros de verdad, era una pasada, y entonces se metió en un charco; y parecía grande; dio un paso y se paró; seguía dentro del charco. ¿Cómo era de grande? No podía saberlo. Y se iba haciendo más hondo. Joder, si ni siquiera sabías dónde coño estabas.

En serio, el viento y la lluvia parecían embotarle los sentidos. Tal vez había vuelto a cagarla y se había metido por donde no debía, joder, dios, si apenas acababa de salir del edificio. Desplazó los pies hacia un lado; el agua se agitó y le dio la impresión de que le iba a subir hasta los tobillos. Levantó el pie derecho, un ruido de chapoteo, avanzó un par de metros: chof, chof. Una voz gritó desde alguna parte: ¡un tiempo espantoso!, ¿verdad?

Sí, dijo Sammy ante la remota posibilidad de que le estuvieran hablando a él.

Ahora oyó niños por algún sitio, haciendo mucho ruido, parecían correr, gritar y chillar, le dio la impresión de que iban a tropezar con sus piernas, tío, ya te lo imaginabas: ¡críos!, con las cabezas agachadas y abalanzándose sin mirar, como si esperasen que todas las barreras fueran a levantarse sencillamente porque ellos iban a la carga. Agarró el bastón con fuerza por miedo a que alguno de los pequeños cabrones se tropezara con él y se cayera de morros.

Estabas luchando contra algo muy serio, tío, luego, en cuanto te dieran un respiro, tendrías que enfrentarte a los elementos. Al menos había salido del charco. Pero le dolían los brazos; le habría venido bien un descanso, recuperar el aliento, porque, tenía que reconocerlo, estaba reventado. No

había hecho sus ejercicios, ¿cuándo había sido la última vez? Ayer. Vale. A lo mejor se trataba de otra cosa. Sentía calor en las mejillas. Las tenía empapadas pero también acaloradas. ¿Cómo era posible? Pero sentía lo mismo en los hombros. Dios. Le entraron ganas de dejar el bastón en el suelo porque no tenía fuerzas ni para sostener el puto palo.

Pero tenía que hacerlo. Estaba obligado. Joder, tenía que

El bastón golpeó una pared. Bien. Se enjugó el agua de la frente, se sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso. Pero le pesaban, le hacían daño en los bultos de detrás de las orejas. Se las quitó. Ahí, al lado del edificio, tenía cierto cobijo. Sintió hormigueos en los tobillos, joder, ¡qué más podía pasarle! Necesitaba sentarse. Dios. Y ahora volvían los niños. ¿Qué coño hacían con un tiempo como ése? Chillaban. Vocecitas agudas. Se reían de algo. Seguramente del tiempo. Los niños, tío, ellos pueden reírse del tiempo. Sammy se estremeció. Se encontraba mal. Se había apoyado en la pared. No podía quedarse ahí, tenía que caminar. Pero ni gota de fuerzas. ¿Dónde estaba su energía? Puta lluvia. Pero ¿por qué se encontraba tan mal?

Dios, no había más, lluvia, sólo lluvia. ¡Y ahora le dolían los nudillos! ¿Cómo podían dolerle los nudillos? A lo mejor era artritis, por la humedad. Las viejas heridas de guerra. Aquel gancho de izquierda, se había enorgullecido de él, ahí tienes puto gilipollas, echa el hombro atrás, suelta el codo, tío, pégale al cabrón, joder, pégale, justo ahí, en toda la nariz, les jode que les den en la nariz, jódete.

¡El bueno de Sammy! ¿Qué estaba haciendo ahora? Peleándose con un rival imaginario. Apoyó el bastón en la pared y se frotó las manos, las ahuecó y se echó el aliento, tenía frío, un poco de frío.

Vale. Malas rachas. Se habían acabado. Sentía la lluvia en la cara. El estómago gruñía. Eso era. Papeo. Joder, si estaba claro, no había comido. Por eso alucinaba. Claro como el agua. Bueno, ahora no podía pararse a comer. Buscó a tientas el bastón y lo tocó, se le cayó. Estupendo. Se agachó a recogerlo. Lo aferró. Otra vez los niños. Se alegraba de tener el bastón. Algunos de estos pequeños cabrones eran unos salvajes, ya me entiendes, si se daban cuenta de que eras vulnerable y de que llevabas unas libras encima... cuarenta de ellos apaleándote por la espalda. No tendrías ninguna

oportunidad, ni una.

Estaba en la primera tienda, la que quedaba en la otra punta de la manzana, la más alejada de la farmacia, por tanto el súper era la siguiente; seguías andando, palmadas en la pared con la izquierda y golpecitos del bastón con la derecha. La cajera le buscó lo que le pidió. Luego fue al mostrador de comida para llevar y se compró un panecillo y una salchicha. Se los zampó fuera, en la puerta. Tras el último mordisco se puso en marcha. Ahora el viento le daba por la espalda, así que era más fácil. Pero lo primero que tenía que hacer era acostarse. Si no se acostaba la cabeza le estallaría. Conocía las señales. Ni siquiera estabas seguro de que pudieras recorrer la distancia hasta casa. No podías. Creías que sí, pero luego te dabas cuenta de que no. Pero él lo conseguiría, sin la menor duda, iba a tener que arrastrarse pero tanto daba, tío, podría, no le habría venido mal descansar un poco, por poco que fuera, joder, los pulmones, las costillas, estaba jodido, tío, el bueno de Sammy; la verdad, ¿quieres que te diga la verdad?, eh

Zapatos, dijo.

Nadie respondió. A la mierda y gracias. Pero no iba a venirse abajo, así que todo estaba bien. Estuvo a punto de hundirse, pero lo estaba evitando, estaba consiguiendo librarse. Iba calado hasta los huesos y tenía que volver caminando a través del lago Lomond, pero, aparte de eso, nada, quiero decir que no podía quejarse, ¿quién puede quejarse del tiempo?, desde luego, Sammy no, mierda tío: el dios todopoderoso, la autoridad central, está harto de que nos quejemos, nosotros, los seres humanos, está hasta los cojones y no puedes echarle la culpa, quién puede, dale un respiro, ya me entiendes.

Era por el cuerpo, los dolores y el malestar, por eso estos últimos días parecía haberse quedado sin fuerzas, tenía sueño todo el tiempo o ganas de tumbarse en el puto sofá, te daba la impresión de que sólo servías para eso.

El charco. Tendría que atravesarlo como pudiera. Joder con el ángel de la guarda, nunca aparecía cuando lo necesitabas. A lo mejor el médico le había drogado. Tenía ganas de descansar. Lo que quería eran unas vacaciones. Dejó de dar golpecitos con el bastón por delante para buscar la pared. No te preocupes. Eso era lo que quería, tío, unas vacaciones. Una vez fue a España. Y también le apetecía algo de comida casera, podría haberse preparado algo,

el papeo de toda la vida, platos de caldo y cosas así. Se le cayó el bastón, no hizo ningún ruido al golpear el suelo; se agachó inmediatamente para recogerlo; la bolsa de plástico osciló colgada de su muñeca; lo encontró y lo levantó enseguida; lo sostuvo con fuerza y tocó el suelo para probar, pero era el suyo, sin duda, su bastón, su leal bastón, suyo y sólo suyo. Así que siguió adelante. Era de locos; vale, pero no tanto, sólo eran los putos elementos, y éstos siempre estaban ahí, ningún cabrón los controla así que no se trata de que te anden jodiendo intencionadamente.

En el ascensor había dos mujeres que hablaban de un programa de actualidad que habían visto en la tele. Era interesante escucharlas. Sammy había intentado liarse un cigarrillo, pero todo estaba húmedo y no habría podido encendérselo. Además, las mujeres podrían haberse quejado si fumaba en el ascensor. No lo habría soportado. A veces sí puedes, pero no en ese momento. Además no habría tenido razón, y no tiene sentido discutir si no tienes razón.

Las puertas se abrieron. Sammy entró guiándose con el bastón. Una de las mujeres pulsó los botones. Al sexto, dijo Sammy. Se tocó la cabeza, tenía el pelo empapado. Podía haber sido peor. La vida. La vida también podía ir peor. Entonces estornudó. Lo siento, dijo, y estornudó otra vez. Lo siento, repitió, pero sintió que le venía otro estornudo, intentó reprimirlo pero era como si la nariz fuera a reventarle, así que se dejó ir. Lo siento, dijo. Se enjugó la boca y el labio superior con el dorso de la mano. Iba a comprar un paquete de pañuelos de papel pero se me olvidaron.

Qué tormento. Estaba sudando, notaba el sudor por los brazos y en el vello del pecho.

Entonces, cuando el ascensor se detuvo, pasó una cosa curiosa. Una de las mujeres le dijo que era su planta y luego la otra salió delante de él, pero no se despidió de su amiga, y por el modo en que habían hablado él sabía que se conocían. Le pareció curioso. En el rellano, Sammy se paró y se palpó los bolsillos, fingiendo que buscaba algo. Los pasos de la mujer se perdieron cuando dobló la esquina. Sammy apoyó el bastón en la pared, se secó las manos y se lió un cigarrillo. Todo va bien, dijo.

Tras dar una calada empezó a andar, abrió la puerta que daba a la galería,

atravesó rápido el tramo azotado por el viento y metió la llave en la cerradura. Cuando ya estaba en el pasillo tuvo que reprimirse para no gritar Helen, encendió la estufa en el salón y puso las deportivas delante para que se secaran, se frotó el pelo con una toalla, y sopesó el lavarse los pies. O darse otro baño. Cuando has pasado unos días en el trullo te sentías sucio, necesitabas restregarte a fondo cuando te soltaban. Colgó la chaqueta y los pantalones. Era lo mejor cuando estaban mojados; se secaban sin una arruga. Se puso los tejanos.

Vale, ¿ahora qué?

Bien, bien; se le ocurrió que lo que estaba haciendo era prepararse para desaparecer.

Recogió, los calcetines, calzoncillos y camisetas sucios y los tiró a la lavadora. Los blancos y los de color irían juntos; bueno, Helen tampoco estaba ahí para quejarse. Detergente. Detergente en polvo y lavadoras. Encontró el enchufe. Lo encajó en la toma de corriente. Muy bien. Después

a la mierda, después nada, ahora; una taza de té y un trozo de queso. No tenía sentido hacerlo todo, no podía marcharse hasta que se hubiera secado la ropa. Y eso podía llevar horas; quería irse por la noche. Así que utilizaría el tendedero plegable, lo pondría delante de la estufa; y si la ropa estaba todavía húmeda, pues a la mierda, la metería en una bolsa de plástico. Vale. Oyó el ruido de la lavadora. Muy bien, el aparato estaba en marcha. Así que ahora, una taza de té. No, mejor a la cama.

Ahí lo tienes.

Las cosas van por etapas.

La vecina de arriba tenía puesta música que parecía folk, a veces te daba la impresión de que era música de una fiesta, sí parecía que en cualquier momento iba a empezar una canción rebelde, o una danza escocesa, pero no. A lo mejor no era ella. Sí que lo era, lo sabías; incluso reconocías sus pasos a través del techo.

La cama estaba fría. Si Helen hubiera estado acostada a su lado, se habría dado la vuelta y se habría acurrucado, con las rodillas levantadas pegadas a su trasero, rodeándola con sus brazos, con la cara en su nuca, en su pelo, oliéndola, toda calidez, rozándole la piel, calentándose, despacio, sin

esforzarse, con indolencia, casi sin darse cuenta, y ahí estaba abriéndose paso entre sus piernas y moviéndose, y ella se movía un poco; con esa indolencia de domingo por la mañana cuando ninguno de los dos os habéis despertado todavía del todo.

Otra vez los temblores. Se subió las rodillas hasta la barbilla, agarró las mantas. A lo mejor tenía un virus porque empezaba a notar esa otra sensación, la de que el único sitio donde le apetecía estar era ahí, en la cama; y eso solía ser una señal de que habías pillado algo.

Se estiró y se puso boca abajo; la espalda le seguía molestando, en la base de la columna; un par de horas de sueño lo dejarían como nuevo; lo que no quería es que su cabeza hiciera horas extra.

Los viejos ejercicios para dormir, vale:

piensa en los dedos de los pies y ténsalos, ahora relájalos, piensa en las plantas de los pies y ténsalas, ahora relájalas, piensa en los tobillos, ténsalos, ahora relájalos, piensa en los talones y ténsalos, ahora relájalos; piensa en las espinillas y relájalas. Se puso de lado; piensa en las espinillas, piensa en ellas, las espinillas, ténsalas también, y ahora déjate ir, relájalas, y ahora piensa en la parte alta de las espinillas, por debajo de las rodillas, ténsalas también, un puta paja te vendría mejor, pero, no, olvídalo, piensa en tus rodillas, las rodillas, ténsalas, volvió a ponerse boca abajo; ténsalas, tensa las rodillas, relájalas; más valdría que volviera a empezar de nuevo. A la mierda, joder, tío, menuda tontería, puede que a algunos les funcionara pero a él no le servía de nada, de nada; así son las cosas, unas veces ganas y otras pierdes; ningún problema, no pasa nada.

Al final se durmió así que vale, aunque no sé durante cuánto tiempo, pero cuando se despertó seguía hecho polvo, con los párpados pegados; estaba muy cansado, necesitaba dormir una hora más, puede que dos, dos como mucho. No tenía ni idea de qué hora era, pero no podía ser muy tarde. Le vino una idea a la cabeza: como si él fuera el mismo que ayer, que en el pasado octubre. ¿Qué significaba eso?, tenía que significar algo

Y entonces otra vez, santo dios, era la puerta, la puerta le despertó, dios, eso era lo que le había despertado, la puerta, putos cabrones. Sammy se levantó de la cama, se puso los calcetines y buscó a tientas los vaqueros.

No. Imposible. Se recostó en la cama. Sencillamente imposible. Quiero decir que ellos no habían elegido el momento tan intencionadamente; había dormido; joder, había podido dormir; así que no habían elegido bien el momento, los pasmas no eran dios, sólo eran gente, nada más que eso, gente normal; unos putos gilipollas pero personas. Así que, vale, al menos puedes protegerte de los golpes, tío, eso se te permite; no puedes tomar la iniciativa pero al menos puedes protegerte, y a veces protegerte de los golpes significaba que pegabas tú el primero; claro, te veías obligado, no te quedaba otra, tío, tenías que dar. No todo el mundo lo sabía. Se encogió de hombros. Querrías sonreír, pero no hay ninguna razón para hacerlo, sólo está la realidad, así que encárala, ya me entiendes, si no te queda otra opción, es una situación en la que hay que agachar la cabeza. Dios, estaba temblando, temblando. Para, estate quieto. No podía. Sí, sí podía. Se levantó y dio cuatro pasitos infantiles hacia delante, otros cuatro hacia atrás, sólo para coger aire, sólo para respirar, muy bien, luego los vaqueros, se los puso, equilibrándose con una mano en la pared; luego la camiseta. Abrió la puerta de la habitación con un clic y escuchó con atención. No oía una mierda. Pero era un detalle por su parte llamar a la puerta, mejor eso que echarla abajo, simplemente podían haberla tirado y entrar, ya me entiendes. Pero serían cuatro, al menos, era lo normal, cuatro, al menos, sin contar al conductor. Ah, bueno, sí bueno, estaba bien. Pero era algo serio, serio de verdad. Sammy sonrió, aunque sólo un segundo, luego volvió a aguzar el oído. Seguía sin oír nada. A lo mejor se habían largado. Sonrió otra vez. Un comportamiento civilizado, eso de llamar a la puerta, los buenos de los pasmas, mostrando por una vez algo de respeto por la propiedad ajena, tienes que concedérselo. Aspiró. ¿Dónde estaba el puto bastón? En la puerta de la calle, como siempre. Muy bien. Menos mal que lo había pintado; uno tenía que parecer lo que era. Se comprobó la bragueta; vale; vamos, Action Man, allá vamos. Zapatos. A la mierda los zapatos, no había tiempo. Salió de la habitación y oyó ruidos en el buzón, recorrió el pasillo. Tendría que haberse afeitado. No importaba; cogió el bastón. En voz alta dijo: todo les llega a los que saben esperar, putos gilipollas. Se cambió el bastón de mano, lo alzó y lo echó hacia atrás, apoyándoselo en el hombro derecho, hizo girar la llave y al instante dio un

paso atrás, apoyó el peso en el pie derecho y se balanceó un poco, no le dolían los hombros y sólo sentía algo rígidas las rodillas. Al momento, la puerta se abrió con un crujido.

¿Estás bien, Sammy?

Conocía esa voz.

¿Estás bien?, ¿eh?, ¿todo bien?

Era Boab, el vecino de al lado; con voz tranquila.

Sammy dobló el brazo izquierdo de manera que el codo derecho se apoyara en la palma de la mano izquierda, con el bastón todavía sobre el hombro, y se rascó la mandíbula con el pulgar derecho. ¿Eres tú, Boab?, dijo.

Sí. ¿Estás bien?

Sí, sí, no te preocupes. Sammy aspiró. ¿Qué tal?

Bien, sí. Eh, tu hijo está en casa, él y su amigo. Ha venido a verte.

...

Lo mando para aquí, ¿no?

Sí, dijo Sammy.

Iré a buscarlo.

Muy bien.

¿Estás bien?

Sí, sí, estaba echando un sueñecito.

Ah.

No te preocupes, de verdad, Boab; gracias... Sammy esperó, luego cerró la puerta, pero sin echar la llave. Dejó el bastón apoyado en la pared. Fue a la cocina. Leche. Se llenó un vaso y se lo bebió de un trago, luego se sirvió otro y se lo bebió también.

Un momento para relajarse. Agua fría. Abrió el grifo y se salpicó la cara, se secó, luego llenó el hervidor y lo puso a calentar. Las tazas y los platos estaban amontonados sobre el mármol; tendría que haberlos guardado en el armario. Pero no importaba. Estaba bien. El tabaco, estaba en la mesita del salón. Oyó la puerta de la calle y pasos, se volvió.

¡Hola, papá!

Sammy se rió. Sacudió la cabeza y se rascó la mejilla.

¿Estás ahí?

¡Sí!, ¡en la cocina! ¡Cierra la puerta al entrar! Sonreía. Levantó la mano izquierda en un gesto que pretendía ser un saludo.

Hola, papá...

¡Qué tal, hijo! ¡Cómo vas! Sammy se adelantó, riéndose, extendiendo la mano por delante; Peter y él se las estrecharon; le dio una palmada en el hombro, le acarició la cabeza, le apretó los dos brazos, ¿cómo andas?, dijo, ¿cómo te va?

Bien, papá.

¿Todo bien?

Sí.

Genial, me alegro de verte, es genial, ¿cómo van las cosas?, ¿cómo está tu madre?

Bien.

Ah, fenomenal, eso es fenomenal.

Keith también está aquí.

Sammy todavía cogía a su hijo por los brazos; lo soltó. Keith..., sí; muy bien. No nos conocíamos, ¿verdad, Keith?, no nos habíamos visto.

No.

Bueno, pues ahora sí. Soy el padre de Peter. Encantado. ¿Dónde estás?, dame la mano. ¿Cómo va, bien?

Sí...

Papá, ¿estabas durmiendo?

Sí. Sí, durmiendo, me estaba echando un sueñecito.

Llamé fuerte a la puerta.

Bueno, no sería tan fuerte.

Sí, llamé fuerte.

Eh, bueno, sí, vale, seguramente sí; estaba frito. Bueno... Sammy se frotó las manos, ¿os apetece un café? No sé, un té o algo..., no tengo limonada, ni nada, ni *Coca-Cola*, nada de nada.

He traído la cámara.

Ah, Sí, muy bien. Entonces ¿qué me decías?, ¿café?, ¿té?

Nada, papá, está bien.

Tenéis que tomar algo.

No, está bien así.

No, tienes que tomar algo, y tu amigo ¿qué?

...

¿Eh?

Bueno, té, dijo Peter.

Muy bien; ¿lo mismo, Keith?

Sí.

Menos mal que no habéis pedido cerveza porque tampoco tengo.

Oyó que el amigo de Peter se reía. Seguramente para parecer amable, ya eran demasiado mayores para esas tonterías. Puso las bolsas de té en las tazas y las llenó de agua hirviendo. Ah, dios, no tengo azúcar, dijo, ¿lo tomáis sin?

...

Sí, dijo Keith.

¿Peter?

Sí.

Bien, ¡y así es más sano! Muy bien, vamos, ahora vamos. Sammy los llevó al salón. Cogió el tabaco y se sentó en el sillón. ¿Cuánto tiempo llevabais esperando?

Media hora.

Vaya, no es tanto. Pero fue buena idea que fuerais a casa de Boab.

Salió él.

¿Salió él?

Nos oyó.

Dios, ¡menudo oído tiene! Sammy había lamido el borde engomado del papel de liar; cuando ya estaba fumando, dijo: ¿cómo anda tu madre, hijo?, ¿está bien?

Sí, está bien.

¿Y los abuelos?

También bien.

Estupendo, me alegro. ¿Tu madre sigue trabajando fuera?

Sí.

Vale, qué bien. Sammy aspiró. Bien... Bueno..., eh, ¿y ese tipo, Ally, se ha puesto en contacto con vosotros?

¿Ally?

Por lo de la cámara, me refiero

No dijo cómo se llamaba, sólo que era tu amigo.

Ya, bueno, sí, está bien.

Papa, ¿estás ciego?

¡No!, bueno, sí, pero es temporal, sólo temporal, ya se me pasará.

Ah...

¿Qué os dijo?, ese hombre, me refiero, ¿qué dijo? ¿Llamó por teléfono?

Sí.

¿Y qué dijo?

No dijo nada.

...

Dijo que habías tenido un accidente.

¿No os dijo que estaba ciego?

No; eso nos lo dijo el vecino, el viejo.

Ah, sí, ya. Bueno, es verdad, eso es lo que él ve, lo que él ve. Sammy se encogió de hombros. ¿Y cómo va el cole?, ¿sigues yendo?, ¿todavía no te han expulsado?

No.

¡Genial! ¿Y cuándo acabas?

Después de mi cumpleaños.

¿Así que te has decidido?, ¿y qué vas a hacer?

Todavía no lo sé.

¿Algo que te guste?

No, podría hacer algo de formación profesional. Estaba pensando en la Armada.

A la mierda la Armada.

...

A la mierda la Armada.

Keith lo va a hacer.

Ah, bueno, lo siento. Lo que quiero decir es que..., nada, está bien. Pero tienes que enrolarte por mucho tiempo, a eso me refería; por eso no se lo recomendaría a Keith, no, si eres todavía un chaval. Pero tú decides, claro, si

te gusta..., eh, Keith, ¿qué les parece a tus padres?

Bueno, mi padre es segurata.

Ya. ¿No era marinero?

No, mi tío.

¿Y sigue en la Armada?

No.

Ya, bueno... lo que importa es que hagas lo que quieras hacer, quiero decir que si es lo que quieres, adelante, no te cortes, eres tú el que tienes que decidir; lo que te decía antes lo decía por mí, pero no soy yo el que está en tu piel, eres tú. Sammy se encogió de hombros. Aunque si luego cambias de opinión, es tu problema, porque será demasiado tarde; si te ponen ese uniforme, ¿me entiendes, hijo?, si te lo ponen ya es demasiado tarde; sí, si eso es lo que eliges.

Pero, sí que puede salirse pagando, señor Samuels. Mi padre dice que lo primero que hay que hacer, ya sabe, es ahorrar ese dinero y tenerlo preparado, entonces, si cambias de opinión...

Sí, ése es el método; no sabía que todavía podía hacerse. Pero está bien que puedas.

Sí se puede.

Sí, bueno, tanto da. ¿Y qué me dices tú, Peter, te lo estás pensando en serio?

No, papá, el otro día fui con Keith, cuando vinieron para explicar las salidas profesionales.

Ajá.

Trajeron de todo, con vídeos y tal, montaron una caseta, nos explicaron cómo iba; luego también lo de la carrera.

Dijeron que teníamos que pensárnoslo, dijo Keith.

Sí, y yo me lo pensaré.

¿Y tu madre?, dijo Sammy, ¿qué dice ella?

Ah, eh, bueno...

¿Se lo has contado ya?

Sí.

¿Y qué dice?

Le conté que me lo iba a pensar.

Ya.

...

Puedes decidir más adelante, dijo Keith.

Es lo que haré. De momento, sólo me lo pensaré.

...

Puede que entre o puede que no.

Sammy asintió. Así se hace. Mira, si eres espabilado, puedes ahorrarte unas libras. Sí, se puede. Conozco a un tío que lo hizo; me parece que estuvo nueve años, o puede que doce, luego salió, se casó y le fue bien; de hecho me parece que se compró una tienda o algo así, un kiosco. Pero desgraciadamente un montón de tipos la cagan; se meten en la Armada para ahorrar pasta pero lo que pasa es que acaban desembarcando en cualquier puerto y gastándose todo. Tenía un colega que lo hacía. Cada vez que lo veía cuando estaba de permiso en tierra no tenía un céntimo. En serio. Me pedía prestado. Yo trabajaba en una obra, un montón de horas; ¡y él me pedía pasta! ¿me entendéis?, era yo el que tenía que invitarle a unas cervezas, y no al revés. Sammy se rió. Pero no me importaba porque era un buen tío. Eran los tiempos en que los marinos llevaban bombachos, tenían que vestirse así. No sé si todavía lo hacen... Eh, se me olvidaba, debería haberlo dicho, si tenéis hambre hay unas tostadas y un poco de queso por ahí.

No, papá.

Puedo prepararlo.

No, papá, está bien.

¿Y tú, Keith?

No, yo tampoco tengo hambre.

¿Seguro?

De verdad.

Bueno, no es ninguna molestia...

No pude venir antes, papá, no podía.

No importa. ¿A qué hora te llamó?

A las ocho y media.

¿Las ocho y media?

Justo antes de que saliera para la escuela.

¿Y cogiste tú la llamada?

Sí, mamá ya se había ido a trabajar.

Muy bien. Entonces ¿no lo sabe?

No, ni tampoco los abuelos. No se lo dije.

Ah, bueno, quiero decir que tampoco es tan importante. Sammy se encogió de hombros: es sólo que me sorprende que te llamara, pensaba que se lo iba a pedir a algún otro; a ver, yo no sabía si tú tenías cámara así que, eh..., bueno, me habría gustado que me lo hubiera dicho.

Dijo que era mejor que viniera por la mañana o, si no, después de la hora del té, por la noche. Pero no puedo venir por la noche así que aquí estoy.

Sí, bien, muy bien, Peter porque no estaré aquí esta noche, voy a salir. Así que has venido a la hora oportuna. Y entonces, ¿has traído la cámara?

Es de la madre de Keith.

Vale. ¿Sabes cómo funciona, Keith?

Sí.

¿Cómo pasó?

¿El qué?

Lo de los ojos.

Oh, es algo temporal. Es difícil de explicar... Sammy estiró la mano hacia el tabaco.

¿Cómo?

Bueno, fue una especie de accidente, una tontería..., eh, ¿veis el tabaco por ahí?

Extendió la mano hasta que se lo pusieron en ella; sacó un papel y empezó a liar otro cigarrillo: eh, dijo, espero que ninguno de los dos fuméis.

...

¿Eh?

Yo sí fumo, dijo Keith, él no.

¿De verdad?

No.

Ya, mira, ya sé que no soy quién para regañarte. Ya me entiendes, Peter, no soy quién.

Pero yo no fumo.

No fuma, dijo Keith.

¿Ni siquiera alguna vez?

No, pero lo he probado; no me gusta.

Genial, eso está muy bien.

Papá, ¿y las fotos?

¿Sí?

¿Las hacemos?

Claro, hijo, disparad. ¿Qué te dijo él?

Que tú me lo explicarías.

Vale. Es muy fácil. Todo esto es por lo del seguro. ¿Ni siquiera te explicó eso?

No, no dijo nada. Sólo que tenía que traer la cámara.

Bueno, da igual, el caso es que es para eso, para el seguro, creía que te lo habría comentado.

Papá, ¿quién es?

Oh, un colega, un amigo, ya sabes.

Me pareció raro.

¿Ah sí?, ¿en qué sentido?

Creí que era poli.

¡Poli! Sammy sonrió, ¿qué te dijo?

Poca cosa.

¿Como por ejemplo?

Eh..., no sé. Preguntó que si venías a verme y tal.

¿Ah sí?, ¿y qué más?

Si veías a mi madre.

Ya. ¿Y qué más?

Eh...

Intenta recordar.

...

A ver, si te pareció que era raro, Peter, a lo mejor es que dijo algo raro.

No.

¿Seguro?

Sí.

¡Pero acabas de decir que te pareció un poli!, Sammy sonrió.

Keith dijo: me dijiste que te sonaba como un poli.

Bueno, no estaba seguro, dijo Peter, era por su voz, por cómo sonaba.
Papá, ¿qué pasó?

Ag, nada.

Él dijo que tú me lo explicarías.

Ya, bueno, sí, es verdad, lo que pasa es que no tiene importancia, hijo, de verdad; Ally es un buen tío, lo que pasa es que se preocupa demasiado por todo, siempre hace un mundo de cualquier tontería. Mira, Peter, lo que pasó es que me caí; tropecé y me caí por unas escaleras. Fue un accidente. Fue en el último curro que tenía. Así que a lo mejor voy a tener que presentar una reclamación, por eso necesitamos las fotos, para darle pruebas a los médicos, y luego a los del seguro. Faltaba un escalón, bueno, no es que faltara, es que estaba roto. Por eso tropecé. Era un edificio alto. Y luego estaba el andamio, cuando me caí me deslicé por dentro, y los tubos me golpearon en los hombros y en la espalda. También en la cabeza. ¡Dolía un montón! Aunque, bien mirado, tuve suerte, podría haber sido peor, si el andamio no hubiera estado en ese punto exacto; como le pasó a un tipo que conocía: se cayó y se mató; de cinco pisos de altura, en un hotel que estábamos construyendo. Ya me entiendes, es cuestión de suerte. Sammy se encogió de hombros.

¿Y usted estaba muy arriba, señor Samuels?

Uf, no mucho, hijo, no mucho, sólo un par de pisos. El cigarrillo se le había apagado hacía un rato; Sammy lo dejó en el cenicero. Así que los moratones los tengo alrededor de las costillas y en la espalda sobre todo, al hacerles las fotos, procura que se vean.

Puede resaltar cosas, dijo Keith.

¿Tiene varios ajustes?

Sí.

¿Y sabes cómo funciona?

Sí.

Espléndido. Sammy encendió el cigarrillo otra vez, se recostó en el sillón, y dio el último trago de café. Oyó que alguien se movía cerca de la ventana.

¿Preparado?, preguntó.

Sí, dijo Keith, sólo estoy comprobando la luz.

Bien. Sammy aspiró. Eh, Peter, ¿qué me cuentas de tu madre?, ¿todavía sale con aquel tío?

No estoy seguro.

Ya, bueno, eh.

Papá...

¿Qué?

¿Cómo era la cárcel?

¿La cárcel? Un espanto.

Le conté a Keith que habías estado.

Sí, bueno, es un horror, un espanto. Te encierran en una celda veintitrés horas al día, ¡a veces las veinticuatro! Y te meten con gente que no te cae bien, locos, bordes totales, ni puedes hablar con ellos, te ponen de los nervios. Os aseguro que es un crimen. Lo digo en serio, tienes suerte si no te mueres allí dentro; si quieres morirte, ya sabes, ve a la cárcel. Yo conozco a un montón de tipos que murieron. Y luego están los que te odian. Te odian. Sin ningún motivo. Así que tienes miedo, tienes que andar vigilando a todas horas. Es un maldito crimen. Una pesadilla. Una pesadilla total.

¿Está llena de morenos?

¿Morenos?

El hermano de Keith dice que sí.

Ya; bueno, lo que pasa es que no debes llamar así a la gente; eso es importante, tienes que andarte con cuidado con las palabras... Sammy aspiró. ¿Me entiendes, hijo? Es algo con lo que hay que andarse con cuidado.

...

Nos lo contó mi hermano, dijo Keith.

Sammy asintió: lo único que digo, hijo, es que si a la gente no le gusta que la llames de una forma, pues no deberías llamársela; es una de esas tonterías. Sammy se encogió de hombros.

¿Hacemos las fotos ahora?

Sí, vale. Como os decía, el tío que llamó me está echando una mano para solucionarlo, lo de mi accidente, la reclamación y todo eso. Es muy listo,

sabe de qué va la historia. Por eso hacemos las fotos. Sammy se había puesto de pie; siguió hablando: el problema con la construcción, es que siempre te caes, al menos, yo; propenso a los accidentes, ése es mi problema soy propenso a los accidentes. Así que... Se quitó la camiseta. ¿Puedes hacer un par, Keith?

Me dijo que querías diez, dijo Peter.

¿Diez?

Eso dijo.

Ah, bueno...

Desde todos los ángulos, dijo Keith. Había pensado acabar el carrete. Quedan dieciséis.

Vale, como quieras. Sammy levantó los brazos. Avísame si quieres que me dé la vuelta.

Ahora no se mueva señor Samuels.

Ya, lo que digo es...

Tranquilo, papá, Keith sabe lo que se hace.

Vale. Sammy oyó el disparador. Lo que pasa es que tampoco fue una mala caída, dijo, puede parecerlo por las magulladuras, pero eso no significa nada, las magulladuras siempre hacen que parezca peor. Sólo importa para los del seguro, ellos tienen sus propios médicos para revisarte; y sus médicos son distintos de los tuyos por eso tienes que disponer de material como las fotos; es como si fueran pruebas, ya sabéis, como cuando se presentan pruebas. Pues funciona igual. Pero con estas fotos sólo podrían aducir que es el cuerpo de otro, si hubieras tomado una foto de otra persona eso es lo que dirían, ¡es otro cuerpo! O también imagino que podrían decir que te lo hiciste tú mismo, te tiraste por las escaleras o algo así, que no fue culpa suya; o, si reconocen que fueron ellos pueden decir que no fue ésa la causa sino otra completamente distinta, tienen un montón de escapatorias. Para eso trabajan Ally y sus colegas, se saben los trucos. Necesitas todas las pruebas que puedas.

Se calló. Oyó murmullos. El disparador no paraba. ¿Qué pasa?, preguntó.

Sólo faltan dos, señor Samuels.

Bien, ¡me estoy quedando frío!

Ya está.

Sammy se puso la camiseta.

Papá ¿puede fumar Keith?

Sí, claro, que fume.

Gracias, señor Samuels; ¿quiere un cigarrillo?

No, prefiero los de liar, hijo, gracias.

Tenga.

No, de verdad.

¿Está seguro?

Seguro, sí. Sammy aspiró. Y qué tal las fotos, ¿ya han salido?

No, hay que revelarlas.

Hay una tienda aquí al lado; déjalas y ya las llevaré.

Peter dijo: el hombre me dijo que me encargara yo.

¿Ah sí?, ¿y te dijo también cómo ibas a pagarlas?

Tengo dinero, papá.

Ya, y yo.

Dijo que las llevara yo y que él iría a buscarlas.

¿Cómo?, ¿va a ir a casa de tu abuela?, ¿eh?

Eso no lo dijo.

Sammy suspiró. Es asunto mío, ¿me entiendes?, no quiero que se entere tu madre, ni tus abuelos.

No se enterarán. De verdad. El hombre dijo que yo las recogiera y que él las iría a buscar el miércoles.

¿El miércoles?

Sí. Pero, quiero decir..., si piensas que tienes que recogerlas.

Mira, será lo mejor, Peter. Es como si..., mira, prefiero que ellos no lo sepan.

No lo sabrán, papá, porque yo cogeré la llamada.

...

Va a llamar a las ocho y media de la mañana. Las prepararé por la noche y estarán listas por la mañana, porque tarda veinticuatro horas.

Así es, señor Samuels.

Y estaré esperando a que llame.

¿Y qué pasa si se atrasa y ya te has ido a la escuela?

...

¿Ves?

Papá, no me importa, si las quieres...

No, no es eso, Peter, es que, bueno, ya conoces a tu madre. Es una sufridora. ¿Me entiendes?, hijo. Muchas mujeres lo son; y tu madre también. Tu abuela era igual, dios, no, tu abuela, no, la mía, a ver, dios, me refiero a tu bisabuela, ¡tu bisabuela! Sammy se rió. Me estoy haciendo viejo y ya no me rula el coco. Tanto da. A ti te habría caído bien. Siempre te daba algo, de niño, una manzana, o una naranja o un par de chelines..., recuerdo que una vez le hice unos recados; no debería contártelo; yo no tenía un céntimo; debía de tener tu edad; como Keith, ya fumaba, y quería un paquete de diez pitillos, así que birlé lo que me había encargado que le comprara... Sammy se rió. Y me compré los pitillos. Tanto da. Pero, era buena persona, te habría caído bien.

...

Sammy se acabó el café, luego dijo: seguramente llamará a la hora. ¿Crees que irá bien?

Sí, papá, creo que sí.

Sammy asintió. Espera un momento... Fue al dormitorio y cogió algo de dinero. En la cocina le tendió un par de billetes: ¿cuánto son?

Veinte libras.

¿Dos de diez libras?

Sí.

Vale. Agitó uno: ¡ten!, para el revelado.

Papá, tengo dinero, ya te lo he dicho.

Sammy hizo una mueca.

Y es demasiado.

Pues compartid el cambio.

Papá...

Quedaos los dos con el cambio. Para pagaros el autobús a casa.

Tenemos pases.

Pues entonces compraos una puta chocolatina, Peter, coño, entiéndeme,

¡son sólo diez pavos! Sammy sonrió.

Peter suspiró.

Vamos, son sólo diez pavos, ten... Agitó el billete hasta que se lo quitaron de la mano. Muy bien, dijo. Ahora lo que falta es que te llame Ally, estoy seguro de que lo hará. Así que, atiéndeme, tienes que organizarlo para que nadie se entere. Nadie. Sólo vosotros dos. Eh, ¿Keith? Peter y tú, nadie más. Ni tampoco tus padres, ¿vale?

A lo mejor querrá que se las mandemos por correo, dijo Peter.

Lo que sea, déjalo en sus manos, pero no creo que quiera que se las mandes, lo dudo. Es más, es imposible. No, Peter tendrás que dárselas personalmente. Así que haz lo que te diga, ¿vale?

Sí.

Y que nadie se entere, ¿eh, Keith?

No, no se lo diré a nadie señor Samuels.

Genial. Una cosa más, lo de la vista y tal, tampoco le cuentes nada a tu madre, ¿eh, hijo?

No se lo contaré.

En realidad, casi es mejor que no le digas que me has visto. No es que importe mucho, pero es lo mejor, ¿vale?

Sí.

Sí, creo que es lo mejor.

No iba a contárselo.

Sí, muy bien. Entonces, vale... Sammy se recostó en el sillón.

¿Puedo ir al lavabo, señor Samuels?

Ve, ve, hijo.

Cuando Keith salió Peter dijo: ¿Papá...?

¿Qué?, ¿qué?

¿Estás huyendo de la poli?

¿Huyendo?, ¡no! Dios, ¿qué te hace pensarlo?, ¿eh?

...

¿Te dijo algo el tipo que llamó?

No.

¿Y entonces?, Sammy se rió.

No lo sé.

Pues no. No estoy en fuga.

Peter aspiró. Si lo estuvieras, yo podría ayudarte.

...

¿Me entiendes, papá?, podría. Conozco un sitio. Está en la parte de atrás del barrio. Es una casa vieja, bueno son pisos; pero están cerrados con tablas, toda la manzana. Alguna gente se mete allí; tú también podrías.

¿Yonquis?

No. bueno, algunos puede que sí; y un tío que conozco merodea por allí.

¿Un tío que conoces?

Sí, tiene diecisiete años, estaba en mi agrupación juvenil.

¿No es yonqui?

No. Pero fuma hierba, eso sí.

¿Y está escondiéndose de la poli?

Sí. Pronto se irá de aquí; ahora está haciendo tiempo.

¿Y adónde irá?

A Inglaterra

Ya... Peter, ¿le dijiste tú a Keith que fuera al lavabo?

No.

Umm... porque me parece que ya llevaba allí un buen rato.

Yo no le dije nada.

No lo decía por nada, sólo que a lo mejor querías que le quedara claro que preferías hablar en privado.

Keith también conoce al tío.

Vale. Keith es muy colega tuyo ¿eh?

Sí. Papá, verás, tengo un saco de dormir.

Sammy asintió. Un saco de dormir siempre es útil..., sí.

No lo necesito, puedes quedártelo.

Sammy sonrió. Sí, bueno, ya sé a quién recurrir si, eh... Asintió con la cabeza y sonrió otra vez. Oyó movimientos. ¿Qué es eso?, dijo.

Era yo, me acercaba a la ventana.

Ah..., vale.

¿La mujer está trabajando?

Sí.

Trabaja en un pub ¿no?

Se llama Helen, sí, trabaja en un pub. Sammy aspiró. Esto, hijo, lo que decía antes sobre tu madre y todo eso, a ver, no quiero que me malinterpretes, ella es buena persona. Pero, ya te habrás dado cuenta, siempre quiere saber dónde estás, qué andas haciendo, todo eso. Te has dado cuenta, ¿no? Las mujeres hacen esas cosas. Tu abuela era igual, me refiero a tu otra abuela, a mi madre: cuando mi viejo había salido, se pasaba todo el tiempo preocupada, hasta que volvía; en cuanto él ponía el pie en casa, ella volvía a ser ella misma y todo estaba bien; pero hasta ese momento, no paraba quieta. ¡En serio!

...

Bueno, míranos a tu madre y a mí, éramos jóvenes, ya sabes la historia, era una situación curiosa, no era lo normal. Me refiero a que yo estaba encerrado. Mira, antes de que me encerraran ya salíamos. Cuando me soltaron volví a Glasgow y, no sé, fue como si siguiéramos donde lo habíamos dejado. Pero lo que creo es que si no me hubieran metido en la cárcel, si no me hubieran pillado, para serte sincero, no creo que nos hubiéramos casado, no sé si me entiendes. Supongo que cada uno habría hecho su vida, cada uno por su lado; así son estas cosas, eso es lo que quiero decir.

Se abrió la puerta. Entró Keith.

Le estaba hablando a Peter de su madre y de mí, de cómo cambiaron las cosas al estar yo encerrado.

...

Peter dijo: papá, ya te entendía.

Sammy asintió. No quiero darle vueltas a la historia, sólo que la conozcas, mira, en tu situación, si yo fuera tú, me gustaría saberla. No es que sea nada del otro mundo, no, ya lo sé, el que tu madre y yo nos separáramos – lo siento, es una forma de hablar–..., ¡todo es culpa de la cárcel! Te lo digo, te fastidia el coco, te lo jode. Lo arruina todo. Salvo lo de siempre. Sabes qué es lo de siempre, ¿eh?, ¿sabes qué es lo de siempre?, tú eres lo de siempre. Sammy sonrió: si no me hubieran detenido cuando me detuvieron, bueno, ¡tú

no estarías aquí! Aunque, ¿quién sabe?, a lo mejor sí. Y lo mismo pasa contigo, Keith, si yo fuera tú, lo de tus padres..., de estas cosas nadie sabe nada. No lo digo de broma; es de locos, una auténtica locura. Mira, los hijos cambian las cosas. Sammy sonrió. ¡Lo digo de verdad! ¡Las cambiáis! Creéis que estoy desvariando, pero no. Incluso podría decirse que me vino bien ir a la cárcel.

Papá.

Pero vosotros podríais. Podríais.

Papa, eso son tonterías.

Sí, lo sé, pero da igual. Sammy aspiró. Se había liado un cigarrillo y se lo encendió. Os voy a decir una cosa, dijo, nunca he estado huido. Me han detenido dos veces, pero no estaba en fuga. Me pillaron en plena faena, con las manos en la masa. Era normal que los pasmas me echaran el guante. Pero no estaba huyendo. Ellos simplemente, ya me entendéis, simplemente me pillaron; y eso fue todo. Mientras lo hacía, en plena faena. No es que importe, es lo que os digo, pero hay una diferencia. Sammy se encogió de hombros. Y en todo caso fue culpa mía, no digo que no lo fuera; debería haberme estado quieto. Porque si no saben que estás ahí no lo saben. En cuanto te mueves les das el aviso. Venid y detenedme, muchachos, ¿me entendéis?, así que tienes que ser muy cauteloso, mucho... Sammy se humedeció los labios, luego se frotó el cuello, tenía el vello largo.

Papá, ¿qué pasa?

Nada, ¿por qué?

...

Sammy inhaló una calada, sopló el humo. Lo que pasa en este momento, más vale que te lo diga, es que estoy pensando en marcharme.

Ah, papá.

En volver a Inglaterra.

Papá.

En intentar encontrar un trabajo allí, ¿sabes?, que me arreglen un poco las tuercas, la vista y todo eso.

Ah, papá.

No, no por nada, sólo que es lo mejor ahora, porque tal como están las

cosas aquí, no sé si me entiendes, está la cosa jodida, bien jodida, por eso, no sé si me entiendes, por eso hay que pirarse, tienes que largarte, eso es lo que quiero decir, hijo, tienes que largarte, no siempre puedes... ¿Qué puedes hacer?, a eso me refiero. No siempre puedes hacer lo que quieres. Y así están las cosas ahora y por eso tengo que largarme.

Papá, ¿no es por esa mujer?

¿Qué mujer?

Ella, tu novia.

No, para nada, ¿de qué estás hablando?

No sé, ¿por qué quieres irte?

Por lo que te he estado explicando, por eso.

¿Y ella se va contigo?

Sí; entiéndeme, Peter, ella y yo... nos va bien. En cuanto me haya curado y todo eso, la llamaré, y ella irá. Es la verdad, estamos bien juntos. Como tu madre y el tío con el que sale; es lo que hay, las relaciones, son raras; ya lo verás cuando te hagas mayor, y tú también, Keith, os lo digo, son raras, uno no puede hacer planes, van por su cuenta.

Mi hermano mayor está divorciado, dijo Keith.

¿Cuántos años tiene?

Treinta.

¿Treinta?, vaya... ¿eres el pequeño?

Sí.

¿Cuántos hermanos tienes?

Cinco.

Cinco, bueno, eso está bien. No te falta compañía, ¿eh? Sammy sonrió. Bueno, dijo, lo que pasa es que esta vez, Peter, ahora que ya eres mayor, me mantendré en contacto, te escribiré.

...

¿Vale?

¿Papá...?

¿Qué?, ¿qué pasa?

¿Te dieron una paliza?

No, qué va. Eso es una tontería, Peter.

Sólo me lo preguntaba.

Sammy sonrió.

¿Y cuándo te vas?

Oh, pronto, pronto.

¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Depende.

Si no ves, ¿cómo vas a encontrar trabajo?, no te darán.

Me refería a en cuanto hubiera recuperado la vista. Helen encontrará curro primero y yo estaré de baja hasta que se arregle todo. Que podría ser mañana mismo, o la semana que viene, o la otra, ¿quién sabe?

¿El médico no te lo ha dicho?

No, la verdad es que no; por eso están ahí los colegas del amigo que te llamó por lo de las fotos, se encargan de pensar en todos los detalles; por eso va bien que esté aquí.

Keith dijo: ¿hace algo?

¿Como qué, hijo?

No sé...

Sí, bueno, claro que hace, lo que hace es ayudarme con las reclamaciones para cobrar el seguro.

Ah, ya.

Porque es difícil hacerlo solo, Keith, dos cabezas son mejor que una. Tienes que estar a su altura, a la altura de esos cabrones cautelosos. Ésa es la razón principal por la que me voy a largar, ellos no se lo esperan. Por eso, cuando Peter preguntó si me estaba fugando le dije que no, pero tengo que largarme, si no, me fastidiarán.

...

¿Vale?

Sí.

¿Vale, Peter?

Es chungo.

Sí, es chungo, pero hay que hacerlo.

...

Sammy le oyó suspirar y se encogió de hombros: es una de esas cosas,

entiéndeme hijo, una de esas cosas que no te queda más remedio que hacer.

Papá, ¿y aquella cosa de la cocina que querías enseñarme?, ¿me la enseñas?

¿Qué?

¿No querías que viera algo en la cocina?

Sí, sólo por si podías arreglarlo, ven y échale un vistazo... Sammy se dirigió a la puerta; Peter ya había entrado en la cocina y cerró la puerta detrás de Sammy cuando pasó. Papá, dijo, quiero ir contigo.

Ah, dios.

Papá, sí.

Ya, pero no puedes.

Pero es lo que quiero, papá.

No puedes, de verdad.

¿Por qué no?

Porque todavía no está preparado, la cosa no está en marcha. No lo está; ojalá lo estuviera.

¿Por qué no?

Porque no. Si sigo allí dentro de un par de años, tal vez, antes quizá, quién sabe. Primero tengo que ver si funciona.

Papá.

Mira, estaré en contacto contigo, es una promesa. Te lo aseguro, una promesa, ¿vale?

...

Ahora es distinto porque ya eres mayor, la última vez eras sólo un bebé.

...

Lo eras, Peter.

Sí, papá, pero creo que podría ayudarte, mientras te curan; no me refería a quedarme para siempre.

Ya, Peter, pero, mira, tal como están las cosas ahora lo mejor es que acabes la escuela, luego haces uno de esos cursos de formación profesional, y cuando hayas terminado... Ellos no podrán tocarte. Además, tengo que instalarme, en eso estoy pensando, no sólo lo digo por ti, tengo que encontrar un piso y todo eso, es más fácil si va una persona sola. Por eso Helen no

viene tampoco ahora, porque primero tengo que instalarme. Luego, cuando ya esté instalado, la avisaré. A lo mejor va o a lo mejor no. Creo que sí, pero uno no puede saberlo todo, no en este mundo, ¿me entiendes? Cuando hayas acabado la escuela y la formación profesional, si todavía quieres ir, pues muy bien. Pero es posible que ni siquiera siga allí, a lo mejor he vuelto a casa. Pero si sigo allí, no hay más que decir: si quieres ir, genial, aunque sea para un par de meses o lo que quieras, genial, descarado, será estupendo, ya me entiendes. Lo que yo te diga, pero tienes que dejar pasar un año para que se arreglen las cosas. Y entonces hablaré con tu madre; te lo prometo. Es una promesa. Y yo no incumplo mi palabra, Peter, sobre todo contigo. ¡Dame la mano!

Mientras se estrechaban las manos, Sammy dijo: por lo que sé, podría estar de vuelta dentro de un par de meses, lo digo en serio. Todo depende. Una cosa: ese colega mío volverá a llamarte cuando le hayas dado las fotos. Pero no le cuentes nada, nada de lo que te he dicho, ni palabra. A todos los efectos, para ti yo sigo aquí. ¿Vale?, ¿eh?

Y si alguien más te hace preguntas, responde siempre lo mismo. No le digas nada a nadie. A nadie, ¿vale? Y cuando digo nadie quiero decir nadie, hijo, ¿me has entendido?

Sí.

Aunque, si se te escapa algo tampoco te agobies, no es el fin del mundo; lo único que te pido es que, si puedes, no cuentes nada, porque así consigo un poco más de margen para respirar tranquilo, y de eso se trata. Pero tampoco pasa nada, no pasa nada. ¿Vale?

Sí, papá.

Bien.

Papá, ¿tienes dinero?

¿Dinero?, claro que tengo dinero.

Porque yo también tengo un poco. En mi habitación. Podría ir a buscarlo.

Peter, hijo, gracias, pero tengo bastante, gracias.

Papá, a mí no me hace falta.

Sammy suspiró.

De verdad, ¿voy a buscarlo?

No.

¿Por qué no?

Porque no lo necesito.

Yo tampoco. De verdad, papá, yo tampoco.

¿De cuánto estamos hablando?

Ochenta libras.

¿Ochenta libras?, ¿has acertado la quiniela o qué?

No.

Es una pasta.

Papá, no es tanto, es sólo dinero, nada más. Puedo ir a por él y dártelo. De verdad. Es muy fácil, lo tengo escondido en mi habitación.

...

¿Vale?

Sí, muy bien, vale Peter, me será útil, ¿estás seguro de verdad?

De verdad, papá. Sólo tengo que llevar las fotos a revelar con Keith y luego iré a casa a cenar.

¿Y luego vas a volver a salir?

No hasta después de las siete.

¿Qué hora es ahora?

Deben de ser las cinco o por ahí.

Muy bien., vale. Sammy se dirigió a la puerta: volvamos al salón.

Peter le siguió.

¡Sigues aquí, Keith!, ¿qué hora dijiste que era?

Las cinco, papá.

Es más tarde, dijo Keith.

Muy bien, dijo Sammy, estupendo. Tardaré diez minutos en hacer la maleta. Llamaremos un taxi desde el piso de Boab, el vecino. Pero antes haremos otra cosa: id a la cocina, hay pan de molde y queso encima del mármol. Preparad sándwiches; hay una tarrina de margarina en la nevera, ¿vale?

...

Eso se llama ponerse en estado de alerta, así que ya tardamos.

Sammy los dejó, salió y fue a la habitación. La chaqueta y los pantalones

todavía estaban húmedos, pero no importaba, doblaría bien los pantalones y los metería en la bolsa; además, había decidido que se pondría los vaqueros. El problema era que había ido acumulando cosas y no podía llevárselo todo. Pero no importaba, se llevaría lo que pudiera. Fue rápido, rápido y controlando. Una cosa estaba clara: si tú te movías ellos también se estarían moviendo. Pero no pasaba nada. Nada. En marcha otra vez

Música. Gritó por el pasillo: ¡que alguien ponga una cinta!

Ellos no sabrían quién coño era Willie Nelson. Dios, tenía hambre, no le vendría mal un sándwich. Dentro de un momento se comería uno.

Vale. Calcetines y lo demás. Y relájate, rápido pero controlando, rápido pero controlando. Bien, Vale, muy bien, los calcetines y lo demás, calzoncillos y camisetas, calzoncillos y camisetas.

Estaba metiéndolo en la bolsa cuando llamaron a la puerta. ¿Sí?, dijo.

Papá, soy yo. ¿Sabías que tenías cosas en la lavadora?

Sí.

Ah, vale, no estaba seguro.

Sí, pero no te preocupes, Peter, tengo bastante ropa aquí, vendré a recogerla en otro momento.

¿Quieres que la saque?

Eh, si quieres, pero estará mojada y tampoco importa.

Vale. La puerta se cerró.

Sammy se había olvidado por completo de aquella mierda, tío, creía que ya había sacado la ropa, dios, pero no era ningún problema, no, ninguno, porque no le importaba qué coño pasaba, así que a la mierda, qué importaba, no importaba nada, así se viaja ligero de equipaje, tío, te olvidas de la puta ropa que lavas, tanto da, olvídale; y casi toda era ropa vieja; puede que hubiera un par de camisas buenas, quién sabe: lo estaba haciendo bien. Documentación, todo el rollo de los carnés, de los trámites.

Se sentó en la cama. La ropa y todo lo demás estaba en los cajones. Había seguido un orden, así que estaba bien. Dios, no tenía bastante ropa, no se llevaba lo que necesitaba. Pero no podía hacer otra cosa, no tenía elección. No. Además necesitaba una mano libre para el bastón. No era momento para ir cargado, tío, no, no podía cargarse. Así que muy bien. Qué más. Nada más.

Se levantó. Recorrió el pasillo y llamó a Peter.

¿Sí?

Ve a llamar por teléfono. Quiero que le digas a Boab que voy al Glancy's Bar. Glancy's Bar, ¿te acordarás? Es un buen hombre y no me gusta contarle mentiras; pero no queda más remedio; hay que hacerlo. Así que dile que voy al Glancy's Bar. Y dale una moneda de veinte peniques, ¿tienes una?

Sí.

A ver, ¿adónde vamos?

Al Glancy's Bar.

Eso es. Bien; dentro de un cuarto de hora, dile que queremos el taxi dentro de un cuarto de hora. Otra cosa, esto es importante, iré yo solo, tú y tu colega cogereis el autobús a casa porque ya es hora de cenar. Yo voy a tomar una pinta. Eso le dirás a Boab, que pida un taxi para llevarme a Glancy's, ¿vale?, un taxi para llevarme al Glancy's Bar, y vosotros a casa en autobús, ¿está claro?

Sí.

Es importante que se lo digas así, palabra por palabra, Peter.

Sí, papá, vale.

Nos vemos dentro de un rato.

Sammy apagó la música. Entonces se comió un sándwich de queso y metió los demás en dos bolsas de plástico, uno se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y el otro en un lado de la bolsa de viaje. Metió también todas las cintas que pudo. Tenía las deportivas delante de la estufa, se las puso. El neceser. Lo recogió del baño. Y dos putas toallas también, las necesitaba. Abultaban mucho, mala suerte. Tuvo que sacar una camisa. Pero ni así..., tuvo que sacar otra. Era lo que había, ¿qué podía hacer?, cerró la cremallera de la bolsa.

El cuaderno: lo tenía en el salón; tenía que dejarle una carta a Helen. Era fundamental, joder, crucial. Escribió con letras grandes, despacio para evitar más errores de los necesarios. Le salió a la segunda. La primera vez escribió: Querida Helen, me voy de aquí. Tengo que arreglar algunos asuntos. Siento lo que pasó la semana pasada. Las confusiones de siempre. Creo que hablábamos de cosas distintas, fue un malentendido. No tenías que haberte

ido. Estaré en contacto.

Arrugó la carta y escribió otra: Querida Helen, me voy a Inglaterra por un tiempo. Tengo que arreglar unos asuntos. Te escribiré muy pronto. Siento mucho lo que pasó la semana pasada. No tenías por qué haberte ido. Fue culpa mía, me porté como un idiota. Te escribiré muy pronto. Besos, Sammy.

Se contuvo para no hacer también una bola de papel con la carta. No tenía sentido. Y ya ni se acordaba de lo que había escrito. La idea esencial estaría ahí, así que ya valía; tendría que valer.

Buscó a tientas por la mesa la primera bola de papel arrugado y cuando la encontró se la metió en el bolsillo de atrás de los vaqueros. La hoja buena la dobló. Luego garabateó por detrás: (acuérdate de la canción de Kris K: quitáte la cinta del pelo...)

Mierda, ¡iba a tirar esa tontería! ¿Para qué lo había hecho? No. Déjalo. Déjalo.

Dios. No había tiempo, simplemente no lo había. A la mierda, tío, joder.

El tabaco, ¿dónde estaba?, ¿dónde coño estaba?, ¡Keith! ¡Keith...!

¿Sí, señor Samuels?

¿Ves mi tabaco por ahí?

Eh... ¿quiere uno de mis pitillos ahora?

Sí; vale, sí; gracias, hijo.

¿Fuego?

Sí. El chico le pasó un encendedor, él se encendió el cigarrillo y dijo: ¿qué estabas haciendo?

Nada, ¿quiere algo?

Una puta copa, eso es lo que quiero. Sammy sonrió. ¡Digo muchos tacos!, ¿verdad? Bueno, pero mira a ver si ves por ahí mi tabaco; está por alguna parte, por aquí o puede que por la habitación; o en la cocina, no estoy seguro, ¿eh?

Vale.

Esto es una putada, lo de la vista.

El chico se fue. Sammy se sentó un momento, luego buscó un sobre y metió la carta en él, la cerró y escribió el nombre de Helen por delante, la dejó apoyada en la pared encima de la repisa. Keith volvió con el tabaco.

Sammy dijo: ¿ves esa carta que está encima de la repisa?, ¿qué nombre hay escrito?

Eh... Helen McGilvaray.

Eso es. Vale, ¿qué hora es?

Casi las seis.

¡Dios! ¿Dónde coño está Peter?

Todavía no ha vuelto.

Ese Boab, joder, seguramente le está preparando un plato de puta sopa.

¿Voy a buscarlo?

Sí. No, mejor trae mi bolsa de la habitación, está encima de la cama. Déjala al lado de la puerta.

No tenía sentido dejarle una carta a Ally; iba a hacerlo, pero no tenía sentido; y no por nada que tuviera que ver con la confianza; se fiaba del tipo, hasta donde podía, hasta donde podía, se fiaba de él; no tenía nada que ver con eso.

Aunque sólo fuera decirle alguna cosa. Joder, tío, no podía pensar, no podía concentrarse. Además, Ally seguiría adelante en su ausencia, para eso era la firma en aquel puto papel que era como un testamento, para eso era: en el caso de que, en el caso de que.... Muy bien. Ya estaba.

Oyó la puerta. Peter de vuelta. A la mierda, tío, se levantó y apagó la estufa eléctrica. Ya estaba, había llegado la hora. Sammy se encogió de hombros.

Papá, ha tenido que telefonar a varios sitios porque todos estaban ocupados.

No te preocupes.

Por eso tardé tanto.

No te preocupes, hijo. ¿Preparados?

No lo sé.

A propósito, mira, otra cosa que tienes que decirle a aquel hombre, me refiero a cuando vaya a recoger las fotos, no recuerdo si te lo he dicho ya, pero, dile que me pondré en contacto con él; dile que te he dicho que me pondré en contacto con él, seguro.

Vale. Keith ha dejado tu bolsa en la puerta.

Vale, muy bien.

He dicho que el taxi era para llevarte al pub.

Oh, dios, Peter, muy bien hecho, sí, bien.

Estará aquí en cinco o diez minutos.

Genial, estupendo... Sammy se revisó los bolsillos; todo el dinero. Ahora sí, dijo, pongámonos en marcha. Comprueba las luces. Todas las de la casa. Y los enchufes, sácalos de las tomas de corriente. Salvo el de la nevera. Debería haberte dicho que llevaras las fotos para tenerlas reveladas mañana, ¿vale? No importará, no viene de un día.

Sí.

Formidable, Peter, eres un chaval muy listo, ¿te lo había dicho? Sammy le dio una palmada en el hombro. Así que ahora, en estado de alerta, ya tardamos; las luces y los enchufes, y ve al lavabo para ver si todos los grifos están cerrados. Y también comprueba que lo estén todas las ventanas. Y corre las cortinas. Uno de vosotros a cada habitación. Y todo lo que se os ocurra. Lo que sea. Eh, ¿no verías a nadie?, ¿ahí fuera, en la galería?

¿Como quién?

Tanto da, no tiene importancia. Vale, a las habitaciones, a las habitaciones.

Sammy se puso las gafas de sol, recogió el bastón y la bolsa, y se quedó esperando al lado de la puerta. Luego salieron y él cerró con dos vueltas de llave. Vale. Echó las llaves por el buzón. Tenía que hacerlo, así que ya estaba. Se encogió de hombros. Todavía hacía viento. La puta bolsa pesaba; pero no tanto, no tanto.

Los chicos iban delante de él, le abrieron la puerta para que pasara a la galería. Sammy la franqueó. Esto es como jugar a polis y ladrones, ¿eh?, dijo, un juego de idiotas. Pero una cosa, si veis a alguien, alguien que os parezca, no sé, sospechoso, cualquiera, dadme un toque.

Mientras esperaban el ascensor, Keith le ofreció otro cigarrillo.

No, no, gracias, hijo, pero gracias... Sammy estaba a la izquierda de la puerta del ascensor, junto a la pared. Quería decir que ahí..., cuidado cuando se abran las puertas

Llegó el ascensor, se calló y se quedó inmóvil, donde estaba, las puertas

se abrieron pero no salió nadie. Sammy negó con la cabeza y entró guiándose con el bastón. A ver, dijo, iba a decir que ahí, bueno, como antes, que si veis a alguien..., olvidaos, es culpa mía, que estoy paranoico.

No tenía sentido repetirlo, así que se calló. Además, si ellos andaban por allí, si estaban allí, ya sabes, sería un espanto para los críos pero, ¿qué iba a hacerle?, no podía evitarse, no podías hacer una mierda.

Pero una cosa tenía clara, si se iba, ellos vendrían a por él. Estaba claro, seguro que vendrían, seguro como que sale el sol cada día. A lo mejor podía salir por la puerta de atrás. Sería inútil. Saldremos por delante, dijo, saldremos por la puerta principal. ¿Me entendéis, chicos?, nos iremos como caballeros. Se rió. ¿Vale, Peter?, ¿qué te parece Keith?, ¿bien? Putos polis y ladrones, eh, va en serio.

El ascensor se detuvo y salieron. Sammy llevaba la bolsa agarrada por encima del hombro; caminaba con la cabeza baja, dando golpecitos a derecha e izquierda con el bastón, a izquierda y derecha. Bien. Estupendamente. El sueñecito que se había echado había hecho maravillas. Se sentía como una puta rosa, tío, hasta se le habían aclarado las ideas. Pero también era porque había hecho ejercicios con regularidad, diferentes tipos de ejercicio, que te mantenían en forma, te mantenían fuerte. Además, había dejado de llover y apenas soplabla viento; eso también estaba bien; no iba mal la cosa, tío, no iba mal. El taxi, dijo, estará esperando al dar la vuelta, al lado de la farmacia. ¿Vale...?

Habló en voz baja y los chicos se callaron. Probablemente habían estado hablando desde que salieron del piso. Sammy ni se había percatado; oía las voces, pero no escuchaba lo que decían. Eh, a propósito, hijo, dijo, ¿cuál es el pub más cercano a la casa de tu abuela?

El Swan Inn.

Ah, ya, mierda..., el viejo Swan..., bueno.

¿Ha ido alguna vez allí, señor Samuels?

Algunas veces, sí; la madre de Peter y yo, cuando tonteábamos; los fines de semana tenían música, algunos grupos buenos. Estaba bien el local. No sé si me entiendes, estaba bien si te conocían, si te conocían. Sí, el viejo Swan...

Últimamente es un sitio un poco chungo, papá.

Ah, bueno, también lo era entonces, Peter, pero era lo que te decía, tenían que conocerte. Vale, ahora pararemos un momento porque quiero hablar con vosotros dos.

Eh, papá, hay unos hombres ahí delante, en el edificio.

No importa... Ahora escuchad lo que os voy a decir, no habléis. Sammy había vuelto a bajar la voz; se quitó las gafas, las cerró y se las guardó en el bolsillo.

Son seis o siete, murmuró Peter.

Muy bien, no digas nada, no importa, nosotros no les interesamos. A ver, Keith, tú primero, vale, como te decía, ahora escúchame, hijo, ¿dónde estás...? Vale, muy bien, ahora sostenme el bastón un momento... porque me voy a coger del brazo de Peter ahora..., no te preocupes; vale. Bien, Keith ahora sostén el bastón, como si fuera un taco de billar, o una lanza, ¿sabes a qué me refiero?, con naturalidad, y sigue adelante, no nos esperes; y si ves el taxi allí haz como si no lo vieras, sigue adelante como si no lo vieras, porque no voy a cogerlo, pasa por delante como si tal cosa, ni siquiera quiero saber si está así que no te des la vuelta para decírmelo, tú sigue adelante, sin darte la vuelta, hasta la calle principal; nos vemos en la primera parada de autobús que encuentres porque iremos detrás de ti y tienes que pasar del taxi, aunque esté ahí esperando, tú sigue tu camino, hasta la calle principal; muy bien, ahora, ve, ahora.... En marcha... Muy bien, Peter, vale, ahora tú y yo, ¿qué vamos a hacer?, pues andar también, te cojo del codo y caminamos, tranquilamente, no muy despacio pero tampoco demasiado rápido, con tranquilidad... Muy bien, ahora, así... y lo que te he dicho, si el taxi está ahí, no lo mires, sigue adelante, ni siquiera quiero saber si está, así que no te pares para decírmelo y ni siquiera me des un codazo para avisarme porque da igual que esté o que no, así que seguimos andando hasta llegar a la parada de autobús. ¿Cómo está tu madre últimamente?, ¿le va bien...?

En ese momento habían doblado la esquina de la farmacia y si el taxi había llegado estaría ahí. Se oía el ruido de un par de coches por alguna parte, pero nada que pudieras identificar. Siguieron andando. Sammy agarraba a Peter por el codo, y, cuando le pareció que habían llegado, susurró: eh, hijo, ¿hemos llegado?, ¿a la calle principal?

Sí.

Avísame, eh, avísame cuando lleguemos a la parada de autobús.

Al cabo de un rato, Peter susurró: ya estamos, papá.

¿Hay gente?

No, sólo Keith.

Bien, no nos paremos, sigamos andando.

Sammy hablaba todavía en voz baja: Keith..., ¿estás ahí?, seguimos andando, hijo, ¿vale? Ponte al lado del Peter; y sostén el bastón hasta que te diga, porque no lo necesito, ya te diré cuándo... Era una fregona, ¿sabes?, le corté la cabeza; y el bueno de Boab me lo pintó..., es un buen hombre, no está bien contarle mentiras, pero es lo que hay, unas veces se gana, otras, se pierde... Sammy sonrió. Todo esto que estoy haciendo os parecerá una locura, es una locura; pero no importa, no importa en absoluto, pero si hay que hacerlo se hace. Vale, ahora lo único que nos interesa es un taxi, uno de los libres, a ver si veis uno, porque eso es lo que buscamos, así que si cualquiera de los dos ve uno de éstos dadle un grito porque es lo que necesitamos, nada más, no nos interesa nada más y no quiero saber nada de nada, ni de mujeres ni de animales, de nada, salvo de un taxi, porque eso es lo que queremos, si está libre; si no, no lo cogemos; bueno, eso es evidente, ¿no?... ¿y cuál es el pub más cerca del Swan Inn?

Eh...

No importa.

Keith dijo en voz baja: el Lion and Drum, señor Samuels.

Muy bien, ¿y el bastón, hijo?, no, nada, olvídalo, quédatelo hasta que te diga, muy bien, estupendo... Pero, no sé, cuando nos subamos al taxi, cuando veamos que se acerca, cuando nos subamos, será el momento de esconderlo, Keith, ¿me entiendes?, si pudieras..., aunque, claro, no puedes porque es grande; pero si pudieras hacer algo para que el taxista no lo viera sería genial, y también al salir, cuando bajemos del taxi, sólo si es posible, pero si no lo es tanto da, no pasa nada, no hay que preocuparse. Eh, Peter, a propósito, tú sacas mi bolsa del taxi, ¿vale?

Sí.

Bien... Dios, tenemos suerte de que haya dejado de llover, ¿eh? Joder,

esta mañana acabé empapado.

Al poco se acercó un taxi. Sammy subió primero y le dijo al taxista que los llevara a Central Station, a la entrada lateral de Hope Street, si era posible. Peter subió el último. La puerta se cerró de golpe. Sammy se recostó en el asiento y suspiró. Era agradable tener un momento de paz y tranquilidad, dijo, sin hablar, era agradable.

Cuando el taxi llegó a la estación, Sammy empujó la bolsa hacia Peter al mismo tiempo que le pagaba con un billete grande al conductor; cuando le devolvió el cambio le dio una moneda de cincuenta peniques de propina. Buscó la puerta a tientas.

Muy bien, papá, dijo Peter en voz baja, cogió a Sammy de la mano hasta que se bajó y subió a la acera; la puerta se cerró de golpe. Al momento, el taxi se alejó con un chirrido.

Muy bien, ¡eres un chico listo!, dijo Sammy sonriendo; ¡los dos! Dio una palmada y se rió. Ya estamos. Muy bien. Ahora dame la bolsa, hijo.

Puedo llevarla yo, papá.

Ah, bueno, muy bien, muy bien, va bien para los músculos; pero sólo hasta que doblemos la esquina. ¿Dónde está ese leal y viejo bastón, Keith?, ¿lo tienes? ¡No te lo habrás olvidado en el taxi!

¿Está de broma?

No, de broma no estoy, anda, ¡dámelo y nada de charlas! Sammy sonreía. ¿Y la cámara, hijo, la llevas?

Sí, en el bolsillo.

Muy bien, estupendo. Pues ahora vamos a dar un paseo, chicos, un paseo, vamos a acercarnos a la parada de taxis de Gordon Street. Dame tu codo, Keith, tu amigo debe de estar deslomado con la bolsa.

Papá, no pesa tanto.

¿Ah, no?, qué bien.

Siguieron adelante hasta que, tras doblar la esquina, se detuvo y murmuró: polis y ladrones otra vez, dame la bolsa. Se la colgó al hombro izquierdo. Muy bien, ahora seguimos andando, eh... Dio golpecitos con el bastón buscando la pared del edificio de la estación; hablaba en voz baja todavía: vosotros dos cogéis el primer taxi y yo cogeré el segundo. El billete

de diez te bastará y te sobrará cambio para el revelado del carrete, Peter. ¿Hay muchos taxis esperando?

Sí, papá, unos cuantos.

Muy bien; bien no vayáis hasta vuestras casas, ¿me entendéis?, bajaos en algún punto intermedio, ¿vale? Y, ya puestos, os daré un consejo gratuito, esto es un buen entrenamiento para la puta Armada; cuando os enroléis, os pasaréis la mayor parte del tiempo escaqueándoos de los cabronazos de los oficiales, ya sabéis, os tratarán como sirvientes y eso os cabreará, así que esto os viene bien para aprender a desaparecer. Bien..., ahora: Keith, coge el bastón otra vez, y llévatelo a casa. Luego se lo das a Peter cuando vuelvas a verle. Yo lo recogeré en el Swan, porque es allí adonde voy, estaré allí haciendo tiempo, como un cisne aburrido, así que nos vemos allí cuanto antes. Aunque tampoco os deis demasiada prisa, quiero tomarme al menos un par de pintas, este trabajo da mucha sed. Era una broma: id en cuanto podáis. Y no hace falta que os diga que cuando vayáis en el taxi, no es momento para ir dando nombres: hablad sólo de fútbol, o de la tele o hasta de chicas, ya sabéis, de tonterías, de cualquier tontería, no hace falta que os lo explique, ¿vale?

Oyó que Peter se reía entre dientes y sonrió: ¿a qué vienen esas risitas?

A nada, papá, lo siento.

Porque me sacan de quicio las risitas; la cosa no está para bromas, hijo, así que no me provoques, nada de putas risitas. Sammy seguía sonriendo; luego frunció el ceño, eh, ¿qué hora es?

Las siete menos veinte, señor Samuels.

Ya, bueno, llegáis tarde a cenar. Así que tendréis que inventaros una excusa. Lo siento pero ya no puede evitarse. Aunque, pensándolo bien, Keith, devuélveme el bastón, hijo... Gracias. Mira es mejor que lo lleve yo, por si acaso; el pub puede estar lleno y no quiero andar pisando a la gente. Sammy aspiró. Bueno, ¿estamos ya?, ¿sabemos lo que vamos a hacer?, ¿eh?

Sí, papá.

Muy bien, pues entonces vamos, y nos vemos luego; acordaos de que estaré haciendo tiempo en el pub.

Dejó la bolsa entre sus pies y se puso el bastón bajo el brazo izquierdo,

luego se lió un cigarrillo. Pero no se lo fumó; esperó un momento, se puso las gafas, cogió la bolsa y avanzó guiándose con el bastón hacia la hilera de taxis.

Dijo que le llevara a la urbanización donde Peter vivía. La verdad era que si no hubiera necesitado el dinero ni se le habría ocurrido ir hasta allí. Pero no tenía otra opción. No, no la tenía. Pero, ¿a quién le gusta aceptar pasta de sus hijos? A nadie. Pero si no hay otra, no hay otra; punto; es lo que hay, no le dio más vueltas; se echó hacia delante y le dijo al taxista: eh, amigo, ¿conoces el Swan Inn?, ¿me dejas delante?

No se acordaba del nombre del otro local. Tampoco importaba, no en esa etapa. Se inclinó hacia delante otra vez: ¿puedo fumar?

Eh, no, mejor que no, lo siento.

Ah, no pasa nada, nada, ningún problema... Sammy aspiró y se echó hacia atrás, se guardó el cigarrillo en el bolsillo. Los putos pies, tío, le pinchaban, tenía ganas de quitarse las deportivas. Y además estaban asquerosas, joder, apestaban. Ésa era otra cosa que tendría que hacer, seguro, en cuanto tuviera un poco de pasta, comprarse un par de zapatos decentes. Tenía que hacer un montón de cosas. No tenía sentido ponerse a pensar, ahora no; no tenía sentido, tío, ya me entiendes, ningún sentido.

Se puso las gafas cuando se bajó del taxi y se encaminó al pub. Le dio la impresión de que había mucha gente que se apartaba para dejarle pasar. En la barra se encendió el pitillo y esperó. Mantenía la bolsa en el hombro. Había gente a su lado. Pero no la sostenía así por ellos. Eso no le preocupaba, lo hacía porque le resultaba más cómodo.

Hacía mucho tiempo que no pasaba por ahí, tío, mucho tiempo. Mierda. Incluso cuando iba al barrio a devolver a Peter tras las visitas, regresaba al centro en cuanto podía.

Malos recuerdos. Agradable recordarlos, pero malos recuerdos.

A lo mejor se debía a que era ciego, a lo mejor por eso tardaban tanto en servirle, porque no podía llamar la atención de nadie con la mirada, y tenía que esperar a que lo vieran a él, dios, llevaba las gafas puestas y tenía el bastón en las manos, joder, qué más necesitaban. Suspiró y cambió de postura, dio una última calada al cigarrillo y lo tiró al suelo. Claro que el pub

estaba lleno. Tenía fama. Se aclaró la garganta y dijo: ¡una pinta de *lager*, por favor!

Aspiró y pasó la mano por debajo de la correa de la bolsa.

¿Una pinta de *lager*?, dijo un tipo joven.

Sí, una pinta de *lager*.

...

Pero qué coño pasaba, ni siquiera sabías si te la iban a servir, o si el tipo iba a pasar de ti regateándote para servir antes a algún parroquiano habitual que iba allí todas las noches de la semana, uno de los colegas del camarero, eso le cabreaba, era irritante; no dejes que te cabreen porque no sirve de nada, de nada. Había cosas más importantes.

Cuando por fin le sirvieron y le devolvieron el cambio, preguntó: ¿tenéis teléfono?

Sí, al final de la barra.

¿A la izquierda o a la derecha?

A la izquierda.

Gracias, muchas gracias: Sammy aspiró; levantó la pinta, dio un trago largo y se encaminó hacia la izquierda.

Cuando llegó a la pared palpó buscando la barra, dejó la pinta encima y se quedó inmóvil.

Al cabo de un momento un tipo dijo: ¿quieres sentarte?

Sí, colega, no me importaría... Sammy oyó que movían un taburete, estiró la mano para buscarlo y lo palmeó. Gracias, dijo. Eh, ¿podrías hacerme un favor?, ¿podrías llamar a información?

¿Por algún número en concreto?

Central Station. Información para pasajeros.

Vale.

El tipo se dispuso a marcar, pero dijo: ¿quieres que llame directamente a la estación?

Ah, dios, te lo agradecería.

Te pasaré el teléfono cuando me pongan.

Sí, genial, gracias.

¿Lo que quieres saber es un horario de trenes?

Sí, para Birmingham. El último que salga, a la hora que sea.

Ah, vaya.

Espero no haberlo perdido porque tendría que quedarme hasta mañana por la mañana.

Bueno, ahora veremos.

Sammy oyó que volvía a marcar; rebuscó en el bolsillo de los vaqueros, sacó algo de calderilla: eh, colega coge un par de monedas de diez peniques o una de veinte.

No hace falta.

No, gracias, vamos...

Sammy notó que se llevaba un par de monedas. Entonces llamó al número de información.

Comunica; intentaré otra vez... El tipo probó un par de veces más y luego lo dejó: probaré dentro de un rato, dijo: ten..., le devolvió las monedas a Sammy.

Gracias en todo caso. Sammy se había subido al taburete y tenía la bolsa colgada de las rodillas. Cogió la pinta y bebió. Lió un cigarrillo. Buenos presagios por todas partes. Lo de la estación no importaba, si hubiera podido, él ya habría llamado otra vez, pero no importaba, mejor así; sólo tendría que ir a la estación y coger el primer tren que saliera, tanto daba para dónde fuera; cuanto más al sur, mejor; dios, se moría de ganas de que llegara la hora de desayunar, tío, se moría de hambre y mañana iba a ser un día muy largo, eso estaba claro. Tanto daba.

La *lager* de aquí era buena, lo había olvidado. Se tomaría otra, pero no una tercera. La tercera tenía el efecto de darte ideas. Y ahora no quería ideas, porque no era noche para tonterías.

Papá.

Sí...

Te espero fuera...

Sí... Sammy aspiró, siguió sentado y dio vueltas al vaso para comprobar cuánta *lager* quedaba, bastante. La dejó encima de la barra y se bajó del taburete. Vuelvo enseguida, dijo a quienquiera que estuviera a su lado. Volvió a echarse la bolsa al hombro y empezó a tantear con el bastón. Peter

no le había esperado. Seguramente no le dejaban estar ahí porque era menor, claro. Le esperaba fuera, junto a la puerta.

¿Todo bien, papá?

Has ido rápido, dijo Sammy.

Sí, bueno, es que tienes prisa.

Vamos, alejémonos un poco... ¿está Keith? Sammy ya había empezado a caminar.

Sí.

¿Todo bien, señor Samuels?

Sí, hijo, no te preocupes, no te preocupes. Dime cuándo estamos a salvo, Peter, no demasiado lejos porque voy a volver a acabarme la pinta, y llamaré a un taxi. ¿Qué tal por aquí?

Bien, papá, no hay nadie.

Sammy se había detenido. Peter le pasó un sobre y él se lo devolvió al momento. Ábrelo, hijo.

Peter lo abrió y le dio el fajo de billetes; Sammy lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros.

Papá, ¿vas a la estación de Buchanan Street?

Sí.

A Inglaterra. En realidad, a lo mejor voy en tren en lugar de en autocar, en lo que sea más fácil. Sammy se ajustó la bolsa. Lo que salga antes estará bien, ¿vale?

Sí.

Bien, entonces no hay problema, ¿eh?, ningún problema.

Papá, ¿puedo ir a despedirte?

No, hijo, no conviene; ven aquí, dame la mano... Sammy tendió la suya y se las estrecharon. Lo peor de todo esto es despedirse de los que quieres, pero qué vas a hacerle, tienes que seguir adelante, ¿me entiendes?, tienes que seguir peleando. ¿Dónde está tu colega...?

Aquí.

Sammy le estrechó la mano. Muy bien, hijo, lo has hecho muy bien; me alegro de haberte conocido. Que te vaya muy bien.

Se volvió hacia Peter y le dio una palmada en el hombro. ¿Todo bien?,

pues ya sabes, alerta y ya tardamos, *capito?*, y allá vamos. Por eso nada de abrazos ni rollos así, porque no va a ser para mucho tiempo. Y te escribiré a finales de semana, en cuanto me haya instalado; te mandaré una dirección a la que puedas escribirme porque espero que me escribas, ¿me has oído? Espero que me escribas, ¿vale? Eres un buen chaval, muy listo, así que tómatelo con calma. Anda, dame otra vez la mano.

Muy bien, ya está, nos vemos pronto, así que en marcha. Sammy sonrió.

Se quedó esperando en la acera después de despedirse. Luego volvió guiándose con el bastón hasta la puerta del pub y entró. Un taxi, inconfundible. Cuando el sonido del vehículo se perdió del todo, se ajustó las gafas en la nariz y dio un paso hacia la acera. No tardó mucho en pasar el siguiente taxi. Dio unos pasos y agitó el bastón en el aire. Estaba libre, oyó que frenaba y luego el chirrido al parar. El taxista le había abierto la puerta. Sammy echó la bolsa dentro y se subió, la puerta se cerró de golpe y ahí iba, perdiéndose de vista.

-
1. «No hace tanto / me dejaste / y pese a todo lo que habíamos compartido / decidiste ser libre», *Apartment No. 9*, canción country de Johnny Paycheck y Bobby Austin, de 1966.
 2. «No le asusta ser una mujer / ni le avergüenza ser una amiga», *Loving Her Was Easier (Than Anything I'll Ever Do Again)*, canción de Kris Kristofferson de 1971. En la letra original los verbos se invierten: no se avergüenza de ser mujer ni se asusta de ser amiga.
 3. «Soplando cada vez que cierras la boca / soplando desde la trastienda hacia el sur», *Idiot Wind*, tema de Bob Dylan de 1975. En la letra original, el «viento idiota» sopla cada vez que «mueves» (*move your mouth*) la boca, y desde las «carreteras secundarias» (*backroads*).
 4. Se refiere al villancico tradicional inglés *I Saw Three Ships*.
 5. «Si la ves, salúdala / podría estar en Tánger», *If You See Her Say Hello*, Bob Dylan, 1974.
 6. «Tras tres años de casados / es la primera vez que no has hecho la cama / y la razón por la que no hablamos», *A Good Year for the Roses*, canción de Jerry Chestnut, con numerosas versiones, entre ellas, la de George Jones.
 7. «Tras veinte años de casados / es la primera vez que nos lo montamos en la cama/ y si no hablamos / es porque estamos haciendo otra cosa.»
 8. «Tal vez no te amé / tanto como habría debido / tal vez no te vi / tanto como habría podido», *Always on My Mind*, de John Christopher, Mark James y Wayne Thompson, 1971.
 9. «El amor es como un rescoldo / paseamos de la mano otra vez / en el crepúsculo que recordaré», *Blue Eyes Crying in the Rain*, Fred Rose, 1945.
 10. «Tras veinte años de casados / es la primera vez que no has hecho la cama / y si no hablamos / es porque ya nos lo hemos dicho casi todo.»
 11. «Hasta el límite / una vez más», *Take it to the Limit*, Eagles, 1975.
 12. «Déjame si lo necesitas / seguiré recordando / a un ángel que volaba demasiado cerca/ del suelo», *Angels Flying*

Too Close to the Ground, Willie Nelson.

13. «Tienes que hacer todo lo que puedas / con lo que tengas / que no te aplasten tus problemas.»

14. «Algún día lo superaré / viviré para conseguirlo / pero siempre seguiré / soñando contigo», *Dreaming My Dreams of You*, Waylon Jennings, 1975.

15. «Siempre ha estado como una cabra / eso ha impedido que se volviera loco», *I've Always Been Crazy*, Waylon Jennings, 1978.

16. «Y la huella de un labio en una taza de café medio llena / que serviste pero no te la acabaste», *A Good Year for the Roses*.

17. «Ahora me voy a dormir / ruego al señor que guarde mi alma», oración infantil del siglo XVII.

18. «Tengo la neumonía del polvo, la tengo en los pulmones / la neumonía del polvo, en los pulmones / y si no mejoro / no me queda mucho, no», *Dust Pneumonia Blues*, Woody Guthrie, 1940.

19. «Mona murió la semana pasada / se cayó en la vías del tren», versión aproximada de *Stuck Inside of Mobile with the Memphis Blues*, Bob Dylan, 1996. La versión original dice: «Mona intentó avisarme / de que me mantuviera apartado de las vías».

20. «Se había ido pero no la había olvidado / se había ido pero no la había olvidado.»

21. «Llovía y hacía frío / West Bethel no era sitio para un chaval de doce años», *Jesus, the Missing Years*, John Prine, 1991.

22. «Me desperté un domingo por la mañana», *Sunday Morning Coming Down*, Kris Kristofferson, 1969.

23. «En una acera un domingo por la mañana / suplicando estar borracho / porque los domingos tienen algo / que hacen que te sientas solo / y aparte de morir no hay nada / tan solitario como el sonido / de las aceras de la ciudad adormilada / cuando llega el domingo por la mañana.»

24. «Todavía hacía frío / West Bethel no era sitio / para un puto chaval de doce años.»

25. En el pub local todos invitan a pintas a un minero viejo, con la cabeza aplastada y una oreja reventada como una coliflor. La cabeza se le había aplastado sosteniendo la viga que salvó a sus compañeros en un derrumbe; la oreja se la habían reventado a martillazos esos mismos compañeros, para que no se moviera de debajo de la viga.

26. «Esta vez podría ser la última.»

27. «La soledad me envuelve / sin tus brazos a mi alrededor», *Apartment No. 9*.

Título de la edición original: *How Late It Was, How Late*
Traducción del inglés: Vicente Campos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: junio 2014

© M & J Kelman, 1994
© de la traducción: Vicente Campos, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
Ilustración de sobrecubierta: *Man Sitting-Back View*, Wayne Thibaud.
© Wayne Thibaud, VEGAP, Barcelona, 2013

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 6309-2014
ISBN: 978-84-15863-64-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.